EL MUNDO LITERARIO AMERICANO

DEDICATORIA

—

Al Sr. D. Rafael María de Labra

Al defensor de nobles causas y de principios regeneradores, le dedica este libro su fervorosa amiga

LA AUTORA

BARONESA DE WILSON

LS.C
W7466m

BARONESA DE WILSON

EL Mundo Literario AMERICANO

Escritores contemporáneos. — Semblanzas
Poesías. — Apreciaciones. — Pinceladas

38726
5 . 12

TOMO PRIMERO

LIBRERIA MODERNA ESPAÑOLA AMERICANA
ESTABLECIDA
MRS. JOHN CUADRADO
EN 1900
108 East 125th St., New York City, U.S.A.

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—CALLE DE MALLORCA, 226 Y 228

Buenos Ayres
MAUCCI HERMANOS
Cuyo, 1070

México
MAUCCI HERMANOS
Primera del Relox, 1

1903

ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

Á GRANDES PINCELADAS

Este libro es un paseo por el campo fecundo de la literatura Americana; es un búcaro de embalsamado aroma; es un jardín donde se confunden las altivas y olientes magnolias con las modestas violetas, con los azulados *no me olvides*, con las gallardas rosas soberanas del verjel y con jazmines del Cabo de embriagador aroma.

En íntimo consorcio están unidas las notas elegiacas, los cantos heroicos, los robustos versos patrióticos; la inspiración natural, en zonas riquísimas en luz, y las ternezas de corazones apasionados con las armonías que el misterioso crepúsculo medio velado por las altaneras frondas dictara.

Las retozonas y alegres musas se codean con las idealistas y románticas: las graves y severas que inmortalizan batallas y proezas, con otras que en fuentes orientales bebieron la originalidad, ó que alardean de clasicismo imaginativo.

Dulces enamoradas endechas, cantos rientes, idilios que convidan al plácido sosiego y al amor purísimo, ayes del alma, dolores infinitos, añoranzas del pasado, tradiciones del ayer, regalados murmullos, rumores de la noche, hermosas y sublimes melodías, todo un conjunto de luces de Bengala, de irisados colores, completan el cuadro que con amor hemos trazado.

Este libro obedece á dos pensamientos; surge á favor de ideas que han de ser por extremo simpáticas para todos aquellos que lo tomen en sus manos y hojeen sus páginas. En primer término campea el deseo de dar á conocer en general el movimiento literario contemporáneo, que en vasta escala se ha desarrollado y ha hecho evolución gloriosa en el progreso moderno.

El segundo móvil ha sido rendir ofrendas á una gran parte de los que, con entusiasmo y varonil empuje, enarbolan muy alto la bandera de la inteligencia, difundiendo el amor á las letras, el conocimiento de la historia, grabando en imperecederos caracteres el más santo y más sagrado de los sentimientos: el amor de los amores, que es aquél consagrado á la patria y á sus héroes.

Sería por demás atrevida la idea de encerrar en un espacio, demasiado pequeño, la historia de la literatura Americana; fuera preciso para ello haber formado un plan más extenso, disponer de horizontes más anchos para realizarlo, y demostrar como, poco á poco, ha crecido y se ha vigorizado ese movimiento intelectual que, si bien tomó forma cuando América era una grandiosa porción de España, no tuvo su verdadero carácter nacional hasta después de la Independencia, incluyéndose en estas mismas actividades las desplegadas en el terreno del periodismo.

Siguiendo diferente rumbos y con mayor ó menor impulso, han tomado vuelo las bellas letras en las diversas nacionalidades que hoy constituyen la América latina, y el ya gigantesco monumento erigido por los hombres de inspiración y de saber, es objeto de general encomio y de admiración universal.

Claro está que á la par de obras magistrales hay muchas inferiores por su incorrección de lenguaje, por su estilo, ó por su forma, pero en todas, y en cada una de por sí, se encuentran siempre bellezas indiscutibles que atestiguan, con notoria fidelidad, la civilización del siglo XIX en América.

La mayoría de mis libros están dedicados á poner en relieve el desenvolvimiento americano; á perfilar, siquiera sea incorrectamente, la obra colosal que en pocos años han llevado á cabo esos pueblos nuevos, esas virilidades cada vez más robustas y que prueban su peregrina imaginación. Por esto, mi libro viene á ser como un himno en el cual quisiera encerrar á todos aquellos que, desde el último tercio del siglo XVIII hasta concluir el XIX, sobresalen como heraldos de todo lo grande, de todo lo progresista y de las innovaciones que ilustran al mundo de Colón.

La naturaleza del Continente Americano ha sido la Musa más prodigiosa para inspirar á los poetas; hada creadora de ideas; manantial inagotable de imágenes risueñas, ó maravillosas por su grandeza. Ella prodigó todos sus dones á la mente de Ercilla, al numen de Castellanos, al sapientísimo Bello, á Magalhaens, Baralt y Pardo Aliaga. No les negó sus galas á M. Flores, Echevarría, Vigil, Gutiérrez, Fajardo, Vicente Piedrahita, ni tampoco las escaseó para el docto centro-americano Irisarri.

¡Qué hermosos son los moldes que presentan el Tequendama, el Agoyán, el Niágara, el Chimborazo, el Sangay; las maravillosas ruinas de los indígenas *Teocalís*, de los palacios, de las pirámides y de todos esos prodigios que

encierra la región americana: los mil oasis de poesía; esas agrestes enmarañadas selvas; ese todo de inconmensurable majestad donde el poeta y el sabio tienen anchuroso campo para acentuar sus impresiones y darlas espléndidos y característicos rasgos, porque en América todo es armónico: la suntuosidad de los panoramas y la grandeza de las inteligencias.

Sucesivamente se llevó á cabo el Renacimiento literario y numerosa pléyade lírica, filosófica y estilista, enriqueció el parnaso colombino, en el cual la fantasía lozana y la escuela idealista resaltan con peregrinos deslumbradores atavíos.

Profundos pensadores y clásicos han coronado el edificio entronizando el buen gusto y el análisis de los problemas sociales, con la publicación de obras de alta trascendencia y que responden magistralmente al objeto que las ha dictado.

La literatura de ese mundo singularísimo se ha hecho de día en día más característica y retrata su propia historia; los particulares rasgos de cada nacionalidad, las escenas de la sorprendente naturaleza, la vida del hogar, las tradiciones de sus tiempos primitivos y los episodios de la sencilla existencia patriarcal.

De esa forma, de ese peculiar estilo tenemos palmarias y elegantes manifestaciones en las primorosas poesías de Juan de Dios Peza; en los atildados relatos históricos de Payno, Altamirano, y Riva Palacio. Gráficos por demás son los cuadros de costumbres que ha regalado al público el talentoso neo-granadino, David Guarín, y preciadas joyas las leyendas de Juan León Mera, muy particularmente «Cumanda»; también alzó su nombre muy alto José Milla —Salomé Gil—al pintar con pincel maestro sus «Cuadros de Costumbres», espejo purísimo de la vida guatemalteca.

En ese vasto Océano literario, en ese inmenso escenario de tan variada y múltiple acción, ha sido preciso—para lograr los fines que me había propuesto—aislar—tal

es la frase que me parece más adecuada—á determinadas personalidades para que en las páginas del libro representaran la cultura, el estro poético, la extensa erudición, el hondo estudio y, en suma, el pintoresco y rico desarrollo, la evolución intelectual en el Nuevo Continente.

Ojalá que, si no á la altura de mi deseo, sirvan de base estas imperfectas páginas para que, con mayor extensión y con pluma de acertadas energías, se complete la hermosa historia de la literatura americana, llenando así el más acariciado ideal de

La Baronesa de Wilson

ARGENTINA

Andrade (Olegario)

Lírico por excelencia; ingenio que remontó su vuelo para empeñarse en grandes empresas literarias, como lo acreditan «Prometeo» y la «Atlántida». Nunca su inspiración se detuvo ante las barreras levantadas por des venturas inmensas, ni tampoco por las trabas de una lucha titánica en la que sobresalió siempre su varonil entereza y la poderosa fuerza de voluntad.

En «Prometeo» está sintetizada la historia del poeta. Es

su espíritu, son los ecos de su corazón llagado, los gemidos del alma atribulada; la Idea repercute en esta estrofa:

Así en la larga noche de la historia
bajan á escarnecer el pensamiento,
á apagar las centellas de su gloria,
con asqueroso aliento,
odios, supersticiones, fanatismos;
y con ira villana
¡el buitre del error clava sus garras
en la conciencia humana!

Olegario Andrade fué filósofo, historiador, poeta y mártir de las injusticias terrenales. El más valiente de sus himnos es el «Canto á Víctor Hugo».

Periodista de lucha; escritor político que, si combatió sin tregua en la esfera de sus principios, brilló siempre por generosa hidalguía y por la nobleza de sus sentimientos.

No pocas veces se vió frente á frente con la más espantosa miseria; llamó á todas las puertas porque en su hogar faltaba el pan cotidiano. Un día pidió en una imprenta un mísero salario, y al pie de su elocuente carta, se le decía: «No hay vacante».

Sufrio mucho, pensó mucho y escribió páginas de inmortal grandeza, que ha legado con su nombre á las generaciones futuras. El general Julio A. Roca dijo, sobre la tumba del poeta peregrino y del publicista calumniado, estas gráficas palabras: «Ahí quedan sus versos inmortales vaciados en el molde de los Andes, el Amazonas y el Plata.»

Estilo, forma poética, y corrección suma del pensador argentino y del poeta, se retratarán en la composición que consignamos y en donde su ingenio encanta, como en todas las obras que son hoy valiosas joyas en la patria literatura.

EL CANTO DEL POETA

—

Á JOSÉ MARÍA ELIA

¡Más allá! ¡Más allá! Sobre esa nube,
cortina inmensa que en los aires flota,
entre el fragor de la tormenta, sube
como de un himno la postrera nota.

¡Más allá! ¡Más allá! Donde en la niebla
la mirada de Dios relampaguea,
donde su aliento los espacios puebla,
donde gimiendo el huracán rastrea.

¡Más allá! donde el cóndor de las breñas
esconde el pico entre las pardas alas,
allá, do tanto en tus delirios sueñas,
¡sube, poeta, á desplegar tus galas!

Allá está el sol, gigante reverbero
colgado al pie del solio del Eterno,
¡el sol! ¡de vida colosal venero
que derrite las nieves del invierno!

¡El sol! de fuego cristalino río,
de los mundos espléndido tesoro,
que se arrastra en el cauce del vacío
como un arroyo sobre arenas de oro.

Allí entona tus trémulas querellas,
allí los himnos de la fe levanta,
entre el polvo de fúlgidas estrellas
que brota del Creador bajo la planta.

Allí el alba despierta de su sueño,
como una virgen de rubor velada,
y allí la tempestad con torvo ceño
va á dormir en su lecho fatigada.

Allí la noche vierte sobre el mundo
su regalado aliento de rocío:
allí la luna con afán profundo
se mira en el cristal del manso río.

Allí los astros, en ignoto idioma,
modulan sus estrofas de armonía,
y la sonrisa de la luz asoma
como ensueño de amor y poesía.

Allí los siglos en montón rehuyen,
la eternidad teniendo por alfombra,
como olas que se empujan y destruyen...
¡connubio de la vida con la sombra!

Canta allí tu ardoroso devaneo
las creaciones que forja la ventura,
la imagen vaporosa del deseo,
la esperanza de mágica frescura.

Canta el amor con su divino anhelo,
la fe con su gigante poderío,
¡la fe, que, á su calor, acá en el suelo,
edén se torna el páramo sombrío!

Vierte, poeta, el inmortal destello
que en tu robusto corazón chispea,
de la eterna verdad y de lo bello
fecundo efluvio, vigorosa idea.

No cantes las blasfemias del hastío,
no cantes del dolor la árida duda;
antes que hablar del descreimiento impío
¡péguese al paladar la lengua muda!

Gorriti (Juana Manuela)

Precisamente llegué á Buenos Aires cuando la fecunda escritora regresaba del Perú á su patria, y mi primer anhelo fué ponerme en contacto íntimo con la autora de tantos y tan hermosos libros, producto de su rica y variada fantasía.

«Sueños y Realidades», «Panoramas de la Vida», «Perfiles Divinos», «El Mundo de los Recuerdos», y otras perlas de valor inmenso, me habían revelado ya á la mujer insigne como la más ilustre de las escritoras hispano-americanas.

Hay existencias que son una novela, y la de Juana Manuela Gorriti, es la más interesante y también la más melancólica y sublime. Nació en la risueña hacienda de Orcones, en las feraces orillas del Salado y del Bermejo, que fructifican las praderas esmaltadas de flores y los productores campos de Salta.

Las persecuciones y el ostracismo del general Gorriti, padre de Juana Manuela, fueron cimiento de larga serie de viajes y de las primeras manifestaciones de su talento. Vehemente y soñadora, apasionada y entusiasta, albergando en su cerebro tesoros inagotables, hizo desde luego comprender lo elevado de su carácter en las primeras manifestaciones de su inteligencia.

Paréceme verla con su erguida estatura, con su presencia gallarda y majestuosa. Tenía el rostro de un óvalo perfecto; la frente espaciosa, morada de pensamientos sin fin y de una fantasía por demás extraordinaria; á sus hermosos ojos asomaba la melancolía, pero á veces brillaba la mirada bajo el impulsos de enérgicas tendencias; el cabello era suave, finísimo y ondulaba sobre sus hombros en graciosos rizos. Cuando yo la conocí, estaban ya matizados por algunas hebras de plata que terribles amarguras habían producido más bien que los años.

En el árido suelo del destierro, sintió latir su corazón á impulsos del primer amor inspirado por un arrogante oficial boliviano, y aquella alborada de ventura, aquel idilio, tuvo funesto desenlace años después, en el palacio presidencial de Bolivia, donde murió asesinado el general Isidoro Belzú, presidente de la República.

Su último suspiro lo exhaló en brazos de Juana Manuela Gorriti, quien, colocando sobre su regazo el cuerpo inerte de su marido, escuchaba impasible los gritos de las turbas y los vivas al vencedor.

La noble Argentina se sobrepuso en aquel piadoso deber á las ofensas que, por largos años, la tuvieron alejada del hogar donde se agitó la vida del guerrero y del político.

Juana Manuela Gorriti tenía predilección por el Perú y allí vivió más tarde consagrada á la enseñanza y al culto de las letras. La popular escritora Sud-americana, la eximia autora de «La quena», convirtió su casa en templo, y con su aticismo especial, se imponía á todos, esti-

mulando en veladas inolvidables á ingenios nacientes ó á entidades desalentadas.

Su actividad estaba á la altura de su fama, que había obtenido en grande escala, y de producto material de sus obras, esto en una época en que la mujer tenía que sobreponerse á rancias preocupaciones.

En una ocasión la encontré cambiándose apresuradamente de vestido.

«—He pasado la noche—me dijo—con una amiga querida, que ha muerto de viruelas.»

—¿Y no ha temido usted contagiarse?—pregunté.

—«Cuando cumplo con un deber no tengo temor á nada.»

Estas palabras son un retrato de cuerpo entero. Hay rasgos en su vida propios de un corazón grande y de una alma templada en el crisol de las luchas, ajena á pueriles desfallecimientos. Numerosas han sido las pruebas de su filantropía en epidemias y en luctuosos momentos en que su corazón se entregaba de lleno á los cuidados de enfermera y de hermana de la caridad.

Juana Manuela Gorriti es una estrella, es un astro de gran magnitud en los anales literarios americanos del siglo XIX.

El libro «Peregrinaciones de una alma triste» es un estuche de finísimas perlas: extraemos una para nuestro mosaico.

IDILIO

—

(DE «PEREGRINACIONES DE UNA ALMA TRISTE»)

. . . . . .

. . . . . .

Departiendo así, sentadas bajo el algarrobo al lado del fuego, la puestera acabó de asar en una brocha de madera un trozo de vaca; vació en una fuente de palo santo el tradicional *api*; molió en el mortero, rociándolos con crema

de leche, algunos puñados de *mistol*, y he ahí hecha l más exquisita cena que había gustado en mi vida, y qu ella sirvió sobre un cuero de novillo extendido al lado d la lumbre. En seguida fué á llamar á su marido y á mi conductores, que platicaban sentados al sol poniente; acomodados, como pudimos, en torno de la improvisad mesa, hicimos una comida deliciosa, sazonada con la inc cente alegría de los niños y los chistes espiritualísimos d los dos elegantes gauchos.

El huerfanito se hallaba entre la puestera y yo. Aunqu la buena mujer lo miraba con la misma ternura que á su hijos, había en la actitud del pobre niño cierto encog miento, y en la mirada que alzaba hacia su bienhechor una triste sonrisa...

La algarabía de los niños y el alegre canto de las char tas me despertaron al amanecer del siguiente día.

Mis compañeros tomaban mate sentados al lado de un gran fogata, en tanto que se asaba sobre las brasas el i menso churrasco que había de servir para su almuerzo.

Nuestros caballos ensillados, pero libres del freno, pa taban la grama, salpicada de rocío, que crecía en torno d la casa.

La puestera coció una torta debajo del rescoldo; ordeñ á dos vacas, y me dió una taza de apoyo con sopas, de ayuno exquisito que no había probado yo hacía much tiempo.

Eran apenas las siete de la mañana, y ya aquella exc lente madre de familia había barrido su casa, arreglad los cuartos, lavado y vestido á sus niños, molido el ma puesto las ollas al fuego, regado la sementera y sentádo al telar.

Nada tan plácido como la vida doméstica entre est sencillos hijos de la Naturaleza, para quienes la felicid es tan fácil de conquistar.

¿Un mancebo y una muchacha se aman? Únense lue

en matrimonio, sin preocuparse de si ella no tiene una muda de ropa y él su *apero* y su *chiripá*.

¿Qué importa? La joven novia lleva en dote manos diestras y un corazón animoso.

Danzado el postrer *Cielito* de la boda y apurada la última copa de *aloja*, el novio deja la casa de sus suegros llevando á la desposada en la grupa de su caballo y va á buscar al abrigo de alguna colina, ó en la ceja de un bosque, el sitio de su morada.

Los vecinos acuden. Las mujeres ayudan á la esposa á confeccionar la comida, los hombres al marido á cortar madera en la selva.

Unos plantan los horcones, otros pican paja; estos hacen barro; aquellos atan las vigas con lazos de cuero fresco que cubren con cañas y barro preparado, echándole encima una capa de juncos.

Y he ahí la casa pronta para recibir á la nueva familia.

Los vecinos se retiran dejando prestado á él un par de bueyes y una hacha, á ella dos ollas, dos platos y dos cucharas.

El marido corta tuscas en las cañadas inmediatas, las trae á la rastra y forma con ellas el cerco del rastrojo; ara la tierra y siembra maíz. Ella siembra en torno al cerco algodón, azafrán, zapallos, melones y sandías. Toma luego arcilla negra, la amasa y hace cántaros, ollas, artesas y platos. Sécalos al sol, los apila en pirámide cubriéndolos de combustibles, los quema; y he ahí la vajilla de la casa.

La sementera ha crecido; las flores se han convertido en choclos, maíz, zapallos, sandías y melones.

He ahí el alimento que consumen y venden para comprar tabaco, hierba, azúcar, velas y el peine de un telar.

El algodón y el azafrán maduran; abre el uno sus blancas bellotas, el otro las suyas color de oro. La nueva madre de familia los cosecha. Su ligera rueca confecciona con el uno, desde el grueso pábilo hasta la finísima trama del cendal, que ella teje para sus vestidos de fiesta; de la

estofa con que arregla los de su marido, desde la bordada camisa hasta el elegante chiripá teñido color de rosa con las flores del azafrán.

Diciembre llega, y con el cálido sol de este mes la dulcísima algarroba y el almibarado mistol, que la hija de los campos convierte en patay, pastas exquisitas, que quien las ha gustado prefiérelas á toda la repostería de los confiteros europeos.

De todo esto vende lo que le sobra; con ese producto compra dos terneros *guachos,* y plantea con ellos la cría de ganado vacuno. Poco después, merced á las mismas economías, adquiere un par de corderitos; la base de una majada, con que más tarde llena sus zarzos de quesos y su rueca de blanca lana, á la que da luego por medio de tintes extraídos de las ricas maderas de nuestros bosques los brillantes colores de la púrpura, azul y gualda que mezcla en el urdimbre de *ponchos* y cobertores.

Y cuando el trabajo de la jornada ha concluído, llegado la noche, y la luna desliza sus rayos al través de la fronda de los algarrobos del patio, la hacendosa mujer tórnase una amartelada zagala y sentada en las sinuosas raíces del árbol protector, su esposo al lado y entre los brazos la guitarra, cántale tiernas endechas de amor...

—¡Qué feliz existencia!—pensaba yo, alejándome de aquella poética morada.

Tal fuera mi suerte, si, antes que despertara el corazón, no me hubiesen arrancado al suelo de la patria. Unida á uno de sus hijos con el triple vínculo de las ideas, las costumbres y el amor, mis días habrían corrido tranquilos como ese arroyuelo que susurra entre la grama.

Y volviendo una mirada al tormentoso pasado, mi labio murmuraba la doliente exclamación de Atala:—¡Felices los que no vieron nunca el humo de las fiestas del extranjero!...

Guido Spano (Carlos)

La alegre y civilizada Buenos Aires se enorgullece con haber dado el primer aliento vital al poeta que corona su nívea cabellera con el lauro literario que nunca muere. En la nueva era de los escritores argentinos, figura Carlos Guido Spano, por la facilidad con que maneja el idioma castellano y el fácil estro que sobresale en todas sus concepciones.

AMIRA

—

¿Conoces á la rubia y tierna Amira?
¡Qué belleza, qué luz, que puro fuego!
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
Hay en su voz la suavidad de un ruego.

El flamenco nadando en la laguna,
Entre el verde juncal, no es más gallardo;
Aspira un vago resplandor de luna,
Tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
De su candor al virginal destello;
Se sueña con las rosas, con la aurora,
Con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste
Siguiéndola invisible la perfuma,
Y que su blanca y ondulante veste
Por el aire agitada hiciese espuma.

Ayer la vi pasar en lontananza
É imaginó mi alma entristecida
Era el ángel de la última esperanza
Que buscaba el sepulcro de mi vida.

¡MUERTA!

—

La vi dormida para siempre ¡oh cielos!
¡Con tanta juventud! ¡tanta belleza!

La aureola que ciñe su cabeza
Son los últimos rayos del amor.
¿Qué resta de esta vida sonrosada,
Llena de luz, de encanto y poesía?
Un reflejo en el alma, una armonía,
¡El leve aroma de marchita flor!...

MI BUSTO

—

Que un buen escultor, se anuncia,
cincela mi busto en mármol,
y que amigos generosos
se proponen regalármelo.
—¿A qué debo este homenaje?
me pregunto estupefacto;
yo nunca he sido ministro;
nadie me cree millonario;
mis títulos á la gloria
todavía están en blanco,
y si es verdad lo que afirman
cronistas de cierto rango,
mi existencia es, en resumen,
toda un puro descalabro.
¿Qué pudo, pues, inducir
á hacerme el presente clásico,
precisamente en el punto
en que voy barranca abajo?
¿Si será por lo ingenioso,
ó, quién sabe, por lo santo?
Modestia aparte, me inclino
á creer que haya en esto algo,
si la virtud se calcula
por la cuenta de los años,
y el vivir pobre y sin deudas
equivale á hacer milagros.

De ello, sea lo que fuere,
dejo el comento á los sabios,
prefiriendo comenzar
la cosecha de mis lauros,
desde que está decidido
entre tirios y troyanos,
que si en mi noche no hay soles,
por lo menos hay relámpagos.
¡En piedra alba de Carrara
reproducidos mis rasgos!
¡Mi casuca ennoblecida
con marmóreo simulacro!
¡Oh, ya me imagino el verle
sobre pedestal de cuarzo!
maravilla á los sirvientes,
asombro de mis muchachos,
mientras mi esposa, de orgullo
y de gozo rebosando
ante la bella escultura,
me compara á Carlomagno.
Pero ¿dónde colocarla?
Problema, de veras, arduo.
Mi morada nada tiene
que ver con el Vaticano.
En la sala, es imposible;
admite apenas mis cuadros,
obra de artistas ignotos
con nombres estrafalarios,
que vendieron á vil precio
el fruto de sus brochazos.
La estancia (no artesonada)
mide sólo seis por cuatro;
en ella mi biblioteca
se ha metido por asalto.
Pocos muebles la decoran,
(los compré á un *mueblero* vasco),

sobresaliendo en el porte,
sin dar cabida á más trastos,
un venerable instrumento
con pretensiones á piano.
¿En el dormitorio? ¡Diantre!
produciría un escándalo,
siendo yo de carne y hueso,
verme allí petrificado.
Tampoco en el comedor:
la mesa, un sofá inválido,
que, más que á la gente, sirve
de mullido lecho al gato,
y el morrudo aparador
donde descansan los platos,
ocupan con grave aplomo
de esa pieza todo el ámbito.
Las demás habitaciones,
que miran bizcas al patio,
aderezadas no fueran
á los mármoles de Paros;
y en la bodega mi imagen...
¡primero un pistoletazo!
Discutiendo en el asunto
con mi vecino don Pancho,
un buen criollo, y de consejo,
me dijo:—Mire, sea práctico;
por esas y otras razones
de que estoy también al cabo,
no desaire á las personas
empeñadas en honrarlo.
En recibir no hay baldón,
tratándose de agasajos.
Si el zorzal canta en el monte,
se le escucha con encanto;
á la poesía, coronas;
á la vil prosa, morlacos.

Acepte el obsequio, es justo.
¿Que en casa no tiene espacio?
Pues envíelo al museo,
ó á una vidriera del tránsito.
A mi parecer, sería
lo mejor que, en algún cuarto,
bien envuelto en una lona
lo conserve entre sus bártulos.
Ya usté no está muy mocito;
somos mortales, don Carlos,
y si viene la pelada
no hay tu tía, chancelamos.
En la Chacarita entonces,
puestos en el triste caso,
luciría en un buen túmulo
su figura de ermitaño.
Ni faltarían las flores
á quien las diera á puñados,
y si el mundo lo olvidaba,
lo llorarían los pájaros.—
¡Para cuando yo me muera,
sobre mi tumba!... ¡canastos!
Allí sólo vendrá bien
una humilde cruz de palo.
Nada, propongo al artista,
digno á fe de mis sufragios,
y á las almas candorosas
que me honran con su entusiasmo,
por evitar contingencias
y el dar á la envidia pábulo,
sin perjuicio de ofrecerles
mi gratitud hasta en cánticos,
que pues el busto no está
concluído aún, en un rapto,
de inspiración, le transforme
el escultor, cincel ático,

en la imagen veneranda
del gran apóstol san Pablo
y fecho, se la conduzca,
si es posible, bajo palio,
en solemne procesión
á alguna iglesia de campo,
ó á la modesta capilla
de los padres Escolapios.

Mármol (José)

A gloria tienen las hermosas orillas del Plata, de haber sido cuna de aquel genio superior que fué el eje, el arma, la resistencia más inquebrantable contra la tiranía de Rosas, llevando por doquiera su voluntad de hierro, su valentía moral y su talento, para predicar las libertades, las esperanzas y el odio hacia el dictador que esparcía por la República Argentina el espanto, la desesperación y la muerte.

Mármol era uno de esos seres predestinados y que des-

de luego atraen á las masas y dejan por donde pasan una huella luminosa. ¿Quién no ha leído «La Amalia», esa conmovedora novela que es la exacta fotografía de aquella época funesta y que ha merecido los honores de la traducción en francés y en alemán?

Mármol fué en su patria el apóstol de la revolución, la espuela de oro que clavada en el corazón del pueblo, lo lanzó por el camino de gloriosas conquistas en pro de su libertad y de sus derechos. Su palabra era terrible como la tempestad, sus cantos el bramido del trueno, y de cerca ó de lejos tenía por norte un solo é invariable pensamiento. El ostracismo fué, pues, inevitable para una individualidad que habíase hecho temible para Rosas, y desde las playas orientales, con más libertad de acción, entonó patrióticos y marciales cantos que llevaban el entusiasmo bélico á todos los corazones argentinos.

Su voz se elevó imperiosa más allá del estrecho de Magallanes, al pie de las altas cimas andinas; en las planicies bolivianas; en la tierra del sol y en aquellas selvas á las que brisas tropicales prestan eterna primavera. En el «Peregrino», en las «Armonías», en «El Cruzado», sobresale aquella hermosa imaginación, la impetuosidad y vehemencia de su alma, la robustez de su inspiración y lo sublime de las ideas, no sabiendo qué admirarse más, si al patriota ó si al poeta. Veamos algunas muestras del laúd, que despedía metralla certera en el combate sin tregua.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente,
Cubriendo de victorias al mundo de Colón,
¡Salvaje! (1) tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.
Y cuando tus hermanos al pie del *Chimborazo*
Sus altaneras sienes vestían de laurel,

---

(1) Alude á Rosas.

Al viento la melena, jugando con tu lazo
Por la desierta pampa llevabas tu corcel.

. . . . . .

. . . . . .

¿Qué sér velado tienes que te resguarda el paso
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?
¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces, tranquilo, sobre el lecho
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

. . . . . .

. . . . . .

Reflejan su indomable energía los siguientes cuatro versos.

. . . . . .

. . . . . .

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna, tremenda maldición.

. . . . . .

. . . . . .

Todas las anteriores estrofas retratan de cuerpo entero el sentimiento que dominaba en el corazón de Mármol, el amor intenso á su patria y el aborrecimiento perdurable hacia aquel que la tiranizaba. Ya en lontananza, le deslumbraban al poeta las auroras de tiempos más bonancibles, cuando pensando en ellas exclamaba:

. . . . . .

. . . . . .

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá,
Y entonces de ese Rosas que te abomina tanto
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

En otro canto semisalvaje increpa á los servidores del dictador, de este modo:

Diputados, Ministros, Generales,
¿Qué haréis? decid. El bruto tiene fiebre,
Arrastrad vuestras hijas virginales
Como manjar nitroso á su pesebre;
Corred hasta las santas catedrales;
A vuestros pies la lápida se quiebre
Y llevad en el cráneo de Belgrano
sangre de vuestros hijos al tirano.

Vibraba también en Mármol la fibra oratoria, como lo demostró en las diferentes épocas en que ocupó sitial en los congresos argentinos, ya como senador, ya como diputado. El excesivo trabajo intelectual apagó la luz de su mirada, y aquella fecunda existencia, tan útil para la patria, se extinguió en 1871. Murió el heraldo de las libertades de enfermedad que consideramos lógica en él: de un ataque al corazón. Para conocerle bajo el punto de vista poético, escuchemos sus impresiones al encontrarse ante el soberbio cuadro de la naturaleza en sus peregrinaciones, y al surcar las ondas del Cabo de Buena Esperanza.

Gloria á vosotros, vaporosos velos
Que flotais en la frente de los cielos
Como alientos perdidos
Del que arrojó los astros encendidos,
O cual leves encajes
Que rielan de su rostro la hermosura
Enseñando al través de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Sus labios de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

. . . . . .

FRAGMENTO DE UN CANTO AL BRASIL

—

Mujeres de tez morena
y ojos de negra pupila,
que con azul aureola
cual negro diamante brilla,
y cuando mira, parece
que la mirada suspira;
diciendo que está en el alma
la tentación escondida.
Ondas de negro cabello
abultan su sien altiva,
y la espiral de los rizos
por los hombros se desliza.
Ancho y derramado el seno,
late contando que abriga
un manantial de deseos
en voluptuosa armonía;
y en él, veladas por nubes
de encajes y muselinas,
dos ondas de un mar de leche
si no se ven, se adivinan.
Gasas como niebla leve
que al solo aliento se agitan,
ciñen su fina cintura
con tanta coquetería,
que de las ocultas formas
la redondez se adivina;
y la mirada se escurre
por esas nubes malditas
que nunca el viento se lleva
y que á un suspiro se agitan;
mirada que bien comprenden
las hadas, y en su sonrisa

y en un nuevo movimiento,
su curiosidad castigan.
Posadas en sus divanes
de plumas y sedería,
haciendo burla del aire
con abanicos de la India;
y embriagadas con la esencia
de rosas y clavelinas,
que en la atmósfera impregnada
ni un débil soplo aniquila.
En palabra y movimiento
perezosas y aburridas,
teniendo miel en el labio
y en las posturas malicia;
como si á mengua tuvieran
emplear la palabrería,
mujeres que á su albedrío
con los ojos magnetizan.
Mujeres así, en el mundo,
al extraño que las mira
si ellas dicen «Brasilianas»
él las presume Odaliscas,
que del Oriente escapadas,
llenas de encanto y de vida,
corrieron al nuevo mundo
tras su libertad querida,
dejando entre los serrallos
cadenas y cachemiras,
mas trayendo su belleza,
su amor y su poesía.

Méndez (Gervasio)

En esa hermosa porción del Continente americano que el ancho Plata riega y fecundiza; en la patria donde han nacido y han brillado tantos poetas, tantos historiadores y novelistas preclaros; allí donde han resonado los vigorosos acentos de Mármol, de Juan María Gutiérrez, de Varela y de Rivera Iudarte, en el patrio suelo donde el dulcísimo Obligado, Guido Spano, Mitre, y Azcazubi, han entonado sus cantos inspirados en aquella naturaleza riquísima en dones y que brinda pródiga sus productos inagotables, allí vino al mundo uno de los bardos más armoniosos, uno de aquellos que hablan diestramente al corazón.

Será tal vez que su infortunio haya prestado desconocidas melodías á su melancólico laúd; será tal vez que la tenaz parálisis que aferrándose á sus miembros y clavándole en perdurable inacción haya hecho reconcentrar en su mente todas las energías de su organismo para desparramarlas en sublimes páginas llenas de luz y de entusiasmo.

La cuna de Gervasio Méndez se meció en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos, y desde 1849, época de su nacimiento, hasta 1872, fué su vida apacible y serena, á pesar de haber consagrado su valeroso esfuerzo á la célebre campaña del Paraguay, durante la cual prestó señalados servicios. Desgraciadamente allí contrajo la cruel parálisis que físicamente lo inutilizó por completo.

En su calidad de poeta, ha rendido culto á los más valerosos sentimientos que se anidan en el corazón humano. ¡Cuán hermosos son «Los Cantos de Amor Argentinos»! Difícilmente podría escogerse en ellos una composición más ó menos bella, porque en todas abundan los

pensamientos ele-ados, las más suaves armonías, y á la vez se aspira un dolor tan resignado, un pesar tan hondo, que hace vibrar las fibras del sentimiento y despierta el interés más vivo. La existencia de Gervasio Méndez es una elegía, es algo que conmueve y que hace identificarse con el infortunado vate.

En su periódico «El Album del Hogar» ha derramado todo el caudal de su privilegiado talento, recogiendo con sus versos la admiración universal. Sus ideas se reflejan como en cristalino espejo en las estrofas que para recreo del lector extractamos.

LOS NÁUFRAGOS DEL MUNDO

—

¿No los veis, con los ojos sepultados
En sus órbitas negras,
Como abismos de luz que resplandecen
En noche de tinieblas?

¿No los veis, derramando en la mirada
Su agitación suprema,
La agitación del náufrago que siente
La ola que se acerca?

¡Ahí están: son los náufragos del mundo
Batidos por las penas
Que han caído en el mar de la desgracia,
Ese mar sin riberas!

Luchan solos, asidos á la tabla
De una esperanza incierta
Que sus almas sostiene en el combate,
Y es tal vez la postrera.

En el pálido mármol de sus frentes,
La sombra se proyecta
De un pensamiento, como negro lazo
Que los ata á la tierra:

El recuerdo querido y doloroso
De la mansión materna,
De ese cielo tranquilo cuyos astros
No apagó la tormenta;

De ese cielo que vive en la memoria
Como Dios en la idea;
Donde se vuelve el alma del que sube
Y al que tal vez no vuelva.

¡Ah! mirad como clavan sus pupilas
En la extensión desierta,
Buscando algunos ojos que en los suyos
Sus sufrimientos lean.

Buscando algunos labios que contesten
A sus súplicas tiernas,
Un corazón buscando que el idioma
Del infortunio sepa.

¡Pero, en vano, que el monstruo de la tumba
Sólo escucha sus quejas
Dilatando su boca inmensurable
De humana carne hambrienta!

¡Están solos, la ola del destino
Se levanta tremenda,
Y al descargar el golpe de la muerte,
Se rompen sus cabezas!

¿No lo veis? Son los náufragos del mundo

Batidos por las penas
Que han caído en el mar de la desgracia,
Ese mar sin riberas.

AMOR CELESTE

—

FRAGMENTOS

¡Qué hermosa es! De entre la sombra densa
De su obscura pestaña
Se levanta la luz, suave, apacible,
De su tierna mirada.

No es el brillo del sol el de sus ojos
Es el brillo del alba;
Si tuvieran aquél, tendrían fuego;
Los suyos tienen lágrimas.

No es su rostro el clavel enrojecido
Es la azucena blanca;
Esa pálida flor que vive enferma
De sufrir por el aura.

Siente el amor del ángel y su espíritu
En el de Dios se baña;
Sus ideas son luz, parece al leerlas
Que un astro centelleara.

No la busquéis en el salón del baile,
Esa orgía del alma;
Buscadla en el hogar, que allí el banquete
De la virtud se halla.

Es oración, incienso, flor, y canto
De inmortal esperanza;
Cuando se piensa en ella, se dibuja
Algo eterno en la nada.

¡No se la puede odiar! Sus sentimientos
Aunque duelan, se aman;
Son como las espinas de las rosas
Que hieren y no enfadan.

. . . . . .

. . . . . .

De su voz la expresión de un pensamiento
Melancólico mana;
Se parece al arrullo de la tórtola
Que entristece y encanta.

Una noche la vi..... sentí la frente
Batida por el ala
De su recuerdo, poema de otra vida
Que en la tumba se encarna

. . . . . .

. . . . . .

¡Todo lo iluminó!... Miré el espíritu,
Como celeste llama,
Elevarse del polvo del sepulcro
A su primer morada.

. . . . . .

. . . . . .

Desde entonces creí: nació en su labio
La verdad anhelada,
La verdad de su amor, el lazo eterno
Que á lo inmortal me ata.

Desde entonces amé, porque su boca
Como las flores casta
Me enseñó que hasta Dios el alma sube,
Si el amor la levanta.

. . . . . .

. . . . . .

Poetas: si las aves y las flores
A que cantáis no os bastan;

Si busca una oración para las cuerdas
Dulcísimas vuestra arpa;

O si anhela un perfume semejante
Al perfume que exhala
El humo de la mirra que en el templo,
Ante Dios, se derrama,

Enlazad la armonía de su nombre
A vuestra lira mágica
Y sentiréis alzarse con sus notas
Perfumes y plegarias.

. . . . . .

La entonación de la anterior poesía, el armonioso conjunto, la fe que desborda en las estrofas y á la vez la ternura que *vive* en cada verso, hacen de «Amor Celeste» un poema, una alegoría del alma enferma que se robustece bajo el influjo de la religión. Mucho podría citarse de Gervasio Méndez que probara la maravillosa riqueza de su fantasía, pero con las composiciones transcritas es suficiente para retratar de cuerpo entero al trovador argentino.

A VICTORIANO E. MONTES

—

(EN UN EJEMPLAR DE MIS «POESÍAS»)

Perdona si, en homenaje
á tu elevado talento,
en vez de laurel y mirto,
las mustias flores te ofrezco
que en la tumba de mi alma
sus corolas han abierto,

con sed de luz y rocío,
como esos lirios enfermos
que velan, tristes y pálidos,
en el hogar de los muertos.

Mitre (Bartolomé)

El esclarecido escritor á quien consagramos este bosquejo, nació en la ciudad de Buenos Aires, el 26 de Junio de 1821, y aun no contaba diez y ocho años, cuando ya ventajosamente había adquirido popularidad por sus singulares capacidades para las letras y para la guerra, pues en el sitio de Montevideo, en 1838, habíase batido con atrevido arrojo, pulsando á la vez la lira con toda la inspiración de su alma juvenil y ardiente.

La vida del que América conoce como soldado, como mandatario y como poeta, ha sido por demás accidentada y caprichosa y combatida por extrañas eventualidades. A

los veintidós años, tenía ya el alto grado de coronel, y poco después emigrado á Bolivia, donde organizó con notable acierto el Colegio militar creado por el valeroso vencedor de Ingavi, General Ballivián, Presidente á la sazón de aquella República, protector y amigo de Bartolomé Mitre.

Algunos años pasaron cuando una nueva emigración lo condujo á Chile, y allí, con brillo, alcanzó lauros periodísticos en la redacción del *Mercurio* de Valparaíso, que aumentaron los ya conquistados como director de otros periódicos en el Uruguay y en Bolivia. Escritor de lucha y en pugna con el Gobierno, hubo de buscar en el Perú nuevo campo para su batalladora imaginación, y allí permaneció hasta 1852, año en el cual volvió á pisar el suelo Chileno para unirse á las huestes que, en contra del tirano Rosas, peleaban á la sombra de la bandera liberal. Todos los elementos se reunían para que el poder del dictador, ejercido desde hacía más de veinte años, tuviera término, y la célebre batalla de Monte Caseros libertó á la tierra Argentina de la aborrecida tiranía, ocupando entonces Mitre un asiento en las cámaras Bonaerenses, en donde se levantaron los cimientos de su prestigio político que tomó más crecido vuelo al desempeñar poco después el Ministerio de la Guerra.

Parecerá imposible que tan múltiples acontecimientos dejaran espacio para que el insigne Argentino cultivara las letras con amor, y crecieran á la par su popularidad como político, y su nombradía como escritor. Habilísimo gobernante, fué en la Presidencia de la República el protector de toda empresa, de toda innovación progresista, y durante seis años su mano bienhechora llevó por doquiera la civilización conducida por el telégrafo y por la locomotora. La instrucción pública alcanzó prodigiosa extensión, y nuevos programas de enseñanza dieron vida á la educación popular.

Son raros los ejemplos que pueden señalarse de aquellos á quienes el aura popular rinda homenaje por largo

tiempo, y el General Mitre ha sido una de esas excepciones. A propósito de esto, citaré un hecho que corrobora las anteriores líneas. Por los años de 1874 á 1875, se encontraba la que estas páginas escribe, recién llegada á Buenos Aires, precisamente en ocasión en que el General Mitre, derrotado en las urnas y llevado por este motivo á la revolución, había sido vencido y hecho prisionero; las simpatías y los agasajos de numeroso público hacían soportable el encarcelamiento del guerrero, y como yo manifestase desde luego mi admiración por el ilustre preso, me dijo un amigo mío: «Ya la veo á usted en camino de ser Mitrista».

«No será fácil que me singularice en las luchas de partido, sobre todo en país extranjero».

«Ninguno de los de América lo es para usted; todos la consideran como americana, y antes de poco—añadió sonriéndose—la veremos á usted afiliada con los revolucionarios.

Pocos días después una multitud inmensa aclamaba al General Mitre, libre ya; hermosas mujeres, ideales bellezas, rodeaban también á otra dama arrogante y de hermosura singular y agitaban sus pañuelos cuando el General se presentó en el gran patio de su casa. Delfina Vedia de Mitre, la compañera del poeta y del hombre de Estado, era la gallarda y noble dama.

El elocuente escritor y el meritísimo político contaba entonces cincuenta y tres años; era de estatura mediana, esbelto, delgado, con la mirada por extremo expresiva; afable en su trato, ameno en su conversación, gráficamente revelando en ella la seriedad del hombre público y la ideal elocuencia del poeta. Sus libros son de gran valía; sus correctas *Rimas*, á más de facilidad suma, tienen bellezas de primer orden, sobre todo la oración fúnebre «En el Centenario de Rivadavia», retrato magistral de ese numen infatigable y delicado. «El Pino de San Lorenzo», los «Recuerdos del asedio de Montevideo», bellísimo episodio his

tórico, son otros tantos florones de la corona literaria de Bartolomé Mitre.

Una de sus producciones más importantes es la «Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina», así como su celebrada «Historia de San Martín y de la emacipación sud americana».

De la primera tomamos el paralelo de aquellas dos grandes figuras, trazado con inimitable pluma.

«Existían muchos puntos de contacto entre San Martín y Belgrano, que eran dos naturalezas superiores destinadas á entenderse aún por las mismas cualidades opuestas que daban á cada uno de ellos su fisonomía propia original.

«San Martín era un genio dominador y Belgrano un hombre de abnegación. Obedecía el uno á los instintos de una organización poderosa, y el otro á los sentimientos de un corazón sensible y elevado. Empero ambos, al aspirar al mando ó al profesar el sacrificio, subordinaban sus acciones á un principio superior, teniendo en vista el triunfo de una idea, sobreponiéndose á esas ambiciones bastardas que sólo pueden perdonarse á la vulgaridad. Belgrano tenía un candor natural que le hacía confiar demasiado en la bondad de los hombres; San Martín, por el contrario, sin despreciar la humanidad, tenía ese grado de pesimismo que es tan necesario para gobernar á los hombres. Esto no impedía que San Martín admirara la generosa elevación del carácter de Belgrano y éste su tacto seguro y su penetración para juzgar á los hombres, utilizando en ellos hasta sus malas tendencias y aun sus vicios.

»Ajenos los dos á los partidos secundarios de la revolución, sin ser indiferentes á la política interna, nunca participaron de sus odios ni se subordinaron á sus tendencias egoístas, manteniéndose siempre á una grande altura respecto de las cosas y los hombres, que no concurriesen inmediatamente al triunfo de la revolución americana. Esta identidad de ideas sobre punto tan capital, les hacía na-

turalmente apasionarse por los grandes resultados que buscaban, y procurar que sus subordinados, poseídos del mismo espíritu, se mantuvieran ajenos á las divisiones internas, para concentrar todos sus esfuerzos y toda su energía contra sus enemigos externos. Eran dos atletas que necesitaban una vasta arena para combatir, y el campo de la política interna les venía estrecho á sus combinaciones; así es que los ejércitos de San Martín y Belgrano tuvieron la pasión de la independencia y de la libertad, y sólo fueron presa de las facciones el día que ellos faltaron á su cabeza.

»Los dos poseían ese espíritu de orden y de disciplina, peculiar á los genios sistemáticos, que ven en los hombres instrumentos inteligentes para hacer triunfar principios y no intereses personales. El sistema de Belgrano era austero, minucioso, casi monástico y trababa hasta cierto punto el libre vuelo de las almas, «exigiendo, según expresión »de uno de sus oficiales, una abnegación, un desinterés y »un patriotismo tan sublime como el suyo». El de San Martín, por el contrario, aunque no menos severo, tendía á resultados generales, y obrando sobre la masa con todo el poder de una voluntad superior, dejaba mayor libertad á los movimientos espontáneos del individuo.

»San Martín había nacido para la guerra, con un temperamento varonil, una voluntad inflexible y una perseverancia en sus propósitos que le aseguraba el dominio de sí mismo, el de sus inferiores y el de sus enemigos. Belgrano, débil de cuerpo, blando y amable por temperamento, y sin ese frío golpe de vista del hombre de guerra, había empezado por triunfar de su propia debilidad, dominando su naturaleza, contrariando los sentimientos tiernos de su corazón y suplía por la constancia y la fuerza de voluntad las cualidades militares que le faltaban. Ambos se admiraban: el uno por ese poder magnético que ejercen las organizaciones poderosas: el otro por la simpatía irresistible

que despierta el hombre que sobrepone el espíritu á la materia.

»Ardientes partidarios de la independencia, los dos estaban convencidos de la necesidad de generalizar la revolución argentina por toda la América, á fin de asegurar aquélla. Con gustos artísticos uno y otro, pues Belgrano era músico, y San Martín aficionado á la pintura, tenían algo de ese idealismo que poseen los héroes en los pueblos libres. Graves, sencillos y naturales en sus maneras, aunque en San Martín se notara más brusquedad y reserva, y en Belgrano más mesura y sinceridad, había de común entre ellos que despreciaban los medios teatrales; y grande cada cual á su manera, se ayudaban y completaban mutuamente sin hacerse competencia. En San Martín había más genio, más de lo que constituye la verdadera grandeza del hombre en las revoluciones; pero en cambio había en Belgrano más virtud nativa, más elevación moral; y si éste era acreedor á la corona cívica, aquel era digno de la palma del triunfador».

La segunda obra citada es monumental, no sólo por el pensamiento patriótico que encierra, sino también como libro de consulta donde puede encontrarse documentos importantísimos, y no pocas rectificaciones históricas de trascendental interés para los futuros historiadores. Transcribimos algunas de sus páginas, porque á nuestro parecer son de notorio mérito y se refieren á la célebre entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil (Ecuador).

. . . . . .

. . . . . .

«El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo. La masa de un cometa penetró una vez en el otro, y al dividirlo lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de

atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sud-americanos por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del Nuevo-mundo, después de Wáshington, que dió al mundo la nueva medida del gobierno humano según la vara de la justicia, y legó el modelo del carácter más bien equilibrado en la grandeza que los hombres hayan admirado y bendecido. Bolívar y San Martín fueron los libertadores de un Nuevo-mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político, por efecto de la revolución que hicieron triunfar. Su acción fué dual como la de los miembros de un mismo cuerpo; y hasta su choque y antagonismo final responde á su acción dupla, que se completa la una por la otra. Los paralelos de los hombres ilustres, á lo Plutarco, en que se buscan los contrastes externos y las similitudes para producir una antítesis literaria, sin penetrar en la esencia de las cosas mismas, son juguetes históricos que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. El paralelismo de San Martín y Bolívar está en su obra, y su respectiva grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por las etapas del caballo de Alejandro, al través del continente que recorrieron en direcciones opuestas y convergentes. Se ha dicho, con más retórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos, sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes. El Amazonas y los Andes están medidos, y las estaturas históricas de San Martín y Bolívar, también, así en la vida como acostados en la tumba. Los dos son intrínsecamente grandes en su escala, más por su obra común que por sí mismos; más como libertadores que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se prolonga en los hechos de que fueron autores ó agentes, y vive

y obra en su posteridad. Hasta ahora, el tiempo que aqui lata las acciones por sus resultados, dando á Bolívar la corona del triunfo final, ha dado á San Martín la de primer Capitán del Nuevo Mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó, aunque no como lo imaginara, mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América, se hizo en vida y se ha disipado como un sueño. Si se compara la ecuación personal de los dos Libertadores, vese que San Martín es un genio concreto con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto y más imaginación que previsión y método. Si la conciencia sud-americana adoptase el culto de los héroes, preconizado por una moderna escuela histórica, resurrección de los semidioses de la antigüedad, adoptaría por símbolos los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos».

El nombre de Bartolomé Mitre pasará á las futuras generaciones como ejemplo de patriotismo sin mancha, de amor al progreso y será de gloriosa memoria para la literatura Argentina, muy particularmente en lo que se refiere á esos libros que por su carácter histórico, por su lenguaje y por su valor intrínseco en lo que á datos se refiere, tendrán vida perdurable.

BOLIVIA

Belzu de Dorado (Mercedes)

Hay una ciudad que, en una profundísima hondonada de la antiplanicie boliviana, se extiende pintoresca á las orillas del histórico Chuquiapo y en la falda risueña del gigante Ilimani. Allí nació en 1835 la poetisa á quien dedicamos estas páginas. Fué su madre la insigne escritora argentina Juana Manuela Gorriti, y su padre el general Manuel Isidoro Belzu, presidente que fué de la República, asesinado años después en una revolución acaudillada por el general Melgarejo.

Mercedes Belzu y Gorriti demostró, desde muy temprana edad, haber heredado las altas capacidades de la novelista más fecunda de América, y las energías de aquel guerrero tan feliz en su carrera militar, como desgraciado por su trágico fin.

Por su matrimonio con el doctor don José Vicente Do-

rado, viajó la poetisa por toda Europa, brillando por su belleza en el Palacio de las Tullerías, siendo su marido ministro de Bolivia, ligándose en París con lazos de tiernísima amistad con la hermosa emperatriz de los franceses, que manifestó cariño fraternal por la ilustrada boliviana que, versada en los idiomas inglés y francés, había hecho notables traducciones de Lamartine y Byron, de Víctor Hugo y de Shakespeare, y escrito bellas composiciones en verso de acabada forma y con relieves de alta prez, dominando en su estro poético marcados tintes de melancolía y á la vez profundo sentimiento religioso.

En Mercedes Belzu de Dorado hay inspiración dulce, tierna, suave como la brisa; palpitan en sus versos el recuerdo del pasado y la aspiración por regresar á la patria ausente. Bellísima es la imitación de Lamartine, titulada «El Angel de la Guarda». Juzguen nuestros lectores:

Cuando niña de doce primaveras,
Bajo la sombra, en el vergel florido,
Respiraba las brisas pasajeras,
Escuchando del agua el manso ruido,
Una voz en mi seno murmuraba,
Tan tierna y suave, que á su grato acento
En delicias mi pecho se inundaba;
No era la flauta, la campana, el viento
Ni eco mortal; erais vos, ángel pío,
Vos, cuyo corazón hablaba al mío.

Más tarde, cuando al pie del sicomoro
Pasadas horas de inefable encanto,
Mi amado me dejaba, y el tesoro
De su recuerdo yo guardaba en tanto;
La misma voz en mi oído resonaba
En nota de dulcísima harmonía;
No era el eco de aquél que yo adoraba,
Ni el sonido de agreste melodía;

Erais vos, ángel de mi guarda pío,
Vos, cuyo corazón hablaba al mío.

Cuando aun joven y madre, en mi morada
Junté los bienes que prodiga el Cielo,
Que mis hijos la rama sazonada
De la higuera inclinaban hasta el suelo,
En mi pecho una voz sentida alzaba
Cántico santo de inmortal esfera:
No era la voz del ave que trinaba
No el pescador que canta en la ribera
Ni el niño que en la cuna dormitaba;
Erais vos, ángel de mi guarda pío,
Vos, cuyo corazón hablaba al mío.

Ahora estoy sola, vieja, encanecida,
Del cierzo me guarezco entre las breñas,
Cuido los niños, la frugal comida,
Y las cabras que pacen en las peñas;
Mas la voz interior jamás se apaga,
Me canta, me consuela, es mi tesoro;
De mi primera edad no es la voz vaga,
Ni el acento de aquel por quien yo lloro;
¡Ah! sois vos, ángel de mi guarda pío,
Vos, cuyo corazón le queda al mío.

La ilustre hija de La Paz de Ayacucho revela toda su tristeza en la composición

DOLOR

—

FRAGMENTOS

«¿No te es posible, di, curar el alma,
Desarraigar un hondo sentimiento,
Extirpar del cerebro el pensamiento
Y á la razón volver su antigua calma?

¿Qué existencia maldecida
Fué la que el cielo me diera
Que á luchar sólo naciera
En borrasca embravecida?

¿Por qué la naturaleza
Miro al través de un crespón?
¿Por qué no hallo una mansión
Que disipe mi tristeza?

¿Qué quiere esa nube negra,
Que cual un fúnebre velo
Me cubre el azul del cielo
Y el sol cuyo rayo alegra?

En todo encuentro pesar,
No hallando solaz en nada;
Y mi cabeza agobiada
Quisiera ya reposar.

Mis ilusiones pasaron
Con mis años halagüeños;
Y mis dorados ensueños
Cual humo se disiparon.

Todo en la vida perdió
Para mí su dulce encanto,
Y en hondo mar de quebranto
Mi corazón se anegó».

Es magistral una imitación de Shakespeare, y de ella tomamos dos estrofas:

«¡Mañana, sí, mañana, y aun mañana!
Y después de ése seguirá otro día,
Corriendo todos con tenaz porfía

A perderse en la inmensa eternidad!
  Así pasan fugaces nuestras horas
En su curso monótono y medido,
Alumbrando el camino que al olvido
Conduce á la doliente humanidad.

Apenas llega un día y desvanece:
Efímero cual él, otro le sigue;
Y eterno el tiempo en su tarea prosigue,
Arrollando á la vez lo que creó;
  Y el hombre, convidado misterioso
De ese festín de muerte, pasa vano,
Como de arena imperceptible grano
Que el viento del desierto levantó».

No menos que como poetisa se distinguió como educacionista, y ciertamente no sabríamos cómo admirarla más, si en las producciones de su ingenio, ó en el desempeño de sus tareas en pro de la familia y de la sociedad, donde su talento adquirió proporciones sublimes, captándose la profunda admiración y el agradecimiento de todo un pueblo, que sembró de flores su tumba el 25 de Febrero de 1879, época de su muerte. Cochabamba, donde habitaba la noble peregrina, supo rendir tributo á la mujer que, en las letras y en el Magisterio, había derramado á manos llenas todas las pompas intelectuales y todos los esfuerzos en pro de la humanidad.

Bustamante (Ricardo)

Vamos á ocuparnos de un escritor á quien sus compatriotas dan el cariñoso nombre de *Víctor Hugo Boliviano,* no únicamente por haber sido uno de los fundadores más activos de la literatura nacional, sino á la par porque en

su estro poético rebosan la inspiración más bella, el amor al arte y las luminosas harmonías, privilegio del verdadero ingenio.

No es Bolivia la república más rica en glorias literarias, pero las que allí han descollado merecen por su altura ocupar distinguido puesto en el templo de los inmortales.

Hay en las composiciones de Ricardo Bustamante una delicadeza de primer orden, un sentimiento que embelesa y un colorido imaginativo que legará su nombre á las edades venideras. Sus elegías heroicas, sus briosos cantos épicos fijaron la atención de América y de Europa en el bardo que allá, en la nación que se extiende al pie de cordilleras grandiosas, cantaba con tan sublimes melodías y demostraba tan singulares capacidades, sin que por esto fuese ajeno á los deberes del patricio, ni al desempeño de cargos públicos y diplomáticos.

Vió la primera luz en 1821, en la ciudad de La Paz, pero desde muy niño abandonó su patria para recibir su educación en Buenos Aires y completarla más tarde en París, donde dió á la prensa obras importantes para Bolivia, y poesías que desde luego le conquistaron merecida fama, consolidada con otras posteriores, como puede juzgarse por las estrofas que á continuación reproducimos y que extractamos de su *Hispano-América libertada:*

¡Simón Bolívar!... Ese nombre suena
Cual eco grave de clarín guerrero
O acento heroico del cañón que truena...
Del Chimborazo en el roncar severo
En la undísona voz del Magdalena,
De alta palmera en el rumor parlero
La majestad solemne ó poesía
No igualan de ese nombre la harmonía.

Las banderolas que sacude el viento,
El ruido ronco del torrente andino,

Le infundieron al héroe el sentimiento
De tal grandeza en su marcial destino,
Que, superando con doblado aliento
A la misma Natura en su camino,
De roca en roca cual de monte en llano,
Azoró sin cesar al león hispano...

. . . . . .

. . . . . .

Ricardo Bustamante no olvida que sus antepasados nacieron en España, y gallardamente lo demuestra en una de las octavas del poema:

Y recordé que hablaba su idïoma,
Que mi nombre era un nombre castellano,
Y que su origen de aquel suelo toma
La estirpe de este suelo americano;
Y allí á mi labio por instante asoma
De dulce afecto, que no fué liviano,
Saludo amigo al suelo de Castilla
Que, á mis ojos, al sud, más limpio brilla.

. . . . . .

. . . . . .

No menos inspirado es el epitafio que brotó de su lira en el centenario de Bolívar (1).

¿De América al Gigante veis dormido?
Dios y la libertad guardan su lecho.
De Iberia vencedor, venció al olvido,
Dejando el solio de la Gloria estrecho.
Mientras quede en la tierra algún latido
O haya una fibra en el humano pecho,
Se han de inclinar los hombres ante el hombre
Que dióme vida y me legó su nombre.

—

(1) Titúlase esta octava «Bolivia á la Posteridad».

Vibra la valentía, palpita el corazón del poeta y se exalta su ánimo en el soneto dedicado al general Sucre, «Mausoleo».

Se aprende á venerar y amar la gloria
De esta América libre al conoceros
Por la fama, pues sois de los primeros
Entre los héroes de la patria historia.
Vuestra vida brilló muy meritoria
Con timbres de virtud tan verdaderos...
¡Maldito el crimen de asesinos fieros,
Si os la quitaron por traición notoria!
¿Y cuál fué vuestro nombre venerando?
El *Pichincha* lo aclama con sus ecos
Que hasta él trepasteis con vigor lidiando.
Lo guarda el *Cóndor Cauqui* allá en sus huecos;
O el viento lo pregona suspirando
En la negra montaña de *Berruecos* (1).

Como se ve, los versos de Bustamante están cincelados con fuego; son la expresión de sus entusiasmos, de su carácter, de su amor histórico; no hay en ellos pompas inútiles ni galas que no sean precisas para la grandeza y redondez del pensamiento, por más que también resalten en muchos de ellos las bellezas descriptivas, como se observan en su poesía á Cuba.

¡Joya tan peregrina de los mares
Esmeralda aun luciente en la corona
Del castellano Rey, á mis cantares
No falte tu recuerdo! Tú en la zona
Que jazmines perfuman y azahares
Eres virgen cautiva. Te abandona
Fatal fortuna, y resignada esperas
Gimiendo en el gemir de tus palmeras.

A la par de Ricardo Bustamante, han surgido otros talentos en suelo boliviano, como el sapientísimo doctor

(1) Lugar donde fué asesinado el mariscal de Ayacucho.

Reyes Ortiz, que al morir dejó en herencia perfectos cuadros de costumbres nacionales, canciones tiernísimas empadas en melancolía infinita, anchos caminos para la enseñanza y la literatura, y el recuerdo de sus desventuras y de su razón perturbada por aquéllas.

Rosendo Gutiérrez ha sido otro de los talentos bolivianos que en la poesía, en la tribuna, en la historia y en el foro obtuvo galardón inmarcesible. Su poema *El Ideal*, que dejó inédito, traducirá, como todos sus escritos, la amargura que rebosaba en su corazón, los pesares y las decepciones.

A esas tempestades morales se ha sobrepuesto Ricardo Bustamante, y el noble anciano disfruta de los respetos y de las admiraciones generales.

Ochoa (José Vicente)

Corta fué la existencia del noble escritor, del abnegado político y del estadista eminente. Querido y respetado por sus altos servicios prestados á la patria, ellos le granjearon el amor y las simpatías de sus conciudadanos; como pocos amó el progreso y fué el obrero más infatigable en los senderos del deber, verdadero apóstol para la instruc-

ción pública, periodista, poeta, diplomático y abogado distinguidísimo; murió á los treinta y nueve años en 1898, cuando desempeñaba el ministerio de Instrucción Pública y Fomento.

Bolivia entera se vistió de luto; la pérdida era grande, y la madre patria llora aún á su hijo predilecto.

Un inspirado poeta, Ricardo Mujía, le dedicó un soneto que nos parece oportuno reproducir, porque es la síntesis de aquella vida fecunda y gloriosa.

Se ostentaba en la cumbre... Allí sereno
Resistió de la vida el torbellino,
Orientado en la fe de su destino,
Luchando como noble y como bueno.
Lleno de fuerzas, de esperanzas lleno,
Marcó los derroteros del camino
Que sólo alcanza á ver el peregrino
Desde la altura que domina el trueno.
Allí llegó la muerte... y esa vida
Arrebató en las sombras de su manto...
¡Y hoy, en su tumba siempre humedecida,
La amistad deja su recuerdo santo,
La juventud su queja dolorida,
La Patria su iris, el Hogar su llanto!

—

Los versos que transcribimos son gallarda muestra de su talento:

LOS DESESPERADOS

—

FRAGMENTOS

(Versos inspirados por un cuadro de Luminais)

Miradlos como avanzan encorvados
Los jinetes de pálido semblante

Y de sombría frente
Hasta tocar con ella sus arzones.
Espectros de furiosos condenados
No dan un solo instante
De tregua á sus bridones
Ni al impetuoso afán de su carrera
Cuya huella de acero fuego vierte
Y entre nubes de polvo reverbera,
Cual rayo ó torbellino de la muerte.

¿A dónde van? ¿Qué causa los incita
A buscar ignorados horizontes
Y su pasión agita,
Que así trepan montañas
Como salvan profundos precipicios
Con igual frenesí é igual locura,
Sin vislumbrar jamás la meta ansiada
Del anhelo febril que los tortura,
Puesto que ignoran do hallarán el término
De su fatal jornada?

¡Son los Desesperados! Tristes seres
Que, en la crüenta lucha de la vida,
Heridos en el alma
Por todos los dolores, sin medida
Llegaron á perder valor y calma
Para afrontarse á su contraria suerte
Y proseguir el desigual combate,
Al golpe postrimero
Del desengaño fiero
Que la esperanza postrimer abate.

Por eso, con la frente melancólica,
El pensamiento lleno de tinieblas
Extraviado por bárbaras torturas,
En los labios blasfemias,

Y el pecho rebosante
De la hiel de infinitas amarguras,
Se entregan en los brazos
Del vértigo con rabia delirante,
Lanzándose en su ciego paroxismo
A alcanzar el ciclón, salir del mundo
Y sorprender la muerte en el abismo
Del baratro profundo.

Es el sombrío cuadro fiel retrato
De esta edad de absoluto escepticismo
En que la humanidad, con arrebato,
Se afana por quiméricos ideales
Para calmar sus males
Y resolver problemas
Planteados por la mano de los siglos:
Sin que Roma con viejos anatemas
Ni el nihilismo con bombas infernales
A señalar acierten los vestiglos
De la fe, para siempre obscurecida
En el áspero rumbo de la vida.

. . . . . .

. . . . . .

Tristes desesperados, que, impacientes
Marcháis, como hojas á merced del viento,
Parad por un momento
Y levantad las frentes
Para mirar el Gólgota sangriento:
Allí una cruz fantástica os ofrece
Dulces brazos de amor y bienandanza
Y os muestra en su silueta siempre escrita
La caridad bendita
En el cielo inmortal de la esperanza.

Todas las obras de J. Vicente Ochoa están matizadas con ese buen gusto que seduce y atrae al lector.

DOS AURORAS

—

La aurora sonrosada
  En el Oriente
Asoma entre celajes
  Su rubia frente,
  Y á su mirada
Sonríen mis ensueños
  Por tu llegada.

Ya desgarra la aurora
  El tul rosado
Con que se oculta al día
  Enamorado,
  Y á sus fulgores
Brilla en mi alma la estrella
  De tus amores.

De esos amores santos
  Con que Dios quiso
Abrir á mi existencia
  Un paraíso,
  En el que espero
Que nazcas de mi dicha
  Fruto primero.

Y á la vez que aquel astro
  De la mañana
Penetra con sus rayos
  Por la ventana,
  Con tierno llanto
Me anuncias tu venida
  Mi luz, mi encanto.

¡Salud, ángel querido,
Merced del Cielo,
Ventura y esperanza,
Bien y consuelo!
Con alegría
Aun las aves te cantan
Cantando el día.

Cómo tener quisiera
Sus harmonías
Para por vez primera
Darte los días,
Como á la estrella
Que nace en mi existencia
Más pura y bella.

Pero hay una palabra
Dulce y sencilla
Que vale más que el canto
De la avecilla;
Sólo ella encierra
Toda la poesía
De cielo y tierra.

Esa sublime frase
Es: ¡hija mía!
Con ella te saludo
Con alegría,
Como á la aurora
Saluda en este instante
La ave canora.

¡Salud, botón de rosa,
Pimpollo amado,
Tú eres de dicha el fruto
Tan esperado!

¡Hija querida!
¡Pedazo de dos almas...
Toda mi vida!

«Hojas al Viento», «Semblanzas de la Guerra del Pacífico», «Borrones y Perfiles», artículos, revistas y poesías, han dado puesto de honor en las letras bolivianas para el periodista y el poeta que, si muy joven descendió á la tumba, ha dejado luminosa huella por su actividad intelectual y por sus esfuerzos en pro de la instrucción pública.

BRASIL

Barboza (Antonio)

Poderosamente se presta para la literatura el idioma portugués, y gran influencia tiene también la naturaleza exuberante de la república brasileña. Aquel sol, aquellas verdes colinas, aquellas frondas que no permiten la invasión del astro rey; los aromas de plantas casi desconocidas y el cielo desleído entre azul y nácar, son poderosos auxiliares para la poesía, la cual ha tenido valiosos intérpretes para gloria de la literatura nacional.

En el idioma de Camoens se han entonado estrofas valientes, poesías dulcísimas, himnos de gloria y cantos sintetizando los ideales más hermosos. Porto Alegre, Riveiro, Guimaraes, Junior, y el primero de los poetas brasileños,

Antonio Gonzálvez Díaz, han levantado un monumento á las Bellas Letras, brillando el genio en los matices de sus acentos y en las gallardías de sus versos.

Antonio Barboza es tal vez el escritor más venerado y querido en aquella lejana zona: él ha sido el heraldo de las libertades, el campeón que con su libro inmortal *La Reparación* inició la senda para redimir á los esclavos, y sin descanso trabajó para borrar en el suelo brasileño aquella mancha ignominiosa.

Su valor y su perseverancia para la lucha fueron la fuente de inmensas desventuras, de persecuciones sin fin, de martirios que aceptó y sufrió con santa resignación. El excelso propagandista hizo de sus principios un credo salvador, y sus doctrinas germinaron y dieron el deseado fruto en 1871 primero, y después en 1888, cuando la princesa imperial, doña Isabel, abolió por completo la esclavitud.

Antonio Barboza, con su pluma y con su palabra, hízose el ídolo del pueblo, y cuando alejado de su patria murió en el ostracismo, miles de corazones se conmovieron y raudales de lágrimas fueron el tributo rendido á la memoria del ilustre brasileño.

Exhaló el último suspiro en la República Argentina, donde había encontrado un asilo y una patria adoptiva. Un pensamiento del más valiente de los abolicionistas nos hará juzgar de sus sentimientos:

«La vida, la honra y la fortuna son despreciables á mis ojos, ante la magnitud de la idea única que me domina: la redención de miles de seres que hoy gimen bajo el látigo y sucumben bajo el peso de las cadenas».

COLOMBIA

Acosta de Samper (Soledad)

Gran núcleo de escritoras ostenta la República Colombiana, muchas gloriosas, todas inspiradas. La dulce Elena Miralla, Paulina, que revela en sus pensamientos la grandeza de su alma; Agripina Samper de Anzisar, que ha producido sonoros y fluidos versos: la singular bogotana Silveria Espinosa de Rendón, á quien hemos conocido en el apogeo

de su gloria, admirando en ella sus gráficos artículos de costumbres, sus líricas poesías y los morales conceptos que su pluma fácil y correcta trasladaba á las columnas de numerosos periódicos.

Prolijo sería enumerar todas las estrellas que despiden rayos luminosos en aquel centro de cultura y de elevadas concepciones. Soledad Acosta de Samper, es una de aquellas que han cosechado mayor número de aplausos, más alto renombre y hermosos lauros en la literatura colombina.

Por el prestigio de su familia, por su belleza, por su vasta ilustración consolidada en largos viajes, ha obtenido y obtiene los plácemes de propios y de extraños. Hija única del general Joaquín Acosta, que reunía á sus altos conocimientos como hombre de Estado, los relevantes méritos cívicos; valeroso patriota y uno de los hombres más eminentes por su saber, quiso adornar á Soledad con todas las riquezas de la instrucción, con todas las galas que aumentaran las naturales gracias y la viva inteligencia de que, desde muy niña, comenzaba á dar palmarias muestras.

La literata eximia ha invadido todos los terrenos; la historia, la poesía, la novela, que con notable acierto ha cultivado, la crítica y la instrucción pública que ha merecido su particular predilección. Fundó en Bogotá el periódico *La Mujer*, dando cabida en él á variadas producciones de jóvenes ingenios que al comenzar su carrera literaria, encontraban en Soledad Acosta, una Minerva siempre dispuesta á estimular los primeros ensayos y á proteger las nacientes aspiraciones. Por su parte, la infatigable publicista amenizaba el semanario con labores propias para ensalzar al bello sexo y presentarlo en sus ejemplos más hermosos.

Larga serie de obras ha producido la imaginación pensadora de la mujer que es ornato y orgullo de la sociedad bogotana. Una de sus obras culminantes es: «Biografías

de Hombres Ilustres», rica en datos históricos y que nos hace ver el asiduo estudio y la profundidad con que la escritora se ha consagrado á tales trabajos. «Una Holandesa en América» novela que, á la par del hábil pincel con que están retratados los personajes, presenta un cuadro tan sencillo como de gráfica exactitud.

La conquista y la colonización de Nueva Granada, la han inspirado narraciones impregnadas de belleza y que brindan un sabor de veracidad y un colorido que deleita. Muy joven se unió con el fuerte lazo del amor y de la religión á José M.ª Samper, uno de los hombres que en Colombia han logrado todos los prestigios, todos los favores debidos á una capacidad poco común y que sobresalía en la literatura, en la diplomacia, y en la política; él, á la par de todos, rendía admiración y culto á la compañera que embellecía su hogar como madre, como esposa y como literata.

Hace algunos años que Soledad Acosta, sufrió la pérdida irreparable de su marido y entonces envuelta en negros crespones, viajó por Europa, llevando como consuelo un ángel de belleza, su hija Blanca. Permaneció algún tiempo en París, y ya de regreso en Bogotá, se consagró á la publicación de un nuevo periódico y de otros varios trabajos literarios.

De su libro «Novelas y Cuadros de la vida Sur-Americana» vamos á extractar siquiera sea cortos párrafos, que den una idea de esa inteligencia fecunda.

LA PERLA DEL VALLE

—

(FRAGMENTO)

«Yo acababa de cumplir veinte años... Bajaba alegremente de las altas planicies de los Andes, donde había pasado mi niñez, é iba á emprender un viaje á Europa, ese paraíso soñado por todo joven sud americano. Lleva-

ba el corazón lleno de ilusiones, y el espíritu henchido con aquella fatuidad juvenil que espera tener un mundo de dicha en un porvenir conquistado con el mérito de sus talentos. Dueño de una pequeña fortuna, herencia de mis padres y que yo creía un caudal inagotable, así como mi corto saber; feliz con mi juventud y una salud robusta, de las cuales pocos hacen caso cuando las tienen, pero que son los dones más preciosos, pensaba en mi porvenir lleno de esperanza y alegría. Cuando desde lo alto de los empinados cerros vi por primera vez el camino que me debía llevar hacia lejanos paises, me sentí dichoso con mi libertad y lleno de orgullo... No veía entonces que si de lejos el camino parecía tan hermoso rodeado de lindos arbustos y regado por claros riachuelos, al transitarlo encontraría mil peligros y desengaños: los arbustos tendrían espinas y los riachuelos amenazarían ahogarme. Así ve el joven la vida al comenzarla.

. . . . . .

»Después de algunos días de viaje á caballo, llegué en una hermosa tarde de Diciembre á la graciosa aldea del *Valle.*

»Tendida en el fondo de un valle, encerrado entre dos cadenas de cerros, rodeada de llanuras de esmeralda, salpicadas de alegres casas y huertos, teniendo por cabecera una colina inclinada, bañada y circundada por dos riachuelos que bajan murmurando por entre grupos de elegantes bambús, cañaverales y espigados y preciosos árboles cubiertos de blancas y rosadas flores, esta aldea es una de las más bellas de la provincia de ***. Las casas eran casi todas pajizas en aquel tiempo; pero tan limpias y pintadas, con sus patios llenos de jazmines, rosas, naranjos y chirimoyos; los vestidos de las mujeres eran tan aseados y vistosos, que todo me causó un sentimiento enteramente desconocido, contrastando con las feas y sucias casas de las tierras frías y los vestidos obscuros y pesados de la plebe del interior.

. . . . . .

»Dirigiendo los ojos hacia donde todos los tenían fijos, vi que sobresalía entre las sencillas hijas del campo una verdadera belleza. Era más bien pequeña que grande; vestía un modesto traje blanco, era tan blanca como el ramo de jazmines que llevaba en el pecho; dos gruesas trenzas de cabellos rubios le caían hasta la cintura; el brillo de sus ojos negros, sus labios de forma perfecta aunque algo gruesos, la redondez de sus brazos y sus pequeñas manos, todo en ella era seductor y elegante.»

. . . . . .

EL CORAZON DE LA MUJER

—

(PENSAMIENTOS)

«Toda mujer es más ó menos soñadora; pero algunas comprenden sus propias ideas y otras apenas ven pasar las sombras de su imaginación. El hombre culto, cuando ama verdaderamente, es siempre poeta en sus sentimientos. La mujer lo es en todos tiempos en el fondo de su alma, porque su corazón siempre ama, sea un recuerdo, una esperanza, ó la ideal fantasma creada por ella misma.

—

El corazón de la mujer se compone en gran parte de candor, poesía, idealismo de sentimientos y resignación. Tiene cuatro épocas en su vida: en la niñez, vegeta y sufre; en la adolescencia, sueña y sufre; en la juventud, ama y sufre; en la vejez, comprende y sufre. La vida de la mujer es un sentimiento diario; pero este se compensa, en la niñez, con el candor que hace olvidar; en la adolescencia, con la poesía que todo lo embellece; en la juventud, con el amor que consuela; en la vejez con la resignación.

—

Las mujeres no tienen derecho de desahogar sus penas á la faz del mundo. Deben aparentar siempre resignación,

calma y dulces sonrisas; por eso ellas entierran sus penas en el fondo de su corazón como en un cementerio y, á solas, lloran sobre los sepulcros de sus ilusiones y esperanzas.

Como el paria del cementerio bramín (de Bernardino de Saint-Pierre), la mujer se alimenta con las ofrendas que se hallan sobre las tumbas de su corazón.»

Uno de los últimos libros que ha dado á la luz pública Soledad Acosta de Samper, es «Un Viaje por España», hijo de las impresiones más culminantes que sintió cuando, en la época del centenario de Colón, visitó la tierra cuna de sus antepasados. En esas páginas hay apreciaciones sensatas y dignas de un espíritu observador y á la vez propias de un criterio recto, aun cuando algo apasionado.

Todavía esperan á la escritora largos días de gloria y nuevas cosechas de aplausos y de lauros.

Arboleda (Julio)

El escritor de quien vamos á ocuparnos ha sido como poeta, como hombre político, como orador parlamentario y como ciudadano, una de las figuras más culminantes en los promedios del siglo XIX. Nació en 1817, y cuando en el espacio de treinta años había adquirido fama imperecedera, fué asesinado en solitaria montaña por los enemigos po-

líticos, que no le perdonaron la acción activa tomada por él en la desastrosa guerra civil, sin que los lauros del escritor y la alteza del sabio, fueran suficientes para desarmar á los asesinos.

Desde la edad de catorce años había descollado en un periódico científico inglés que se publicaba en Londres, y su clarísimo talento, desarrollado por los estudios en Europa, adquirió en corto tiempo vuelo incomensurable, siéndole familiares los idiomas clásicos y modernos, la filosofía y la historia. Encantan los fogosos arranques, la sonoridad y el sentimiento que resaltan en todas sus producciones, las que sin vacilar pueden juzgarse como uno de los más ricos florones de la literatura americana.

¡Cuán bellísimos son los fragmentos de su poema «Gonzalo de Oyón»! Desgraciadamente sus implacables contrarios quemaron el manuscrito de diez y siete cantos, de los cuales se salvaron algunos versos que existian tal vez en borradores: cada uno es una joya inapreciable.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende en el nativo helecho,
Y á la vista del can yace en acecho
Con sus ojos de púdico temor;
Pura como la cándida paloma
que de la fuente límpida al murmullo
Oye al beber el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor.

—

Hay un lujo en sufrir; es grato hartarse
De la angustia que punza y atormenta
Y cada nueva faz que nos presenta
Meditar más, para mejor sentir;
El corazón convulso en su despecho,
Renovando sus penas se embelesa,
Como la tigre que al soltar la presa
Sólo la suelta por volverla á herir.

La misión de los buenos en la tierra
Es hacer bien al hombre mientras vivan,
Y bendecir el mal que de él reciban
Y con amor su ingratitud pagar,
Para que al fin la humanidad rebelde
Por el constante ejemplo entusiasmada
De tanto ser amada y perdonada,
Pueda aprender á perdonar y amar.

Este poema, por desgracia perdido, debe considerarse como una obra magistral y de las más grandiosas que ha producido la inteligencia americana. Es un episodio de la conquista y de la colonización. La riqueza descriptiva y la naturalidad, deleitan y admiran, no sabiendo qué ensalzar más, si las pasiones que están en juego, si la elevación de las ideas ó los esmaltes que dan brillo y colorido á las descripciones.

El patriotismo ardía inextinguible en el santuario de sus aspiraciones, inspirándole elocuentes frases y poético incienso para el altar sacrosanto.

¿Patria? por ti sacrificarse deben
Bienes y fama y gloria y dicha y padre,
Todó, aun los hijos, la mujer, la madre
Y cuanto Dios en su bondad nos dé,
Todo porque eres más que todo, menos
Del señor Dios la herencia justa y rica.
Hasta su honor el hombre sacrifica
Por la patria, y la patria por la fe.

Julio Arboleda había recibido, como herencia de sus antepasados, el acendrado amor á la libertad, en el que bebía los entusiasmos y las energías que han hecho inmortales sus versos. Tuvo el egregio colombiano todas las glorias, todas las aureolas, y con su muerte alcanzó también la del martirio.

Arciniegas (Ismael Enrique)

Encontrábame yo en Caracas en el mes de Agosto de 1898 y entretenida estaba en hojear algunos números de «El Cojo Ilustrado», cuando un golpecito dado en la puerta del salón interrumpió mi plácida tarea; minutos después un criado del hotel «Venezuela» ponía en mis manos un bonito libro que el autor enviaba á la peregrina española. Apenas hube recorrido algunas de sus páginas, cuando, interesándome por extremo, abandoné la idea de dar mi acostumbrado paseo para engolfarme toda la tarde en la lectura del interesante tomito encabezado con el modesto título de «Poesías».

Es Arciniegas uno de los escritores colombianos más jóvenes, por su castizo lenguaje, la sencillez que á la par descuella en sus versos, la soltura y facilidad en todos los metros, condiciones que han dado ya al poeta esos lauros que otras individualidades adquieren con los años y á fuerza de trabajo.

Nacido en una de las poblaciones del interior, si no nos engañamos, en la provincia del Socorro, siguió sus estudios en el Colegio Seminario de Bogotá, distinguiéndose por sus rápidos adelantos y por la atención suma que prestaba á las lecciones del egregio filósofo y profesor don José Joaquín Ortiz, quien fué el consejero del joven discípulo para sus primeros ensayos literarios. Publicábase por entonces en Bogotá el periódico «La Luz», del que era director el ilustrado cubano Rafael M. Merchán, y aquel diario fué el escenario en donde Arciniegas dió al público algunas de sus primeras composiciones, estimulado por las simpatías que se declaraban en su favor. Desde aquella época, el joven cantor ha tenido un nombre y un puesto en la literatura colombiana.

Sus poesías son de aquellas que se graban en la memoria y que se recuerdan con singular encanto; no dudamos que los lectores aprobarán lo que llevamos dicho.

MI MUSA

—

¡Oh mi musa! ¡Oh mi novia!
¡Oh mi pálida amada!
Cuando el pesar mi corazón agobia
Como aurora me alumbra tu mirada.

Del alma tú naciste,
Creada en un delirio.
Te dí griego perfil, mirada triste,
Cabellos rubios y color de lirio.

Cuando tu pie se mueve
Y á mí llegas en calma,
Parece que vinieras de la nieve,
Y demandaras el calor de un alma.

Indefinible encanto
Hay en tu rostro impreso,
Calla en mi alma del amor el canto,
Muere en mis labios el ardiente beso.

Cuando á mi lado veo
Tu faz radiante y bella,
No me enciende la llama del deseo,
Mi amor es rayo de lejana estrella.

Siempre á mi voz respondes
Y á mí estás tan unida,
Que ni misterios en tu pecho escondes
Ni hay para tí secretos en mi vida.

Llegas á mí sin ruido
En noches estrelladas,
Y tu mano en mis manos, al oído
Me refieres leyendas y baladas.

Y el paseo emprendemos
Al rayo de la luna;
Y cantando al compás de nuestros remos
Bogamos en la diáfana laguna.

. . . . . .

SU CORSÉ

—

Corrido el cortinaje
Desde el balcón de enfrente ví su cuarto
El cuarto de la virgen, que mi sueño
Arrulla en las mañanas con su canto.

Jarrones de Sajonia descansaban
Sobre consolas de bruñido mármol,

Y del sol que moría
Los postrimeros rayos
Hacían resaltar en la penumbra,
Las doradas molduras de los cuadros.
Las lámparas de bronce,
Los ricos muebles de nogal tallado,
Las cortinas del lecho, y en el muro
Los brillantes espejos venecianos.
Y en un rojo sillón, que parecía
A su dueña esperar, medio borrado
Por la naciente sombra,
Se veía un corsé de blanco raso.

Y pensé entonces en las frentes pálidas
Y en los risueños labios,
En los azules ojos
Y en los cabellos áureos,
En las cinturas breves
Y en los ebúrneos brazos,
En el velo flotante de las novias
Y de las niñas en los sueños castos,
En las vírgenes carnes sonrosadas
Y en los púdicos senos de alabastro.

Quién fuera su corsé, me dije entonces
Quien fuera su corsé de blanco raso,
Para saber si late,
Si late aún su corazón ingrato.

Arciniegas es parco en las descripciones, pero cuando las cree necesarias las hace con un buen gusto especialísimo, con una valentía que se retrata en los fragmentos brillantes que trascribimos:

En la orilla, debajo de las frondas
Se ve el plumaje de las garzas blancas,

Y allá, del pasto entre las verdes ondas,
Los toros muestran sus lucientes ancas.

. . . . . .

Se ven del tigre en el fangal las marcas;
Y en la vaga penumbra, entre las quiebras,
Junto á las negras charcas,
Yacen aletargadas las culebras.
Remolinean vírgenes efluvios,
El humo de la rosa, azul y blanco,
Sube de la montaña por el flanco,
Y alzan las cañas sus airones rubios
Del sol á los fulgores,
Como penachos de indios vencedores;
Y traen á la vega, bulliciosos
Los vientos tropicales,
El ruido de los plátanos hojosos
Y el lejano rumor de los maizales.
Y en la playa desierta
Sobre la seca arena perezosos,
Cual negros troncos con la jeta abierta
Descansan los caimanes escamosos.

. . . . . .

En la cercana loma,
En un recodo del camino asoma
Feliz pareja de labriegos. Ella,
Núbil, fornida y bella,
De ojos negros y ardientes, y de roja
Boca virgínea, y apretado seno
Que forma curva en la camisa floja.
Y él, atlético y lleno
De juventud y vida, musculoso,
Con muñecas de recia contextura,
Hechas como muñecas de coloso
De alguna raza extraña,
Para domar el potro en la llanura,
Para tumbar el roble en la montaña.

Y la feliz pareja al fin se pierde
Entre la selva enmarañada y verde.

. . . . . .

Seductoras por extremo y como frescas brisas para el espíritu, son sus producciones «Anhelos», «Ella», «Flor del Guaire», «Amor y Versos», «Mármol y Carne», «El Nido oculto» y, por último, la titulada «En Colonia». Las poesías de Arciniegas, acusan una imaginación rica en pensamientos originales y un ingenio que le asegura la inmortalidad.

Becerra (Ricardo)

No es únicamente la admiración por el publicista bogotano, ni sus méritos como diplomático y político, lo que impulsa hoy nuestra pluma para dibujar á grandes rasgos algo de la vida literaria del eximio publicista, sino también el agradecimiento natural y lógico que le debemos por haber defendido con recto criterio, con acierto sumo, el derecho y justicia que asistían á España en la guerra con los Estados Unidos de América.

Es Ricardo Becerra una individualidad que por su labor constante en pro de las letras colombianas, por sus asiduos trabajos periodísticos, y por las múltiples publicaciones suyas que han visto la luz pública, ha menester ocupar privilegiado puesto en los anales literarios de Colombia, Venezuela y Perú, países donde principalmente ha sembrado los galanos frutos de su ingenio.

El ilustrado y correcto escritor, ha sido también habilísimo diplomático representando á Colombia con gloria y prestando á su patria grandes servicios en el extranjero. En el periodo presidencial del doctor Núñez, tuvo á su cargo la

cartera de Relaciones Exteriores y precisamente fué entonces cuando le conoció y trató la autora de este libro.

Privado de la vista durante largo tiempo, valióse de segunda mano para no interrumpir sus amadas tareas literarias é históricas, mereciendo citarse entre las últimas el folleto «Cuestión Palpitante», que ya por artículos habíase publicado en Venezuela en el periódico «El Tiempo», de Caracas. De este razonado trabajo extractaremos algunos párrafos, siquiera sea como un homenaje de gratitud y á la vez como una muestra de la correcta prosa del señor Becerra.

. . . . . .

. . . . . .

«La historia de todas las épocas comprueba que no se lucha impunemente contra la independencia de los pueblos de nuestra raza, y todo hace esperar que el presente conflicto confirmará esta enseñanza histórica, aleccionando á los que por interés de codicia pretenden contradecirla».

«Mucho más franca, más noble, si no completamente eficaz bajo el punto de vista militar, fué la actitud que Prim y el ejército español asumieron en Orizaba, una vez descubiertos los verdaderos planes de la política francesa. La retirada de ese ejército y la protesta de su jefe fueron, á no dudarlo, el primer golpe serio que recibió la intervención, y jueces tan competentes y autorizados como los Ministros hispano-americanos residentes por entonces en los Estados Unidos, lo comprobaron así por el obsequio de un banquete ofrecido al general Prim. Entre los patriotas de estas Repúblicas que se asociaron á esa manifestación, debemos nombrar al general colombiano Herrán, cuyas ejecutorias están refrendadas en Ayacucho.

. . . . . .

. . . . . .

«Pero vamos á concluir, pues ya es tiempo, este largo y

fatigoso estudio, con el cual hemos abusado no poco, así de la bondad del diario que lo acoge, como de la paciencia de sus numerosos lectores. Nuestro propósito, al emprenderlo, fué tan sólo el de esclarecer con hechos las opiniones individuales, á fin de unificarlas cuanto es posible en favor de la causa que en nuestro sentir representa la justicia, de ninguna manera estimular una acción colectiva desgraciadamente ya extemporánea. Un año antes, los treinta y ocho millones de hispano-americanos que comparten en grupos independientes el suelo descubierto y civilizado por España, pudieron, y en nuestro sentir debieron, hacerse representar en Madrid y en Cuba, al efecto de ofrecer sus buenos oficios, si no una formal mediación. Títulos de sangre, tradiciones, intereses, peligros y necesidades comunes, habrían autorizado lo bastante aquel proceder. La Niobe cristiana seguramente no habría llevado á mal el mensaje que le presentaran hijos suyos ya establecidos, pero afectos siempre al viejo solar patrio y respetuosos para con la madre común. Los cubanos en armas lo habrían recibido igualmente como prenda de verdadera fraternidad. La voz del corazón y de la sangre jamás hiere cuando es dictada por el amor. La nuestra habría sido, al propio tiempo que una invitación á la paz, una saludable advertencia. La ocasión se ofrecía propicia para confirmar con hechos la unión ibero-americana, que á lo largo de una línea de derecho puramente defensivo es preciso oponer á la unión anglo-americana, que tan amenazadora se manifiesta. Pero la oportunidad ha pasado y la nube está hoy sobre nuestras cabezas. La guerra que tal vez pudimos prevenir, principia á ejecutar su obra de destrucción. Los Estados Unidos no sólo la han provocado, sino que la han preparado y hecho inevitable. El carácter de las hostilidades, indica claramente su naturaleza y sus fines.

«Desenmascarar esa política, señalar sus procedimientos, crear la opinión del derecho contra la fuerza, levantar

siquiera esta barrera moral contra la usurpación, poner á un lado las palabras que engañan y traer á la vista los hechos que enseñan y advierten, tal ha sido nuestro propósito al escribir, con la premura que impone una diaria publicación, la serie de artículos que hoy terminamos. Ojalá hayamos realizado, siquiera en parte, semejante propósito».

Ricardo Becerra, figura y figurará ventajosamente en la historia de las letras americanas de los siglos XIX y XX.

Caro (Miguel Antonio)

La alta personalidad inspiradora de estas líneas, tiene vinculado en su familia el amor á las letras, las tendencias filosóficas y las aptitudes para la política, pues que el patriota Antonio José Caro, el ilustre José Eusebio Caro y otros que tal apellido han llevado, militaron siempre á la sombra de honrosas distinciones conquistadas con el talento.

Afírmase que es en Andalucía donde están las tumbas de sus antepasados, y que fué un gaditano el primero que tal apellido trasplantó á Colombia.

Miguel Antonio Caro, ha heredado de su familia todos los privilegios intelectuales, y mancomunando nuestra opinión con aquella emitida por nuestro sabio Juan Valera, es el hombre más notable de Colombia, de ese país donde tienen carta de naturaleza el ingenio y la inspiración. Versadísimo es en los autores clásicos griegos y latinos; tal estudio fulgura en todas las obras del docto filólogo, que á la erudición más honda, á un talento de superior alcance, á las ideas que le han hecho digno de ocupar altísimos puestos, hasta el de Presidente de la República, reune maestría singular en la crítica literaria, no menos que para las ciencias y para la versificación elegiaca, considerándosele como uno de los primeros líricos en el idioma castellano.

Muy joven era cuando produjo verdadero asombro por sus facultades excepcionales, que gráficamente demostró en múltiples trabajos formándose con ellos la maravillosa aureola del egregio literato.

Pasmoso fué el crecimiento de su reputación como orador, como filósofo, como polemista, como político. América entera prestó su tributo de alabanzas al sapientísimo Colombiano, sobre todo cuando selló sus méritos con la traducción de Virgilio en esplendorosos versos castellanos, con propiedad tan exquisita, que desde luego y para siempre asoció su gloria á la del excelso escritor latino.

El «Americanismo en el Lenguaje» le hizo acreedor no sólo á los elogios, sino, más diremos, á la gratitud por el beneficio prestado al idioma español. En su Oda «A la Estatua del Libertador» elevó aun más, si era posible, el prestigio ya conquistado, y fuera difícil, á no consagrarle páginas y páginas, hacer un examen de lo mucho é inapreciable que ha escrito y publicado.

El crítico cubano Rafael M. Merchán, califica de Evangelio de la lengua, los libros que han brotado de aquel singular cerebro y añade que el «Tratado del Participio» y la «Gramática Latina» son como dos pirámides levanta-

das en el campo de la filología, y que la crítica que por antonomasía se llama literaria, abarca en los escritos del gran Colombiano, un crecido número de autores y obras, emanando sus observaciones estéticas de un gusto acendrado y de un vasto dominio sobre las literaturas.»

Concretémonos á insertar los títulos de algunas de sus obras; siendo muchas las que en el «Repertorio Colombiano» llevaron por toda América la incansable labor del ingenio bogotano.

Americanismo en el Lenguaje.

Ensayo métrico de una traducción Byron.

Literatura Mexicana.—Un Obispo Poeta.

Olmedo.—La Victoria de Junín.—Cartas inéditas.

Virgilio en España.

Madrigales.—Juicio crítico sobre las «Gotas de Rocío» de Don Antonio Arnao.

Del Uso en sus relaciones con el lenguaje.

Camila (La amazona Virgiliana).

Del Verso endecasílabo.—Sus variedades.—Sus orígenes.

Poesías de Menéndez Pelayo.—Indicaciones sobre la poesía horaciana.

Bolívar y los Incas.

Estudio sobre «El Quijote»

Estudios sobre el Utilitarismo.

Considerándole como crítico se destaca por la profundidad de las ideas, como, por ejemplo, en el notable prólogo dedicado á las obras del ilustre poeta venezolano don Andrés Bello: se expresa así:

«Cuando decimos poesía científica, poesía denota el género y lo científico es la especie. Poesía es una manera ideal y bella de concebir, de sentir y de expresar las cosas; de modo que la esencia de la poesía es siempre una misma, si bien el teatro en que se ejercita puede variar dentro de una esfera inmensa. Cada género de poesía es la aplicación de las facultades poéticas á determinado campo; por lo cual no es razonable fallar que en el siglo

presente ó en el futuro, no ha de cultivarse sino tal género de poesía, la científica vgr., pues no hay motivo ni derecho para recortar ó localizar la jurisdicción del poeta».

Al juzgar á Fallon, poeta colombiano, lo hace de este modo:

«La poesía de Fallon es, en general, descriptivo-filosófica, y por esto y por el especial atildamiento de sus formas métricas, le consideramos alumno de don Andrés Bello: algunas estrofas de «La Palma» confrontan sin desventaja con rasgos de la silva «A la Zona Tórrida».

«A pesar de lo dicho, no hemos de negar, antes reconocemos ingenuamente, que la fantasía predomina en Fallon, y á veces, rompiendo el freno de la razón, se le lleva consigo á divertirse á su sabor mezclando ideas heterogéneas. Así en «La Luna» y «La Palma», por ejemplo, Fallon es Fallon, pero serio y visto por un solo lado; mientras que las «Rocas de Suesca» es de sus composiciones la más genial y la más característica de Fallon, porque en ella el hombre conversa como canta, y el poeta canta como conversa; allí juega Fallon como prestidigitador, con falsas joyas, mezcladas con oro puro y legítima valiosa pedrería, y á un tiempo hace reir con sus ocurrencias é induce á pensar con sus altos pensamientos».

Trascribamos su hermosa apreciación sobre Byron:

«...Puso en sus versos llenos de amarga duda, de desesperación y misantropía, sus sentimientos personales y los de su época... Nadie osará decir que la lectura de sus poemas llena el alma de aquel divino deleite artístico que acompaña á la contemplación de la belleza en los monumentos sencillos y majestuosos de la antigüedad, que el mismo Byron, clásico en sus gustos si romántico en sus obras, veneró siempre, pero nadie tampoco negará que ya por el vigor de un lirismo genial, ya por la esplendidez de las descripciones, ya por la maestría de la ejecución, no pocas veces hay en sus obras páginas que jamás perecerán. Sus lúgubres tonos, sus vagas tristezas, sus extrava-

gancias febriles, fueron como proféticos preludios de tiempos desgraciados; y por esto mismo, ó por lo que fuere, el hecho es que Byron ha estado en boga en todo el mundo...»

La musa del celebrado colombiano es seria, reflexiva, filosófica; estereotipada está en estos versos.

ALMA BENDITA

—

«Contigo, para tí, de tí vivía,
Cuando á tu lado, en flor, me hirió la muerte;
Mas la amistad de infancia y poesía
No sucumbe á los golpes á la suerte.

Lazo nunca se vió de tal firmeza;
Fruto de un mismo seno dos infantes
No produjo jamás Naturaleza
Cual fueron nuestras almas semejantes.

Si no hay fuerza que gaste ni desuna
Dos porciones de un alma, ten por cierto,
Pues sabes que las nuestras fueron una,
Y vives tú, que para tí no he muerto.

Aunque de allá partí, te traigo unido,
Aunque allá te dejé, contigo quedo;
Espíritu inmortal, ni me has perdido
Muriendo al mundo, ni perderte puedo.

¿Temes acaso que en región serena
Sea el antiguo afecto menos hondo?
¿Piensas, porque olvidé la voz terrena,
Que á tu doliente anhelo no respondo?

¡Lejos, lejos de tí duda sombría!
¿Elocuentes también no son las flores

Que ofrendas á mi túmulo? ¿No envía
Tu pecho, mudo el labio, sus clamores?

Te doy con mis recuerdos mi ternura;
Penetrando en tí mismo, te consuelo;
Respóndote de aquí, como á la oscura
Tierra con luz presente el alto cielo.

Bendigo á Dios, que en su glorioso seno
Por guardián de tus pasos me señala;
Libre de afán, mas de sopor ajeno,
Sobre tí de continuo tiendo el ala.

¡Sujeto del trabajo al acicate,
En medio aun del mundo tormentoso,
Tú las treguas me ofreces del combate;
Yo te consagro mi eternal reposo!

LA LUZ

—

«¡Sea la luz!» Dios dijo; y en raudales vivíficos
De su fecundo seno la luz se propagó,
Emula al pensamiento, por los vacíos ámbitos,
A disipar del caos el primitivo horror.

«¡Sea la luz!» Dios dijo; y en panorama espléndido
Brilló lo que en su mente se diseñaba ayer;
Los ángeles y el hombre el grandioso espectáculo
Contemplan extasiados, y á su Hacedor en él.

«¡Sea la luz!» Dios dijo; y al espacio sin límites
Lanzó el fúlgido germen en soles mil y mil;
Y hasta en la densa nube, hasta en el duro sílice
Entró el difuso lampo, y oculto vive allí.

Mas ¡ay! tras largos siglos, de aquella noche prístina
Tal vez jirones flotan reñidos con la luz;
Quizá en limbos recónditos, quizá en ciegos espíritus
La gran reveladora no ha penetrado aun.

¡Cuán triste errar sin rumbo en horizonte lóbrego
En medio de profundo silencio y soledad!
¡Cuán grato ver destellos de algún albergue rústico
O del pálido Oriente el vago clarëar!

Tú que la luz regalas aun á criaturas mínimas,
Apiádate benigno de los que no te ven!
¡Con benéfico soplo aviva en nuestras ánimas
Tu irradiación gloriosa, la recibida fe!»

Miguel Antonio Caro, es una gran figura, investida de alta autoridad literaria, por el pensamiento, por la idea, por lo correcto de la frase, por la excelencia de la forma y lo castizo del lenguaje.

Gloria á América! gloria para la lengua castellana! gloria universal, porque el genio no tiene patria!

Herrera (Darío)

El joven poeta es hijo de esa tierra fecunda donde la inspiración *está* en la atmósfera, en los paisajes, en los bosques, en los ríos y en el organismo aun de aquellos séres que no han recibido el alimento que brinda la instrucción.

Darío Herrera es modernista, y tanto sus versos como su prosa halagan

y seducen por la naturalidad del estilo, por la cincelada forma y por el movimiento vital que imprime á sus concepciones.

Riqueza suma de irisados colores; amorosas palpitaciones y una estética exquisita, son los rasgos más sobresalientes en el poeta. Ya hemos dicho y ahora repetimos, que la escuela modernista guarda todavía un manantial fecundo de tesoros no explotados, y que en ese molde pueden forjarse modelos cada vez más perfectos y más bellos.

El vate colombiano cuenta hoy veinte y nueve años y es en la generación contemporánea un gráfico artista, que mezcla en su paleta todos los colores adorables que dieron á los clásicos su perdurable renombre. No poseemos del joven escritor sino una de sus composiciones, pero ella es suficiente para revelar la originalidad de su estro.

VISIONARIA

—

La noche está vencida. Jovial y fresca aurora
Su luminosa púrpura derrama en el jardín,
Y entre las rosas vírgenes la virgen soñadora
Deshoja con sus labios el cáliz de un jazmín.

Clavadas las pupilas en algo dulce y vago
Que flota de la niebla sobre el flotante tul;
No advierte cómo un lirio con voluptuoso halago,
Se inclina y le acaricia su zapatito azul.

No advierte cómo Céfiro retózale en la falda
Y con su blando aliento, fragante de azahar,
Le inciensa los cabellos, tendidos en la espalda
Como cesárea clámide de brillo aurisolar.

De cuanto en torno vibra no hay nada que le arranque
Del pensamiento el éxtasis, secreto, ensoñador...
Ni el ritmo con que un cisne sobre el dormido estanque
Se mece, como cándida y palpitante flor.

¿Qué sueña?... Los brocados, las perlas, los zafiros,
Que su dominadora belleza realzarán
En el salón riente, donde á los raudos giros
Del wals le diga amores un príncipe galán.

¿O ser allá en la Escena la vencedora diva
A cuyos pies desgranen aplausos en tropel?
¿O en solitaria selva la ninfa pensativa
Que vague bajo cúpulas de mirto y de laurel?

¿O estar en la basílica, frente al altar radiante,
Envuelta con las brumas del símbolo nupcial?
¿O en la nupcial alcoba, donde el feliz amante
La inicie en el misterio del rito pasional?

¡Ah, no! ¡La virgen mira flotar sobre la niebla
De un extranjero bardo la pálida visión,
Que el alma, sensitiva y artística, le puebla
De sus extrañas rimas con el triunfante són!

Isaacs (Jorge)

ELIVERIA

—

SONETO

«Si á voluntad del corazón pudiera
Oir sus celestiales armonías,
Como en las horas de mi edad primera,
Los suspiros del viento en las umbrías;

Si luz que en sus miradas reverbera
Viniese á iluminar las noches mías,

Como argentó la luna placentera
Las noches ¡ay! de mis felices días;

¡Cuánto que aquí en la mente grande y bello
Surge, y muere al nacer desconocido,
Brotara de sus ojos al destello,

Cuánto!... ¡Locura! Hiel... dolor, rüído
Fué la existencia, y tus umbrales huello,
¡Oh, muerte! ansiando desamor y olvido».

El autor de los versos colocados al comenzar este perfil, era de origen español por su madre, y por su padre llevaba sangre hebrea en sus venas; en las márgenes del Cauca, en las agrestes y floridas comarcas de aquella porción colombiana, nació Jorge Isaacs, en 1837: sin duda en la rica zona, en los poéticos campos bañados por un sol fulgurante y creador, creció y se desarrolló la naturaleza impetuosa y la imaginación volcánica de aquel que con sólo un libro, había de lograr fama imperecedera.

Es muy probable, es casi cierto que «María» es un episodio íntimo; es el torrente que salió del cauce por la impresión de un dolor inmenso, de un recuerdo tan apasionado como grande, porque únicamente el propio sentimiento, la pena sentida cada día, á cada instante, la pasión renovada y sostenida por las memorias del *ayer* y por el cariño que eterno arde en el corazón, pueden dictar páginas que hayan hecho derramar lágrimas á cientos y cientos de lectores.

«María» es un poema ideal, es un idilio hermosísimo, es el misterio de un amor purísimo, divulgado para formarle un trono y alzarle templos en toda la extensión de los continentes. «María» ha sido traducida al francés, al inglés y aun creemos que al italiano; y en su loor han sembrado alabanzas los críticos y los poetas nacionales y extranjeros.

La novela de Jorge Isaacs, aunque romántica, pertenece á todas las escuelas; todos la aclaman, la ensalzan y la adoptan por suya. Cuando el escritor caucano la modeló, la formó, ó la sacó del fondo de su alma para darla segunda y perdurable vida, rompió su pluma, y desde aquel momento hizo callar á su ardiente creadora inteligencia; no quiso distraer el grandioso interés despertado con su obra magistral ni necesitó más para escalar el puesto de inmortal.

«María» ha sido suficiente para tejer la corona que nunca se marchita, para que su nombre sea un monumento hasta las edades más remotas.

¿SOÑÉ?...

He soñado feliz que á tu morada
Llevóme en alta noche amor vehemente:
Creí aspirar el delicioso ambiente
De moribunda lámpara velada:

Sobre muelles cojines reclinada,
Dormir fingías voluptuosamente,
La cabellera de ébano luciente
Sobre el níveo ropaje destrenzada.

Trémulo de emoción, tus labios rojos
Oprimí con mis labios abrasados...
Pudorosa y amante sonreiste:

¡No bajes, por piedad, los dulces ojos;
brillen por el placer iluminados
Haciendo alegre mi existencia triste!

EN LA NOCHE CALLADA

—

(Traducido de Moore)

¡Ay! cuántas veces en las lentas horas
De la noche callada, antes que el sueño
Venga á cerrar mis párpados, recorre
Mi memoria tenaz los bellos días
De lloros y de risas infantiles
A que siguieron tan hermosos años!

Sus palabras de amor entonces oigo,
Sus votos de constancia... no cumplidos,
Y vuelvo á ver la luz de esa mirada
Que hundióse en el ocaso de la vida
Para ya no lucir... ¡ay! ¡para siempre!

¡Ay! cuántas veces los amigos caros
Al corazón desde la infancia unidos,
Que ya no existen .. mi memoria evoca,
Y hallo en torno de mí sólo sus tumbas,
A do bajaron, como al soplo frío
Del invierno las hojas macilentas...

Imagínome entonces que recorro
Un salón de banquete ya desierto,
Do algunas luces oscilando mueren...
Donde se ven aquí y allá dispersas
Las guirnaldas marchitas... lo han dejado
Todos, excepto yo: y así en la vida
¡Ay! ¡cuántas veces me contemplo solo!

Núñez (Rafael)

El 28 de Septiembre de 1825 nació en Cartagena el que por sus talentos múltiples, sus iniciativas políticas y sus méritos literarios, ha sido uno de los hombres más culminantes en aquel país rico en ingenios, y que por esto mismo lleva con gloria el título de Atenas Americana.

Paréceme aún estar viendo al que por los años 1881 era Presidente de la República cuando yo visitaba por primera vez aquel rico territorio. En el aspecto del doctor Núñez, adivinábase al sabio, al pensador, al filósofo. Su mirada era profunda é investigadora y en ella se reflejaba el caudal de ideas que en aquel cerebro privilegiado tenían carta de naturaleza. El fué por largo tiempo el eje de la política en aquella república, y dotado de clarísimo entendimiento, de sagacidad suma y de capacidades excepcionales, ejerció omnímoda autoridad sobre una de las naciones más cultas de la América Latina.

Siendo las páginas de este libro ajenas por completo á la política. nos abstenemos de juzgar en ese terreno al habilísimo hombre de Estado, concretándonos á presentarlo

en este perfil biográfico bajo el punto de vista del escritor filósofo, del poeta eximio y del austero pensador. Asombra verlo manejar la pluma á los veinticuatro años con la sensatez y profundidad que una larga experiencia imprime, revelándose sus aptitudes en el periódico «La Democracia» fundado por él y que fué por espacio de cuatro años el cimiento de su nombradía como publicista.

Ya por aquel entonces regíase Colombia por el sistema federativo, y aquella forma de gobierno tuvo en sus resultados prácticos, honores reaccionarios, precisamente en contra del partido que á la sazón imperaba. Al doctor Núñez le tocó en lote una honrosa misión que fué página de oro para la historia neo-granadina durante aquel periodo y que preparó su preponderancia política.

Inseparable es de la personalidad del hombre de Estado, la del poeta y la del académico, porque en lo mucho que ha brotado de su pluma, campea el estudio de los hombres, de las revoluciones y de los adelantos en la ciencia. Todas sus obras tienen caracter político social y son hijas de ideales que muchos en el terreno de la práctica han sufrido modificaciones en mayor ó menor escala, tomando forma diferente bajo el influjo de un criterio propio, sostenido durante años y años sin ceder un punto, apoyado por sus apasionados partidarios, ó luchando frente á frente contra adversas opiniones, sacrificios lógicos y combates necesarios en todo aquel que invade el sendero espinoso de la gloria.

Su numen poético tiene mucho de extraño, y en el fondo de sus composiciones, resaltan las ideas del investigador profundo, del ilustrado literato, y del ideólogo apasionado. En varios de sus escritos es amenísimo y siempre acusan un corte tan correcto como elegante y clásico.

Como modelo de lenguaje, como alteza en ideas y en doctrinas, que retrata de cuerpo entero al escritor, copiaremos algunos párrafos de una de sus obras más notables:

«La reforma política en Colombia.» Veamos las siguientes pinceladas magistrales:

«Todos reconocemos que el pueblo de la Gran Bretaña es un gran pueblo. La grandeza de la Gran Bretaña no la medimos por sus poderosas escuadras, ni por sus vastas fábricas, ni por sus espaciosos astilleros, ni por la prodigiosa cantidad de oro que en los sótanos de sus Bancos se acumula, ni por lo que publica su incomparable prensa, ni menos todavía por el esplendor de sus palacios. Medimos solamente esa grandeza por el espíritu de equidad que prevalece en ese movimiento social y político. A ese espíritu de equidad debe la Gran Bretaña el haber podido verificar en los últimos cincuenta años, sin sacudidas ni alarmas, el milagroso fenómeno de convertir en república práctica una secular monarquía aristocrática, que es lo inverso precisamente de lo que el vértigo de la pasión política, entre nosotros, ha pretendido. El espíritu de justicia que, como lo hemos dicho y todo el mundo lo sabe, caracteriza especialmente al pueblo británico, proviene seguramente del asiduo cultivo del sentimiento religioso.»

«En este cuadro de espléndidos colores hay un gráfico detalle triste y nebuloso: Irlanda.»

«Punto obscuro del que sale sangre que empaña el brillo general del suntuoso cuadro, que atormenta á los pensadores y estadistas ingleses como una pavorosa pesadilla. Hay una verdadera fuerza moral que gobierna á los hombres y que sólo velan ilusorios accidentes; y los partidos que obran con desconocimiento de esa fuerza, caminan rectamente al suicidio. Su agonía puede no ser corta; pero su muerte es infalible, como lo es el término de todo movimiento de descenso.»

Este hermoso libro está cortado en moldes clásicos, como puede juzgarse por las líneas que llevamos consignadas. En el Presidente colombiano, la vida estaba en el cerebro y era el fecundo santuario donde el sabio y el poeta elaboraban continuamente sus rigorosas concepciones. Pa-

rece que todo lo vital habíase refugiado en la mente, pues físicamente hablando era débil y enfermizo. Sus versos correctos, harmoniosos, traducen un pensamiento filosófico y obsérvase á la vez un alma vehemente y apasionada, como se comprenderá por los que acompañan á este perfil biográfico.

El 18 de Septiemdre de 1894 murió el austero colombiano, para el que ni la opulencia ni las vanidades, ni las ostentaciones tuvieron nunca valor. En su casa de campo de El Cabrero, arrullado por el eterno ruido de las olas del mar Caribe, se apagó aquella existencia que ha de ocupar largo espacio en la historia de América del presente siglo.

QUÉ SÉ YO

—

El corazón del hombre es un arcano
Inexcrutable; imagen del Océano
Laberintos sin límites ni fin.
Ayer gozó y hoy sufre;
Ayer lloraba, y donde el yerno del dolor miraba
Hoy encuentra un jardín.
El dolor que en el alma halla cabida
Pierde al cabo su espíritu homicida
Dejando de ofender como dolor.
Y no hay de goce bulliciosa fuente
Que no agote ó desvie indiferente
El tiempo volador.

—

¿Es este un bien ó un mal? ¡Oh! yo he pensado
En ocasiones que uno mismo el hado
Es de todos aquí, que no es verdad
Que hay algunos que otros mas felices,
Porque en el fondo hay en todos los matices
Del destino igualdad.
No sé si lo que llaman heroísmo

Es virtud, embriaguez ó fanatismo
Odio, ambición, delirio, saciedad.
En la noche que forman las pasiones,
No alcanzo de mis propias emociones
A saber la verdad
Así ¡oh dolor! no sé como llamarte,
Aunque mi corazón tu espada parte
En mil pedazos al cebarse en él
No sé si de la vida en el abismo
Son en definitiva un jugo mismo,
El néctar y la hiel.

. . . . . .

. . . . . .

TODAVÍA

—

Longue nuit . . . .
V. Hugo

¡Todavía tu imágen refulgente
Viene á turbar mis sueños, y mi mente
Vuelve á incendiar con su abrasante luz!
¡Todavía palpito al oir tu nombre,
Y al mirarte sucumbo, débil hombre,
Como al soplo del austro el abedul!

¡Oh! aquel amor que me ofreciste un día
En su copa celeste refundía
Cuanto bello y gentil el mundo da;
Y tus labios, doquiera que ellos chocan,
Donde un instante, un sólo instante tocan
Indeleble allí dejan la señal.

¿Y te amo aún? Yo no lo sé. Mi vida
De la tuya hace tiempo desprendida

Me parece rebelde á la pasión;
Pero hay horas, hay horas en que al verte,
No pudiendo ya unir á ti mi suerte,
Prefiriera vivir sin corazón.

¡Quién pudiera traerte una vez sola
Aquí á mi pecho, á encadenar la ola
De este que encierra turbulento mar!
¡Quién pudiera borrar lo que ha pasado,
Tu hado funesto y mi funesto hado
Quién pudiera un instante revocar!

Yo soy tuya. Yo tuyo. Así dijimos,
Y al hacer este voto no creímos
Que otro nunca pudiéramos hacer,
Y lo hemos hecho, lo hemos hecho. ¡Impía!
Tú lo hiciste primero, tu falsía
Me arrastró á pronunciar otro también.

¿Cuántos años pasaron ya, señora,
De este doble perjurio? En esta hora
Me parece que ayer fuera no más,
Pero no; es imposible; que á tu lado
Juega y sonríe y canta alborozado.
El fruto aciago de tu unión fatal.

¡Quién pudiera anular lo sucedido!
Ese niño á tu lado entretenido
Me llamara su padre entonces, sí,
Pero no; es imposible; ese inocente
Odio, dolor frenético, creciente
Es lo que excita, á mi pesar, en mí.

¿Y esto es amor? ¿El peso de los años,
La luz de la razón, los desengaños
No han vencido el poder de la pasión?

¿El beso de la esposa, criatura
No tan bella cual tú, pero más pura,
No ha borrado del tuyo la impresión?

Yo no lo sé. Yo la amo con mi vida,
Al mirarla de amor estremecida
Me estremezco también: ¿no es esto amor?
Quisiera levantar un Paraíso,
Como aquel que por Eva Adán deshizo,
Tanto, así, tanto la idolatro yo.

Mas ¡ay! cuando la miro yo te miro,
Yo escucho tu suspiro en su suspiro,
De tu acento la música en su voz;
El paso de sus plantas es tu paso,
Su labio el mismo perfumado vaso
Que tu amor de un instante me ofreció.

Y sin embargo ¡ay! tú no eres ella,
Lo recuerdo muy bien. La tibia estrella
Jamás abrasa como abrasa el sol.
En tí hallo el mar que proceloso brama,
En ella al lago que apacible clama;
Tú eres el huracán, ella el rumor.

¿Te amo por fin? Yo no lo sé; lo ignoro
Sueño contigo y en mis sueños lloro,
Y despierto pensando sólo en tí;
Quisiera verte y no dejarte nunca,
De nuestra historia desgarrada y trunca
Las sueltas hojas yo quisiera unir.

¿Pero será esto amor? No sé; responde:
Di si este cuadro tras de si no esconde
La espantosa verdad de una pasión.
Di si no llora el alma con el llanto

Que derraman los ojos, si en su encanto
Quimeras ó verdad los sueños son?

¡Dilo, mujer! Responde si el delirio
Es un juego vulgar, ó si el martirio,
El martirio del alma, está con él,
Dime si puede sucumbir la mente
Sin que antes se haya en nuestro sér doliente
Confundido á la sangre fuego y hiel.

¡Dilo...! pero más bien dime si tu alma
Duerme al rocío de la dulce calma
En estas horas en que velo yo;
Dime si el nombre de tu amor primero
No es á tu corazón más placentero
Que el nombre odioso que el deber te dió.

Dime si me amas, dilo; ¿á qué ocultarlo,
Si no puede más tiempo disfrazarlo
La voz de tu alma, tu mirada azul;
Si en tu párpado casi adormecido
Yo descubro el secreto bendecido
Que en vano intentas ocultarme tú?

¡Oh, nos amamos, sí! Pero es preciso
Separarnos, que tras del Paraíso
Un infierno se esconde; ¡la expiación!
Es preciso alejarnos, nunca vernos,
Que es inmenso el peligro de perdernos
Si al deber no sucumbe la pasión.

REACCIÓN

—

Era mi corazón abismo inmenso:
Ni flor, ni yerba, ni calor, ni luz,

Ni olor siquiera, ni el más leve acento
Turbaban de ese abismo la quietud.

No era sepulcro aquello, pues las tumbas
Oyen los ayes que les da el dolor,
Y las flores sus mármoles perfuman
Y con sus rayos las calienta el sol;

Y aun más: que la esperanza les sonríe,
Meciéndose del sauce en el ramal,
Y con palabras místicas les dice
Que la muerte es un sueño, nada más.

Pero ese gran vacío de mi pecho,
Ese abismo sin fondo, aterrador,
Ese limbo que al cabo era ya infierno,
Con tu presencia al fin despareció.

Hoy en lugar de nada, todo bulle,
Canta y fulgura de consuno en mí;
Como el sol de la nieve el cristal funde,
El hielo de mi sér te ví fundir.

Hoy la esperanza, que es la vida toda,
Ha vuelto á confortar mi corazón;
Hoy la raíz de mi existencia rota
Con savia nueva á germinar volvió.

Ortiz (José Joaquín)

Tan sólo una preciosa composición publicamos del castizo poeta, que en inspirado soneto nos dibuja el autor de «La Odisea del Alma».

Sería pálido cuanto pudiéramos añadir, pues en sus sonoros versos está grabada su semblanza.

Como el lírico audaz, gloria del Lacio,
O de los griegos campos florecientes,
Eres tú, por tus cánticos valientes,
De tu nación el Píndaro y Horacio;

Mas, á la par, cual las del viudo tracio,
Se alzan tus notas tiernas y dolientes;
Y las escuchan resonar las gentes
En pobre hogar, no en fúlgido palacio;

Y, diverso del vate de Venusa,
La santa Libertad tienes por Musa;
Por solo anhelo la apolínea rama;

Es tu Mecenas el Dolor adusto;
El Redentor de América, tu Augusto;
Tu fuente de Tibur... ¡el Tequendama!

NUMA P. LLONA.
(Ecuatoriano)

LA ULTIMA LUZ

—

AL SR. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Cuando del firmamento la harmonía
Desaparezca de los ojos míos,
Cansados de verter amargo llanto;
Cuando ya en mis oídos no resuene
Dulce rumor de bosques y de ríos
Ni de las aves el alegre canto;
¡Ay! cuando pase á vida más tranquila,
De nuestros bosques por los hondos huecos,
Despiertos al tañido de la esquila,
¡Qué tristemente gemirán los ecos!

Vosotras, prendas de mi vida, entonces
No vayáis á llorar sobre mi suerte,
Que el brillo de la vida verdadera
Iluminó las puertas de la Muerte.

¡Vientos que llevaréis en vuestras alas
El alma atribulada del poeta
A la región desconocida en donde
De los mortales el final destino
Entre pasmosa obscuridad se esconde,
¡Ya os oigo lejos resonar! Ahora,
Sentado al borde de mi tumba, espero
A que raye la aurora en el Oriente
Y al mar occidental caiga la luna,
Entonando las santas oraciones
Con que mi madre remeció mi cuna.
Así aguarda el marino,
Parado de su nave en la alta popa,
Con el oído atento,
A ver si sopla favorable el viento
Para soltar el vagaroso lino
Y entregar á las ondas su destino.

¡Oh! ¡dichoso el mortal que atrás dejando
De la borrasca la tupida bruma
Logra tocar al suspirado puerto,
Aunque salga cubierto
Del fiero mar con la salada espuma;
Y doblar exultante lo rodilla,
Y besando la orilla,
Clamar: «Al fin te tengo, y para siempre
»¡Tierra de libertad! ¡en tu regazo
»Al fin aquí reposaré tranquilo
»Del Sumo Bien en el amante abrazo!»
Mas de mi infancia, ¡oh celestial aurora!
De la vida lucientes ilusiones,

Que poseéis la fuerza seductora
De hechizar los humanos corazones,
¡Bello rayo de gloria que ideaba
Reflejar en lo patria! todo ahora,
¡Todo desparecido!
¿Adonde, adonde ha ido
De la niñez feliz la ingenua risa
Pagada por la madre con un beso?
¿Donde el primer amor, dulce embeleso
De la vida, y las fieras tempestades,
Y los dorados sueños de ventura,
Y las horas de dicha y las de llanto,
Y las horas de gloria y de amargura?

Selló la Muerte con su mano helada
La losa del sepulcro, y el Olvido
Sobre ella echó su perdurable manto;
Y se escucha una voz que nos enseña
Que el todo es vanidad de vanidades
Y sólo la Virtud eterna dura.

¡Adiós, oh sol! ¡estrellas fulgurantes,
Que brilláis en el velo de la noche
Cual chispas de diamantes!
Y vos, ¡oh patrio río,
Oh Sugamuxi mío!
¡Bellos campos, que inunda
Una ola de fragancia,
Donde gocé de paz dulce y profunda
En los risueños años de mi infancia!
¡Adiós, oh pobre iglesia de mi aldea,
Recostada en musgosos pedrejones
Y en torno rodeada
De árboles que sembraron mis abuelos,
Cuya mudable sombra
Mal encubre á mis ojos

Los blancos paredones
El alto campanario y techos rojos.
El polvo vuelva al polvo
En silenciosa paz, hasta que suene
El ronco són de la final trompeta
Y las regiones del sepulcro llene;
Y como el huracán barre la hoja
De los bosques marchita,
Del pecador Adán toda la raza
El Ángel á rendir estrecha cuenta
Ante las plantas del Señor recoja.

Y mientras tanto allí, ¿qué necesita
Ese poco de polvo que ha quedado
Y se llamaba el hombre?—Un paño negro
Que el pavimento de la iglesia enlute,
El ataúd común que en la parroquia
A los pobres recoge, y cuatro cirios
Cuya luz vacilante
Caiga sobre el semblante
Del que finó, y las manos
Que piamente abracen y amorosas
La cruz del Redentor sobre su pecho,
Cual de una tabla el náufrago se agarra
Cuando en el mar, en temporal deshecho,
Sopla el austro, y retumba
Sordo el trueno, y el rayo
De negras nubes el montón desgarra.

Cubra mi cuerpo el manto
De color de la pálida ceniza
Que en hombros de los hijos de Francisco
Ha paseado el mundo
Llevando las ovejas descarriadas
Del Eterno Pastor al grande aprisco.
Oigase solamente

Encima de mi tumba
La voz del sacerdote
Que por misericordia y perdón clama,
Y llueva cual rocío refrescante
En campo erial de aridecida grama;
Mas no venga con eco estrepitoso
A resonar allí comprada orquesta
De variado instrumento,
Voz calculada, hipócrita lamento.
Suba abundante incienso en blanca espira
Que las bóvedas llene; y en contorno
Del enlutado féretro, piadosas,
Como sordo rumor de manso río
Que golpea la orilla,
Resuenen muchas veces
Por perdón y clemencia
Al cielo alzadas doloridas preses;
Y no lámparas ciento
De oro bruñido y de brillante plata;
No amarillos blandones
Con luces sulfurosas y cambiantes
Quiebren la obscuridad del templo grata,
Entre velos flotantes
Con caireles de gasa y de crespones,
Ni la carroza fúnebre cubierta
De coronas le mueva con airones
De movedizas plumas
A la región del sempiterno luto;
Ni del coro le siga la armonía
Con la voz estruendosa de la orgía
De una falsa amistad sólo tributo
O de mentido amor; y que no venga
Orador presuntuoso
A pronunciar de la Virtud el nombre
Sobre el polvo de un hombre
Gran pecador, en estudiada arenga;

Que oirse allí no debe
La voz pagana y triste
«¡La tierra te sea leve!»
Mas la del sacerdote
Voz de resurrección y de esperanza
Que nos promete vida más dichosa:
«¡Oh! ¡luzca sobre tí la luz perpetua
Con los santos de Dios! ¡y en paz descansa!»

¿Qué á mí con la corona
De verde mirto entretejida y flores
Con que el ingenio ó la virtud blasona?
Bien poco necesita
De un pecador el cuerpo amortajado
Para dormir en paz su último sueño:
Un e pacio pequeño,
Siete palmos de tierra en la bendita
Mansión que ha de habitar eternamente
De soledad cercado,
Donde no se distinga entre la alfombra
De florecida grama
De otras tumbas su tumba, á que haga sombra
Rústica cruz de mal labrado leño.
El perdón del Señor bástale sólo,
Sin que á su gloria necesario sea
Grabado en el altivo mausoleo
Título vano de mentida fama
Que el admirado pasajero lea.

Y tal vez por la tarde,
Cuando la luz con las tinieblas lucha,
Ave viajera detendrá su vuelo
En la cerca de espino
Que guarda el camposanto,
Y tupen con festones
La zarza y la silvestre capuchina;

Y soltará de allí su dulce trino
Al sol que muere, al céfiro, á la rosa
Que deshojada por el polvo rueda,
Al sauce babilónico que inclina,
Como llorando, lánguida la frente,
Y al cercano torrente
De nuestra vida imagen,
Que borbotando baja
En raudo torbellino
De una en otra laja
Con ondas espumosas cristalino:
Canto que es un remedo
De la canción sencilla
Del poeta difunto, ó cual memoria
De antiguo bien perdido
Y de dicha fugaz y transitoria.

Luego las negras sombras de los Andes
Se irán haciendo cada vez más grandes.
Del pueblo oiráse lejos el murmullo
Cual voz de un río entre las piedras sordo:
Y más lejos el lúgubre lamento
Con que en la grey el toro padre muje,
Y el chirrido del carro
Que de puro repleto se desborda,
Y atormentado con la carga cruje;
Luego el agudo són de la campana
Volará al monte, al valle, á la alquería
Saludando á la Reina Soberana,
Luego saldrá la luna difundiendo
Sus secretos de gran melancolía;
Luego sombra y silencio.....
Y después morirá por fin el día.

Y siempre, ¡oh, Dios! así; y años tras años;
Siglos tras siglos rodarán sus olas

Sobre la humilde tumba del poeta
Que en tiniebla, en silencio duerme á solas,
Hasta que lo despierte
Del pavoroso sueño de la muerte
El ronco són de la final trompeta.

Pombo (Rafael)

En 1834, y en la ciudad de Bogotá, vió la luz primera el ingenioso é inspirado vate á quien personalmente admiramos en 1881. Sus primitivos estudios consagráronse á la carrera de ingeniero, que abandonó más tarde porque sus ideas tomaron diferente rumbo, cual era el de las letras y el de la diplomacia, en la que hizo sus primeras armas como secretario de la Legación Colombiana en Washington, de la que era ministro el general Herrán.

De regreso á su patria fundó el semanario «La Siesta», y dió á conocer sus facultades poéticas en publicaciones periodísticas, tanto en Nueva York como en otras ciudades americanas.

Con el seudónimo de *Edda la Bogotana*, escribió y publicó una celebradísima composición que ha merecido que toda la prensa se ocupase de aquella apasionada poesía inspirada por un corazón amante y una imaginación ardiente.

No habrá en América quien no haya saboreado aquellos hermosos versos henchidos de fuego y de entusiasmo, creyéndose, durante largo tiempo, fuese una mujer su autora y descubriendo años después que eran producción del fecundo poeta bogotano.

Numerosas han sido las producciones de Rafael Pombo, y ha figurado en primera línea en ese gran núcleo neo-

granadino, en esa pléyade de notables ingenios, honra de Colombia y gloria del siglo XIX.

En el brillante círculo donde han lucido sus altas dotes intelectuales José Caicedo Rojas, Lorenzo Marroquín, Rafael Carrasquilla, José María Samper, Rafael Tamayo, Ricardo Silva, Miguel Antonio Caro, Ricardo Carrasquilla y larguísima serie de otros, era Rafael Pombo uno de los más descollantes, y tanto por su talento como por su carácter, disfrutaba generales simpatías.

El erudito escritor nos ha legado bellísimas producciones en verso, pues que en él sobresalió por la corrección, por lo levantado de las ideas y porque en sus conceptos se observa nna precisión tal, que pudiera decirse no hay una sola línea que huelgue por incecesaria.

Característica y gráfica es la poesía que preferimos para esta colección.

LA ESTATUA DE COLON

—

No era un hombre, era un dios el que, á despecho
De las tinieblas del error profundo,
Juego y escarnio de los hombres hecho,
Y armado de una idea contra un mundo,
Dijo á ese mundo, altivo y satisfecho:
«¡Yo, solo yo, vuestro saber confundo,
Yo en mi pobre locura os desafío
Con otro mundo inmenso, y nuevo, y mío!»

No era un hombre, era un dios el que, vagando
De nación en nación, de trono en trono,
Émulos miserables encontrando
Do hallar pensara liberal patrono,
Iba, bañado en lágrimas, rogando
Más tenaz cada instante en su abandono,

Que vieran lo que ver sólo él podía
Que tuvieran la fe con que él creía.

¡No era un hombre, era un dios el que agitado
Del rapto omnipotente del profeta,
Sin más luz que la luz del inspirado,
Y un alma audaz de abnegación repleta,
Viendo todo en su pérdida obstinado,
¡Y osando todo, fabuloso atleta!
Lanzóse en pos de un ignorado mundo,
A un ignorado mar, sordo y profundo.

¡Ay! ¿donde irá? ¿quién ve, quién encamina,
Ese feble bajel, solo y proscrito,
Que va, cual descarriada golondrina,
Perdido en el azul del infinito?
Parece una alma triste y peregrina
A quien empuja el dedo del delito.....
¡No! ¡dejad! no temáis: Colón va en ella:
¡Medir la inmensidad! he allí su estrella.

En vano ruge el huracán, y en vano
La rabiosa borrasca se rebela,
Y sacúdese hambriento el Oceano
Bajo la pobre y frágil carabela;
Y cual si Dios negárale la mano,
Huye la luna y la esperanza vuela,
Y á un grito de despecho y de venganza,
Contra Colón la turba se abalanza.

¡Vedlo! cruza los brazos, y sereno
Cielo y piélago y hombres desafía;
Vibra el ojo imperial, y el noble seno
Reta el furor de la canalla impía:
Pero ésta vuelve atrás; y al són del trueno
Y al recio azote de la mar bravía,

Todo parece que á Colón ostenta
¡Rey del peligro, dios de la tormenta!

Mas.... pasó la ovasión: la mar furiosa,
Cual de asombro y cansancio se adormece,
Sopla próspero el viento, y generosa,
Rauda la carabela la obedece;
La quebrantada multitud reposa
Y ya la virgen alba se estremece
Mientras con ojo de águila altanera
Colón, siempre de pie, mira... ¡y espera!

¡Hubo luz... y hubo tierra! ¡Tierra! exclama
De súbito una voz; y en el momento
¡Tierra!... de popa á proa se proclama
En himno de frenético contento;
¡Tierra! es el grito unísono que inflama
La multitud en loco arrobamiento,
Y á los pies de Colón lánzase y llora;
Y, dios imaginándolo, le adora!

Pero él, no ve, no escucha: entrambas manos
En humilde oblación levanta al cielo,
Vertiendo de sus ojos soberanos
Llanto de gratitud y de consuelo.
Vió, y midió su mirar dos oceanos;
Abrazó al mundo y lo encontró gemelo;
Y, creador como Dios, de su delirio
Brotó su creación... y su martirio.

¡Su martirio!... tal fué la recompensa
Que alcanzó al fin, cual Redentor de un mundo.
Al conquistarlo con audacia inmensa
Para la cruz que en él plantó fecundo;
Era para los hombres alta ofensa
Su excelsa fe, su adivinar profundo,

Y para hacer más grande su victoria,
Santificaron con su cruz su gloria.

Mas ¡ay! si, indigno de Isabel primera,
Tan mal el español te galardona,
¡Cuál tu irritada sombra álzase fiera
COLOMBIA, hercúlea, espléndida Amazona!
Y en tu nombre es el triunfo su bandera
Y en tu nombre magnánima perdona;
Y en tu nombre la fábula realiza,
Y así segunda vez te inmortaliza.

Y hoy, en ese aderezo esplendoroso
De perlas y coral que entrelazaron
Dos mares en el cuello primoroso
De tu indiana gentil; do celebraron
Las bodas que al fortísimo coloso
Y á la virgen del mundo prepararon,
Hoy van tus hijos, á la par dolientes,
A dar honra á tu imagen reverentos.

Allí do al sello de tu augusta planta
Uniéronse dos cuartos de la tierra;
Donde lloraste con angustia santa
La iniquidad que la ambición encierra;
Allí el ángel serás que armado espanta
Al que nos traiga servidumbre y guerra·
Guardián del paraíso que tú mismo
Con tu brazo arrancaste del abismo.

Álzate allí para que al mundo veas
En incesante, hirviente torbellino,
De amor y admiración ricas preseas
Detenerse á ofrendarte en su camino.
Allí con mano justa balanceas
De tus dos continentes el destino;

Y oyes, en cada ola, á cada instante,
¡Dos mares saludándote gigante!...

Pero ¡qué! ¿No te basta el monumento
Que te fundó Dios mismo cuando el trazo
Hizo de la creación? Al firmamento
Amenaza en el regio Chimborazo:
Mide la tierra su estupendo asiento,
¿Y le equilibra su estupendo brazo?
¡Tú, genio de los genios sin segundo,
Pedestal de tu estatua hiciste un mundo!

A LA S.ra D.a EMILIA SERRANO

BARONESA DE WILSON (1)

Al llegar á mi tierra
¡Oh ilustre Emilia!
Vuelves á los solares
De tu familia;
Que el gran Quesada
Dijo aquí: «Me recuerdas
A mi Granada.»
Y de su fiel memoria
Y afecto en prueba
La declaró hija suya,
«Granada nueva.»
Dulce bautismo
Que hizo con una lágrima
El patriotismo.
Si tienes, pues, los ojos
De tu paisano,
En todo granadino

(1) Venciendo la modestia de la autora de este libro, hemos conseguido insertar esta composición que le fué dedicada en Bogotá en 1881. —Nota del Editor.

Ves un hermano;
Y nuestro pecho,
De apellidarte *nuestra*
Cobra el derecho.
Si vino á conquistarnos
Un granadino,
La hora de represalias
Marcó el destino.
¡Sea conquistada
Esta preciosa perla
De su Granada!
A la hora en que Colombia
Se reconcilia
Con la Madre y cabeza
De la familia
Tú nuestras playas
Pisas, recienvenida
De las del Guayas.
¡Prenda de paz! si quieres
Que no se encienda
Otra vez la discordia,
¡Quédate en prenda!
Y á tus paisanas
Dí que, por granadinas,
Son colombianas.
Y que tú con nosotros
Hoy mismo sellas
Un pacto de cariño
Por todas ellas,
Siendo tú, Emilia,
La Plenipotenciaria
De la familia.
Para nuestros *Mosaicos*
(Poética zambra)
Un azulejo ansiábamos
De tu Alhambra;

Mandó una perla;
Y es nuestro firme intento
No devolverla.

A LA S.ra D.a LASTENIA LARRIVA DE LLONA

SENTADA AL PIANO

¡No lo dejes, Señora!—¡Oh, cuánto es dulce,
Cuando uno ha muerto para el mundo ya,
Sentirse adentro vivo todavía
De un són querido al tacto familiar!

Ir, de esa fiel baquiana del espíritu,
Caritativa Música, al rumor,
Resucitando antiguos paraísos,
¡Repadeciendo la íntima pasión!

Que hay en cada memoria un universo
Dormido, sin atmósfera y sin luz,
Arrinconado á la presión del tiempo
Y de la indiferente multitud;

Mas si, por un resquicio que dejaron,
Inadvertido filtrase hasta él,
Como una gota de agua de los cielos,
Un tono, un són del venturoso *fué;*

Una de aquellas cláusulas que hablaron
Por dos que no encontraban una voz;
Que sumaron dos almas en un alma
Y extática lleváronla hasta Dios:—

¡Eso es aire, eso es luz! es el bautismo
De otra resurrección espiritual;
Y ese universo se incorpora entero,

Y se enciende todo él como un altar;

Y reconoce el corazón su toque,
Y marcha con su música otra vez,
Y oye, quién sabe donde, en tierra ó cielo,
El paso igual del que marchó con él.

¡Cómo nos quiere! ¡cómo nos reclama
Y llora con nosotros ese són!
Nodriza fué que nos meció en los aires,
Y hoy como alma sin cuerpo de un amor!.....

¡No lo dejes, señora!—¡Oh! cuánto es dulce,
Cuando uno ha muerto para el mundo ya,
Sentir por dentro un corazón eterno
Del tiempo entre la fábula fugaz.

¡Vuelve á tocar! que tus preciosas manos
Pulsan discretamente el corazón;
Son manos de mujer y de poeta,
Artistas del cariño y del dolor;

Y ofrecido en el cáliz de la Música
El dolor mismo es néctar celestial,
Reactivo milagroso en corazones
Que el hielo humano emparamando va.

Cuando ya con el mundo hablamos poco,
Pero mucho con alguien que no es él,
Dulce es tratar con ese mundo en sombra
Que de tu arte al conjuro alza la sien.

¡Arte de un Dios!—maravilloso lente
¡Para mirar, para sentir atrás!
Teléfono creador, que en un sonido
Restaura un mundo que vibró á la par.

Y si el diáfano lente acaso enturbia
Un suspiro, una lágrima veloz,
¡Qué iris tan bello el panorama esmalta!
¡Qué sagrada aureola esa visión!.....

¡Vuelve á tocar, señora! que á mi espíritu,
De tu mano al aéreo talismán
Devuelve la conciencia de la vida,
La del sentir, la del poder de amar;

Y almas hay, como el néctar generoso,
Rico en aroma y fuego y embriaguez
Bajo las telarañas del sepulcro,
Donde su dueño acendra su poder;

Y quizá de esas almas es la mía,
Y aunque ya en torno del cantor no habrá
Virgíneos labios que al licor perdonen
Lo turbio y polvoriento del cristal,—

El festín misterioso irá por dentro;
Y el gozo antiguo, y la extrañada voz
Oiré vibrar en los sonoros bordes
De tu profunda música al rumor.

Montes del Valle (Agripina)

La antigua Nueva Granada es fecundísima patria de numerosos preclaros ingenios, y parece tan natural la inspiración, que hasta en los seres más indoctos brota fluida y fácil como brota el manantial entre las breñas.

Antioquía ha sido uno de los Estados donde las inteligencias dieran muestras de mayor lucidez y brillo y sus hijos le dan renombre y fama por sus aptitudes intelec-

tuales, y entre éstas complácenos citar las que engalanan á la escritora Agripina Montes del Valle. Pocos entendimientos se revelan bajo una forma más esencialmente original, más gráfica y con un lirismo tan discreto como filosófico, más notable aun porque es una mujer la que desarrolla con elevado aliento facultades que sorprenden y admiran.

La conocí en Bogotá y extrañábame ver á la esposa y á la madre ocupada constantemente en el cumplimiento de sus deberes conyugales y en el cuidado de sus pequeñuelos, sin descuidar por eso su lira ni el comercio asiduo con las musas. Su inspiración ora robusta y gigantesca, ora suave y de caprichosos giros, producía sin descanso hermosos ramilletes para adornar la literatura patria.

En el concurso literario de 20 de Julio de 1881, se presentó una entonada poesía que obtuvo del Jurado mención especial y de la cual decía el eminente literato Camacho Roldán: «Distínguese esta bella composición por un elevado sentimiento del poder de la inteligencia humana, para dominar la naturaleza y someter al imperio del hombre las fuerzas colosales del orden físico. Hay en toda ella un aliento audaz, la percepción fina, propia de las facultades poéticas especiales á la mujer y á las de fantasía que puede volar muy lejos».

El manuscrito estaba firmado *Olga*; pero al ser premiado descubrióse era debido á la poetisa antioqueña; tan hermosa labor intelectual merece ser consignada entre las más valiosas.

EL TRABAJO

—

Hosanna en las alturas y en la tierra
A tí, ley redentora del trabajo,
Fuerza descubridora, ley divina,
Poder de un Dios, que de la nada crea,

Generadora llama de la idea,
Que llevas del progreso por las vías
Al espíritu humano,
Y en la clave manual del pensamiento,
Le prestas soberano
Poder de ilimitada inspiración.
Fuerza intuitiva que al insecto impeles,
Al átomo, á los astros...
Al mineral, al viento,
Al alma inteligencia por el ámbito
De una luz sideral, indefinida
Que empieza en el espacio.

—

Fué la primer necesidad, la chispa
Que impulsó de la vida el movimiento,
Y el fuego del espíritu creador;
Y en el deseo y la esperanza el hombre
Buscó á la Providencia del trabajo.
Y halló á su pensamiento
La expresión material del adelanto.
Y la halló sobre el hierro, sobre el bronce,
En la piedra, en la luz, en el sonido,
En la planta, en las nubes, en el fuego,
En el humo, en la arena, en el vapor.
Y una vez en la senda del progreso
Infatigable, ansioso
En gestaciones dolorosas creó.
Y hoy levanta la piedra en monumentos,
Como diques al curso de los años,
A la arcilla transforma en edificio,
Da voz al mineral, domina al rayo,
Mejora al vegetal, lo multiplica,
Torna la cima colosal en llano
Al erial en campiña,
El desierto en ciudad, la arena en mármol,
La misma muerte en vida

Como si fuera Dios.
Elimina el vacío en las distancias,
Esclaviza la luz, rige, sojuzga
La ajena voluntad al magnetismo;
Y al través de la mágica linterna
De la retina, anatomiza el alma.
Mide en las pulsaciones de la arteria
Las horas de la vida,
Y en la estructura material del cráneo
Escudriña la más leve intención.
Y en pugilato con el hierro, vence,
Describiendo en el fuego sobre el yunque,
La victoria del genio pensador.
Lamina el mármol, elastiza el bronce,
Y hace al oscuro insecto miserable,
Al mecanismo informe
Colaborar en su obra, transformando
En riquísimas telas
La morera, el amianto, el algodón.
Hila el vidrio en tejidos impalpables,
Extrae de la hulla
El secreto solar de muchos siglos,
De una gota de agua prisionera,
Y arrastra y desenvuelve en el vacío
La poderosa fuerza del vapor.
Se equilibra en el éter con el lastre
De un puñado de arena.
Sobre un corcho flotante desafía
Del mar las tempestades;
Horada el ancho seno de la tierra,
Perfora las montañas,
Une los continentes,
Prolonga los estuarios de las aguas,
Espacia inmensas rutas
Al comercio, á las artes,
A la ciencia, á la industria;

Cual divino «fiat-lux» de redención.
Arrebata el secreto á lo insondable,
Fijando en el teléfono el sonido;
Coge al paso el fulgor de la mirada
De una plancha en el vago negativo,
Sustrayendo al olvido y á los años
La sombra de la vida,
De la luz en un tenue resplandor.
Trasmite como el rayo la palabra
Que timbra vencedora sobre el orbe,
De la imprenta en la voz.
Encadena la nota fugitiva,
Que vaga indefinida sobre el viento
Sin alterar de su instantánea forma
La original concisa vibración:
Y con ella reviste al pensamiento
Con las formas de todas las pasiones,
Dialecto universal de sensaciones,
Gráfica melodía,
Profunda relación del sentimiento
Que lo eleva hasta Dios
Resuelve con diez mudos caracteres
El espacio, la faz del infinito;
Deshace las entrañas del granito
Las aguas desnivela
Tras la cuna del oro y del diamante
Y en el Yuri de momia polvorosa
Desenvuelve el sudario á las edades,
Y lee en sus elocuentes jeroglíficos
Desconocidos Génesis que muestran
Del pasado la típica versión.
Mide el ritmo lejano de la estrella,
Y al péndulo su vida relaciona
Y suspende del tiempo la carrera
En el círculo estrecho de un reloj.
Y apoyado al cristal de un telescopio

Mira á lo alto su noble inteligencia,
Y venciendo á la ciencia
Sorprende en el concierto de los astros
Su forma, su camino y rotación.
Y á fuerza de luchar halla en la alquimia
El ansiado secreto del planeta,
Hace el vacío y al vacío reta
Y una luz el vacío generó.
Y egregio vencedor de su destino
Paladín invencible del progreso
Como Dios ha creado
Imprimiendo á las artes y á las ciencias
Al adormido germen de la vida
Al verbo estacionario de la idea
Dinámica impulsión.
¡Salve ley redentora del trabajo!
¡Mil veces salve, institución divina!
Tú no eres maldición de la existencia
De tu yugo manual inevitable,
Libre al fin el obrero, llega un día
El fruto á recoger de su labor,
A entregarse al altar del pensamiento
A los secretos éxtasis del alma
Que ascienden progresivas sensaciones
De lo inmortal y de lo ignoto en pos.

Desde el año de 1861 ha figurado Agripina Montes del Valle en el Parnaso Colombiano, señalándose en todos sus versos por la novedad en el estilo, por las ideas grandiosas, y por la manera de expresarlas. Una muestra más de su decir:

A UNA POETISA (1)

—

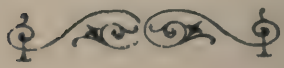
DSSPEDIDA

(Inédita)

Adios, musa viajera;
Si el deleitoso influjo de estos soles
Que iluminan la eterna primavera
De mi patria, después bajo otro cielo
No alienta en tu memoria...
Pueda el recuerdo del amor siquiera,
De tus triunfos de gloria,
Tus ojos á Colombia sustraer:
De sus luchas titánicas los hechos,
Ocultas en las brumas del pasado,
De tu numen aguardan la justicia,
Y te aguardan de América los montes,
Los volcanes, los regios horizontes,
El presente, el futuro y lo que fué.
Que hoy bien puede la guzla granadina
Alternar y cambiar en tierra andina
Sus notas y cantares
Por la virgen hermosa poesía,
Que sus cármenes guardan.
Más de un genio ha dejado de sus huellas
El ritmo en sus grandiosas cataratas.
Deja tú de tus árabes canciones
Una nota siquiera sobre el iris
Del gigante, sublime Tequendama;
Vivirá sobre su arco triple, horrendo,

(1) Está dedicada á la autora de este libro.

Repetida en la noche por sus hadas;
Por el grave silencio de sus selvas
Y la estruendosa mole de sus aguas.
Le guardará, cual guarda de Bolívar
Las huellas inmortales,
Como guardan de un prisma los cristales
La peregrina imagen de la luz,
Canta, pues, trovadora del Pirene,
Ya que tu audaz peregrinaje tiene
Intima relación con los destinos
De mi país amado,
De esta mi tierra andina
De esta lujosa América latina,
Que admirará el futuro, si no enerva
La exuberante savia de su sangre
Su poderosa altiva juventud.
Y adios, musa viajera,
Pueda el influjo del amor siquiera
A esta verde ribera
Tu recuerdo y miradas atraer,
Que aquí hay nobles, sencillos corazones
Que al rumor de tus árabes canciones,
Te supieron amar y comprender.



COSTA-RICA

Viques (Pío J.)

Es Costa-Rica una de las Repúblicas centroamericanas, donde la mirada se extasía por aquellas praderas frescas, verdes y laboriosamente cultivadas. Allí el labriego vive con modesto bienestar, con holgura y sin esa apariencia que hace del campesino, en otras partes, un paria condenado á la escasez y al rudo trabajo.

Complácese el ánimo en las risueñas florestas, en la variedad de la flora y en las perspectivas que, desde Punta Arenas á San José, alegran la vista, haciendo recordar muchos de los paisajes que en las vegas ecuatorianas se admiran.

Con aquella suavidad de matices se regocija la imaginación y crea y canta.

Publicistas notables y poetas han brillado en Costa-

Rica, y entre los últimos colocamos en puesto de honor á Pío J. Viques. Ternura, sencillez, melancólicas evocaciones de recuerdos que nunca mueren, encantador idealismo, fluidez apasionada; tales son las condiciones de su lira y el atractivo de sus versos que semejan los dulces gorjeos del ruiseñor, como lo demostrarán estas bellísimas estrofas:

LA TORCAZ

—

FRAGMENTOS

¿Por qué tan triste, torcaz,
Te lamentas bajo el nido
Y con acento sentido
Hondo un ¡ay! al viento das?
Triste el ala
Batir con ansia te miro,
Y del aura que resbala,
El ramaje estremeciendo,
En las alas, va creciendo
Tu gemebundo suspiro.

¿En tus ojos no dirás
Por qué la inquietud asoma?
¿Por qué suspiras, paloma?
¿Por qué estás triste, torcaz?
¡Ay! ven... deja
Del triste sauce la cumbre
Y á la mía une tu queja
¿Esta es del llanto la hora?...
Ven, torcaz, conmigo llora,
Del crepúsculo á la lumbre.

Esta es la hora del profundo
Sentir secreto del alma
Que, perdida ya su calma,
Ancho desierto halla el mundo;
Hora cruel
En que todo triste está...
En que es todo amarga hiel
Para el que gime angustiado,
Recuerdo del bien pasado
Del bien que no volverá.

. . . . . .
. . . . . .

Torcaz, tus notas sentidas
Suspende; el céfiro llega
Y el ala trémula pliega
Sobre las horas dormidas.
No el reposo
Interrumpamos, paloma,
Con nuestro triste sollozo:
De la luz la blanca huella
Allá muy lejos destella
Apenas sobre la loma.

. . . . . .
. . . . . .

El retiro es mi contento
Porque en el mundo falaz
Son antípodas, torcaz,
La risa y el sentimiento.
Aquí nada
Burla el dolor y el quebranto
Del alma desconsolada;
Se llora con libertad,
Pues fué hecha la soledad
Para suspiros y llanto.

. . . . . .

. . . . . .

Al pie del sauce doliente,
En cuya cumbre te apenas,
Sobre menudas arenas
Tranquila corre una fuente.
En su orilla,
Los dos, si acaso lo quieres,
Tú me dirás, avecilla,
Al son de las linfas suaves
Si engañan tanto las aves
Como engañan las mujeres.

Oculta aquí entre las flores
Breves que bordan la vega
A contarme presto llega
La historia de tus amores.
Sí, torcaz,
Deja el sombrío ramaje
Y esa historia me dirás.
Yo entiendo tu idioma bien,
Pues de amor en el edén
Me enseñaron tu lenguaje.

. . . . . .

. . . . . .

De mis amores perdidos,
Amores que me inspiraron
Los rayos que me alcalzaron
De unos ojuelos dormidos,
Sólo un triste
Recuerdo amargo me queda
Que de luto el alma viste.
¡Ay paloma... qué martirio
Recordar que fué un delirio
Toda mi esperanza leda!...

Mas la noche se adelanta
A la luz que cierra el paso.
Y del oriente al ocaso
Su cortinaje levanta.
Pavorosa
El alta cima envolviendo
Va en su sombra misteriosa.
Quédate, adiós... tu gemido
No suspendas. ¡Ay, herido
Yo también me voy gimiendo!

Pío J. Viques es de los poetas que hablan al corazón, conmoviéndole deliciosamente.

CUBA

Borrero (Juana)

EL IDEAL

¡Yo lo siento en mi alma!... Él me reanima
Y me presta el calor del entusiasmo,
Él me muestra á lo lejos, siempre verde.
Laurel inmarcesible y codiciado.

Él inspiró los cánticos fugaces
Do rimé mis primeros desengaños,
Él me conduce ahora sonriente
Por la senda difícil del trabajo.

Cuando á veces me postra el desaliento
O la nostalgia ardiente del pasado,
Él me ilumina un porvenir glorioso
Con el fulgor benéfico de un astro.

Donde quiera me lleve he de seguirle
Y aunque deba morir en suelo extraño
Yo cruzaré tras él siempre serena
La inmensidad grandiosa del Oceano.

¡Oh patria! Si la muerte inexorable
No me detiene con su helada mano
En mitad de la senda peligrosa
A donde en pos de mi ideal me lanzo,

Tu recuerdo, que siempre irá conmigo,
Me dará nuevo ardor ante el obstáculo...
¡Yo salvaré mi nombre del olvido!
¡Yo lucharé por conquistarte un lauro!

ADELAIDA

—

Con los ojitos negros
Al cielo levantados
Y juntas con fervor las manecitas,
Está el bello querub arrodillado.

En torno de su frente
El cabello dorado,
Fórmale como un nimbo de inocencia
Que la reviste de inefable encanto.

¿Qué buscarán sus ojos
Por el azul espacio...?
¿Será porque divisa tras las nubes
De la etérea región á sus hermanos?

¿Los ángeles del cielo
A la tierra bajaron,
O ascendieron al cielo de la tierra
Y allá su patria para siempre hallaron?

¡Qué venturoso debe
Latir su pecho cándido!
¡Quién pudiera rezar como ella reza
Con el candor de los primeros años!

¡Y la nostalgia ardiente
Del venturoso engaño
Me hace llenar de lágrimas los ojos
Ante el bello querub arrodillado!

PENSAMIENTO

—

La Naturaleza, nuestra madre inconsciente, obedece, dentro de un periodo de su existencia, á leyes inmutables: su funcionamiento constituye el grandioso conjunto del equilibrio universal. No ven este equilibrio los miopes que no abarcan la totalidad del vasto escenario.

La Naturaleza no es *inexorable*; no pudiera ser piadosa tampoco, ni es nada á este respecto: *la conciencia está en nosotros y no en ella.*

La Naturaleza es... natural.

Lo demás es puro antropomorfismo ó pura impertinencia.

Desembarcaba yo en Nueva York cuando me sorprendió una infausta nueva. Juana Borrero había dejado de existir; Cuba perdía una de sus hijas, que ya era una gloria para las letras americanas y para las artes; aun no había cumplido sus veinte años y sin tener escuela, sin estudios, sin maestros, sólo guiada por los destellos de su imaginación, por el idealismo, parte integrante de su sér, cantaba como cantan las alondras; esparcía destellos maravillosos, y su laud de oro era manantial fecundo de harmonías. Al mismo tiempo su pincel tenía matices de singular originalidad, pero copiados con amor de la exuberante naturaleza cubana que reproducía con singular talento.

Juana Borrero, no era de las artistas que se forman; era de las artistas que nacen; así como sus versos reflejaban íntimos pensamientos, secretas ilusiones juveniles, así también, había en su paleta tonos misteriosos, colores nuevos amalgamados por su caprichosa inteligencia y abrillantados con exquisito buen gusto, porque la joven artista soñaba con futuros laureles que la hubieran conquistado sus excepcionales condiciones, afinadas y embellecidas á cada paso con nuevos esmaltes y nuevos fulgores que al lienzo y al papel trasmitía y en las trasparencias de sus cielos y en las descripciones áureas, lucía el alma animada por el fulgurante rayo del arte divino. Aquella niña fué sobresaliente en todo: el soneto le era tan familiar que brotaba espontáneo, como todo lo que surgía de su imaginación maravillosa.

Un poeta de melodías incomparables, Julián del Casal, la dedicó una sentida composición de la cual extractamos los cinco versos que encabezan este perfil biográfico, pero no puedo, no, pensar que eran la anticipación melancólica de su destino, y que la profecía hubiera de cumplirse tan en breve, primero para él y después para la interesante poetisa.

I

¡Ah, yo siempre te adoro como un hermano
No sólo porque todo lo juzgas vano
Y la expresión celeste de tu belleza,
Sino porque en tí veo ya la tristeza,
De los séres que deben morir temprano!

JULIÁN DEL CASAL.

Julián del Casal, el cubano de altísimo ingenio, era un soñador y sus libros, espejo purísimo del estado de su espíritu, hechizan, embelesan, asombran.

Sus poesías son finísimo encaje bordado con oro y pedrería, como un manto real, y acusando gracia sencilla y subyugadora, á la par que un corazón que suspira por alcanzar la eterna tranquilidad del sepulcro. Así murió, viendo flotar ante sus ojos de un azul sombrío, á la mujer soñada en su adolescencia, á la que había vestido con todas las purezas, con todos los encantos, con todos los idealismos de su mente.

Con tales condiciones, debía identificarse con otra alma gemela de la suya, la de Juana Borrero, y hasta unirse con ella en los misterios de la Eternidad.

Juana Borrero, le llamó su hermano, y cuando la triste niña, en aquella hora suprema en que lejos de su patria, de sus florestas, de su cielo siempre azul, y extrañando los tibios ambientes de Cuba, vió apagarse la luz de sus pupilas y sintió extinguirse la vida que tan corta y poco risueña había sido para ella, el nombre del amado de su alma, Carlos Pio Uhrbach, y el de Julián del Casal, que simbolizaba el amor fraternal, fueron los últimos que vagaron por sus ya helados labios.

¡Pobre muerta! Su memoria ha quedado incólume en el corazón de aquellos que la conocieron y la amaron; sus creaciones serán la voz elocuente que la recuerden á la

posteridad. Una de las últimas flores que brotaron de aquel rico cerebro es la que estampamos á continuación:

SOL PONIENTE

A Berenice.

... Con el alma cubierta de luto
Te escribo estos versos,
Que vuelan errantes buscando el albergue
Que les brinda piadoso tu pecho...
Y entre el grupo de rosas marchitas
Que su dulce fragancia perdieron,
Hundo la cabeza
Llorando en silencio,
Mientras surge en el fondo del alma
Como un rayo de sol tu recuerdo.
¡Fúlgidas quimeras
Que nutrí con mi llanto de fuego,
Esperanzas de dicha, más dulces
Que la hermosa promesa del Cielo!
¿Dónde habéis huído
Que os miro tan lejos?...
¡Tan lejos del alma que fué vuestra cuna
Y que anhela encontraros de nuevo!

. . . . . .

Ya la noche desciende al camino,
La fúnebre sombra descorre su velo
Y en el éter lejano despuntan
Con tímido brillo los astros primeros.
El ocaso distante se enciende
Con rojizos fulgores de incendio
Y un último rayo del sol moribundo
Que atraviesa un celaje de fuego
Tenue se difunde
En la gasa opalina del cielo...
Contemplando la luz del poniente

Me parece mirar tus cabellos
Y surge á mis ojos tu imagen, radiosa
Como el hada que inspira mis sueños.
En sus horas de ardiente nostalgía
El alma te evoca sedienta de afecto
Y entonces te siento muy cerca, tan cerca
Que percibo el latir de tu pecho...
¡Oh! ¡ven siempre al morir de la tarde
Cuando todo yace dormido en silencio,
Porque siempre en sus horas de angustia
Te espera impaciente mi espíritu enfermo,
Mientras surge en el fondo del alma
Como un rayo de sol tu recuerdo!...

Calcagno (Francisco)

El autor del útil *Diccionario Biográfico Cubano* nació en Güines en 1827, y muy niño, pues que sólo contaba cinco años, trasladáronle á Burdeos donde residió hasta 1835, época en la cual volvió á pisar las playas cubanas. Sus felices disposiciones para el estudio le hicieron adelantar rápidamente en éste, y en 1846, recibió el grado de bachiller en el colegio de San Cristóbal, y en este mismo ejerció con

alientos el profesorado siguiendo á la vez su carrera de derecho, la que interrumpió tal vez por causas ajenas á su voluntad.

En 1854, abandonó el patrio suelo y visitó los Estados Unidos. Parece que estuviera en contraposición con el trabajo mental, el movimiento y la diversidad de impresiones que producen los viajes, pero ciertamente que en nuestro cubano influyeron ventajosamente en favor de las letras y de las ciencias, á las cuales dedicaba todas las facultades de su claro entendimiento, y del desarrollo de su amor por la literatura, poblando su imaginación con ideas nuevas y con impresiones que dieron por resultado sus primeras labores intelectuales.

Adriana Lecouvreur, Horacio, Angelo, Bayaceto, Fedra, y otras obras que eran repertorio de aquella singular trágica que desde la más humilde condición se elevó á la cima de la gloria, de aquella actriz sin par que cantara por las calles de París, y fué después el astro más esplendoroso de la escena en el Teatro francés, (1) obtuvieron el privilegio de ser traducidas al inglés y al español por el joven cubano.

Mesa Revuelta se tituló el libro que comprendía una colección de artículos galanos y correctos, de historietas, de novelas, de opúsculos y de juicios críticos, dándose á conocer á la vez como redactor del quincenario *La Habana.*

Con *El Album de Güines*, ayudó poderosamente al desenvolvimiento moral y social de la tierra que fué su cuna y ella le inspiró una obra que tuvo resonancia por la intención con que estaba escrita, *Calcañotipos*, que eran gráficos retratos y reflejo de los estudios sociales de su autor.

Tomando á Julio Verne por modelo, en lo que á la forma se refiere, dió á la prensa su *Historia de un Muerto*, que á más de su novedad por las teorías filosóficas, tiene el atractivo de que la idea se desarrolla haciéndose interesante por el giro novelesco dado por su autor.

Francisco Calcagno ha pertenecido al círculo generoso

(1) Raquel.

de los abolicionistas, y por esta noble causa trabajó sin sosiego y sufrió sin desmayar, llevando la idea hasta el extremo de que, al heredar esclavos, concedióles inmediatamente su libertad. Siete ediciones se hicieron en corto espacio de tiempo de su libro *Poetas de Color;* á este siguió la novcla *Los Crímenes de Concha*, que por su argumento hubo de imprimirse en Nueva-York, y que seguramente hubiera alcanzado la misma suerte que *Romualdo*, novela de principios abolicionistas y que fué secuestrada en la Habana, logrando sin embargo notoria popularidad al ponerse á la venta en los catálogos de *El Cosmos Editorial*, (Madrid) y reproducirse como folletín en el periódico *La Tribuna*, del que era propietario Rafael M. de Labra, folletín que ha llegado á la quinta edición.

Deseada y solicitada ha sido la colaboración de Calcagno para numerosos periódicos, teniendo la *Revista de Cuba* la preferencia para que en sus columnas apareciese la traducción del *Torquemada, original* de Víctor Hugo, y quebien puede aplicársele tal palabra, porque el tipo creado por el inmortal francés, difiere por completo del que todos conocemos, sin que por eso el célebre inquisidor deje de ser una figura culminante, si bien bajo diferente punto de vista.

En las aficiones del escritor cubano han de señalarse la que ha cultivado con predilección: la de la poesía, no sólo en castellano, sino también en francés, idioma que correctamente posee. Ha descollado también como orador, y las conferencias en el Liceo de Guanabacoa, en las tertulias de don José M. Céspedes y en otros centros literarios, han acusado sus profundos conocimentos en literatura y ciencias.

Calcagno fué socio fundador de la Sociedad Antropológica y trabajó con ahinco para llenar el objeto que se había propuesto; todos estos méritos, y todas las producciones del literato, no darían tan por completo la medida de su talento como el concienzudo trabajo, la asidua per-

severancia, la investigadora labor que dió por resultado el *Diccionario Biográfico Cubano*, libro importantísimo que además de acusar la ilustración profunda de su autor, es fuente fecundísima para el investigador.

En Busca de Eslabón (*Historia de Monos*), es obra (la última del laborioso cubano) que distrae y embelesa por lo original del asunto, basado sobre las teorías de Darwin.

La musa de Francisco Calcagno es ligera, festiva, caprichosa, y á veces revolotea y se remonta á espacios desconocidos, como en el curioso cuadro que lleva por título «Yo entre ellas». Sólo con extractar fragmentos se nos revelará el poeta.

I

¿Qué me pasó, yo loco estaba ó cuerdo?
¡Ah, sí! ya lo recuerdo
Fué después de un festín: yo había mezclado
Vinos de Francia á vinos de la España
Jerez, Macon, Champaña
Efervescente y Rhin y amontillado,

II

Y en alas de mi ardiente fantasía
Sin dirección ni guía
Volé, volé, volé, no sé hasta dónde;
Ni al caso importa mucho, pues sí puedo
Decir que con denuedo
Fuí más allá de donde el sol se esconde.

III

Pero pintar lo que sentí, locura
Fuera, se me figura
Que no hay para ello en español vocablo,
Nunca he sabido ni saberlo quiero
Dónde me hallaba; pero
Sí sé que á poco más me lleva el diablo.

. . . . . .

IV

Vi, me parece, un empinado monte
Allá en el horizonte
Y un templo encima de él ¡pero qué templo!
Luces, estatuas, un jardín, un lago;
Aun gozo íntimo halago
Cuando con la memoria lo contemplo.

Era un palacio rico, suntüoso
Fulgente, esplendoroso,
Esmaltado, pulido, coruscante
Con muchas cosas de esas que resaltan
Y aun términos me faltan
En *oso*, en *ado*, en *ido*, en *udo*, en *ante*.

Luego el jardín que tal mansión circunda
A mi vista errabunda
Como un edén terrestre aparecía;
Sueño oriental, aborto del deseo,
Absurdo devaneo
De la más exigente fantasía.

. . . . . .
. . . . . .

Y en el jardín entré: llegué al palacio
Aunque por grande espacio
Me ofuscaba la luz con que esplendía.
Me detuve á la entrada, sin embargo;
Yo soy de genio largo
¿Mas quién allí no corto quedaría?

. . . . . .
. . . . . .

Que yo de entrar... y entré, nunca el deseo
En loco devaneo
Tal cuadro hubiera férvido ideado;
Sí, lo repito, aunque parezca ripio,
Yo me quedé al principio
(Perdóneme Nebrija) apachurrado.

¡Oh, lo que ví...! Entre nubes de oro y gualda
Riquísima guirnalda
De beldades sin fin. ¡Cuán seductoras!
Todas igual admiración exigen
Aunque de vario origen,
Indias, griegas, inglesas, turcas, moras.

. . . . . .

. . . . . .

Estaba la ideal, la que fué invento
Del Tasso y otros ciento,
Cuanto crear á Shakespeare plugo,
La Homérica y Dantiana
La prole Byroniana,
Las Vírgenes de Ossián, de Gœthe y de Hugo.

. . . . . .

. . . . . .

Estaba allí la virginal Cordelia,
La soñadora Ofelia,
La dulce Margarita; allí Malvina,
La que llora á Valmore humilde Clara,
Las de muy linda cara
Haidée y Atala, Agnés, Cora y Corina.

. . . . . ,

. . . . . .

A tan fuerte empujón caí sentado,
Dándome de contado

Tremendo golpe... ¿dónde? ¡No lo digo!
Entonces desperté y en mi memoria
Quedó fija la historia
De un sueño detestable que bendigo.

Finalizaremos con las palabras del ilustre abolicionista que por sí solas le caracterizan:

«Nací entre esclavos; viví entre esclavos; heredé esclavos, y nunca tuve esclavos», dijo contestando á uno que le llamó: «Abolicionista platónico».

Gómez (Juan Gualberto)

No vamos á bosquejar la vida de un poeta ni la labor intelectual del que siembra por doquiera en folletos y en libros sus principios, sus impresiones y la inspiración más ó menos grandiosa que ha tenido origen en el santuario de su inteligencia. No; es la semblanza de una existencia laboriosa y la del trabajo mental de un periodista que, al tener su campo de acción en la prensa, logró en él tan instantáneos como altos merecimientos.

Complácenos más aún el ocuparnos de un hombre que, perteneciente á la raza africana, tiene hoy la popularidad adquirida por su talento y también ¿por qué no decirlo? por sus desgracias.

Juan Gualberto Gómez nació en la Habana, y si no estamos mal informados, allá por los años de 1854 á 55. En edad temprana, y después de hechos sus primeros estudios, abandonó el suelo de la patria, y hasta 1878 no figuró ni por sus ideas políticas, ni por sus escritos. La paz del Zanjón que devolvió á la Antilla Española el sosiego de que careciera durante diez años, fué el cimiento de la nombradía que ahora da lugar á estos renglones. Gómez comenzó á señalarse como campeón de su raza y como patriota de altivas condiciones que, en los clubs y en las juntas políticas que nacían entonces, levantaba su voz elocuente, se imponía á las masas é iniciaba con su pluma una campaña sin tregua, en la cual hacía gala de sus avanzadas teorías liberales con marcado rumbo en pro de la preponderancia soñada para su raza, fundando para defender y ensanchar sus opiniones el periódico *La Fraternidad* que publicó hasta su salida para Europa.

Ya en Madrid, el insigne Rafael M. de Labra le confió la dirección de su periódico *La Tribuna*, donde desplegó las altezas de su talento, la elocuencia de su pluma, y los entusiasmos que se reflejaron en las polémicas y en las cuestiones que se relacionaban con los intereses y con los derechos de su país natal.

Como periodista de acción, fué en aquella época el primero, y no hay para qué decir el prestigio que con tal motivo adquiriera en Cuba. Más tarde formó parte de la redacción de *La Lucha;* nadie ignora que este diario es de los más significados por sus tendencias políticas.

Y estalló la revolución infausta, se derramó sangre y la tierra cubana vióse empeñada en una guerra que tan inesperadas consecuencias había de tener. De los primeros que engrosaron las filas revolucionarias, fué Juan Gualberto

Gómez, por más que su permanencia en aquéllas fuese corta, acogiéndose al indulto dado por el gobierno español, siendo primera autoridad de la isla el general Calleja.

¿Cómo y por qué se prendió al periodista y se le encerró en el castillo de la Cabaña? ¿Cuál fué la causa de ser embarcado y con otros deportados conducido á los presidios de Ceuta? La venganza.

Juan Gualberto Gómez, ha vuelto á su patria cuando ésta ha consumado la separación de España: sus opiniones no han tenido modificación; su claro talento es siempre esclavo de la preponderancia de su raza, y á este ideal dedica todas las fuerzas de su sér.

Ha dado á la prensa *La Cuestión de Cuba,* folleto publicado en Madrid en 1884; *Una Carta Política*, folleto editado en la Habana en 1885, y otro con el título *Las Islas Carolinas y las Marianas.* Citaremos también el libro *La Isla de Puerto Rico*, escrito en colaboración con don Antonio Sendrás. Del mencionado bosquejo histórico reproducimos una página como muestra de la corrección en el lenguaje, y del estilo peculiar de Juan Gualberto Gómez.

«Nada más difícil que compendiar en breves páginas la historia de un pueblo en cuyos anales abundan los rasgos que se prestan á las observaciones del filósofo y del moralista, pero en los que se echan de menos esa variada multitud de sucesos que, por lo vivo, lo resonante y lo agitado, se apoderan de la atención de los que los contemplan al través del relato de un narrador fecundo é inspirado. Pero al propio tiempo que esta dificultad se presenta puede decirse que no hay tarea más grata que la de seguir con el pensamiento y estudiar con el corazón la vida de una sociedad que, como la portorriqueña, sintetiza de admirable manera la historia de la mansedumbre.

. . . . . .

. . . . . .

»Es innegable que la historia de Puerto Rico no ofrece atractivo ninguno para esos espíritus superficiales que

sólo se detienen ante el espectáculo de cuadros animados, de pinturas llamativas y de escenas tumultuosas. Fuera de la agitada época de la conquista, y excepción hecha del período de las invasiones inglesa y holandesa, pocas veces la sangre brota al tajo cortante de la espada y entre el ruido fragoroso del cañón. Mas la vida de los pueblos no se encierra toda en sus empresas guerreras. Bien al contrario, puede decirse que el nuevo giro que las ciencias antropológicas y sociales han hecho tomar á los estudios históricos relegan casi al segundo plano la investigación de los empeños bélicos, que en un tiempo fueron el único incentivo de las narraciones destinadas á trasmitir el recuerdo de una época y la memoria de una colectividad. De ahí que, á pesar de la carencia relativa de episodios ruidosos, la historia de la antigua Borinquen sea de todo punto interesante para cuantos miran las cosas con criterio elevado, grandeza de ánimo y espíritu filosófico».

Hemos presentado al publicista notable con sus rasgos más característicos.

Castillo de González (Aurelia)

Hay tierras clásicas para las artes, para las ciencias, para la industria y para la literatura.

Hay países privilegiados y que están orgullosos por haber sido cuna de numerosas entidades, honra de su suelo natal.

Hay zonas que, por su cielo, por sus brisas, por sus campos, por los risueños atavíos de la naturaleza, son fuente fecunda de inspiraciones, donde las inteligencias surgen, brotan, se desarrollan con facilidad suma, dando gallardas muestras de sus capacidades y de las condiciones hijas tal vez de cuanto ha rodeado su infancia y fué móvil de sus pasos.

La isla de Cuba ha logrado tener una gran pléyade de literatos notabilísimos y no menor número de literatas de alto vuelo.

La patria de Gertrudis Gómez de Avellaneda y de Luisa Pérez de Zambrana guarda, en el templo de la inmortalidad, hijas predilectas que han rendido culto á las letras

y á las artes, conquistando inmarcesibles lauros y prestigioso nombre.

En las postrimerías del siglo XIX y en los comienzos del XX descuellan en el campo literario no pocas damas de singular talento que, en Europa y América, ocupan elevado puesto como prosistas y poetisas.

El hermoso retrato que engalana estas páginas, es el de una de esas mujeres tan admirables por su belleza, como por su clarísimo entendimiento: al hablar de ella como mujer, podrían citarse aquellos versos:

Pero ¿qué te diré, si eres cubana
y como todas las que allí nacieron
es la belleza tu gentil hermana,
es tu melosa voz como la brisa
que columpia las flores,
son tus arrullos manantial de amores,
tus imágenes son puras y bellas,
y tu *fácil decir* me las presenta
como en un cielo azul limpias estrellas?
. . . . . .

La arrogante escritora tiene en sus ojos toda la expresión que presta el pensamiento siempre activo y la mente creadora; revélase en la mirada el alma grande, generosa, y el corazón de nobles aspiraciones.

En su pensadora frente irradia el genio y en su boca juguetea la sonrisa amable, que es traductora de bondadoso carácter.

Nació en Puerto Príncipe, la ciudad clásica que brinda con sus auras leves la dulzura y la inspiración fácil, fecunda y rica.

Desde sus más juveniles años dió rienda suelta á sus ideales en galanos y fluidos versos, siendo su primer ensayo el que se titula «En la muerte del lugareño».

Aurelia Castillo viajó por Europa, y en Almería tuvo

residencia durante algún tiempo, enriqueciendo, con el estudio de los clásicos alemanes, su viva é impresionable imaginación.

Desde su regreso á Cuba, fué infatigable para sus producciones literarias, tanto en prosa como en verso.

Hay en sus articulos «Reflexiones sobre la conciencia», «La mujer cubana» y sobre todo en «Biografías americanas» un fondo filosófico, un sabor de esclarecido patriotismo que resalta más y más en su oda «Al pueblo de Cuba», publicada en 1879.

Sus dotes de escritora se revelan en las hermosas poesías «Una incógnita» que vió la luz en la *Revista de Cuba*, «La duda» y también en su gallardo soneto «Saludo á América».

Ha colaborado en la *Revista de Cádiz*, en *El Eco de Asturias*, en la *Crónica Meridional* (Almería), en *La Familia* y en otros numerosos periódicos.

Por el año de 1879 crujieron las prensas en Cádiz, para dar al público un precioso tomo de fábulas ó, mejor diremos, atildados poemitas morales, con un prólogo de nuestra eximia Patrocinio de Viedma. En el librito abundan las filigranas, rebosan las galanuras, la sencillez del estilo y al propio tiempo lo florido de una pluma muy docta y muy profunda.

«La manzana de Newton», «La paloma y la encina», «Las dos nubes», «La zarza y el labrador», «El filósofo y el oro», «El jilguero y el oasis», «Las piedras y el corcho», «El buzo y la esponja», son las composiciones que más merecen mencionarse por la originalidad.

Un amigo y admirador de la bella escritora cubana y que también me honra con su amistad, ha elogiado con entusiasmo un poema inédito, «Eva» que, al decir del escritor cubano don Francisco Calcagno, ha de dar honra y prez á la insigne poetisa cuando sea del dominio público.

Aurelia Castillo de González, tiene estilo suyo, propio, y todas sus obras la retratan al natural, resaltando en ellas,

á más del buen gusto literario, el fondo por extremo instructivo y moralizador: su lema es enseñar, regenerar y activar la propaganda de lo mucho que gana la mujer ilustrándose y dulcificando con su educación lo áspero ó irritable que pueda tener el hombre en el hogar domestico, donde las preocupaciones y la buena ó mala marcha de los negocios le hacen á veces susceptible y tiránico.

El desarrollo de los sentimientos más puros que tienen morada en el corazón, es el impulso que domina en los escritos de la publicista cubana, la nota culminante, el ardiente afán de sus aspiraciones.

Con habilidad y tacto empleó su pluma para la crítica, y acusa sus tendencias de orden y provechoso celo para inculcar en su sexo ideas más profundas y serias, al anatematizar la influencia de la moda en la mujer frívola, esclava de aquella y expuesta por esto á no llenar la noble misión á que está llamada.

Aurelia Castillo de González es benéfica en alto grado, filantrópica, amantísima de prodigar el bien, dulce, ingenua, sencilla, modesta y, tal vez, desconfiada de sí misma, cuando se trata de sus producciones literarias y de lo mucho que su ingenio pudiera dejar á la proteridad.

A la par, con los sentimientos más tiernos y con la sensibilidad más exquisita, vive y alienta en su pecho el amor sagrado de la patria, y bien lo ha demostrado en las valientes y bellas estrofas á Cuba, en las expansiones de su espíritu, en las francas idealidades que rebosan en sus versos.

EN EL GOLFO DE MÊXICO

—

Dejando á popa luminoso marco
de los destellos últimos del día,
sobre el buque arrogante se extendía
de blancas nubes anchuroso un arco.
Cual raras veces de fulgores parco

el occidente. en bóveda sombría,
amenazando su garganta abría,
y allá marchaba imperturbable el barco.
Lanza la nube del potente seno
lluvia y viento, relámpagos y trueno,
en alarde de bélicos furores;
y él, triunfante del bravo torbellino,
le abandona su crencha de vapores
y avanza desdeñoso en su camino.

JUEGO DE PRENDAS

—

(En el bautizo de la niña Ada del Monte)

Jugaban á las prendas en el cielo.
Ada perdió. Salióle por sentencia
que fuese de Dios Padre á la presencia
y le pidiese para el cuerpo y alma,
los ojos y la boca.
Llegada ante el Eterno, en dulce calma,
con esa gracia que el amor provoca:
—¿Qué me das para el cuerpo?, le pregunta.
—Que aparezca en la tierra de seguida
en un hogar donde hallará tu vida
más gloria que en mi reino.—¡Gracias, Padre!
¿Y qué para mis ojos?—Un portento
en la figura de tu joven madre,
que hice de inspiración en un momento.
—¡Qué bueno! ¿Y para mi alma?—Un paraíso
cuando tengas tus quince bien contados.
—No olvides esto, Padre, ni te irrites
si la sentencia quiso
que te pidiese mucho.
¿Qué das para mi boca?—Un cucurucho
de celestes confites.

Como en ameno jardín brotan las flores, embalsamando la atmósfera con sus perfumes, así han brotado las poesías de su mente, dejando en el ánimo del lector, que en sus manos tiene un libro de la hermosa hija de los trópicos, algo de sereno, de risueño, de fresco, de diáfano, al identificarse con las ideas y con la inspiracion que ha dictado sus páginas.

El mérito real, la facilidad del estilo, el ingenio clarísimo de la poetisa, pudiera brillar en escenario más vasto, aumentando su fama y los laureles de su corona si, menos tímida, diera mayor ensanche á los vuelos de su inspiración que, á no dudarlo, produciría más, mucho más de lo que hasta hoy la ha dado envidiable renombre y popularidad.

Pero ¡quién sabe si prefiere ya las suavidades de su hogar, la existencia tranquila y apacible, los goces de la misión más bella, cumplidamente realizada, á los aplausos y á los agasajos sociales que se prodigan al precioso esfuerzo intelectual!

En ese caso ¿nos tocaría censurar ó aplaudir su retraimiento?

Desde el punto de vista del amor á las letras, haríamos lo primero, pero, comprendiendo las nobles y generosas satisfacciones íntimas que superan á las de la gloria y prestan á la mujer eterna aureola, optaríamos por lo segundo.

¡Loor á la literata que ciñe la doble diadema del talento y la que se concede á las virtudes más excelsas!

Gómez de Avellaneda (Gertrudis)

En el año de 1814, y en la ciudad de Puerto Príncipe, nació la excelsa poetisa que por su enérgico estilo, por el varonil empuje de sus versos, fluidos y harmoniosos, tanto como por la belleza de los pensamientos y lo castizo de su *decir*, se ha colocado en el templo de los inmortales y en el más alto puesto de la literatura de este siglo.

Aquella hija de la feraz isla de Cuba vertía en sus producciones toda la rica inspiración que albergaba en su mente, la pasión y la impetuosidad propias del carácter americano, traduciendo en sus versos la grandiosidad de un poeta, más bien que las ternuras de una poetisa. Por lo demás, retratábase en su fisonomía é iluminaban su semblante los fulgores de su esclarecido ingenio, al que se unían todas las gracias y la belleza que conservó hasta los últimos años de su vida.

A la edad de seis años, y muerto su padre, el teniente de navío don Manuel Avellaneda, dióse á conocer la niña

por sus facultades poéticas, inpirándole tan cruel pérdida sus primeros versos consagrados á su memoria, continuando en el desarrollo de sus facultades literarias, á pesar de la oposición que para ello encontraba, pues no se ignora que á la mujer en el primer tercio de este siglo no le estaba permitido dar muestras de su talento, y á tal punto llegaba, que hasta la opinión general le era desventajosa.

En 1836, y al contraer su madre segundas nupcias con don Gaspar Escalada, abandonó la infantil poetisa las risueñas florestas del Camagüey y trasladóse á Santiago de Cuba, donde debía embarcarse con su familia para Europa: antes de emprender su viaje escribía el celebrado soneto de despedida á Cuba, el que, considerado como de indiscutible mérito, dió á la joven cubana alto renombre; sus preciosos versos habíanla conquistado en España la admiración de todos, y los periódicos andaluces engalanaban sus columnas con las elevadas notas de *La Peregrina;* tal era el seudónimo con que se firmaba la hermosa Tula.

De los primeros que comprendieron y ensalzaron su talento fueron el literato eminente don Juan Nicasio Gallegos y el ilustre clásico don Alberto Lista; la maestría, la corrección, el brío de aquella juvenil escritora hicieron que se la señalase, no como mujer honra de su sexo, sino como á un hombre que pulsaba el laúd con la fecundidad más asombrosa. Todos los que en este siglo conquistaron en España poéticos laureles y cuyos nombres quedarán grabados con letras de oro, se declararon entusiastas amigos de la arrogante beldad.

La imaginación de Gertrudis Gómez de Avellaneda, no necesitaba tan valiosos estímulos, pues múltiples creaciones brotaron como perlas de oro, como lluvia de pedrería, y cada una de aquellas era una nueva joya para su corona. Por entonces escribió su novela «Dos Mujeres», que, según Villemain, «es de lo mejor que se ha escrito en España en ese género». «Espatolino», «Guatimocín», «La Baronesa de Joux», novela histórica, y otros muchos tra-

bajos publicados en la «Revista de Madrid» consolidaron cada día más el pedestal de su celebridad.

Las guirnaldas, la inmensa ovación que obtuvo «Alfonso Munio» no eran el homenaje rendido por el público al mérito de la obra, no; era el del arte, el de la poesía, que recobraba su perdido esplendor en la tragedia clásica. El incontrastable ingenio del cisne americano, desafiaba á la envidia y á la calumnia, rastreros enemigos que siempre se ensañan contra todo aquello que se levanta á grande altura. «El Príncipe de Viana», «Egilona», «La Hija de las Flores», «Oráculos de Talía», «Recaredo»», «Paúl», «Catalina» y otras muchas labores dramáticas valieron á Tula el sobrenombre de «Melpómene Moderna», que aun los más severos críticos la otorgaron. Otro de sus mejores triunfos escénicos se lo debió á «Saúl», que por sus sonoros y gráficos versos bastaría por sí solo para crear envidiable gloria.

La cantora del Tinima debió haber obtenido un puesto en la Academia, el que no se le concedió por pequeñeces humanas ó tal vez porque entonces no se apreciaban en todo su valor los resplandores del genio sobre una frente femenina, ni se le concedía á la mujer el derecho de igualar su inteligencia con la del hombre; indudablemente lo dicho fué la causa de que se cometiera una injusticia.

Verdadera solemnidad y acontecimiento de alta resonancia fué la representación de «Baltasar», rayando en locura el entusiasmo de los espectadores, al saborear las bellezas de la magistral concepción: en aquella noche la gallarda figura de Gertrudis Gómez de Avellaneda. adquirió toda la alteza y grandiosidad á que era acreedora.

«Baltasar» es un drama poema con todas las bellezas orientales, que conmueve, arrebata y exalta las fibras del corazón humano, las del sentimiento, las del amor paternal, las de la pasión y á la vez las del honor, del heroísmo y de la nobleza. ¡Qué pensamientos tan valientes encie-

rran estos versos del acto segundo, escena VII, cuando Rubén, dirigiéndose al monarca, dice:

No, te ¡conozco bien! Sé que á tu frente
Ciñes una diadema que desdoras
Y no sabrías defender valiente.
Sé que sin gloria, sin virtud, sin brío,
Cansado de ti propio, entre perfumes
Tu inútil vida cual mujer consumes,
Mísera presa de infecundo hastío.
Sé que á la ley de tu capricho loco
Viendo postrado un pueblo envilecido,
La inmensa humanidad tienes en poco
Y hasta de Dios blasfemas descreído.
Mas por Él, Baltasar, reinan los reyes
Que deben ser su imagen; y es en vano
Pida respeto al mundo el vil tirano
Que impera sólo sobre indignas greyes.

Más adelante y en la misma escena dice también Rubén:

¿Qué dudas? ¡Hiere! acaba
De un golpe mi existencia, pues la anima
Un alma nunca de tu cetro esclava,
Un alma que en los hierros se sublima
Como la tuya en el dosel se abate,
Y que, ufana al romper tu indigno yugo,
Te deja en este desigual combate
Por toda gloria el lauro de verdugo.

El tipo de Baltasar, admirablemente dibujado, conserva toda su elevación hasta el final, y ha quedado en el teatro clásico español como el más perfecto que de la Biblia se haya reproducido; el rey babilónico se presenta tal como era, desalentado, escéptico, cansado de la lucha, como lo manifiesta en los siguientes versos que dirige á su madre.

Si quieres vencer
Este infecundo fastidio
Contra el cual en balde lidio
Porque se encarna en mi sér,

Muéstrame un bien soberano
Que el alma deba admirar
Y que yo pueda alcanzar
Con sólo extender la mano.

Dame, no importa á qué precio,
Alguna grande pasión
Que lleve un gran corazón
Que sólo abrigó desprecio.

¿Enciende en él un deseo
De amor... ó de odio y venganza?
¡Pero dame una esperanza
De toda mi fuerza empleo!

¡Dame un poder que rendir,
Crímenes que cometer,
Venturas que merecer
O tormentos que sufrir!

¡Dame un placer ó un pesar
Digno de esta alma infinita
Que su ambición no limita
A sólo ver y gozar!...

¡Dame en fin, cual lo soñó
Mi mente en su afán profundo,
Algo... más grande que el mundo
Algo... más alto que yo!

La gloria de la Safo americana llegó á su cima con el gigantesco drama «Baltasar», y en medio de sus amarguras domésticas y de sus hondos pesares tenía el consuelo del respeto universal.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, fué casada dos veces; la primera con don Pedro Sabater, jefe político que fué de Madrid y que por su delicada salud requirió todos los cuidados amorosos de la esposa, la solicitud apasionada y tierna de la mujer que durante el corto espacio de su matrimonio estuvo siempre á la cabecera del lecho como un ángel de caridad y de consuelo, que velaba el sueño del enfermo y le asistía con cariñoso anhelo. Muerto Sabater, y al envolverse Tula en las tocas de la viudez, se aisló, se encerró cerca de un año en el convento de Loreto de Burdeos.

En 1853 contrajo segundas nupcias con don Domingo Verdugo y Massieu, capitán de artillería, más tarde coronel y diputado y en 1860 gobernador de Cienfuegos, en la isla de Cuba, á donde volvía la escritora engalanada con los lauros de la gloria. En la Habana, en donde se rinde culto al arte y al talento, fué donde la fecunda publicista recibió el premio más merecido y más grandioso

La noble capital antillana quiso honrar y honró á la hija que tanto la honraba á su vez, y la coronó solemnemente en el Liceo con riquísima corona de laurel de oro, que fué ceñida á su frente por la señora condesa de San tovenia y por nuestra amiga muy querida la ilustre poetisa cubana Luisa Pérez de Zambrana. Era la ofrenda hecha al poeta de gran corazón y á la más preclara de las poetisas del pasado siglo.

En 1863 sucumbió don Domingo Verdugo, dejando inconsolable á la esposa, que, por largo tiempo y abrumada por el pesar, abandonó su harmoniosa lira. En extensos viajes buscó lenitivos á su dolor, y por último se estableció en Sevilla, ocupándose allí en coleccionar sus numerosas obras, que se publicaron en la Estereotipia de Riva

deneira en Madrid. De nuevo la muerte interrumpió sus afanes literarios y la pérdida de un hermano adorado hizo decaer su ánimo, y puede asegurarse que desde aquella época se entregó por completo la singular cantora en brazos de la religión y de la caridad, buscando en estos dos nobles y sublimes sentimientos el faro que iluminaba la sombría noche de sus penas.

El día primero de Febrero de 1873, se apagó aquella inteligencia que tan innumerables días de gloria había dado á las letras. Su nombre gigante se trasmitirá á siglos y siglos, y como hoy se celebran los centenarios de Calderón de la Barca y de otros inmortales ingenios, se celebrará el de la mujer que á tal altura elevó la poesía lírica, la dramática y la trágica. Con su soberbia composición «La Cruz» de la que extractamos fragmentos, finalizamos este pequeño cuadro biográfico.

LA CRUZ

—

¡Canto la cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y Tú, supremo autor de la harmonía
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el Cielo
De ese nombre al lanzar eco infinito
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansión de duelo.
¡Canto la Cruz! el ángel de rodillas
Postra á tal luz la luminosa frente;

Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas
Y del amor las altas maravillas
Absorto adora el serafín ardiente.

Alzad vuestro pendón brillante y puro
¡Oh de la fe sublimes campeones!
Y que su luz dirija á las naciones
Al porvenir obscuro.
Sólo él—que á miles las victorias cuenta—
Disipar puede sombras y vestiglos...
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y, como en firme pedestal, se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
A cuyo aspecto hundiéranse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo
Desde su olimpo egregio!
Alzadlo cual lo alzó resplandeciente,
Como emblema de triunfo, Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Parias rindiendo al lábaro divino.

. . . . . .

. . . . . .

Alzadlo cual se alzó piadoso y bello
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino desear le plugo
De América en el cuello.
Dió un paso el tiempo y á su influjo vario
Que tan pronto derriba como encumbra
Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra.

. . . . . .

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana
Mostrándole ella, en acta soberana,
La libertad del hombre.
Fué su conquista y ella la afianza,
Diciendo al porvenir como al pasado
Que sólo en ella la igualdad se alcanza;
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla
Que si del hombre la razón humilla
Su dignidad demuestra!
Sí; pesó al mundo la eternal justicia;
Que sólo por alzar el que lo abate
Yugo crüel, de la infernal malicia...
Y en aquél tanto amor cargó propicia
Que la vida de un Dios fué su rescate.

. . . . . .
. . . . . .

Heredia (José María de)

¿Quién no conoce al brillante cantor del Niágara? ¿Quién no ha saboreado aquellos versos que revelan el genio poderoso y el numen sin rival? ¿Quién no ha leído con interés creciente las soberbias estrofas de «La Tempestad»? ¿Cómo no ha de ser eterno el nombre del bardo descriptivo, sublime, que en el «Huracán» se eleva hasta lo infinito con todas las lujosas pompas y las energías en que abunda el idioma castellano?

Hijo de Santiago de Cuba, enriquecido por la naturaleza con dotes muy especiales, fué de aquellos que sufrieron todas las amarguras y desengaños propios de una vida accidentada, y de una época por demás azarosa. Su culto por la independencia cubana, sus ideas exaltadísimas fueron causa de las grandes alternativas que sufrió, y también de los largos y continuos viajes que llevó á cabo.

Nació José M.ª de Heredia el 31 de Diciembre de 1803, y acompañando á su padre á Venezuela, de donde aquel era Regente, empezó á sentir las primeras impresiones en favor de la libertad, pues que su estancia en Caracas fué precisamente en aquellos tiempos en que ejercieron mando Monteverde y Boves. De aquellas ideas que se forma-

ron en la juvenil fantasía, surgieron después los vigorosos y patrióticos versos, base de decepciones y de ostracismo para el ilustre cubano.

En México fueron tan apreciadas sus cualidades, sus desgracias y su talento, que le dieron entrada en el Senado de la República y en el Tribunal Supremo de Justicia, y en Toluca se hizo la primera edición de sus obras y en esa misma capital del Estado de México falleció el singularísimo cantor en Mayo de 1839.

Significativo era el epitafio grabado en su tumba:

«Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo,
Pero le hacen la ciencia, la poesía
Y la pura virtud que en su alma ardía
Inmortal en la tierra y en el cielo».

Asegúrase que años pasando, otros restos ocuparon el sepulcro de Heredia y que los suyos venerandos fueron á mezclarse en la fosa común con los de otros cientos seres desconocidos. Es decir que yacen en el olvido y perdidos en lo incomensurable de la fatalidad humana.

José M.ª de Heredia, como Vicente Olmedo, ha sido uno de los augustos patriarcas que figuran al frente de la creación literaria americana. Aun parece que aquella individualidad se levanta majestuosa como nunca al exclamar:

Dadme mi lira; dádmela que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh, cuánto tiempo
En tinieblas pasó sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Sólo tu faz sublime ya podría
Tornarme el don divino que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla

Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.

Yo digno soy de contemplarte. Siempre
Lo común y mezquino desdeñando
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé, vi al Oceano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandeza,

No menos grandioso es cuando dice en «La Tempestad.»

¡Huracán, huracán, venir te siento
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento!...
«Al toro no miráis» ¡El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos;
La armada frente al Cielo levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos!...

En el género descriptivo brilló Heredia como pocos, y, hombre doctísimo, esmaltaba sus composiciones con pensamientos de alta trascendencia. Veamos en algunos de sus versos su arte para describir.

¡Oh cuán bella es la tierra que habitaban
Los etscetos valientes!...

Sus campos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste
Y de Minerva al árbol majestuoso.

Admirador de los clásicos latinos y españoles, amante del italiano y del francés, hizo numerosas traducciones de Voltaire, de Alfieri y de Chenier. Su romance «La Melancolía», el himno «Al Sol», la oda «A la Poesía», la «Meditación en el Teocali de Cholula», son otros tantos y acabados cuadros descriptivos que han legado la memoria del poeta á la posteridad. Heredia es la figura más soberana en el templo de la gloria.

La oda al Libertador y un soneto que escribió en México, cerrarán este imperfecto bosquejo de su vida.

A BOLÍVAR

—

¡Libertador! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni á los tiranos,
Escucha su himno de loor, que inspira
Ferviente admiración. Alto, severo
Será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo
Al cantar tus hazañas inmortales
Que me escuchen los genios celestiales
Y juzgue el Sér Supremo.
¿Qué era, decid, el vasto continente
Que Colón reveló? Bajo la saña
De la terrible España,
Tres centurias gimió su opresa gente

En estéril afán, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
Mas el momento, vencedor del hado,
Al fin llegó; los hierros se quebrantan,
El hombre mira al sol, osado piensa,
Y los pueblos de América, del mundo
Sienten al fin la agitación inmensa,
Y osan luchar, y la victoria cantan.

Bella y fugaz aurora
Lució de libertad. Desastre inmenso
Cubrió á Caracas de pavor y luto.
Del patriótico afán el dulce fruto
Fatal superstición seca y devora.
De libertad sobre la infausta ruina
Más osado y feroz torna el tirano,
Y entre la gran desolación, insano
Amenaza y fulmina.
Pero Bolívar fué. Su heroico grito
Venganza, patria y libertad aclama.
Venezuela se inflama,
Y trábase la lucha
Ardua, larga, sangrienta,
Que de gloria inmortal cubre á Bolívar
En diez años de afán. La fama sola
A la prosperidad los triunfos cuenta
Que le vió presidir, cuando humillaba
La feroz arrogancia,
La pujanza española,
Y su genio celebra y su constancia.
Una vez y otra vez roto y vencido,
De su patria expelido,
Peregrino en la tierra y Oceano,
¿Quién le vió desmayar? El infortunio
Y la traición impía
Se fatigaron por vencerle, en vano.

Su genio inagotable
Igualaba el revés á la victoria,
Y le miró la historia
Empapar en sudor, llenar de fama,
Del Golfo triste al Ecuador sereno,
Del Orinoco inmenso al Tequendama.

¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana
Enumerar y celebrar podría
Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
Colombia independiente y soberana
Es de tu gloria noble monumento.
Del vil polvo á tu voz, robusta, fiera,
De majestad ornada,
Ella se alzó, como Minerva armada
Del cerebro de Júpiter saliera.
Mas á tu ardor sublime
No bastan ya de Araure y Carabobo,
De Boyacá y de Quito los laureles.
Libertad al Perú volar te ordena.
La espada ardiente que tu mano esgrime,
Rayo al poder de España,
Brilla donde tu saña
A servidumbre ó destrucción condena
La familia del Sol, en cuyo templo
Inexorable y fiera
Alzaba ya la Inquisición su hoguera.

Entre guerra civil é iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila triste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda *salvar sus esperanzas.*
La discordia feroz huye aterrada,
El sumiso Perú tu genio adora,
Y de venganza y libertad la aurora
Luce en Junín al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz á Sucre llena;
Y un mundo por tu genio libertado
En Ayacucho al fin ve destrozado
El postrer eslabón de su cadena.
Allí el ángel de América la vista
Dilata por sus llanos
Desde la nube umbrosa en que se asienta,
Y con terror involuntario cuenta
Seis mil patriotas y diez mil tiranos.
Mas eran los patriotas colombianos
Alumnos de Bolívar y la Gloria;
Tu generoso ardor los abrasaba,
Y fué suyo el laurel de la victoria.
Allí termina la inmortal campaña,
Y al colombiano pabellón glorioso,
Sangriento y polvoroso
Cede y se humilla el pabellón de España.

¡Libertad á la patria de los Incas!
¡Libertad de Colón al hemisferio!
¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
Las vírgenes preciadas,
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan á Bolívar.
Los pueblos que feliz libra y aduna
Manco nuevo le llaman,
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.

Y resuena su voz, y soberana
Se alza Bolivia bella,
Y añádese una estrella
A la constelación americana.

¡Numen restaurador! ¿Qué gloria humana
Puede igualar á tu sublime gloria?

¡Oh Bolívar divino!
Tu nombre diamantino
Rechazará las olas con que el tiempo
Sepulta de los reyes la memoria;
O de tu siglo al recorrer la historia
Las razas venideras,
Con estupor profundo,
Tu genio admirarán, tu ardor triunfante,
Viéndote sostener, sublime Atlante,
La independencia y libertad de un mundo.

INMORTALIDAD

—

Cuando en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros en la noche umbría.
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.
¡Ay! ¡así girarán cuando en el seno
Duerma yo, inmóvil, de la tumba fría!
Entre el orgullo y la flaqueza mía
Con ansia inútil suspirando peno.
Pero ¿qué digo? irrevocable suerte
También los astros á morir destina,
Y verán por la edad su luz nublada.
Mas, superior al tiempo y á la muerte,
Mi alma verá del mundo la rüina
A la futura eternidad ligada.

Labra (Rafael María de)

Plácidas como las mañanas de primavera, sonrientes como ensueños de la adolescencia, poéticas á semejanza del amor primero, se presentan las zonas cubanas á las miradas de aquellos que desembarcan en su florido suelo. Los poderosos fecundantes rayos del sol tropical, desarrollan la incomparable lujuriosa vegetación y el firmamento azul trasparente y siempre sereno, cobija los campos prestándoles resplandeciente luz. ¡Qué mucho, pues, que sus hijos sean impetuosos, impresionables, vehementes y sientan dentro de sí nacer y brotar al mundo real la inspiración que todo en torno suyo conspira para hacerla impetuosa, como las olas del Océano que se estrellan contra las verdes costas, ó dulce y suave como la corriente de los ríos que fertilizan sus productoras campiñas!

Complácenos detenernos en la Habana y retroceder con la imaginación hasta el año de 1840, á fines del que entraba en el sendero de la vida un niño, que por su sobre-

saliente inteligencia había de ser una gloria para América y una lumbrera en el Parlamento español.

Fueron sus padres un bizarro brigadier asturiano y una hermosa dama que, si nacida en Cuba, tenía también en Asturias la raíz de su familia y las tumbas de sus antepasados.

Rafael María de Labra, dotado de rara precocidad, manifestó desde sus primeros años marcada predilección por los estudios, los que, cuando apenas tenía nueve años, comenzó en Madrid siguiéndolos más tarde en la Universidad Central, donde vistió la toga de abogado á los veinte años, es decir, en 1860, y cuando hacía un año que el eminente tribuno don Salustiano Olózaga habíale adjudicado el premio de «Elocuencia» en la Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Ya el nombre de Labra había tenido puesto en la prensa, al tributarle ésta sus elogios por su primer discurso pronunciado en el Ateneo en 1858, el que había producido verdadero entusiasmo, dada la juventud del orador.

Todo les pareció poco á sus padres para completar con una brillante educación las favorables aptitudes de aquel que comenzaba su carrera acentuándose en ella por sus ideas y por sus conocimientos. Sucesivamente visitó Francia, Bélgica, Suiza é Inglaterra; cultivó el estudio de varios idiomas, rindió culto á las artes, y le fueron familiares el piano y el dibujo, dedicándose á la vez á la esgrima y á uno de sus más favoritos placeres, montar á caballo y disfrutar en largos paseos con las perspectivas de la Naturaleza, en la cual hizo acopio sin duda de todo lo florido y de las muchas bellezas que resaltan en sus discursos, que le dieron, en sus primeros pasos de abogado, prez altísima como orador forense.

El atractivo de la lucha, el espíritu de propaganda, los principios que en él tenían hondas y robustas raíces, lo lanzaron al campo político, viendo también que se le presentaba la oportunidad de contribuir en gran escala para el

triunfo de sus doctrinas. La mayoría de la Prensa Antillana y Española consignó en sus columnas trabajos importantísimos, y poco á poco y cada día más, fué comprometiéndose en la contienda. «El Liberal», «El Pueblo», «El Globo», «El Progreso», «El Abolicionista» y otros innumerables periódicos, se honraron con la publicación de sus artículos á la vez que crujían las prensas bajo el peso de folletos, libros, y toda clase de labores intelectuales. En toda España ha resonado la voz de Rafael María de Labra y sin arredrarse sostuvo é infundió la alteza de sus ideales autonomistas, no cesando, ni aun durante sus excursiones, de escribir, llevando por norte el más noble de los pensamientos: la abolición de la esclavitud y las libertades para aquellas regiones queridas de su alma, pero teniendo como objetivo la más perfecta unión entre las Antillas y la madre patria.

En su ánimo se mancomunaban los grandes intereses materiales y políticos de allá y de aquí; y el insigne tribuno, el elocuente propagandista, vió crecer su prestigio y la admiración que inspiraba como parlamentario

Fundó en Madrid «La Revista Hispano Americana», «El Correo de Ultramar», y más tarde, en 1880, publicó y dirigió «La Tribuna» y al mismo tiempo que de tan asíduos trabajos, ocupábase activamente de impulsar y aconsejar las reformas políticas y económicas. En 1868, fué el hábil director de la campaña abolicionista en la que alcanzó victoria completa, primero en 1872 al 73, página de oro en la historia de Puerto Rico, porque miles de hombres salieron del estado abyecto de servidumbre para convertirse en ciudadanos libres y útiles, y después en 1886 al 87, con la derogación del *patronato*, último baluarte de la esclavitud en Cuba.

Ya por entonces había sido Labra presidente de la Sociedad Abolicionista Española, Rector de la «Instrucción libre de Enseñanza de Madrid», Vicepresidente del «Ate-

neo» y de la Academia de Legislación», y presidente del «Fomento de las Artes».

También en 1871 había ocupado un escaño en el Congreso como Diputado por el distrito de Infiesto en Asturias, punto donde tiene propiedades y en las que descansa en el estío de las múltiples labores del espíritu. Desde 1872 ha sido electo nueve veces diputado por Puerto Rico, y en 1879 fué representante de la Habana en Cortes por gran mayoría de votos, y otras varias veces por Guanabacoa, la Habana y Las Villas, y á la par que Diputado, era también Senador. amén de honrosísimos y numerosos títulos con los que se han premiado los altos méritos tribunicios y la infatigable tarea intelectual que tan ópimos y ricos frutos ha dado.

No deja de ser atrevida nuestra intención de dibujar, siquiera sea á grandes rasgos, la carrera fecunda en bienes y las aptitudes excepcionales de un hombre que pertenece á la vida de la inteligencia desde 1868, y que en los anales políticos ocupa y ocupará hermosas páginas en la Historia de este medio siglo: puede, sin embargo, disculparse tamaña empresa, en gracia del entusiasmo que nos anima y al deseo de que nuestro modesto libro se honre también señalando como americano y como español al que es lumbrera de ambos Continentes, y cuya imaginación lozana y vigorosa ha estado y está al servicio de los más grandiosos ideales, sin temor á la calumnia ni á las pasiones mezquinas que siempre se ensañan contra aquellos que tienden su vuelo como el águila por las más altas esferas.

El mismo Labra, en uno de sus folletos. da la clave de las tendencias que han sido el móvil de todos sus actos como hombre político, y de todas sus inspiraciones como escritor:

«Nacido en Cuba, de padres peninsulares, con familia y amigos en aquella isla, y formando parte del grupo de privilegiados de la sociedad ultramarina, he creído, desde

muy temprana edad, que estaba estrechamente obligado á poner cuanto fuera y valiese en favor de la redención de nuestras Antillas. En tal sentido, la abolición de la esclavitud llegó á ser para mí una verdadera obsesión. Luego me preocupé de la dignificación del español antillano, por la igualdad civil y política del ciudadano, aquende y allen de el Atlántico. Por último (y esto señaladamente á partir de 1879) consagré mi propaganda y mis gestiones á la instauración de la autonomía colonial estimada en la plenitud de sus relaciones y su alcance, y en cuya defensa ya hablé, aunque incidentalmente, en mi primer discurso parlamentario de hace más de veintisiete años. Antes, en la primavera de 1870, la había defendido en la cátedra del Ateneo. Luego la expliqué detenidamente, como diputado de Cuba, en mi discurso de 1880; el segundo que pronuncié en nombre de la minoría parlamentaria autonomista de las dos Antillas.

»De esta suerte, mi campaña ha tenido siempre un carácter eminentemente moral. La he considerado como el riguroso cumplimiento de un deber que sobre mí especialmente pesaba. Comprendiéndolo bien, nunca creí que hacía cosa extraordinaria ni que mis pobres esfuerzos fueran moralmente superiores, ni aun iguales, á los que en pro de la causa colonial han hecho en la Península otros hombres que se movían en este terreno con un desahogo de que yo carecía. Ante ese ineludible compromiso de mi honor y mi conciencia, valían muy poco los disgustos, los quebrantos y aun los peligros que me asediaron en mi complicada labor de más de treinta años, durante los cuales, puedo asegurarlo, ni sentí desfallecimientos, ni abandoné la tarea un solo día, ni lograron siquiera preocuparme, unas veces el aislamiento, en medio del cual frecuentemente me moví, y otras, la tremenda impopularidad, que tanto en la Península como en las Antillas, se cebó por bastante tiempo en mi modesto pero honrado nombre.

»No dudé jamás del éxito de mi campaña, en cuya vista

y por cuyo motivo decliné, en algunas ocasiones, el honor de los puestos oficiales con que mis buenos amigos de la Península me brindaron. Esta actitud no fué efecto de la modestia; menos de la arrogancia. Sé que la malicia ha querido interpretarla de otro modo.

»El tiempo me ha defendido satisfactoriamente. Y ya hoy puedo explicar algo extraño para muchas gentes. Yo he creído que para mi empresa de propagandista era absolutamente indispensable una grande, una completa independencia personal; creyendo siempre, también, que el verdadero obstáculo con que en España tropezaba la reforma colonial era la ignorancia de la generalidad de las gentes, y que todo se puede y debe esperar de la opinión pública, enérgica y sistemáticamente solicitada por una vigorosa propaganda.

»A ella me he entregado. Por eso decliné el positivo honor de ser alto funcionario del Estado en 1872 y ministro en 1873. Por eso hoy (1898), cuando ha triunfado la Autonomía en Cuba y en Puerto Rico, ni á mí se me ha ocurrido que podía ocupar puesto alguno en el Gobierno autonómico de las Antillas, ni mis amigos de éstas han pensado ofrecérmelo, ni nadie ha extrañado que no se me ofreciera ni que yo no lo esperara.

»Me parece, pues, que el tiempo ha hecho cumplida justicia, y que ya pueden enmudecer la vulgaridad y la calumnia. Estoy ahora donde estaba y como estuve en 1870.»

Puede juzgarse de la inmensa laboriosidad del cubano eximio, sólo por lo mucho que ha publicado durante treinta años, pues pasan de setenta sus obras tanto literarias y didácticas como históricas y políticas: apuntamos las más culminantes:

La abolición de la esclavitud en las Antillas españolas.—La cuestión colonial.—La pérdida de las Américas.—El Ateneo de Madrid.—La mujer y la legislación española.—La cuestión de Puerto Rico.—La cuestión de Ultramar en 1871.—La liber-

tad de los negros de Puerto Rico.—Los diputados americanos en las Cortes españolas en 1870 á 1874.—La Colonización en la historia.—La reforma electoral en 1890 en las Antillas españolas.—La abolición de la esclavitud en el orden económico. —La autonomía colonial en España.—El marqués de la Sonora.—El descubrimiento de las Antillas.—La emancipación de los esclavos de los Estados Unidos.—El artículo 5.º de la ley preparatoria de Julio de 1870 para la abolición de la esclavitud.—La situación de Puerto Rico.—Una villa del Cantábrico. Gijón. · Las armas en Madrid.—Un viaje por Levante. —Las soluciones democrático-republicanas.—En honor de Portugal.—La Unión Ibero Americana.—Las relaciones jurídicas de España y el Sur América.—Personalidades antillanas.— El atropello de Portugal.—Algo de todo.—De Madrid á Oviedo.—La instrucción pública en Cuba.—Política y sistemas coloniales.—Contra la liga esclavista.—El partido autonomista de Puerto Rico.—Programa de un curso de Derecho internacional público.—Los códigos negros.—Portugal y sus códigos. —Discursos políticos, académicos y forenses.—Estudios de economía social.—Los accidentes del trabajo.—Carta á varios electores del distrito de Infiesto (Oviedo).—Discursos inaugurales del Fomento de las Artes de Madrid en 1888-89. · La legislación portuguesa contemporánea.—Las propagandas del siglo.—Estudios de Derecho internacional contemporáneo.—La enseñanza pública en España.—La sociedad libre é internacional de educación popular y vulgarización científica.—Introducción á la Historia política contemporánea.—La Revolución norteamericana del siglo XVIII.*—Las Cortes de Cádiz.—Propagandistas y educadores.—Muñoz Torrero y la Revolución española.—Estudios biográfico-políticos.—Portugal contemporáneo.—Las colonias de Inglaterra en América.—El cepo y el grillete.—La abolición inmediata y simultánea en Puerto Rico. —Las cuestiones palpitantes de España.—El presupuesto del Ministerio de Estado.—La República de los Estados Unidos. —Estudios de Derecho internacional.—Joaquín Sanromá.—Fernando Póo y las Colonias españolas de Guinea.—España*

y las Repúblicas Sudamericanas. - La Constitución de 1812. —Gladstone y su tiempo.—La Escuela moderna. - Vizcaya y sus fueros.—El problema político pedagógico de España.—Pombal y su época.—La obra de Lincoln.—Los errores judiciales.—El negro Santos.—La República y las libertades de Ultramar.—El aspecto internacional de la cuestión de Cuba. —Etc.

Complácenos también citar algunas líneas de las que Miguel Moya, en su libro *Los Oradores Políticos*, consagra á Rafael María de Labra.

«¡Qué actividad y qué perseverancia las suyas! Asombra pensar cómo tiene tiempo para hacer tantas cosas. Maravilla ver su fuerza de voluntad para resistir ataques y calumnias. Dijérase que en su cabeza están clasificados los distintos empleos de su pensamiento, como las cartas en los cajoncitos de los coches-correos de los trenes, y que su energía es de igual temple que el acero Martín que se emplea en la cubierta de los buques blindados. En esta energía se ha estrellado siempre la injuria malsana. Y como Labra ha valido siempre para todo el mundo, aun para los negreros, bastante más que Mansi, no se ha dado todavía el caso de que ninguna de las ocupaciones de su pensamiento cambie de dirección ó se extravíe. Así, defiende pleitos, organiza *meetings*, explica conferencias, lee revistas en varios idiomas, pronuncia discursos políticos, escribe libros, tiene activa correspondencia con medio mundo, da á todas sus cartas casi casi la extensión de un protocolo, y en los ratos de ocio aun tiene gusto para teorizar sobre el empleo del florete ó para dar un botonazo á Carbonell, á Aquiles, Broutin ó el *Zuavo*.»

Sus artículos y sus discursos son incontables. Y habla en ellos de todo, y entiende de todo lo que habla. Generalmente no escribe, dicta á sus secretarios ó á sus taquígrafos, aprovechando para trabajar cualquier momento. Mientras se viste, un artículo; mientras le sirven el al-

muerzo, una carta política; mientras se enfría la sopa, un folleto; mientras se acuesta, un alegato.

»Es el único hombre político español á quien se le pudiera hacer en serio, por su rapidez en el trabajo, la absurda petición del payo del sainete.

»Porque antes de que le den la carta, ya ha dado la respuesta.»

Por nuestra parte extractaremos algo de esa fogosa, expontánea y fácil prosa que campea en todas las producciones con que ha enriquecido el mundo del pensamiento y de las letras.

De su libro *El Ateneo de Madrid*, copiamos algunos párráfos en que fulgura la corrección más exquisita y el fácil decir más encantador.

«Hacia el promedio de la bulliciosa calle de la Montera, inmortalizada por la galantería madrileña del siglo XVI, y enriquecida por el comercio extranjero, que hizo de ella, ya va para trescientos años, su bazar predilecto; frente á la iglesia de San Luis, al alcance de los gritos y los olores de la remozada plazuela del Cármen, lunar y vergüenza de la corte, y en el centro de la manzana que flanquean dos de las calles más céntricas, menos limpias y peor afamadas de la recoronada villa (las de la Aduana y de Jardines), alza sus tres pisos una de esas espaciosas casas que en Madrid el común de las gentes llama *de grande*, y que á los ojos del curioso no ofrece otras particularidades que su ancho y hondo portal, la larga línea de sus nueve amplios balcones de fachada y el número y variedad de las tiendas que pueblan la planta baja, donde el genio de las condescendencias y las pequeñeces humanas parece desafiar bajo las formas de la revoltosa modista, el plácido hortera y el agridulce lotero, lo mismo al tembloroso y atribulado frecuentador de las cuarenta horas que al vibrante y centelleador espíritu á quien asedian las brujas de Macbeth y la sombra de Prometeo.—La última circunstancia y la de no aparecer en el dintel de la puerta el año-

so y satisfecho personaje de leviton hasta los pies y gorra de hule que en otros análogos edificios se presenta, ya bastarían para que el conocedor de los usos y costumbres, las personas y las cosas de Madrid, afirmara que aquella casa no pertenecía al grupo de esas privilegiadas, que habita un solo individuo y cuya suculenta cocina insulta con sus vapores al inofensivo y adietado transeunte que, *ipso facto,* da en los espejismos del hartazgo. Pero lo que seguramente nadie sospecharía, ni por la apariencia ni por el sitio, ni por la vecindad, ni aun por el aviso de algún mono del año 30, que recordara que allí habían existido las oficinas del Banco español de San Fernando; lo que de positivo nadie pensaría es que en aquel ancho, pero vulgarísimo edificio, alienta, vive y fulgura ¡ahí es nada! ¡el Ateneo de Madrid!

¡El Ateneo! ¡Qué mundo de ideas despertará en tu abrasada frente esta sola palabra, oh mísero provinciano á quien el demonio de la crítica moderna ha levantado de los cascos para hacer limpieza en el cerebro, sofocar á fuerza de resoplidos la dulce fe tradicional y poner aquí y allí el germen de esa enfermedad terrible que cunde como la peste, que cuenta las víctimas casi por el número de los atacados, y en los libros puros y sanos se llama la *manía de pensar!* Lo has visto, sí, lo has visto en tus horas de insomnio bajo el fuego de la calentura, entre las sombras de tu deseo, al término de tus ansias de luz, de aire, de movimiento, de vida... lo has visto abrasado, centelleante, magnífico, imponente, vomitando ideas, difundiendo principios, repercutiendo la voz vigorosa que habla allá en Inglaterra, en Italia, en Francia, en Alemania, y que de nuevo dice *¿El dios Pan ha muerto?*»

. . . . . .

. . . . . .

De los bellos conceptos que esmaltan *La Colonización en la Historia* tomamos los siguientes:

. . . . . .

. . . . . .

«Era Santo Domingo una de las más bellas y extensas islas de aquel puñado de flores que, envueltas por el espumoso oleaje que busca por encima de Panamá las soledades del Pacífico, embalsaman los aires con sus eternos aromas y pueblan el espacio con el inagotable canto de las mil avecillas que las rodean y enamoran, y la infinita resonancia de sus playas que con imponente ardor, el padre Océano más que besa, devora; islas de tentación, islas benditas que rivalizan en brillantez, palpitación y vida, con los rientes luceros que trémulos se bañan en el pleno azul del cielo de los trópicos y que, por su artística disposición y su situación geográfica, separadas unas de otras por estrechos canales que abarca fácilmente la vista un tanto desvanecida por lo entonado y sostenido del paisaje, desprendidas del seno del nuevo mundo sobre la inmensidad del Atlántico, y como atraídas por no sé qué misteriosa fuerza hacia la vieja Europa, dueñas de la entrada del Golfo Mexicano y del mar que baña las accidentadas costas de la ática Venezuela, de la explendorosa Nueva Granada, y de las repúblicas del Centro-América, y relacionadas de tal suerte, que parecen los jalones del camino más recto del Continente Norte Americano á la deslumbradora tierra que encierra el Amazonas, el Plata, los Andes y las Pampas, traen á la memoria el recuerdo de aquellas otras poéticas islas que fantaseaban al pie del Asia Menor y de Grecia, y dan derecho á pensar que han sido puestas por la mano de la Providencia para realizar respecto de las dos moles del mundo americano ó respecto del mundo europeo y el Nuevo Continente, la misión envidiable que há muchos siglos realizaron las florecientes colonias del Egeo y el Tirreno, respecto de la civilización asiática y de aquella sociedad que concibió á Venus, adoró á Minerva, aprendía con Sócrates, se extasió con Sófocles, fué idealista con Platon, práctica con Aristóteles, artista con Fidias, guerrera con Alejandro, política con Pericles, y con sus

inmortales creaciones, su espíritu original, su carácter expansivo y sus grandes virtudes de atracción y transformación, constituye el término primero y preciso de la civilización del Mundo Antiguo, uno de los grandes eslabones del progreso humano, y uno de los más poderosos nudos de la historia.»

. . . . . .

. . . . . .

Rafael María de Labra reúne á tan culminantes capacidades que han dado á su nombre realce universal, sentimientos caballerescos y esencialmente democráticos del hombre que mira como una religión el cumplimiento de los deberes más sagrados en la vida pública y privada. A semejanza de esas grandes figuras que dejan á través de los siglos estela luminosa, así también el talento, la perseverancia, el celo tenaz en favor de la Humanidad, harán inmortal el recuerdo del filántropo, del literato y del pensador.

Lorenzo Luaces (Joaquin) [1]

Hay individualidades que con grandes méritos pasan á veces casi desapercibidas y, quién sabe por qué, hay otras, que apenas revelando un entendimiento despejado vuela su nombre repetido por las mil lenguas de la fama.

Joaquín Lorenzo Luaces, pertenece al primer número. Felizmente, hombres tan justicieros como Martín Gonzalez del Valle, nos han dado á conocer extensamente las valientes rimas del poeta y las inspiraciones de su numen vestido con las pompas y colores que la risueña Cuba le prestara. Sabemos por el docto cubano, que escribió dramas y comedias, leyendas y romances, odas de alta valía;

(1) Apuntes tomados del libro «La Poesía Lírica en Cuba», por Martín González del Valle.

que era, en fin, un hijo predilecto de las musas y una inteligencia llena de luz y de esmaltes.

Asi lo dicen muy alto sus propios y valientes versos.

¡Ciro, Cambises, Alejandro, Cesar,
Pasad en vuestros carros y corceles
Que de cien pueblos la cerviz hollaron!
¡Pasad! Vuestros estériles laureles
El incendió y la muerte marchitaron
Pero no los de Field... ellos florecen
Y sin llanto ni sangre reverdecen...
¡Vedlo, si no! Con diestra inmaculada
Del sabio ilustre conquistando el solio
Ha subido al moderno Capitolio
Laureado y solo, sin pavés ni espada

—

El soneto inspirado por el levantamiento lombardo véneto, es muy hermoso; leamos:

A los nombres de patria y de venganza,
Despierta rencoroso el italiano
Y alzando airado la robusta mano
Altivo blande la nudosa lanza.

Le conduce á la gloria la esperanza
Reta á los siervos del terror germano
Y retumba en los ámbitos del llano,
El himno precursor de la matanza.

El pendón nacional despliega al viento;
Combate bravo, asalta las almenas
Huye el austriaco á su mirar sangriento...

Y exhaustas ya las generosas venas
Sólo pueden alzar en un momento
¡Venecia ruinas y Milán cadenas!

Ingenioso, fácil y elegante es el titulado:

LA PESCA

Soneto

Corre por entre margen cenagosa
Un arroyuelo sin bramar con saña,
Puebla su orilla la flexible caña,
Borda su margen la fragante rosa.

Como ninguna, mi guajira hermosa,
Sobre una peña que la linfa baña,
Contra los peces con furor se ensaña,
La mano presta, la mirada ansiosa.

Salta alegre, por fin, y delirante
La cuerda tira con presteza suma
Saciar creyendo su traidor anhelo

Y cuando fué á mirar el pez brillante
Que se agitaba en la ruidosa espuma...
Halló mi corazón en el anzuelo.

—

Este soneto es precioso y revela no sólo facilidad suma sino también una forma correcta y atractiva. Finalizamos estos apuntes con las entusiastas octavas al amor.

¡Amor, amor emanación sublime,
Vivificante soplo del Eterno,
De tu ley inmortal nadie se exime
En la Tierra, el Olimpo, ni el averno!
Atractivo calor tu influjo imprime
Más grato que la llama en el invierno
Y á tu aliento prolífico y activo
Palidece el laurel, brota el olivo

. . . . . .
. . . . . .

A la atracción universal cediendo
Los mares besan con placer la orilla,
Del roto muro la extensión cubriendo
Lasciva yedra con amor se humilla.
Sus estrellas de púrpura entreabriendo,
La cambustera que esplendente brilla
Abre los brazos al soberbio ateje.
Y en sus ramos las flores entreteje.

Recorriendo los ámbitos salados
Del mar de hielo que su mole llena,
Contemplan los delfines asombrados
Bramar de amor la colosal ballena;
En tanto que sus bosques abrasados
Gana veloz la escandecida hiena
Cuando escucha el rugido que la llama
Y fuego intenso en su interior derrama.

Al númida león que al bosque aterra
Busca procaz la cálida leona,
La hircana tigre se revuelve en tierra
Ante el rayado esposo juguetona;
Por la intacta é indómita becerra
Que trisca por los campos retozona
Al lúbrico rival provoca el toro,
Hiriendo el aire con mugir sonoro

—

De plácemes estará la literatura americana, cuando Martin Gonzalez del Valle, publique la colección de las composiciones mas selectas de Joaquin Lorenzo Luaces, para solaz de aquellos que aman las bellas letras.

Martí (José)

Nueva, rica, y abundante fuente de inspiración, es la tierra americana para el que nace dotado de alma ardiente y apasionada, de un corazón donde se encierra el amor á todo lo bello, á todo lo grande y á todo lo heroico.

La literatura en los pueblos sudamericanos ha brotado al calor del patriotismo creciendo vigorosa, entusiasta, espléndida, arrullada por las brisas de la libertad y de las ideas de progreso y emancipación.

José Martí tenía todas las condiciones, todas las aptitudes de los grandes inmortales, y aquella voz vibrante, impetuosa y solemne avasallaba, ya con las dulzuras y los gemidos del alma melancólica y decepcionada, ó con los acentos henchidos de esa elocuencia que sólo poseen los seres privilegiados. Era una gran figura, débil de cuerpo para resistir el fragor de las batallas, pero fuerte é inquebrantable en las luchas de la idea.

En aquella frente pensadora que en sus líneas acusaba ya el estudio incansable, se reflejaba un mundo de pensamientos que chispeaban en los ojos, cuando á los labios acudía aquel torrente de palabras, caudal de perlas que el entusiasmo embellecía con matices incomparables.

En España estudió Derecho, en México fué periodista, y después de la paz del Zanjón, complicado de nuevo en conspiraciones separatistas, huyó, recorriendo por entonces toda la América del Sur.

El amor á una idea le hizo apóstol y por doquiera predicó y sembró la semilla de sus aspiraciones más queridas, intercalando en sus patrióticos ensueños, en sus bélicos alardes sus composiciones literarias, sus artículos, donde rebosa la originalidad más pura y la inspiración más brillante y harmoniosa. En Martí está encarnado el verbo de la libertad. Meteoro de radiante luz desapareció en una tempestad.

De su pluma de oro recogemos algunos rasgos inmortales para darles cabida en estas páginas.

A FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

Amigo y hermano: Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como velada é infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las vé con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación ó de humanidad. Y queda, después

de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito. Escribo conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va á quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra ó en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz á pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos (1). De vergüenza me iba muriendo —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar á convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida.

Donde esté mi deber mayor, adentro ó afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable, ú obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir á la necesidad primaria de dar á nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y á la seguridad de la república.

La dificultad de nuestras guerras de independencia, y la razón de lo lento é imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente á la naturaleza, en la falta de forma que á la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de menos

(1) Alude al invicto general Máximo Gomez y á sus otros cuatro compañeros de expedición.

pureza, promueven y mantienen la guerra y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literatos no han salido aún, es la de combinar después de la emancipación tales maneras de gobierno que, sin descontentar á la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—á los elementos más numerosos é incultos, á quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara á la anarquía ó á la tiranía.

Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio: hay que hacer viable é inexpugnable la guerra: si ella me manda, conforme á mi deseo único, quedarme, me quedo en ella: si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren *como yo sabría morir*, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama á la patria; y está el mal de los pueblos, por más que á veces se disimule sutilmente, en los estorbos ó prisas que el interés de sus representantes pone al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y contínua.

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador; morir callado. ¡Para mí ya es hora! Pero aun puedo servir á este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América Inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea usted lo que hacemos, usted con sus canas juveniles, y yo á rastras con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? Usted no es cubano y ¿hay quién lo sea mejor que usted? ¿Y Gomez no es cubano? ¿Y yo qué soy y quién me fija suelo? ¿No fué mía y orgullo mío el alma que me envolvió y á mi alrededor palpitó á la vez

de usted en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello y va con aquello. Yo obedezco y aun diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir al amparo de Santo Domingo para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos sobre la mar, á sangre y á cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de usted y le dejo con mi abrazo entrañable el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca por hoy y para mañana cuanta justicia y caridad reciba. A quien me la ama le digo en un gran grito: ¡hermano! y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y á mis nobles é indulgentes amigos. Debo á usted un goce de altura y de limpieza en lo áspero y feo de este Universo humano. Levante bien la voz, que si caigo será también por la independencia de su patria

Su José Martí

Montecristi Marzo 25 de 1895.

El carácter especialísimo, el espíritu literario y político de José Martí, todas sus facultades físicas y morales, estaban ligadas, estrechamente unidas con el pensamiento grande que fué guía de todas sus acciones, y diremos que hasta en la dulzura melancólica de sus versos, se reflejaba el amor á la libertad. Martí fué el corazón de la patria como ciudadano, como poeta y, aunque por breve tiempo, como guerrero.

Una nota vibrante de aquella lira patriótica resalta en los versos que copiamos:

Cuando se muere
en brazos de la patria agradecida,
la muerte acaba, la prisión se rompe,
empieza, al fin, con el morir la vida.

¡Oh! más que un mundo, más. Cuando la gloria
á esta estrecha mansión nos arrebata,
el espíritu crece,
el cielo se abre, el mundo se dilata,
y en medio de los mundos se amanece!

Para José Martí, se abrieron de par en par las puertas del Templo inmortal en 1895.

Merchán (Rafael María)

El 2 de Noviembre de 1844, nació el notable crítico en aquella tierra cuna de patriotas y madre de ingenios elevadísimos. Destináronle sus padres á la carrera eclesiástica, que abandonó muy pronto para seguir sus aficiones en el periodismo, dedicándose á su vez á la enseñanza. Muy joven, cuando sólo contaba veinticuatro años, comenzó á demostrar sus tendencias políticas en su famoso y bien escrito artículo *Laboremus* origen de la calificación de *Laborantes*, que se dió desde entonces á los partidarios de la revolución. Sucesivamente colaboró el privilegiado cubano en *La Verdad*, que á la sazón dirigía otra individualidad de altas capacidades, Nestor Ponce de León, y fundó *El Tribuno*, cuando fué decretada la libertad de imprenta por el general Dulce. Poco tiempo después, denunciado el periódico, hubo de emigrar Merchán á Nueva-York, y ya entonces fué uno de los redactores del periódico *La Revolución*, órgano de la Junta Cubana. Poco después creaba *El Diario Cubano*, y por los años de 1871 al 74, al efectuar su viaje á Europa, escribió en *La Liberté* siempre en sentido separatista.

La carrera de Merchán ha sido brillantísima y fecunda, no sólo para la literatura americana, sino también por los servicios que en Colombia, su patria adoptiva, ha prestado,

ya como periodista, ya como secretario particular del doctor Núñez, presidente de la República, y uno de los talentos más esclarecidos de Colombia.

Sobresale Merchán por sus versos fluídos y correctísimos, pero muy principalmente por sus celebrados estudios críticos, que le han merecido el aplauso de la prensa europea y americana, y la favorable opinión de peritísimos escritores y de grandes entidades nacionales y extranjeras.

El pensamiento culminante de Merchán ha sido siempre la patria ausente, y su amor á la tierra bendecida se exhala como suavísimo perfume de sus composiciones líricas y de las páginas de todos sus libros.

Ha escrito mucho, ha pensado mucho, conquistándose el alto puesto de honor á que se ha hecho acreedor por sus méritos. Algo de lo que vale su prosa se retrata en las líneas siguientes que forman parte de un hermoso estudio crítico referente al sapientísimo Miguel Antonio Caro, una de las lumbreras de la Colombia contemporánea. . .

. . . . . .

. . . . . .

«Ciertamente la crítica es campo de espinas (1) y el que la cultiva puede estar seguro de punzarse; por algo dijo Fontaneuille que si tuviera los puños llenos de verdades, se guardaría muy bien de abrirlos; por lo general, aquel á quien se encomia, ese que no se exalta suficientemente, que no se le hace completa justicia, y aquel á quien se censura, suele (hablamos también en términos generales) conservar indeleble rencor. Son los inconvenientes del oficio, y el modo de evitar los unos es no adoptar el otro; pero una vez que los gustos, el carácter, ú otra razón cualquiera determinan esa elección, se debe uno hacer superior á tales consideraciones y marchar con el va-

(1) La biografía y la crítica, cuando se aplican á los vivos, son ejercicio literario peligroso, sobre todo si se trata de poetas y versistas, por lo de *genus irritabile vatum*.—Art. 1.° de la serie titulada *Tijera y sus censores*.

lor necesario para no imitar á Fonteneuille ni á Horacio. Comprenderíamos, á pesar de todo, que el señor Caro guardase silencio sobre muchas de las obras que se publican en Bogotá; pero desde México hasta la Argentina, hay una literatura naciente, exuberante, obras muy notables que no han sido bien juzgadas todavía y que deben serlo por plumas como la del señor Caro, cuya autoridad es reconocida en toda la América. Revistas extranjeras, como la de *Deux Mondes*, suelen dedicar estudios extensos á algunos de nuestros poetas y escritores. ¿Hemos de esperar que plumas europeas midan nuestras glorias, teniendo aquí quien pueda anticiparse á hacerlo con mejor conocimiento de los antecedentes literarios de nuestros ingenios, porque sabemos mejor su historia y la del elemento en que se han formado, y hemos de dejar que circulen sin correctivo obras desprovistas de criterio que desde Europa vienen á inundar nuestros mercados, como algunas que todo el mundo conoce y que no queremos nombrar?»

. . . . . .

. . . . . .

«Tiene Caro páginas numerosas de mérito igual y aun superior, que no es fácil condensar en las pocas líneas que podríamos dedicarles para abarcarlas todas; aquí traza los perfiles de la poesía horaciana con más conciencia que la que de sus propias obras tuvo quizás Horario mismo; coloca sobre ellas las de Menéndez Pelayo, y nos dice, mostrándonos las dos siluetas: para ajustar, por este lado falta, y por este otro sobra; más allá lanza, con la facultad de juez, un edicto, y comparecen Bello y todos sus precursores, desde Virgilio hasta Delille y Arriaza, para establecer la genealogía y las virtudes propias de las *silvas americanas:* queda Virgilio reconocido como tronco del linaje, y Bello, conducido por su mano, *pensando como Rioja y diciendo como Calderón,* según la frase de Lista citada por Caro. En otro lugar se acerca á Núñez de Arce, lo examina por todos lados, y un ceño no disimulado anuncia que

algo le choca: es la filosofía del poeta, él no siente embarazo en confesarlo; pero no por eso se aleja; extiende su protesta en debida forma, y se entrega acto continuo, sin remordimiento, á la admiración del artista, discípulo de la escuela de Quintana, pero «quizás más feliz y más lógico que sus maestros.» Un rasgo de la vida de Watteau, recogido por Panckoucke, viene á nuestra memoria. El cura de Nogent exhortaba á bien morir al célebre pintor, y le presentó un crucifijo muy mal esculpido. «Quítenme eso de aquí,» exclamó el moribundo: «¿cómo ha habido mano capaz de figurar así el rostro de un Dios?· ¡Oh poder de la estética, decimos nosotros, que obliga á las almas creyentes á entrar en comunicación con la irreligiosidad engalanada, y á no aceptar ni á Dios, sino á condición de que sea bello!»

. . . . . .

. . . . . .

Elocuente es la musa de Rafael Merchán, y aplaudidos han sido sus versos por propios y extraños; sus ideas han brotado á favor de algo grandioso, de un todo sublime, y para satisfacer al lector, incluímos fragmentos de una de sus composiciones que ha obtenido verdadero aplauso.

Á ÉDISON

—

¡Autócrata del reino de los átomos!
¡Invicto sitiador de la materia!
¡Batallador indómito que guías
Las fuerzas de natura debeladas!
¿Qué órbita nueva marcarás al mundo
Si de su línea eterna lo desvías?
¡Oh déspota fecundo!
¿Qué edicto de milagros elaboras
Para regir tus zonas conquistadas?
¿Y quién te ha ungido emperador del Cosmos

1) Sobre tanto Moncel docto y sañudo
De alma tradicional, en que persiste
La ruin superstición de su experiencia?
¿A qué sufragio atónito debiste
Las fases consulares de la ciencia?

La humanidad te nombra
(2) Cid Campeador de la tiniebla adusta,
Pues tu pujanza insólita destierra
Las legiones tenaces de la sombra;
¡Y ya la noche abandonó la tierra!

(3) En la tortura de crujientes andas
Llega á tu umbral un ser adolorido;
Cada paso aguzó en sus carnes túmidas
Un tormento; en sus labios un quejido,
Con dulce voz le mandas
Que torne como el pájaro á su nido
Al calentar la primavera el bosque;
Sumiso, como Lázaro se yergue;
Y de la ciencia en tu benigno albergue
Cambia en grito de ¡gracias! su gemido.

Persigues y capturas
(4) La onda sonora en el confín lejano:

---

(1) Cuando el buen éxito no había coronado aún los trabajos de Edison acerca de la lámpara eléctrica y el fonógrafo, sus rivales le ridiculizaron y hasta insultaron en la prensa; le dijeron que no tenía ciencia ni *experiencia* en asuntos de electricidad, olvidando que cada uno de sus inventos anteriores bastaría para inmortalizar á un hombre. M. de Moncel murió en 1884, pero le menciono como tipo de los críticos acerbos del ingeniero americano, y lo hago con pena, en atención á los merecimientos de aquel distinguido sabio.

(2) Sus trabajos de perfeccionamiento del alumbrado eléctrico.

(3) Sistema de Edison para curar la gota por la endósmosis eléctrica, inventado sin conocer los olvidados experimentos hechos por Pivati á mediados del siglo anterior.

(4) Megáfono: instrumento con el cual se oye cualquier ruido, por leve que sea, á una milla de distancia, y un grito á dos. Por medio de él pudo oir los aires de una caja de música un sordo que hacía veinte años no percibía sonido alguno.

El susurro del céfiro en las hojas;
El aletéo desde el nido al grano;
El tenue cuchicheo
De besos, confidencias y congojas...
¡Toda nota del aire es tu trofeo!
Y á los mártires lerdos é irritados
Que llevan el silencio en el oído,
Les brindas, más piadoso que los hados,
Un lugar en las fiestas del sonido.

Invitas á los muertos
(1) Les mandas que hablen, y escuchamos yertos
De asombro, no sus ayes de agonía,
Sino dulce, espantosa melodía,
Espectro de la voz sonora y pura,
Como en hogar há tiempo abandonado
Óyese, en misteriosa noche obscura,
Vibrar tenues las cuerdas del teclado.

(2) De Morse al mensajero prodigioso,
Que se holgaba en su vuelo reposado
Comparando su carga á sus alientos,
Alas dobles y cuádruples pusiste,
Y sumiso á la ley de tus portentos
De una vez sola transportar le hiciste,
En viajes hacia rumbos encontrados,
Las cargas de otros tantos pensamientos,
No como urdimbre de confusas tramas,
Sino á modo de antorchas que refunden
En sólo un haz sus refulgentes llamas,
Y en blando corte se disocian luego

---

(1) Fonógrafo.

(2) Telégrafo dúplex y cuádruplex. Al principio se creía que cuando un alambre estaba ocupado con la transmisión de un despacho, no se podía enviar otro por el mismo, ni en dirección contraria. Con el invento de Edison pudieron transmitirse simultáneamente, primero dos telegramas y luego cuatro. Entendemos que hoy se pueden enviar más, y en direcciones opuestas.

Reintegrando su luz, calor y fuego.

Fulton lanzó, del viento burladora,
La nave solitaria á la onda ruda;
Le dió el grito del náufrago que implora
Entre esperanza y duda;
Mas la lengua que alivia los pesares,
Que anuncia dichas del hermano ausente,
La que manda al piloto al heroísmo,
(1) Tú le enseñas á hablar sobre la ola;
Y ya la voz de angustia no va sola
A morir con el cierzo á flor de abismo.

De Stéphenson el monstruo laureado,
(2) Mamut nacido ayer, fósil arrumbas;
Y cuando en el confín de la planicie
Desparecen tus trenes sin penachos,
Te oyen aún, responden y obedecen;
(3) Que los silfos, tus cómplices, te ofrecen
Sus ondas por buzón de tus despachos.

. . . . . .

Impulsas con relámpagos las popas;
El carbón en tu mano es fuente muda
Que arroja cataratas de energía;
Con tu pluma por arma, las legiones

---

(1) Sistemas de comunicación telegráfica y telefónica entre buques, á ocho y más leguas de distancia, sirviendo de conductor en el primer caso el aire, y en el segundo las olas. Además, el *aerófono*, con el que se puede conversar á una milla.

(2) Motor eléctrico para ferrocarriles y tranvías, con exclusión de la locomotora de vapor.

(3) Comunicación telegráfica desde las estaciones de ferrocarriles con los trenes en marcha, sin más conductor que el aire entre el techo metálico de los carros y los alambres, pudiendo estar estos situados á 560 pies de altura. Comunicación telegráfica sin hilos, entre globos cautivos ó entre cualesquiera alturas fuera de la acción absorbente de la tierra.

De Gutemberg suplantas;
Mides en tu balanza emanaciones
Del lejano calor de las estrellas;
A tu lado matízanse las plantas
De frutas y de flores,
Si por la edad menores,
Más que Natura ricas, y más bellas.

. . . . . .

En todos los terrenos del estudio ha buscado Rafael Merchán, el más vasto espacio, invadiéndolo con fe y valeroso empuje, conquistando el puesto meritísimo que en las letras cubanas le corresponde. Como valioso tesoro guardo patrióticas estrofas que el *desterrado* cubano me dedicó en Colombia en una noche de plácemes y de recuerdo eterno.

Montoro (Rafael)

Nació el eminente publicista en la ciudad de la Habana, por el año 1852 y precoz en sus aficiones intelectuales y en los ardientes deseos de estudio, comenzó á singularizarse y á sobresalir entre los rapazuelos de su edad, aislándose, puede decirse así, ó reconcentrándose soñador tal vez, con triunfos y glorias literarias.

Apenas contaría quince años, cuando asistiendo al colegio del Salvador, saboreó los primeros goces del entendimiento, escuchando las lecciones que el infortunado Zenea inculcaba en sus discípulos, sembrando rica y fructífera semilla, y despertando el amor á las letras de Rafael Montoro.

Más tarde tuvo en España más vasto escenario para poner de manifiesto las galas de su ingenio en el periódico «El Norte», en «El Tiempo» y en otras diversas publicacio-

nes, adquiriendo justo renombre en las célebres conferencias del Ateneo Científico Literario, de Madrid; y como por entonces se fundó «La Revista Contemporánea», ocupó Montoro el puesto de redactor en jefe.

Sobresalió en la crítica sobre la Alemania intelectual, que le inspiró el famoso libro de Perojo, no menos que por el celebrado estudio «María Tudor.»

La corrección de su estilo y la profundidad de sus ideas lucieron en la «Revista de Cuba» y en «El Triunfo» cuando ya su nombre disfrutaba singular prestigio.

Colaborador de la «Revista Europea» y de «El Ateneo de Madrid», que contaba por director al célebre cubano Labra, siguió consolidando su reputación de escritor y de político, pues arduas cuestiones enmarañaban el horizonte amenazando recias tempestades.

En 1880 fué diputado por la Habana, y después, en 1886, representó en Cortes á la ciudad de Puerto Príncipe.

Rafael Montoro, amante de la concordia, del orden y de las libertades bien entendidas, hombre práctico y de alta importancia en el partido que fué autonomista, pronunció un célebre discurso el 22 de Febrero de 1891, en el teatro de Tacón, discurso por extremo sensato y que logró gran aplauso y resonancia.

No tenemos á la mano ningún escrito del docto publicista y sólo copiamos un párrafo de los pronunciados en el teatro de la Habana.

«No olviden nuestros gobiernos la célebre parábola de la Sibila de lord Brongham, que enseña á ceder á tiempo, demostrando cuán peligroso es obstinarse en rechazar las justas aspiraciones de la opinión.»

Piensa bien, noblemente y del mismo modo se expresa.

Fué jefe en el transitorio gobierno autonomista, y hoy es representante de Cuba en Inglaterra.

En hermoso y apacible viaje, le conoció y trató la autora de este libro; á bordo del trasatlántico «Reina Cristina» pasó horas amenizadas por sabrosas pláticas, y después,

en la Habana, tuvo ocasion de que se arraigase más y más la opinión ya formada.

Cuba se enorgullece de contarlo en el número de sus hijos más ilustres.

Pérez de Zambrana (Luisa)

Era yo muy joven, casi una niña, cuando recibí en París un tomo de poesías, y al leer el nombre de la autora, sentí algo como satisfacción cumplida, algo inexplicable y risueño, porque aquel nombre me era conocido y hasta querido. ¡Cuántas veces lo había oído resonar con aplauso, con estusiasmo, porque era el de una escritora muy joven entonces, pero que ya por su lozana imaginación había conquistado las simpatías públicas y Cuba miraba en ella una de sus glorias literarias.

La amable dedicatoria que en la primera página encontré, inspiróme una poesía que respondía al galante envío de la poetisa. Me complace, al cabo de tantos años, reproducirla como marco de estas pinceladas biográficas.

TUS VERSOS

—

Á LA INSPIRADA POETISA CUBANA DOÑA LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA

L' harmonie est sa voix, la nature est son ame.—LEBRUN.

¿Dónde, cisne cubano,
Bebe esa miel tu candoroso pico?
¿Do está esa fuente ignota
Cuyo raudal de inspiración explota
Tu dulce acento de cadencia rico?
Que es mi embeleso al escucharte tanto
Cual si de Cuba en el vergel oyera
De alado coro el harmonioso canto:
Mi alma se dilata,
No bien escucha tu laúd sonoro,
Mi mente se arrebata,
La sacra luz de la amistad la inspira
Y entre las alas del marino viento,
Vuelan á unirse con tu grato acento
Los rudos sones de mi pobre lira.
Mas ¿qué conseguiré, pobre cantora,
Que en la región del artificio vive
Y en la ciudad do sin consuelo llora
Sus muertas ilusiones,
Ya sin aliento ni esperanza escribe? (1)
¿Cómo encontrar en sus ruidosas calles
La rica inspiración, la fuente pura
Que en tu patria feliz dulce murmura
Entre los lirios de sus frescos valles?
¿Quién me diera la mente creadora

(1) Esta composición fué escrita en París por la autora de este libro, á raíz de la muerte del esposo amado y de la hija querida y única.

Y atrevida del Dante
Para ensalzar tu imagen seductora?
¿Quién para tí me diera, hermana mía,
Las perlas que la aurora
Da á los vergeles al nacer el día,
Y el perfumado aroma
Que el fresco ambiente de las flores toma?
¡Oh! ¿quién diera á mi mano
La corona esplendente
De divino laurel siempre lozano
Para con ella engalanar tu frente?
Mas ¿qué ofrecer podré si eres cubana
Y como todas las que allí nacieron
Es la belleza tu gentil hermana,
Es tu melosa voz como la brisa
Que columpia las flores,
Son tus arrullos manantial de amores,
Tus imágenes son puras y bellas
Y tu fácil *decir* me las presenta
Como en un cielo azul limpias estrellas?
¿Qué te diré desde mi albergue umbrío
Que de tu patria bajo el terso cielo
Sobre el florido suelo,
No te parezca desmayado y frío?
Déjame enmudecer: flores no brotan
En mi yermo jardín, no me provoque
Tu cítara á cantar, cisne cubano,
Que se halla mudo mi laúd y en vano
Será que yo la inspiración invoque:
Dardos tengo en el alma
Que me atormentan sin cesar, mi pecho
Perdió por siempre la apacible calma,
La juvenil sonrisa
De mis labios huyó, duros abrojos
De mi vida infeliz cubren la senda,
Y tan sólo llorar saben mis ojos.

Como á la tierra la robusta encina
En mi alma el dolor vive arraigado,
Y es mi cabeza sauce desmayado,
Que á dos sepulcros su ramaje inclina.

—

Cercana á la villa del Cobre y en el año de 1837 nació Luisa Pérez, y desde sus más tiernos años seducía y encantaba por la precocidad de su entendimiento y por las imágenes que expontáneamente brotaban de su mente infantil. Los pintorescos paisajes que rodeaban la finca; los panoramas de aquella naturaleza eternamente fresca, florida y encantadora, vistieron la imaginación de Luisa con matices esplendorosos, con dulzuras que son el mayor y más valioso florón de sus poesías, sin que por esto en varias de aquellas deje de admirarse el brío de sus versos. De los más notables son los que llevan por título «A Cuba», «La Caridad» y «Noches de Luna». Sus cantos rebosan sentimiento y son suaves y harmoniosos como las brisas que la escritora aspiró en su infancia: nada más fácil, sencillo y dulce que la epístola siguiente:

Mi noble amigo:
El delicado y generoso obsequio
Conmovida agradezco; mas no quieras
Verme subir al pedestal que me abras
Con la vista inclinada, y con la frente
Por tí ceñida de laurel glorioso,
Teñida de rubor... no, amigo mío,
Pinta un árbol más bien lujoso y fresco
En vez de pedestal y á mí á su sombra,
Sentada con un libro entre las manos
Y la frente inclinada suavemente
Sobre sus ricas páginas, leyendo
Con profunda atención; no me circundes
De palmas, de laureles y de rosas
Sino de fresca y silenciosa yedra

Y en lugar de la expléndida corona,
Pon simplemente en mis cabellos lisos
Una flor nada más; que más convienen
A mi cabeza candorosa y pobre
Las flores que los lauros...
No me pintes más blanca ni más bella
Píntame como soy, trigueña, joven
Modesta y sin belleza, y, si te place,
Puedes vestirme, *pero solamente*
De muselina blanca, que es el traje
que á la tranquila sencillez de mi alma
Harmoniza más bien... Píntame en torno
Un horizonte azul, un lago terso
Y un sol poniente, cuyos rayos tibios
Acarician mi frente sosegada.
Píntame así, que el tiempo presuroso
Los años medirá con rauda prisa;
Y después que esté muerta y olvidada,
A la sombra del árbol silencioso
Siempre leyendo encontrarás á Luisa.

La activa imaginación de la poetisa buscó también en la novela un campo propicio para desarrollar sus ideas y escribió «Angélica», «Estrella», «La Hija de Verdugo» y otras más; hizo una traducción correctísima de Lamartine, «En Balbec», y ha colaborado en numerosas publicaciones literarias y en muchos periódicos de América. Tenía catorce años cuando apareció el fruto de su primera inspiración «Amor Materno», y adornada con bellezas intelectuales y físicas, ciñóse á les veintiún años la corona de desposada, uniendo su suerte con la del escritor eminente Ramón Zambrana, hombre doctísimo, médico notable y que por su consagración al estudio gozaba de respeto y de generales simpatías; era un verdadero filósofo, un ciudadano probo y un escritor correcto, siendo de aquellos que sin pertenecer á ningún partido ni señalarse en

luchas políticas, fué querido de todos y muy llorado después de su muerte. En su obra «Mis Creencias» resplandece la fe más pura y el amor al Dios sabio, creador y justo.

La vida de Ramón Zambrana y Valdés puede sinteti zarse en estas palabras: generosidad y cordial benevolencia para todos, infatigable laboriosidad, pasión por las letras, y acendrado amor á la humanidad. En su hogar doméstico fué un modelo de virtudes, y en sociedad un ejemplo de nobleza.

Tal era el compañero elegido por Luisa Pérez, el que le arrebató la muerte á los seis años de casada, hiriendo su corazón de tal modo que jamás ha podido cicatrizarse aquella herida.

La hermosa poetisa fué la elegida para colocar en la gloriosa cabeza de la Avellaneda la corona poética premio de aquel ingenio esclarecido.

Luisa Pérez de Zambrana, descuella, no menos que por su talento, por sus relevantes prendas, y el cariño y la consideración la rodean y acompañan. Si place al lector, lea una de las últimas composiciones de la poetisa cubana para que guarde en los labios la miel de sus estrofas.

LA AMISTAD

—

Á EMILIA

Cuando muriendo entristecido el día
El sol entre flotantes aureolas
Se para en el ocaso todavía

Para verse en las olas,
Cuando ya las estrellas indecisas
Fulguran ante el mundo que las ama
Y suspirando las cansadas brisas
Se duermen en la grama,

Yo sueño con un sér pálido y bello,
Yo sueño con un sér tierno y sombrío,
Que trae los pies desnudos y el cabello
Húmedo de rocío.

Que trae heladas las hermosas manos,
La frente triste, la sonrisa incierta,
Y va con ecos dulces, aunque vanos,
Llamando á cada puerta.

¡Es la Amistad! Con ruego enternecido
A los hombres hogar pide temblando;
Pero va como un ángel dolorido
Decepciones llorando.

¡Oh! Piensa, cara Emilia, Emilia hermosa,
Que esta hada blanca, desolada y yerta
Es mi amistad, que helada y temblorosa
Ha llegado á tu puerta.

Ábrele, por piedad, el templo bello
De tu adorable corazón, bien mío,
Que trae los pies desnudos, y el cabello
Húmedo de rocío.

LA MADRE

—

DEDICADA Á LUIS VICTORIANO BETANCOURT

I

En móvil cuna de armiño
Los suaves párpados cierra
Un ángel con bucles de oro
Y tez de jazmín y seda.
Es un pétalo de rosa

Es un cáliz de azucena,
O en alba concha dormida,
Blanca, solitaria perla.
  Otro ángel junto á la cuna
En éxtasis le contempla,
Sobre el seno de alabastro
Cruzadas las manos bellas.
  Es el dosel de pestañas
Que su mirada sombrea,
La obscuridad del eclipse
Que el brillo de un astro vela.
  Y por su visible aspecto
Parece que amante sueña
Imágenes que palpitan
En sus pupilas hebreas.
  Sobre el mármol de sus hombros,
En ondas brillantes rueda
El ébano desatado
De flotante cabellera,
  Y aquella hermosa figura
Que deslumbra y embelesa
Es una Venus de nácar
Bajo un manto de tinieblas.
  Ante el serafín dormido
Su faz adorable y tersa
Del infantil pensamiento
Los arcos iris refleja.
  Y ya con delicia aparta
El blondo rizo de seda
Que es en la frente del ángel
Un rayo de luz que ondea.
  Ya de la oscilante cuna
Pone un clavel en la reja,
Para que á la flor brillante
Extienda la mano incierta.
  O en la boca que sonríe

El coral nítido besa
Y de la fugaz cortina
La nube plateada cierra.
  Y el querubín sonrosado,
Bajo aquella transparencia,
Parece un rubí que brilla
Bajo cristales que tiemblan.

II

  Como hadas regando flores
Pasaron las primaveras,
Los otoños como bardos
Con liras ¡ay! de hojas secas.
  Es una mañana triste
De pardas brumas cubierta,
En que los árboles mustios
Límpido aljófar gotean.
  Tiemblan las heladas aves
Posadas sobre las peñas,
Y los inmóviles lagos
Grandes ópalos semejan.
  Radiante un mancebo baja
La pendiente de una sierra,
Y como alfombras de flores
Los abismos atraviesa.
  Tiene mejillas de aurora,
Boca de púrpura y perlas
Frente atrevida y gallarda,
Mirada que centellea,
  Rica cabellera de oro,
Figura noble y esbelta
Que en su soberbia arrogancia
Es una escultura griega.
  Detrás camina una sombra
Hermosa, inefable, tétrica,
Pálida como los astros,

Blanca como la pureza.
  Sobre la frente del joven
La luz de una antorcha eleva,
Y parece un ángel triste
Que alza en la mano una estrella.
  Mas él en su brillo inmóvil
No fija la vista inquieta,
Y como flor desprendida
Que la corriente se lleva,
    Va de placer fascinante
Por la florida alameda,
Sin ver que lloran las ondas,
Los lirios y las violetas.
  Y no escucha estremecido
Que en el arpa dulce y tierna
Del corazón de la madre
Va sollozando una cuerda.
  Al templo de oro del vicio
Lleno de luces y esencias,
Entre músicas que embriagan,
Él deslumbrado se acerca.
  Bajo el pórtico de jaspe
Suplicante, herida, trémula,
Abre los brazos divinos
Bañada en lágrimas ella,
  Y en el umbral del pecado
Es aparición angélica
Que como discos de luna
Las alas del bien despliega.
  Cuando él sale de la orgía
Embriagadora y funesta,
La ve allí, como una estatua,
Muda, dolorida, yerta.
  Tiene en torno de los ojos
Dos círculos de tinieblas:
La tristeza de una martir,

La palidez de una muerta.

III

Huyeron ¡ay! del mancebo
Las ilusiones risueñas,
Cual bandada de avecillas
Que alzan el vuelo y se alejan.
Sólo del amor de madre
Resplandeciente y eterna,
En la noche de su alma
La luna de oro se eleva.
Y él va del dolor pisando
Las enlutadas riberas,
Bajo tenebrosos arcos
De funerarias adelfas.
De terciopelo sombrío
Con una túnica negra,
Marcha detrás de rodillas,
Herida de muerte, ella.

IV

¿Cuál es tu fúlgida aureola
¡Oh! madre sublime y tierna?
¿Cuál es tu corona de astros,
Divinidad en la tierra?
En el corazón clavada
Una cruz de espinas llevas,
Y por el marfil del pecho
Las gotas de sangre ruedan.
Llevas una cruz de espinas,
¡¡¡Arcángel!!!, cuando debieras
En tu inmaculado seno
Llevar un altar de estrellas.
Cuando debieran, al verte

¡Oh, seráfica belleza!
Bajo su dosel de plata
Andar majestuosa y lenta,
  Los ángeles á tu paso
Ir desgajando azucenas
Y de arenas de diamante
Inundar toda la tierra.

Springer (Mary Elisabeth)

De antiguo y esclarecido linaje inglés, de tronco señorial y de los primeros colonos que se establecieron en la nueva Inglaterra, desciende la escritora que pertenece por su nacimiento á Cuba, por su familia á los Estados Unidos del Norte, y á la nobleza sueca por su padre José Foster Springer, pues el barón de ese nombre pasó de Suecia á tierra americana en 1645 estableciéndose en Delaware en donde sus conterráneos habían fundado una colonia en aquella época. En la pugna

por la independencia se distinguieron todos los miembros de la familia Springer, y tres de ellos fueron compañeros del ínclito Wáshington, alcanzando laureles cívicos como padres de las libertades americanas.

Mary Springer, pasó algunos años en la Habana, y á la la muerte de su madre adorada debe sus primeros ensayos en literatura, porque en ella buscó consuelo y distracción para el pesar profundo que la aquejaba, comenzando por traducir al castellano la novela inglesa «Pan, queso y besos», que publicó la casa Appleton, y con no menor corrección y facilidad trasladó al inglés la novela de Emilia Pardo Bazán «Una Cristiana».

Entre los méritos de la escritora debemos señalar uno de los principales, y es el de haber sido la primera que dió á conocer en inglés las obras de la insigne novelista española. Numerosos periódicos de las repúblicas hispanoamericanas, han contado y cuentan con la colaboración de la ilustrada cubana norteamericana y no pocos también de Nueva York, como Harper Weckly, Once A Weck, The North American Review, The Globe Review, Las Tres Américas y otros.

Una de sus traducciones más notables y más celebradas ha sido la de la novela de Alarcón «El sombrero de tres picos», que inspiró á los norteamericanos la linda opereta «La Princesa Nicotine».

En la imaginación de María Isabel y en sus producciones, obsérvanse la viveza é ingenio creado por la naturaleza tropical, y la sobriedad y reserva peculiares de la raza sajona; tales condiciones se revelan también en la dulzura de su trato, en la suavidad de su carácter y en los sentimientos de su corazón. Su talento tiene la precisión y las aptitudes observativas de los ingleses, y á la vez los fulgores y la impetuosidad de la raza latina, resultando de esta amalgama un *todo* encantador y delicioso, que se retrata hasta en sus escritos, especialmente en su preciosa novela histórica «Dorothy Quincy» publicada en 1899.

En sus páginas hay lujo de datos para la historia, y la acción novelesca se funde sin esfuerzo con los episodios y con la lucha por la independencia: el lenguaje es fácil y elegante, y la acción se desarrolla palpitante de interés y color local.

Asimismo distínguese por su precisión y soltura en la crítica, de la que daba muestras cuando apenas comenzaba su vida literaria: copiamos uno de sus acertados artículos.

AUTORES AMERICANOS

Hoy en día, el autor americano que goza de mayor popularidad es William Dean Howells, poeta de elevada inspiración, cuyos sonoros y sentidos versos llegan al alma; profundo observador del corazón humano, que en sus obras pinta la vida con maravillosa realidad y maestría.

Nació este ingenio americano en Martins Terry, Ohio, en 1837. Por parte de padre, sus progenitores fueron ingleses y, como muchos otros en tiempos coloniales, abandonaron su país, viniendo al nuevo mundo para disfrutar de la libertad en el culto de su fe, y se establecieron en Massachusetts. El abuelo de Howells fué ministro meto dista, y su padre se trasladó á Drayton, Ohio, en donde fundó un periódico, y luego fijó definitivamente su residencia en Columbus, le capital de Ohio.

A muy temprana edad William Dean Howells escribía versos, y á los diez y nueve colaboró en varios periódicos. Cuando sólo contaba veinte y dos años ya redactaba el importante *State Journal* de Columbus. Varias de sus poesías vieron la luz pública en *The Atlantic Monthly*.

Publicó su obra *Life of Lincoln* (Biografía de Lincoln) en 1862, y obtuvo grande éxito. En aquella época el autor hizo un viaje por Europa, fijando luego su residencia en Venecia, por haber sido nombrado cónsul de los Estados Unidos en aquella ciudad, reina del Adriático, tan apropiada para albergar al noble poeta, quien debió sentirse

mayormente inspirado con aquellos recuerdos que evocan el boato y fausto de la república veneciana en la Edad Media, asistiendo con la imaginación á los regios y semidivinos esponsales de la Magestad del Dux con el Adriático, en que arrojaba aquél en las cerúleas ondas el anillo nupcial en presencia de la más fastuosa de todas las cortes. En esa ciudad bella y única escribía Howells su amenísima obra *Venitian Life*, en la cual pinta la vida veneciana con colores que parecen robados á las lagunas celestes y á los crepúsculos de rosa y oro.

Howells seguía cultivando las bellas letras, en 1865 renunció su cargo consular, y al volver á su país fué nombrado redactor de *The New York Tribune*. Más tarde dirigió *The New York Times* y *Nation* en la metrópoli. En 1866 fijó su residencia en Boston, y allí redactó la acreditada revista *The Atlantic Monthly*. Durante su permanencio en Boston, la Atenas de América, trabó íntima amistad con el insigne Longfellow.

Las grandes inteligencias se comprenden y Howells admira mucho á Tolstoi, en tanto que éste es muy aficionado á las obras de aquél. Tolstoi le dijo á la traductora de la versión inglesa de algunas de sus novelas, que él lee con deleite las de Howells y se complace en declarar que *An undiscovered Country* fué la que le sugerió el tema para su *Kreutzer Sonata*.

Howells es realista; sin embargo, jamás se encuentra en sus obras nada que pueda ofender la más pudibunda delicadeza, y su estilo es castizo y puro. Con sus revistas ha despertado en este país un interés general por la literatura española contemporánea. Él juzga á doña Emilia Pardo Bazán la más brillante escritora del siglo diez y nueve. Las musas han sido generosas con Howells, y la mayor prueba de esta predilección está en sus interesantes novelas, sus chistosas comedias, sus brillantes revistas y sus poesías de elevada inspiración.

Sin embargo, él no cree que el genio en la literatura na-

ce de la inspiración, tanto como del estudio profundo y el trabajo árduo y concienzudo, y aconseja á los principiantes en el cultivo de las bellas letras, mucha aplicación, á la par que una gran dosis de constancia.

Hay un refrán español que dice:—«La letra con sangre entra», y este viejo decir castellano podría trocarse por este otro menos cruel, pero siempre severo:—«La letra, con quebraderos de cabeza entra»; pues nada se consigue en este mundo sin afán, sin trabajo, y sin algún dolor á veces. Las bellas letras, lo mismo que la música y todas las artes hermosas, son maestras exigentes. No tienen sonrisas ni premios para los perezosos.

En su trato personal, es Howells simpático y agradable. Bondadoso y liberal, como todos los seres nobles, el eminente autor alienta con palabras halagüeñas á los escritores jóvenes en la espinosa labor del cultivo de las bellas letras, estimulándoles siempre al trabajo asiduo, pues lo mismo que en un pensil florido, las más galanas rosas de la fantasía son siempre aquellas que han brotado atendidas con esmero.»

Con placer sumo escribimos este boceto de la escritora cubana, á quien profesamos fraternal cariño prodigándola justo y merecido aplauso.

Uhrbach (Federico y Carlos Pío)

No sé por qué al pensar y ocuparme de estas dos almas gemelas, vienen á mi memoria los hermanos Goncourt; será tal vez porque como estos han cantado juntos, al par han fraternizado en todo y, así como los insignes escritores franceses han pensado y han dado vida á un libro «Gemelo» como aquellos la dieron á su hermosa novela «Los hermanos Zemganno» donde simbolizado está el lazo inquebrantable que une á sus espíritus y á sus dos individualidades, que se confunden y forman una sola en las gallardas creaciones de su cerebro.

La gloria es igual para ambos, la aspiración es idéntica,

los estudios han sido los mismos, en las ideas no hay la menor contradicción, las impresiones asoman á la vez en el semblante varonil de Carlos Pío, y en el soñador de Federico. En su lira espejea la risueña naturaleza de su ciudad natal: Matanzas; y el primor del pensamiento no necesita ni pulirse ni aquilatarse, porque brota como brotan las flores al calor vivificante primaveral, ricas en frescura, en lozanía y en matices delicadísimos.

«La Habana Elegante», «El Fígaro» y otras publicaciones se han disputado los versos de ambos hermanos, los cantos de su laúd sonoro, las harmonías de su alma artística, generosa y heroica.

Carlos Pío era el amigo del corazón, el ideal soñado para aquella inspiradísima niña que dejó eterno recuerdo, Juana Borrero; sobre su sepulcro derramó las últimas flores de su espíritu, y ansioso de unirse con la amada virginal, buscó en los campos de Cuba la muerte gloriosa ó cívicos laureles para su corona fúnebre.

Federico Uhrbach, se trasladó á los Estados Unidos mientras que Carlos Pío corría á tomar las armas y á engrosar las filas de los independientes. Por vez primera hubieron de separarse los dos hermanos abrigando en su espíritu un mismo pensamiento, un ideal único; reunirse más tarde y comenzar de nuevo su laboriosa vida intelectual.

Hé aquí una de las trovas más bellas, fáciles y fluídas de Federico Uhrbach, que trasplantamos del ameno periódico «Las Tres Américas» á las páginas de este libro.

LAUROS Y VERSOS

—

Á Tulio M. Cestero

Cuando la flamante silva
Resplandeciente se ensancha;
Cuando el soneto es de oro
Y suena el romance á plata,

Cuando la oda embravecida
Su regia estrofa abrillanta;
Cuando el madrigal parece
Forjado con rosas blancas,
Vibra el nervio del poeta
Como si todas las almas
De todos los ideales
En los suyos se albergaran,
Prestándole fuerzas líricas
De formidable pujanza
Que en la arena del combate
Por el laurel se agigantan.

El laurel sobre la frente
De los elegidos traza
Brillantes fosforescencias,
Exhalaciones de llama,
Y dibujan atrevidas
Las hojas de su guirnalda,
La lucha de las pasiones,
La brega ruda y titánica
De aspiraciones febriles,
Que al volar pierden las alas
Y el incontrastable empuje
De los sueños que se lanzan
De las glorias á la cúspide,
Sin temer á la jornada,
Cuando la flamante silva
Resplandeciente se ensancha.

El laurel sobre la frente
De los elegidos traza
Fulgores de pedrería,
Irradiaciones de espadas
Y dibujan orgullosos
Los ramos de su guirnalda,
Caballerescas historias,

Arrojos de gente hidalga,
Romancescas correrías
Por edades legendarias,
Y el soberbio escorzo artístico
Modelado en griegas ánforas
Con los perfiles helénicos
De joven ninfa raptada,
Cuando el soneto es de oro
Y suena el romance á plata.

El laurel sobre la frente
De los elegidos traza
Radiantes apoteosis,
Resplandores de coraza,
Y enmarañadas dibujan
Las hojas de su guirnalda,
Tristezas inconcebibles,
Vencimientos que desgarran,
Triunfos de grandes dolores
Que purifican la infamia,
Y moribundos heroicos
En lides desesperadas
Que se alzan agonizantes
Para redimir la patria
Cuando la oda embravecida
Su regia estrofa abrillanta.

El laurel sobre la frente
De los elegidos traza
Silentes claros de luna,
Rayos de estrellas lejanas
Y dibujan melancólicas
Las hojas de su guirnalda,
Amores que desfallecen,
En penumbras perfumadas,
Promesas que se entreabren,
Florecimientos de ansias

Y heroínas que sucumben
Mientras los besos estallan
En embriagueces supremas
De exaltaciones románticas,
Cuando el madrigal parece
Forjado con rosas blancas.

Tal es la musa del joven cubano que por ahora se inspira con los episodios patrióticos y las luchas apenas terminadas.

De Carlos Pío nada poseemos; su lira enmudeció al perderse en los espacios el alma celestial de Juana Borrero.

Tal vez despojada de sus fúnebres crespones, vuelva á brindar el arpegio sublime ó los cantos matizados con sus recuerdos perdurables.

Valdés (Gabriel de la Concepción) Plácido

Las tumultuosas olas del mar Atlántico arrullaron la modesta cuna del infortunado cantor. El cielo esplendente y siempre sereno de Cuba, inspiró sus primeros y tiernísimos cantares. A juzgar por el prólogo de la tercera edición de sus obras, nació en Matanzas el que había de dar relieve más tarde á las letras cubanas, pero según el dicho de Domingo Cortés en su «Diccionario Biográfico», fué en la Habana, y por los años 1809, donde nació Gabriel de la Concepción Valdés.

Es indiscutible que el genio es soberano del mundo, y que al brotar como la humilde violeta, escondido é ignorado, se eleva por la facultad del espíritu y de la inteligencia hasta dejar indeleble memoria de su paso por la tierra. Una de las cosas que más asombran en *Plácido* es que sin haber recibido una educación esmerada por carecer de medios para ello desde su más tierna infancia, sin la instrucción ni estudios que desarrollaran su natural ta-

lento, empezó á escribir cual si poseyera vastos conocimientos, y se elevó desde luego, conquistando el primer puesto como poeta y produciendo versos dignos de un entendimiento cultivado y con todos los refinamientos que se adquieren en las aulas con la más asídua asistencia.

La grandeza de alma y el genio de Plácido, pseudónimo que había tomado de una novela, se revelaba en graciosos giros, en deslumbradoras cascadas, en fluídas y harmoniosas estrofas y á la vez en la tempestuosa y rápida corriente del pensamiento; su númen tenía abundantes, bellísimas imágenes, forma atrevida, tanto más si se reflexiona que á la sazón se imponían en la Antilla española restricciones incontrastables á toda idea de libertad.

Plácido era un poeta; era de aquellos en quienes la inspiración está en el organismo y fluye con la perdurable constancia del manantial que prodiga sus frescas aguas y forma con ellas mansos arroyuelos ó caudalosos ríos. Sus pensamientos se desbordaban sin temor al peligro que pudiera acarrearle el emitirlos libre y desembozadamente, como por ejemplo en su oda á la Reina Gobernadora:

Alguno habrá que con dorada lira
Más digna de tu oído soberano
Cuando sus cuerdas diamantinas vibre
Cante más grato, pero no más libre.

Su pluma ofrece tan bellos conceptos como el siguiente:

Del céfiro halagado en mis oídos
Resonaba el rabel de los pastores
Que al alba festejaban divertidos
Cantando por la selva sus amores,

Mientras yo desvelado,
Abandonando mi campestre asilo,

Me alejaba tranquilo,
Las pintadas conchuelas recogiendo
En la tumba del límpido Almendares.

De gozo enagenados mis sentidos,
Fijé la vista en las serenas ondas,
Y ví las ninfas revolver gallardas
Las rubias hebras de sus trenzas blondas,

Y, levantando afables y risueñas
Sus bellísimos talles,
Aproximarse á la serena orilla
Donde las llama con acentos graves
Una deidad que entre las otras brilla
Como el águila en medio de las aves.

En esta oda, dedicada á la proclamación de la reina Isabel II, hay pensamientos levantadísimos y, como ya hemos dicho, libres en su expresión y á la vez rebosando amor á Cuba, como se observa en la mayoría de sus producciones.

Facilidad suma tuvo Gabriel de la Concepción Valdés para amoldar su inspiración á todos los metros y á gran diversidad de pensamientos, manejando con desenfado, lo mismo el verso de arte mayor que el endecasílabo, cuartetas, quintillas, octavas y la letrilla, en la cual sobresalía, así como en el dificilísimo soneto. Muy bellos y muy correctos son los dos que á continuación transcribimos:

LA MUERTE DE GESLER

Sobre un monte de nieve transparente
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra Guillermo Tell la heroica frente.

Yace en la playa el déspota insolente,
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente.

El calor le abandona; sus sangrientos
Miembros lanza la tierra al Oceano;
Tórnanle á echar las olas y los vientos.

No encuentra humanidad el inhumano;
Y hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

A MI AMADA

—

Mira, mi bien, cuán mustia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa
Puse en tu blanca mano perfumada.

Dentro de poco tornaráse en nada:
No verás en el mundo alguna cosa
Que á mudanza feliz ó dolorosa
No se encuentre sujeta ú obligada.
Sigue á las tempestades la bonanza
Siguen al gusto, el tedio y la tristeza:
Perdóname que tenga desconfianza,

Y dude de tu amor y tu terneza;
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza
¿Sólo en tu corazón habrá firmeza?

Concluímos esta breve reseña literaria con una letrilla chispeante de ingenio:

Es Lidia de planta breve,
Dama noble, rica, hermosa,
Tendrá una prenda preciosa
El que por mujer la lleve,
Sólo con la falta leve
Que á la edad de diecisiete
Voló con cierto cadete
Saliendo por un postigo...
¡Digo!...

Quéjase don Agapito
Viendo á su niño Simón
En una obscura prisión
Sin haber hecho delito,
Sólo porque el angelito
A un anciano que robó
De un navajazo rajó
Desde el pescuezo al ombligo
¡Digo!...

. . . . . .
. . . . . .

Emblema de cristiandad
Es don Juan y muy de prisa
Será capaz de ir á misa
Por ganar la eternidad:
Y es tanta su caridad
Que en sonándole metales
Se planta en los tribunales
A hacer de falso testigo
¡Digo!...

Lucas con lo que ha estudiado
Y el largo viaje que dió,
A nuestras playas tornó
Geógrafo consumado;

Según él nos ha contado,
Ya no podemos dudar
Que á orillas del Rojo Mar
Se encuentra el puerto de Vigo
¡Digo!...

. . . . . .
. . . . . .

El vate cubano, á su corona de inmarcesible laurel, unió la que se ciñe á los mártires de una idea, á los apóstoles del patriotismo, pues que, acusado de atentar contra las instituciones monárquicas en Cuba, fué encarcelado y sentenciado á muerte.

Ya en capilla, ya cercano al fin de las amarguras ó de las aspiraciones del poeta, pulsó Plácido las cuerdas de su lira: en la despedida á su madre dice:

«Basta de llanto; el ánimo afligido
Recobre su quietud; moro en la gloria,
Y mi plácida lira á tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.»

En la carta que dirigió á su esposa se refleja la sublime resignación católica en los bellísimos párrafos siguientes:

»No te entregues al dolor, porque no sería ser cristiana y te cerraría las puertas de otro mundo de gloria, donde quiero encontrarte entre las personas que me son más queridas.»

»El llanto que te pido á mi memoria, es que socorras á los pobres, y mi sombra estará risueña, contemplándote digna de ser esposa de Plácido.»

Dejó de latir aquel corazón grande y se extinguió el fulgor de aquella inteligencia el 29 de Junio de 1844.

González del Valle (Martín)

MARQUÉS DE LA VEGA DE ANZÓ

Hubiérame bastado leer algunas páginas del libro «La Poesía Lírica en Cuba», para juzgar de la ilustración de su autor, de su razonado criterio y de su imparcialidad resaltante en esas críticas literarias.

Profundizando más en el estudio de la obra, se comprende que Martín González del Valle es de aquellos escritores que se hacen instantáneamente agradables al lector por su estilo refinado, y por la originalidad de los pensamientos. Hay además en esa labor de estudio la perspicacia de un talento cultivado que busca en el fondo de las cosas la verdad de ellas y la justiciera opinión que ha de dar al público exacto conocimiento de las individualidades. Tal acontece en su hermoso trabajo biográfico relativo á Joaquín Lorenzo Luaces, y en el dedicado á José Jacinto Milanés: en ambos se destaca ese buen juicio que el crítico debe tener, señalando los defectos y bellezas que abrillantan y enaltecen á los biografiados.

El Marqués de la Vega de Anzó tiene además para gloria suya esos nobles antecedentes que honran al patriota y al ciudadano. Su ciudad natal es la Habana y aquellas calientes brisas mecieron su cuna en 1853. De alto linaje y mimado por la fortuna, viajó desde muy joven grabándose en su inteligencia ya muy desarrollada, esos episodios, esas perspectivas, que no se borran jamás, y que forman un caudal inagotable para el escritor.

Salía yo del Ecuador en 1880 para dirigirme á Colombia, cuando en Guayaquil me hablaron de una colección de poesías que llevaba el título de «Un Libro más». ¿Quién era el autor? *Lisardo de las Cabañas*, para mí desconocido: pseudónimo de Martín González del Valle. Lo mencionó la prensa con elogio, pero nunca el libro llegó á mis manos. Más tarde saboreé con deleite algunas composiciones del castizo poeta y la propia satisfacción experimentada por mí espero la disfrutarán los lectores de este libro.

FRAGMENTOS DE UNA EPÍSTOLA

—

Conque lo dicho, dicho, y esto es hecho,
y ya lo sabes bien; á lo hecho pecho.
Confieso que la lánguida mirada
de una hermosura con honores de hada,
me ha trastornado el juicio de tal suerte
que sólo he de curarme con la muerte.
¿Que cómo fué?—Lo ignoro.
La miré; mi mirada fué un «te adoro»,
y un silencio elocuente á mi mirada
fué la respuesta de mi dulce amada.
Vivo desde ese instante
la vida venturosa del amante;
desde entonces acá me reconcilio
con el melifluo y suave y tierno idilio.
Desde entonces mi lira en dulces sones,

llenos de misteriosa poesía,
celebra de mi amor las perfecciones,
y á mis tiernas canciones
responde mi adorada
mostrando en su semblante la alegría
de su alma enamorada.
En alas del fantástico deseo
mil caprichosos sueños fantaseo:
la ve mi corazón enamorado
en un jardín de flores perfumado,
y á cada suyo revoltoso giro
la dedica mi amor tierno suspiro:
ya juega con las flores
que envidian de su rostro los colores,
ya dobla airosa su gentil cintura,
ya se levanta erguida,
ya con sus manos abre la espesura
y queda entre las ramas escondida...
Ya me buscan sus ojos,
expresando de amor dulces antojos;
ya, sin saber por qué, de mí se queja;
ya de mi lado sin piedad se aleja;
ya me muestra, tornándose amorosa,
suave mejilla de color de rosa,
ya abandonada llega,
ya seria me regaña,
ya su alma me entrega
y á mi capricho fácil se doblega
como al rudo aquilón la débil caña!...
A veces delirante
y con tenaz y rudo y fuerte empeño,
mi loca fantasía,
la contempla en los brazos de otro amante...
¡oh qué terrible y horroroso sueño!
¡qué pena!... ¡qué agonía!...
Al despertar, rendido del delirio,

acaba, por fortuna, mi martirio.
Voy á verla y encuentro á mi adorada
tan amante y hermosa
brindándome su amor en la mirada!

. . . . . .

Si con mentido fuego
mentido amor en su mirar fulgura,
cállate, por favor; yo te lo ruego.
Si sabes, por ventura,
que el cielo de mi amor la nube empaña,
ocúltame, por Dios, tal desventura...
No turbes nunca mi envidiable dicha
¡que no sepa jamás si ella me engaña!
¡que ignore para siempre mi desdicha!

RIMA

—

Después de tu muerte
¡Ay alma del alma!
No guardo en el fondo del pecho
Más que una esperanza.

Y estoy tan seguro
De verla lograda,
Que es ella el consuelo inefable
Que mi pena acalla

Pasa un día tras otro
Y un mes también pasa,
Y ¿cuándo—pregunto anhelante,—
Mis penas se acaban?

Y una voz á mi oído
Melodiosa y grata

Murmura tu nombre adorado
Y dice «¡mañana!»

¡Ay! necio quien fía
En dichas mundanas
Y cifra tan sólo en la tierra
De su amor las ansias!

Esta vida es breve
Es luz de alborada
Que brilla radiosa un instante
Y presto se apaga.

Por eso, alma mía,
Tengo una esperanza...
¡Ay! que es el cielo la patria de aquellos
Que sufren y lloran, y esperan y aman!

PRIMAVERA

—

Vino Abril, y la verde pradera
Con flores esmalta,
En placeres trocando pesares
Que el pecho desgarran.

Ya las aves que pueblan el bosque
Sus trinos desatan;
Y del sol á los rayos presentan
Sus plumas pintadas.

El arroyo, con dulce murmullo,
De amores nos habla,
Cuando en noche serena la luna
Refleja en sus aguas.

Ya la brisa al cruzar por las flores
Recoge en sus alas
El aroma preciado que oculto
En sus hojas guardan.

Ahora el cielo riënte y sin nubes
Que su azul empañan,
Se presenta á los ojos del hombre
Luciendo sus galas.

Brilla el verde en los prados, y el cielo
De azul se engalana,
Y la atmósfera tibia y tranquila
El sol abrillanta.

Primavera gentil, á los campos
Devuelve sus galas,
Y con hojas recubre los bosques
De verde esmeralda.

¡Quién pudiera á su mágico influjo
Sentir en el alma
El calor de otros dias lejanos
En que los recuerdos
Eran esperanzas!

REMEMBER

—

(DE A. MUSSET.)

Acuérdate de mí cuando la aurora
tímida asome derramando luz,
cuando la noche pensativa y grave
el cielo encubra con su negro tul.
Cuando la tarde de perfumes llena
te embriague, loca, en dulce frenesí,
al palpitar tu corazón gozoso
¡acuérdate de mí!

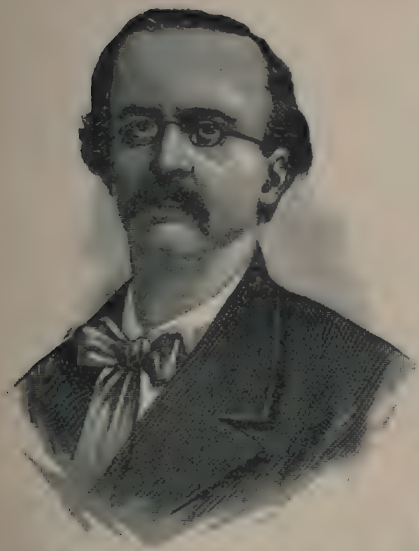
Acuérdate de mí cuando el destino
quiera alejarme de tu lado, infiel,
cuando la ausencia y el dolor destrocen
tu corazón con tanto padecer.
Piensa entonces en mí, que tu cariño,
en el adiós supremo del partir,
hiera los aires, y en mi larga ausencia
¡acuérdate de mí!

Acuérdate de mí cuando en la fosa
descanse en paz mi desgraciado amor,
cuando al pasar por mi olvidada tumba
murmures distraída una oración.
El cuerpo muere, pero vive el alma
y á todas horas velará por tí
diciéndote al oído muy bajito:
¡acuérdate de mí!

En los principios políticos del Marqués de la Vega de Anzó hay algo por extremo simpático y es que al ocupar su puesto en el Congreso, hizo artículo de fe el pertenecer á la noble fracción de cubanos que formaban el Conde de Pozos Dulces, José Antonio Saco, Azcárate, Calcagño, Rafael M. de Labra y otros muchos que, partidarios de la descentralización, de las reformas y de las santas libertades, se mantuvieron siempre en ese terreno sin entrar en el de los intransigentes.

Hoy por hoy, vive el literato cubano retirado en Asturias, en su hacienda *Santa Julita*, entregado á la educación de sus hijos y á una tarea laboriosa y útil: concluir una nueva obra, y preparar la edición de las de Joaquín Lorenzo Luaces, por el que revela tener tanta admiración como cariño.

Zenea (Juan Clemente)



Era hijo de Bayamo y en breves frases puede encerrarse la vida del celebrado literato. Desde niño tenía encarnado en su corazón el verbo de la libertad: por ella se inspiró; para ella escribió, y por su triunfo sufrió sin desmayar. Fué periodista de combate y no cumplidos diecisiete años, colaboraba ya en importantes periódicos.

Con los bríos de su mente, transmitió á la pluma el impulso varonil que anima á los débiles, atrayendo á los rezagados para la campaña en pro de sus ideas independientes.

Con su sangre regó el altar de la patria, y sus virtudes cívicas han quedado como sagrado recuerdo.

Juan Clemente Zenea era el Musset americano, y sus dotes literarios no fueron menores que sus actividades políticas. Sus versos acusan un sentimentalismo delicado, y la suavidad de una lira impregnada de buen gusto y rica de hermosas imágenes que sobresalen en su celebrada elegía.

A FIDELIA

—

¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años!
Y era una tarde serena,
Yo era joven y entusiasta;
Pura, hermosa, y virgen, ella.
Estábamos en un bosque
Sentados sobre una piedra,
Mirando á orillas de un río
Como temblaban las hierbas.

¡Yo no soy lo que era entonces,
Corazón en primavera,
Llama que sube á los cielos,
Alma sin culpas ni penas!
Tú tampoco eres la misma,
No eres ya lo que tú eras,
Los destinos han cambiado,
Yo estoy triste, y tú estás muerta!

. . . . . .

Con estos temores vagos
Marché á lejanas riberas
Y allá bañé mis memorias
Con una lágrima acerba;
Juzgué tu amor por el mío,
Entibióse mi firmeza,
Y, en la duda del retorno,
Olvidé tu imagen bella.

. . . . . .

¡Bien me acuerdo! hace diez años
De aquella santa promesa,
Y hoy vengo á cumplir mis votos
Y á verte por vez postrera;
Ya he sabido lo pasado,
Supe tu amor y tus penas,

Y hay una voz que me dice
Que en tu alma inmortal me llevas.
Mas... lo pasado fué gloria,
Pero el presente, Fidelia,
El presente es un martirio:
¡Yo estoy triste, y tú estás muerta!

—

Entre las poesías de Juan Clemente Zenea hay versos con notas admirables:

¿Y estas son las hermosas
Albas del porvenir? ¡Delirio insano!
¡Ay mis lirios y rosas!
¡Oh dichas engañosas!
¡Oh breves goces del amor humano!

—

De hermoso broche servirán tres quintillas bellísimas y una traducción:

Mensajera peregrina
Que al pie de mi bartolina
Revolando alegre estás;
¿De dó vienes, golondrina?
¿Golondrina. Adónde vas?

. . . . . .

Bien quisiera contemplar
Lo que tú dejar quisiste:
¡Quisiera hallarme en el mar,
Ver de nuevo el Norte triste,
Ser golondrina y volar!

. . . . . .

No busques, volando inquieta
Mi tumba oscura y secreta:
Golondrina ¿no lo ves?
¡En la tumba del poeta
No hay un sauce, ni un ciprés!

AÑO NUEVO

—

(De Ténnyson)

Callad, campanas tristes; si el cielo está sombrío,
Si flota entre las nieblas algún fulgor extraño,
Si la estación obscura muriendo está de frío...
Callad, campanas tristes, dejad morir el año.
¡Dejad al que ha pasado! Vibrad, bronces dichosos,
Por el que viene ornado de nieve blanca y pura;
Dejad en el olvido los tiempos tenebrosos,
Cantad por las verdades que el porvenir augura.
¡Callad por las angustias que sufren los mortales,
Por lo que llora el mundo desde su edad primera.
Por las de rico y pobre contiendas desiguales!
¡Cantad porque despierte la humanidad entera!
Silencio, ¡oh Dios! silencio, si el juez en el debate
Escucha á los partidos como si fueran reyes,
¡Cantad por el ministro que el deshonor abate!
¡Cantad por los que cuidan el templo de las leyes!
Callad si los pecados y el hambre y el tormento
Encubren el presente con funerario manto;
Que calle, sí, que calle mi querelloso acento
Y que la musa enjugue las gotas de su llanto.
¡Ah! No sonéis nunca por el orgullo adusto
Por las calumnias viles y cínicas pasiones!
Sonad porque subsista lo verdadero y justo,
Sonad porque se enlacen los hombres y naciones!
Dejad, dejad la injuria yaciendo en el olvido,
Y el torpe amor al oro que nace en el desvelo.
¡Callad por las mil guerras del tiempo transcurrido!
¡Sonad porque mil años de paz nos mande el cielo!
Load, alegres bronces, al que jamás se aterra
Y ofrece brazo y pecho al bien común en tanto.
¡Callad las horas tristes de sombras en la tierra!
¡Cantad, alegres bronces, cantad al Cristo Santo!

CHILE

Amunátegui (Miguel Luis)

Es uno de los inmortales chilenos por su consagración al estudio, por su vasta y profunda instrucción, por su laborioso empeño en pro de la enseñanza y del progreso nacional, y en suma, por su alta inteligencia que ha merecido singulares distinciones póstumas, inspirando la idea á sus conciudadanos de levantar grandioso monumento á su memoria.

Historiador, descuella por su sencillez y *fácil decir*, por la minuciosa investigación siempre latente y por la elevada filosofía que resalta en todas sus obras. El lenguaje es tan correcto como ajeno á todo oropel, y está despojado de esas frases de efecto, que carecen, sin embargo, de profundidad.

Don Miguel Luis Amunátegui, ha sido un hombre público y uno de los escritores que más honran á Chile, y que, al desaparecer, ha dejado una huella luminosa é imperecedora, un vacío difícil de llenar.

Escribió mucho, pensó mucho, fué incansable en el trabajo, y ya espirante, al borde del sepulcro, pronunció palabras gráficas, dignas de su fecunda mente. «Libertad de conciencia».

Brilló en el profesorado; fué de los hombres más infatigables en sus trabajos universitarios, y uno de aquellos que mayor impulso dieron á la literatura nacional, en una época de relativo atraso, y en la cual hizo verdadera sensación el libro de Amunátegui «La dictadura de O'Higgins», labor notabilísima y que obtuvo verdadero éxito.

«La Reconquista Española», otra de las producciones del insigne chileno, alcanzó honroso premio en un certamen, y no menor fué el triunfo que obtuvo en «Los Precursores de la independencia de Chile.»

Ayudábale en sus tareas su hermano, jurisconsulto y literato don Gregorio Víctor Amunátegui, y es de admirar, tanto el inagotable caudal de ideas, como la portentosa fecundidad para desarrollarlas. Su pluma invadió todos los terrenos: el biográfico, en el que descolló; el de la novela histórica; la honda labor de instrucción pública; el periodismo y, por último, los trabajos del Parlamento, del que fué miembro durante veinticuatro años.

Sería prolijo enumerar la larguísima serie de artículos, de folletos y de libros que han enriquecido la literatura chilena, así como las importantísimas memorias univer-

sitarias y las amenas narraciones basadas en episodios históricos.

Su inventiva sólo puede compararse en Chile á la del insigne Vicuña Mackenna, que sembró y derramó por doquiera el torrente de sus ideas.

Cúpome la suerte, durante mi primer viaje por la República de Chile, de tratar y admirar á don Luis Amunátegui, recreándome con su trato ameno, con su carácter franco y leal y con la *bonhomie*, que se traducía en sus palabras y en su modo de ser.

Desempeñaba el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, cuando en 1888 se apagó la luz de aquella inteligencia privilegiada. Inmensa, intraducible, semiregia fué la manifestación de duelo en toda la República Chilena, siendo el entierro uno de los más solemnes, tanto oficialmente considerado, como bajo el punto de vista particular.

De la Barra (Eduardo)

Vida singularmente bella, consagrada al culto de las letras y al desarrollo de esos ideales que sólo se albergan en un gran corazón y en un alma henchida de purísimo entusiasmo.

Gimieron las prensas bajo el peso de las producciones del poeta, saborearon las multitudes su palabra aquilatada y sus delicadísimos versos, ya líricos, ya filosóficos, ya históricos.

Ilustrado, docto, pensador y hombre de lógica indiscutible, fué á la vez tan querido y respetado por sus altas capacidades, como por la espiritual y chistosa ironía de su sátira.

Fué muy dado á hondas críticas literarias, á rebuscar en viejos pergaminos los sucesos históricos, y rico en conocimientos de toda clase, formaba con ellos el conjunto interesante en sus libros.

El «Vaso roto», originalísimo y precioso, es un grito de dolor, es una inspiración que acusa un pesar intraducible; es una de esas composiciones que dejan en el ánimo un recuerdo eterno.

Su «Poema del Cid» encierra descripciones hermosísi-

mas, y es de un idealismo en el que, al regocijarse el espíritu, se saborea lo grandioso de aquella imaginación incomparable.

Hay mucho del sabio en los múltiples libros que Eduardo de la Barra ha legado á la posteridad, y en sus doctrinas educativas, brilla la majestad de tendencias tan avanzadas como progresistas.

Murió ya anciano, achacoso, pero inquebrantable en el trabajo, enérgico y, como suele decirse, siempre en la brecha.

Juan Enrique Lagarrigue decía, hablando del ilustre pensador: «Lo que más admiro en de la Barra, es la energía de su carácter á sus años y las bellezas de su estilo, que semeja mármol doblegado por sus Hércules.

No le faltaron al poeta profundas decepciones y amarguras, luchas intensas, lágrimas escondidas en el corazón, martirizadores pesares, privilegio ineludible del genio.

En páginas inmortales, en donde el augusto pensamiento se expresa sin trabas, se adivina la pena intensa, el dolor que laceraba al poeta, que en sus versos y en su prosa daba rienda suelta á las tristezas que le dominaban.

Sus «Poemas del Pacífico» y los «Cantos de la Sierra» tienen la entonación patriótica y el viril entusiasmo de un carácter apasionado, valeroso y dado á la lucha; son páginas épicas de gran valor, que lamentamos no tener á la mano para engalanar con algunos fragmentos este modesto libro.

Una de sus producciones de mayor importancia es «Francisco Bilbao», y en el terreno de la polémica doctrinaria, adquirió renombre imperecedero con «Saludables advertencias al clero chileno» y «Cuestión Cementerio.»

Si erizada de espinas y abrojos fué la existencia de Eduardo de la Barra, tal vez debido á esto mismo alcanzó mayor gloria.

El mismo nos ha dicho en su preciosa composición «Poesía»:

Cubierto mi camino está de abrojos
y entre ellos pocas flores,
ruinas del corazón, tristes despojos,
pálidas esperanzas hay de amores,
que vagan solitarias
del alma entre las urnas cinerarias.

Por eso yo te invoco, Poesía,
de mi esperanza aliento,
porque cuando resuena el arpa mía,
que se mitigan mis dolores siento,
porque también el canto
es consuelo, aunque triste, como el llanto.

En suma, Eduardo de la Barra fué un genial escritor y un gran talento.

Díaz Gana (Pedro)

(Sebastián Cangalla)

De noble linaje descendía el poeta popular, que entre riscos, arenales y en la soledad de las frondas buscó la inspiración y la encontró exuberante, sobre todo en el silencio y bellezas naturales de los valles de Atacama.

Amaba la vida nómada y todas sus tendencias le llevaron siempre á los centros populares y á la peregrinación continua y sin descanso.

Internábase por los cerros y hacía la vida alegre del minero, riéndose y burlándose de todo y de todos, como si con la risa quisiera ocultar el cruel dolor que era tirano de su corazón.

La existencia de Pedro Díaz Gana fué solitaria, ajena á los goces del amor y del hogar. Tal vez con el chiste, que le era peculiar, ahogaba la melancolía y la amargura que

le producía sin duda aquel vacío eterno, y á él pudieran aplicársele los cuatro últimos versos de la siguiente estrofa:

Mostrar sonrisa en los labios,
mientras que, pedazos hecho,
se agita dentro del pecho
el mísero corazón.

Existe un drama, que el poeta escribió en 1855, titulado «Irene», el cual, al decir de algunos escritores, es la historia misteriosa, íntima, de ese hijo predilecto de Valparaíso. El infortunio de un amor perdurable, la desventura que le acompañó y le hizo perder las más risueñas ilusiones, le lanzaron á la vida de los bosques y de las soledades.

Nos cabe el placer de reproducir en este libro una de las geniales composiciones del chistosísimo vate.

UN SUEÑO

—

Una noche obscura y triste,
Triste como el pensamiento
De un hombre que en sus bolsillos
No cuenta ni con un céntimo;
Y obscura cual la conciencia
De un yankee filibustero,
O del que recibe prendas
Y cobra un real en el peso,
Dormía yo solitario
En un solitario cerro,
Junto á un picado de plata,
Picado antiguo, en broceo;
Pero como la esperanza
Al más rendido da esfuerzos,
Me dormí con la esperanza
De hacer un descubrimiento;
Y al poco andar á millones

Dióme la fortuna luego,
Que, aunque es ciega la fortuna,
Ve y da más sobre durmiendo.
Con un derrotero en mano
Me fuí marchando derecho,
Como ahora pocos marchan,
Y encontré los Candeleros.
¡Oh, gran mamada! ¡oh, hallazgo!
¡Oh, breva pura y sin cuero!
O mejor breva pelada.
Que mejor dice al concepto,
Sólo á un rico le vendí
Diez barras en cien mil pesos,
Se entiende por cada barra,
I al *contantibus* por cierto.
Sebastián es hombre honrado,
Agudo y de gran talento,
Minero como muy pocos
Liberal, noble y benéfico.
Esta cantinela oía
Por todas partes, y un séquito
Inmenso me custodiaba
Y me la iba repitiendo.
Las *Dulcineas* tenía
De toda edad á granero,
Y todo era un puro baile,
Comilonas y paseos.
En *vivas* se deshacía
Al verme pasar el pueblo
Y más de un millón de amigos
Me quitaban el sombrero.
Me llovían los mensajes
Hasta del jefe Supremo,
Rogándome que aceptara
Uno de los Ministerios,
Los Ministros y los Cónsules

De paises estranjeros,
Me rendían homenaje
A nombre de sus gobiernos.
Así es que estaba engolfado
En un mar de acatamientos;
Y dudaba de mí mismo
Temiendo que fuera un sueño.
¿Soy el mismo *Sebastián*,
Me decía, estoy despierto?
Y me hallaba siempre el mismo,
Con mis lanas y mis pelos.
Entonce exclamé: ¡Oh, fortuna!
¡Oh, diosa ciega! tu imperio
Es tal, que hasta de un pollino
Haces un hombre completo.
Y no es uno, ni son dos,
Ni son tres, son más de ciento
Los que yo así he conocido,
Por obra de sus talegos.
Esto diciendo, un ruido
Me hizo estremecer de miedo,
Sintiendo arrastrar cadenas
Junto á mí con fuerte estrépito.
Dí un brinco, tomé el puñal
Y eché el poncho al brazo izquierdo;
Creyendo que los demonios
Me arrastraban al infierno.
Y era una maldita zorra,
Que estando royendo un cuero,
Mi capacho de herramientas,
Lo hizo rodar por el cerro.
Entonce exclamé con rabia:
¡Maldito seas, Morfeo!
¿Para qué me haces tan rico
Si he de despertar sin medio?

Creció como la espuma su popularidad, y en chozas y en salones se repitieron sus chistes y se saborearon sus poesías jocosas, siendo una de sus obras más ingeniosas el libro «Memorias de Sebastián Cangallo.»

Escrita en verso y en prosa la historia de su vida, atrae y seduce por la gracia descriptiva, por los episodios sembrados en sus páginas y por lo gráfico del estudio hecho de costumbres populares.

El bardo de las sierras y de los campos chilenos, es digno de que se le rinda el homenaje debido al talento y sobre todo á la inspiración originalísima de que dió tan gallardas muestras.

Figueroa (Pedro Pablo)

En la misma época en que florecieron en Chile hombres de reconocido y admirado talento, cuando la literatura empezaba ya á escalar la cumbre de su apogeo, nació en la risueña ciudad de Copiapó, en Diciembre de 1857, Pedro Pablo Figueroa, el que, sin vacilar, puede afirmarse que es de los más fecundos escritores chilenos y que sus libros

son de alta valía por encerrar detalles y datos que pueden servir de estudio para los investigadores en historia y en literatura.

En el colegio de La Merced, dirigido por los padres jesuitas, fué donde cimentó su educación el futuro publicista, completándola después en el Liceo de su misma ciudad natal donde continuó formando sus ideas, que eran las de progreso y libertad. Ciencias, filosofía y literatura, fueron primordiales aficiones del joven Figueroa, las que hubo de emplear muy en breve para atender á las necesidades de su numerosa familia, y esto al cumplir quince años, cuando la muerte arrebató á su amoroso padre.

Hay acontecimientos que tienen en la vida del hombre influencia extraordinaria y que á veces deciden de su porvenir. Tratábase en 1876 de inaugurar en Copiapó un monumento á la memoria del invicto general O'Higgins, y en aquella solemne ceremonia obtuvo la palabra un joven de diez y nueve años, que por su elocuencia, sus patrióticos principios, por la forma y fondo de su discurso, se elevó instantáneamente sobre lo vulgar y alcanzó ruidosa ovación.

En ese día dió principio la carrera literaria de Pedro Pablo Figueroa, y las columnas de los periódicos tuvieron un colaborador asiduo; un año después hizo un viaje al Perú, consagrándose en la capital peruana al estudio de los clásicos y á múltiples labores políticas y literarias. Más tarde, obligado por la guerra, regresó á Chile y aceptó un empleo en el rico filón de Chañarcillo, en la mina de Santa Rosa.

Sería imposible en limitado cuadro citar los numerosos artículos, correspondencias y folletos que brotaron de aquella pluma, empleada siempre en la defensa de ideales patrióticos y de útiles innovaciones.

No escasas fueron las muestras de simpatía que se le prodigaron en Santiago, capital de la República, donde á la lista de periódicos fundados por él en diversas pobla

ciones chilenas se unió «El Imparcial», que además de político era literario, y descolló por las críticas sensatas que en él aparecían bajo la hábil dirección del fundador.

Durante veinte años y sin desmayar ha publicado obras importantes, tales como «Galería de Escritores Chilenos», «Tradiciones y Leyendas», «El Periodista Mártir», «Romelia», «Publicistas contemporáneos», «Apuntes Históricos», «Periodistas Nacionales», «La Odisea del Desierto», «Esbozos Literarios», «La Sombra del Genio», y otras muchas que no recordamos.

Una de las tareas más importantes por la perseverancia que representa, por el penoso trabajo de investigar y de coleccionar, por las dificultades lógicas para el desarrollo del proyecto, ha sido la publicación del «Diccionario Biográfico general de Chile», que encierra abundantes materiales para el estudio de la historia y de la literatura, de las ciencias, de la filosofía y de las artes, pues que en sus páginas se registran biografías de todas las individualidades que han brillado en diferentes esferas.

Este libro dió á su autor, no solo prestigio, sino sólida reputación, y pocos periódicos se cuentan en América que no le hayan prodigado justos aplausos.

Parece imposible que tan larga serie de libros le hayan permitido á la vez colaborar en los principales diarios de América incluyendo algunos de Nueva York, ensanchando á la vez el círculo de sus conocimientos para utilizarlos en bien de su nación.

En Pedro Pablo Figueroa, se adunan especialísimas condiciones de carácter; la fuerza de voluntad para llevar al terreno de la práctica la idea que brota en el cerebro y á la que dedica de diez á doce horas de trabajo, durante las cuales intercala el cumplimiento de sus deberes periodísticos. Es hombre simpático, de ameno trato y de condición benévola; como amigo es fraternal, cariñoso y entusiasta. Ocasión tuvimos de juzgarle en nuestra última excursión por tierra chilena.

Joven todavía, con vigor y varonil entereza para el trabajo; con ideas que se renuevan diariamente; con una memoria inmejorable, puede augurarse que sus principios y sus aspiraciones tendrán aún vasto espacio para enriquecer con más amplio tesoro de producciones el Parnaso chileno y el periodismo, que ha sido uno de los principales escenarios para su inteligencia y al que debe el pedestal de su reputación.

No han sido sólo los estudios serios los que ha cultivado su pluma, pues galanuras sin cuento ha producido el escritor copiapino, como nos complacemos en demostrar con los artículos literarios que finalizan este perfil biográfico.

LA MARIPOSA (1)

—

Su cuna fué un capullo de brillante seda blanca, que se mecía como haz de luz en el cáliz de una rosa amarilla, en risueña mañana primaveral.

Los resplandores del trópico alumbraron su primer despertar, al recibir en sus pupilas la inmensa claridad de los horizontes, y las melodías de la naturaleza entonaron el himno de la vida y la alegría al batir sus alas de mil colores.

El aliento saturado de aromas de las brisas ardientes de los climas equinocciales dió á sus alas movimientos eléctricos, y un rayo de luz del sol fué el camino inicial de su peregrinación por el mundo.

Su viaje semeja un fantástico sueño.

Panoramas encantadores, paisajes infinitos, campos bordados de flores y salpicados de caprichosos lagos se presentan sin interrupción á sus ojos absortos en la contemplación de aquel cuadro maravilloso de la creación.

Ella, la ideal mariposa, hija del néctar exquisito de los

---

(1) Fué escrita para el periódico «Las Tres Américas».

cálices primorosos y del calor del trópico, vuela sin cesar por los espacios, recorriendo los horizontes como una diminuta estrellita de variados colores luminosos, pequeño trozo de arco iris con alas.

Conmovida por el espectáculo que la arrastra hacia lo desconocido, siente, en el fondo de su peto de mil luces, que como coraza de colores la cubre, ansias angustiosas de goces y placeres infinitos é inmortales.

Huérfana, sin madre y sin hermanos, padeciendo las desdichas de su edad de oro, ya asquerosa y despreciada, anhela encontrar otro sér tierno y dolorido como el suyo para confundir con él su amor y su destino.

Cruza los horizontes batiendo sus alas sobre verjeles y arroyos, como astro de pétalos de luz que impulsa fuerza misteriosa é invencible.

De improviso detiene su raudo vuelo y siente una emoción intensa que la agita.

Ha visto pasar fugaz un picaflor, que le parece una flor alada, y cautivada por sus encantos se lanza en pos de esa delicada avecilla de los jardines.

El picaflor devora las distancias con rapidez que asombra, dejando detrás de sus ágiles alas un rastro de colores como reflejo de sus mosaicos de plumas.

La ardiente y delicada mariposa lo sigue enloquecida de seducción, dominada por el deseo de alcanzarlo y posarse sobre sus alas que se le imaginan pétalos de flor mágica y fantástica.

Así, volando sin reposo, á través de climas y paisajes, sobre mares y desiertos, la infeliz mariposa lo pierde de vista, pues el picaflor vuela con mayor rapidez, porque es más vigorosa la energía de sus alas tornasoladas, y va engañado por aromas del polo á sucumbir en las nieves sobre el cáliz de una violeta roja que se columpia en los témpanos de hielo.

La mariposa, enardecida y delirante de amor sin fin, vuelve su mirada hacia un esplendoroso rayo de luz que

se desprende del sol en toda su majestad en el centro del espacio, y se precipita sobre él para bañar sus alas en su fuego devorador.

Aquella fiebre del ideal que la domina y la impulsa en pos de una ilusión y de la esperanza, le muestra en lontananza un panorama de luz que deslumbra sus pupilas.

Las praderas de esmeralda ya no atraen sus deseos.

El abismo inmenso del espacio la arrastra con el vértigo de su delirio luminoso.

Cual una flor con alas, semejante á un astro de pétalos de luz, asciende en el horizonte temblorosa y anhelante.

Alma de aromas, vuela tras la luz como efluvio de flor en pos de la atmósfera de fuego y de vibraciones que cubren los espacios.

Enamorada del rayo de sol, recorre el universo infinito sin encontrar el palacio maravilloso que sueña en el confín del horizonte eterno.

Como el ideal, tras de una fascinadora ilusión, vuela la mariposa en pos del rayo de luz.

Aquel destello luminoso deslumbra sus pupilas y la arrastra con el poder misterioso de su atracción invencible.

Es el amor de lo infinito que la impulsa en pos de la luz de su ideal.

Así vuela, vuela sin cesar, desvanecida de amor, con la pasión por guía y el insensato anhelo de goce sin fin en el peto luminoso, plegando sus alas en un suspiro al sentirse consumida por el fuego del sol.

Su cuerpo, de reflejos de luz y de colores, cae en fina lluvia de polvo de flores en el espacio, desvaneciéndose en los horizontes como efluvio de aromas.

EL CUENTO

—

En estos tiempos de literatura compendiosa y rápida, la vida ya no encierra el drama prolongado de las costumbres antiguas.

Hoy se vive ó se sueña con la fugacidad de las emociones imprevistas y extrañas.

Se dibuja la escena y la epopeya en un destello.

Así el ideal se reduce á una sensación.

El arte modernista ha refundido las proporciones del romance en la novela corta, encerrando en el marco de un pequeño cuadro el argumento del ideal ó el drama de la vida.

Un rasgo, un perfil, una fantasía ó una ilusión, constituyen la leyenda, la tradición, la miniatura del poema.

Es el cuento corto como un verso, vibrante como un soneto, la expresión artística de la literatura refinada del siglo.

El cuento es un género difícil de cultivar cuando no se posee un ingenio sintético.

El artista debe apartarse en él de toda regla para conservar la originalidad en la forma y en el pensamiento que lo inspira.

La idea de la belleza debe manifestarse, en el cuento ó en la novela breve, en el sentimiento que sirve de tema y en el ropaje que lo viste, lo mismo que la poesía, en la que la expresión es la música del argumento.

Sin duda, el cuento es la composición literaria mas afiligranada del arte.

El cuento, breve como una estrofa vibrante, como un canto, brillante como un rayo de luz, es, en nuestro siglo literario, la forma artística de la pasión, del sentimiento, de la inspiración.

Catulo Mendes lo hace brotar de su pluma como chispa del pedernal, lleno de aromas, como si lo escribiese con esencias de flores.

Coppée lo forja de las lágrimas que vierte la desdicha y lo condensa en una melodía quejumbrosa, cual música que traduce el llanto en una vibración.

Ambos artistas son poetas, y hacen del cuento un canto ó un poema: risueño el uno, triste el otro, según su genio ó su temperamento.

Guy de Maupassant compone el cuento de las realidades sociales ó de las fantasías de su cerebro poblado de ensueños ó de recuerdos.

Algunas de sus creaciones tienen las sombras del remordimiento ó las visiones de una esperanza desvanecida y muerta.

Hay dolor y pesimismo, desesperación y falta de fe en los más delicados de sus romances, cortos como si fueran lamentos.

El cuento alegre, saturado de sonrisas, lleno de los gorjeos de los bosques, de las brisas de las islas, de los aromas de los campos, con claridades de auroras; en el que se escuchan los rumores de las flores y de las hojas, los gritos de la pasión; en el que palpitan las ansias de la juventud y deslumbran las soberbias seducciones de la hermosura, es el que relata Alfonso Daudet, el artista inimitable que cincela joyas con la gracia exquisita de su imaginación provenzal.

La carcajada con ropaje de gala, cual un arlequín lujoso cubierto de lentejuelas, luce su eco sonoro en el cuento ruidoso y picante de Mark Twain, ese Mefistófeles de la novela jocosa, que hace reir con el chiste de sus fábulas festivas, como en *La Rana saltadora* y *La Virgen Esquimal.*

El cuento melancólico, que recoge las tristezas del vulgo, que entrevera la risa y las lágrimas, que asocia la sátira fina y amarga al sentimiento tierno de la pasión, es el que ha producido al genio admirable de Dickens, el autor de los *Cuentos de Noche Buena.*

El héroe de la multitud, las desventuras del desvalido y del huérfano, las ironías del destino y de la suerte, han sido pintados con épica realidad por el artista de *La vuelta del presidiario,* ese proscrito de la sociedad, á quien las leyes convierten en réprobo por obra de extraña injusticia.

El cuento apasionado, lleno de malicia y donaire, jovial é irónico, mezcla de encanto y voluptuosidad de filosofía

mundana, y á veces de terneza, lo han escrito Dumas, hijo, el escéptico realista; Armando Silvestre, André Theuriet, Anatolio France, Halevy, Sardou, Pontmartin, La Motte Fouque, ingenios galantes, que han descorrido las cortinas del camarín de las damas para mostrar las escenas de las veleidades femeninas y las debilidades de los hombres de mundo. Victoriano Sardou, en *La Perla negra*, ha descrito el interior de un alma poseida por la fantasía de la Ciencia.

Max Muller, en el *Amor alemán*; Auerbach, en las *Narraciones de la selva negra;* La Motte Fouque, en *La Ondina*, han narrado el cuento fantástico, imposible, ideal, soñado, idílico, que es pura poesía flotando sobre las miserias de la existencia.

A este género pertenece el cuento oriental de Adolfo Bécquer, producto de una sensibilidad impresionable, de un gusto artístico indefinible, de un amor constante por lo bello y lo impalpable, que recorre la escala completa del lirismo y que reproduce los colores de la naturaleza en toda su espléndida belleza.

El cuento que lleva envuelta la blasfemia en sus pliegues de guirnaldas y de encajes, como novia que finge un juramento de fe, cual rosa que oculta espinas en sus pétalos, es el dardo del carcaj de Richepin, continuador de Baudelaire.

Las Blasfemias, de Juan Richepin, completan *Las Flores del mal*, de Carlos Baudelaire. ¿Se han inspirado estos poetas en el genio sombrío y fantástico de Edgardo Pöe, el cuentista más original y más de ultratumba de la literatura universal?

Este poeta, que cantó el clamor de negra desilusión, del *Cuervo* y de *Leonora*, ha ejercido honda fascinación en estos temperamentos melancólicos y apasionados. *Berenice*, *La muerte roja, El Gato negro, La máscara de la muerte, Morella, Metzengestein*, son cuentos de extraordinaria fantasía que parecen inspirados por la musa de ultratumba,

como que el poeta recibiera en la frente los resplandores del misterioso mundo de la vida futura.

El cuentista moralista, que evangeliza en la leyenda y en la poética narración pasional, es el escritor eslavo León Tolstoi, al que las brumas de la estepa han entristecido el alma.

Mientras Enrique Ibsen presenta en el drama los caracteres que se producen y forman bajo el cielo nebuloso del polo, León Tolstoi procura atenuar con el buen ejemplo, en tipos modelados en un sentimiento religioso, los impulsos de los temperamentos rusos. Artistas y filósofos, estos pensadores han elegido las fases mas seductoras de la literatura, el cuento y el drama, para imprimir sello de novedad al genio.

¿Acaso las obras de arte literario, que dan pruebas de esfuerzos geniales sobrehumanos, no son más que originales ficciones de pasión ó de idealidad como la novela y el drama fantástico?

En nuestra América latina los cuentistas florecen como los poetas.

Rubén Dario es el cuentista prodigioso que une á la fantasía oriental el ingenio creador de la original belleza encantadora.

Azul... es el estuche de sus imaginaciones.

El Rey burgués, El velo de la reina Mab, El pájaro azul, son cuentos de exquisita gracia artística y de un refinamiento literario fascinador.

Es el reverso del cuentista norteamericano Edgardo Pöe.

Su fantasía sonríe y alumbra como la claridad de los astros.

El cuentista alegre, espiritual, donairoso, es el poeta argentino Juan Lussich, perdido en hora prematura, devorado por la fiebre del amor.

Era el poeta del chiste culto, del cuento risueño, del poema festivo, rebosando naturalidad y donaire, de quien decia Rafael Obligado:

«La misma ironía, frecuente en sus escritos, conserva en su pluma un sello que pudiera calificarse de infantil, porque á lo picaresco reune cierta descuidada gracia en el lenguaje.»

Juan Antonio Arjerich define á Juan Lussich de este modo:

«Siempre llorado, que poco pudo hacer; pero que con su libro de ensayos nos dejó el eterno pesar de que este poeta humorista, escéptico como Heine y desgraciado como Gilbert, sólo viviese el tiempo de las flores de la victoria regia, que duran poco, y, por esfuerzo inexplicable de la planta soberbia, se desprenden de ella y caen al agua, sin hundirse, después de habernos encantado con su explendor y con sus perfumes delicados».

Su *Pluma alegre* es una colección de cuentos, entre los que figuran por su humorismo: *En la tierra de las ánimas*, *Célebre y martir*, *Mirarse muerto*, *Tus horas negras*.

Las letras de Colombia han tenido otro ingenio risueño y amable, que ha dejado cuentos de inimitable gracia y originalidad: David Guarín, á quien Adriano Páez admiraba por su humorismo singular.

Pero Guarín, poseía múltiples cualidades: poeta, era tierno y melancólico; su canto *Soledad* es tristísimo.

Como cuentista, era un artista delicado en el idilio, en el que refundía sus fantasías sentimentales.

Cuba, la isla de las maravillas de la naturaleza y del ingenio nativo, ha tenido á Manuel de la Cruz, el colorista del asunto descriptivo y legendario.

Imitando los paisajes del edén cubano y traduciendo en prosa vibrante los cantos de la epopeya y de sus tradiciones heroicas, ha sido el poeta de la historia de sus héroes y de sus mártires.

En las regiones orientales del Brasil, donde la opulencia de las flores se reproduce en los ingenios, ha habido un folletinista pasional.

Luis Guimaraes Junior, el autor de *Pantera amorosa*, ha

descrito las ardientes idealidades de los trópicos en sus *Cuentos Provincianos*, *Cuentos para gente alegre* y *Cuentos sin pretensión*.

Allí, en Rio Janeiro, al calor estival del clima, ha florecido el ingenio de Coello Netto, el cuentista de *Mágdala*, ese primaveral artista de la frase.

En la ribera oriental del Plata brilla otro artista delicado é impresionable, de la más vibrante idealidad. Es José Luis Antuña, el cuentista de la *Flor del Ceibo* y de los bocetos de novelas como *Libia*.

En Chile los cuentistas son raros.

El cuentista delicado, artista de la forma y del sentimiento, que parecía escribir sinfonías en sus páginas tenues y sonrosadas, era A. de Gilbert, el malogrado Pedro Balmaseda Toro, perdido en hora prematura, en *la estación de los besos y las rosas*.

«¿No es verdad, decía en *Camino de Sol*, que es muy fácil escribir un cuento? Nunca he soñado lo que escribo, y, sin embargo, me impresiono á medida que refiero una historia».

«Es porque en el fondo del alma hay siempre algo de esa fantasía de la pluma, que vive de la realidad y que va consumiendo las horas alegres».

Su fisonomía íntima queda descrita en estas líneas.»

Por las playas, *Las Violetas*, *La marcha nupcial*, son sus cuentos más bellos y los que pintan más vivamente su vida.

Recorrió gozoso las playas iluminado por las esperanzas, cogiendo violetas, y se dejó amar y consumir por la blanca desposada de ultratumba, esa amada eterna de la juventud y de la vida.

Luis Orrego Luco ha descollado en el género, haciéndose aplaudir de los inteligentes por la galanura y la originalidad de sus novelas breves y sus narraciones.

Un cuentista sentimental y desenvuelto, que muestra despreocupación mundana en sus concepciones, es Aure-

lio González, de dotes expansivas, de temperamento delicado.

A. de Géry, Emilio Rodriguez Mendoza, es el cuentista de las impresiones fugaces, que dibuja las siluetas de sus cuadros y fantasías con una pincelada.

No tiene la literatura latino-americana un cuentista rival de Edgardo Pöe, ni de Mark Twain, el terrible fascinador de *Morella* y de *El Cuervo*, cuyo genio vaga en el cielo y en la inmensidad de su dolorido pensamiento, y del ruiseño y donairoso pintor de *La Virgen Esquimal.*

De los literatos que han sobresalido en el género de la novela y del cuento en América, José Joaquín Ortiz, es el modelo en la novela corta.

Su romance sentimental *María Dolores*, es una joya artística como originalidad, ternura y belleza.

En el cuento donairoso y legendario, el maestro es Ricardo Palma.

La *Tradición*, que este original ingenio ha inventado, así como Campoamor ha creado la *Dolora*, es un género de cuento epigramático, fundado en la leyenda y en la historia.

Sin excluir la fantasía, Palma ha dotado á la literatura de su país y de América, de ese caprichoso y bellísimo género de cuento que tiene la gracia de la fábula y el chiste del epígrama.

Lastarria (José Victorino)

Cábele la gloria de haber sido el eje, el iniciador del gran movimiento literario chileno, contribuyendo con su talento y con su amor á las letras á la importantísima evolución intelectual en que tomaba parte la juventud entusiasta que por los años 1842 comenzaba á sembrar

nuevas ideas en los periódicos «El Semanario», el «Correo Literario» y la «Revista Chilena». El joven Lastarria era uno de esos hombres que aspiran á todo lo grande y generoso y á sembrar abundante semilla en el terreno del progreso, por lo que su vida tiene mucho de innovadora como partidario de adelantos ajenos á su época y á llenar ideales que fueron norte de su existencia.

En la histórica ciudad de Rancagua nació en 1817 el singular chileno, y en su avidez por adquirir conocimientos que enriquecieran su natural inteligencia, buscó y encontró maestros tan culminantes como el ilustre poeta español José Joaquín de Mora y el primero de los escritores venezolanos, á la sazón residente en Chile, el egregio Bello.

Con tales elementos adquirieron hermoso desarrollo las facultades intelectuales de José Victorino Lastarria; su espíritu observativo que resalta en sus producciones y su amenidad han dado á sus obras un sello de interés y un valor literario que ha hecho considerar al escritor, como uno de los hombres más notables de su época.

Las novelas «Ogaño» y «Antaño», los «Recuerdos Literarios», «Política Positiva», «Geografía Moderna», «Historia de Medio Siglo», «Misceláneas», y otros muchos concienzudos trabajos, formaron el pedestal de su nombradía.

Le conocimos en 1876 y disfrutamos con frecuencia de la amena conversación del que por sus profundos conocimientos en todas las esferas del saber humano, por su instrucción vastísima, hacíase inapreciable amigo. El docto publicista chileno luchó más de una vez con los reveses de la fortuna, sufriendo también no pocas decepciones que, dado su caracter digno, independiente y altivo, le herían en lo más hondo y agriaban sus condiciones características y su natural benevolencia, que estaba en choque con la adversidad.

Méritos y muy grandes tiene José Victorino Lastarria,

para ser considerado como una gloria chilena que hoy brilla en toda su pureza, y cuando la muerte ha disipado las sombras creadas por la envidia, el egoísmo y la pobreza; su vida fué un tejido de pesares infinitos y de amarguras perdurables.

«El Mendigo», «Mercedes», «Don Guillermo» y «El Manuscrito del Diablo», son otros tantos limpios cristales donde se reflejan todos los pensamientos amargos y todo el infortunio compañeros inseparables del escritor. Su labor principal fué la de emancipar al pueblo de preocupaciones añejas, lo que le valió injustas recriminaciones de aquellos que no eran capaces de comprenderle. También proclamó muy alto ideas y doctrinas positivistas, filosóficas, que despojaban á la historia de las influencias del destino, dando á los hechos origen y antecedentes naturales, dando á la política su verdadero colorido y analizando las evoluciones de aquélla, con una precisión, con una claridad que, al honrar al escritor, hacían revolución verdadera en los estudios históricos.

Grandes honores se le prodigaron, y la Real Academia Española, la Academia de Jurisprudencia de Madrid, el Instituto Histórico del Brasil y otras muchas corporaciones premiaron su ingenio llamándolo á su seno.

El noble luchador, que tanta parte tomó en el progreso y adelanto de su patria, descansó de la malevolencia humana y de la tarea titánica desempeñada durante medio siglo, el 14 de junio de 1888, despertándose entonces el sentimiento de respeto y de admiración que tan merecido tenía aquel que todo lo había sacrificado por el triunfo de principios constitucionales y por aspiraciones generosas y grandes.

Por su significación extractamos unos párrafos del discurso de incorporación, pronunciado en una sociedad literaria de Santiago de Chile.

. . . . . .

. . . . . .

«No perdáis jamás de vista que nuestros progresos futuros dependen enteramente del giro que demos á nuestros conocimientos en su punto de partida. Este es el momento crítico para nosotros. Tenemos un deseo, muy natural en los pueblos nuevos, ardientes, que nos arrastra y nos alucina: tal es el de sobresalir, el de progresar en la civilización y merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias y de las artes, de esas naciones envejecidas en la experiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilización europea. Mas no nos apresuremos á satisfacerlo; tenemos mil arbitrios para ello, y el que se nos ofrece más á mano es el de imitación, que también es el más peligroso para un pueblo cuando es ciega y arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable á las modificaciones de su nacionalidad. Tal vez esta es una de las causas capitales de las calamitosas disidencias que han detenido nuestra marcha social, haciendo derramar torrentes de lágrimas y de sangre en el suelo hermoso y virginal de la América española».

. . . . . .

. . . . . .

Si estos renglones que hemos citado dibujan al pensador, leamos los que revelan su talento descriptivo y que extractamos de «El Mendigo».

. . . . . .

. . . . . .

«El sol comenzaba á ocultarse en las colinas del occidente, dibujando en el azulado fondo del cielo diversos copos de luciente nacar, tiñendo de un suave color de rosa las nubecillas que flotaban sobre las faldas de los Andes, y dorando el manto de nieve con que se cubren estos gigantes del mundo, de modo que los hacía aparecer como montañas de oro macizo puestas allí para sustentar el firmamento con sus encumbradas cimas. El aura de la tarde era fresca y aromática; yo dejaba flotar á

su impulso mis cabellos y permanecía reclinado sobre la muralla, mirando las corrientes del río; ellas se llevaban consigo mis pensamientos, y á mi vista se precipitaban bulliciosas hasta estrellarse en esas ruinas adustas que ha dejado en su paso el antiguo tajamar, y que hoy, inmóviles y silenciosas, desafían su embate y las desprecian.

. . . . . .

. . . . . .

DE «EL LIBRO DE ORO»

—

Fragmentos

En la Edad Media, la libertad sólo había sido el patrimonio de los señores de la tierra. Únicamente los señores feudales eran soberanos y por consiguiente, libres; ellos solos tenían derechos. Los pecheros ó vasallos eran esclavos ó siervos: no eran soberanos.

Al lado de estas ilusiones de la fantasía popular, los filósofos se han empeñado en estudiar la libertad, no en su carácter de divinidad, ni tan poco en su carácter práctico, sino solamente en su aspecto de una *facultad del alma humana*».

. . . . . .

«La libertad no se reduce únicamente á los hechos porque se extiende al pensamiento, y como ella es siempre positiva y práctica, no es exacto decir que existe la libertad cuando no hacemos nada».

A grandes líneas, hemos bosquejado á uno de los hombres á quien debe Chile impulso literario y civilización social.

Lillo (Eusebio)

Allá por los años de 1826 nació en Santiago el poeta que, por sus melodías y por su galanura, puede formar parte del hermoso núcleo en donde figuran Andrés Chénier, Hugo Fóscolo, el inglés Moore, nuestro Jorge Manrique, y otros que han sido en cada propia nacionalidad modelos como estilistas y maestros en originalidad.

Grato es ocuparse de individualidades que han iniciado sendas no trilladas ó han hecho renacer la literatura en épocas determinadas y á propósito para que la inspiración surja á torrentes, como aconteció con Eusebio Lillo, que al ser redactor de «El Semanario», en Chile, descubrió horizontes que señalaron derroteros á las letras patrias.

Nadie ignora que la fortuna no acompañó en la infancia al que más tarde había de llamarse *el poeta de las flores*, porque, como ha dicho Emilio Corvalauro Mosa, «Lillo había perdido á su padre y era educado por una madre modesta en sus haberes», dándose el caso de que sus libros recreativos los enagenara para adquirir aquellos indispensables para sus estudios. Uno de sus primeros triunfos literarios lo obtuvo con motivo de una poesía dedicada á la muerte del célebre tribuno don José Miguel Infante, y puede decirse que así como Zorrilla se levantó gigante sobre la tumba de Larra, elevóse Lillo al cerrarse la fosa del eminente chileno.

Poco después, y para subvenir á sus necesidades, desempeñaba un modesto empleo de escribiente en el Ministerio del Interior, ocupándose á la vez de la correspondencia en «El Mercurio» y en «El Comercio», de Valparaíso. Las luchas políticas de 1851, hicieron emigrar á Eusebio Lillo, y en la ciudad de los Reyes, la risueña Lima, escri-

bió el «Poema de un proscripto», y allí también publicó sus delicados versos «La Mujer limeña».

El infortunio y el aislamiento persiguieron al noble cantor que, en su poesía «Dos almas», revela las amargas decepciones que torturaban su corazón.

Un alma fatigada de la vida,
Por el dolor rendida
Y esclava de un destino desgraciado,
Para el mundo vivía indiferente,
Por echar impaciente
La vestidura de mortal á un lado.

La gloria, cual visión risueña y pura,
Calmaba su amargura,
Haciéndole fingir una esperanza;
Mas pronto esa visión desparecía
Y en ella renacía
Más tenaz la penosa desconfianza.

¿Y á qué buscar la gloria en su carrera
Si errante y pasajera
Iba peregrinando por la vida,
Si no tenía otra alma, que, en sus penas
Ó en sus horas serenas,
Con ella fuese en la existencia unida?

—

Fué en Bolivia donde el cantor errante encontró la fortuna que merecía por su talento y de la cual había vivido siempre privado. Una empresa ferroviaria y una sociedad de crédito le hicieron rico de repente y vieron en su patria convertido en capitalista al que había salido de ella acompañado por la pobreza. Claro está que desde entonces todo le ha sonreído.

El autor tiernísimo por excelencia y cuyo estilo encanta por su correcta sencillez, es una entidad de alto vuelo en la historia de las letras chilenas. Nadie como Eusebio Lillo ha cantado con más dulzura, y su poesía «Al Junco» rebosa en bellezas tantas que cada verso es una flor de regalado perfume. El nuevo «Himno Nacional de Chile» se debe á su inspiración, y no hay qué decir que abunda en pensamientos por extremo bellos y que es muy superior al primitivo.

«El Picaflor», «Las Flores», «La Libertad», «La Plegaria» y su leyenda «Loco de Amor» son fuente inagotable de ideales purísimos y un modelo por su originalidad y por el colorido local de que ha sabido impregnar sus versos. ¡Cosa extraña! el aspecto de Lillo es grave, reposado, pensativo y hasta diremos prosaico, es decir, que el exterior no está de acuerdo con las exuberancias de su fantasía.

Feliz en su hogar, apenas recuerda que ha sido poeta, y las cuerdas de su arpa de oro han enmudecido hace largo tiempo. Exquisita muestra de su numen singular son los versos que á continuación copiamos y que también son de admirar por la acabada forma.

POESÍA

—

Si fuera el dueño mío
Alguna blanca rosa, remecida
Por el aire sereno,
Y fuera yo una gota de rocío
De la mansión celeste desprendida
Para encerrarme en su oloroso seno,
¡Con qué dulce placer me adormiría
Entre sus bellas hojas, indolente,
Gozando de la noche en el sosiego,
Hasta que al fin me despertase el día

Y el rojo sol de oriente
Me evaporase con su luz de fuego!

Si fuera mi hechicera
Una rosa-laurel engalanada
De bellas flores rojas
Y fuera yo alguna ave pasajera
Que buscase el abrigo de sus hojas
Cuando el ala sintiese fatigada;
Dulces ecos de amor entonaría,
Cuando la tibia y grata primavera
Diese á mi bien, follaje, y diese flores,
Y triste lloraría
Cuando desnuda y pálida la viera
Sujeta del invierno á los rigores.

Mas ya que ser no puedo débil ave
Para cantar mi amor y su hermosura,
Ni gota de rocío pura y suave
Para darla dulcísima frescura,
Pueda mi lira en tanto
Decirla, al menos, que la adoro y canto.

. . . . . .

. . . . . .

Mata (Guillermo)

En la risueña ciudad donde el sol, las brisas y la Naturaleza sonríen todo el año, en Copiapo nació en 1829 uno de los poetas que mayor reputación alcanzan en el continente americano, siendo, además, insigne campeón que por sus ideas liberales y sus vehementes luchas contra el régimen político que imperaba en Chile fué desterrado, permaneciendo en Europa dos años, llegando á Madrid precedido de la fama que dos tomos de poesías líricas publicadas anteriormente le habían granjeado. En 1861 volvió á su patria, y en el periódico «La Voz de Chile» defendió sus ideas, y proclamó muy alto los principios que tendían á desarrollar el amor al progreso y á ensanchar los horizontes de la política. Diputado, Senador, miembro de la Universidad de Chile y de numerosas sociedades políticas y literarias, ha visto crecer de día en día su glorioso nombre y ha hecho crujir las prensas con las fecundas producciones de su ingenio inculcando siempre sus convicciones é iniciando una nueva escuela en la entonces naciente literatura, como lo manifiesta su canto «En las Montañas», que acusa sus aspiraciones filosóficas.

Cuando «La Voz de Chile» fue condenada por el Jurado y los elevados alientos de libertad llevaron á Guillermo

Mata á un sombrío calabozo, se reveló en toda su extensión la popularidad que disfrutaba el poeta que publicó por entonces el notable opúsculo «El libro del pueblo», credo político que señalaba útiles reformas en el régimen social y civil. El «Canto del poeta» es un verdadero evangelio, una escuela filosófica, como lo es también «Racionalismo», «Federación Americana», «Los Gobiernos Fuertes», «La República», y otros profundos trabajos que hicieron venerar su nombre como pensador y poeta.

Don Angusto Orrego Luco, dice hablando de Mata: «Lo que de esa personalidad resalta más es la elevación que ha dado su manera de concebir la poesía, la acción que debe ejercer en los espíritus y el papel social que desempeña. Entre nuestros poetas nacionales, Mata ha sido el primero que, de una manera deliberada y reflexiva, ha dado á sus composiciones un rumbo filosófico, un fin social, haciendo servir las bellezas del ritmo y la harmonía al desarrollo intelectual de su país en un sentido más noble y levantado. La obra poética de Guillermo Mata, no puede ser apreciada en el conjunto de nuestra literatura nacional, como no se podrá comprender el papel que ha desempeñado en nuestra historia literaria, si no se recuerda el momento en que ha principiado á figurar y en que su influencia ha sido más poderosa y perceptible.»

Riqueza de conceptos, forma bellísima y versos que cautivan por lo harmoniosos y lo correctos, son las principales facultades que seducen y enamoran en el poeta chileno; todo en él es grande y elevado, traducción exacta de su corazón generoso y de su alma nobilísima y entera. Su poesía «A México» es tan hermosa que de ella tomamos varias estrofas, transcribiendo á la par la dedicatoria del anciano cantor, que pertenece á la escuela moderna, y ha sido también uno de los oradores más elocuentes.

«A los mártires de la independencia Mexicana y á sus heroicos defensores, dedica estos versos un poeta chileno

que los admira y que los considera como representantes verdaderos de la gran patria del porvenir, la patria americana.»

FRAGMENTOS

I

Salud, tierra de México!
Salud, tierra sagrada,
Cuna de ilustres mártires,
Salud, libre morada
De fieles ciudadanos,
Terror de los tiranos,
Patria bendita de héroes
Y altar de libertad!
Poetas de la América,
Magnánimos ungidos,
Romped el harpa lúgubre
De inútiles gemidos,
Y al són de nuestros mares,
Magníficos cantares,
Sublimes odas líricas,
Himnos de gloria alzad!

II

Tregua á la fácil cháchara
Que arroba á la alegría;
De nuestros pueblos jovenes,
Otra es la poesía;
Otro es el pensamiento,
Otro el viril acento
Que hablando de la patria
Ensalce á la virtud.
Solemne, austera, enérgica,
Salga la voz del pecho

Y al modularse en cántico,
Bendígala el derecho.
Del alma el canto vibre
Alto, sonoro y libre
Atrás de Europa, ¡oh déspotas!
México, á tí salud!

III

Y es esa Europa, trémula,
Por años y por vicios,
Vieja cruel tan pródiga
En horcas y suplicios;
Es ella quien te infama
¡Oh América! y te llama
Su hija brutal y espuria,
Su afrenta y su baldón.
Mengua, calumnia, oprobio,
Torpe desdén que insulta,
Eso por tu oro, América,
Te dió la Europa culta,
Por ley el despotismo,
Por dogna el fanatismo,
Por gracia, y premio, y mérito,
Los grillos de Colón!

IV

Frailes, histriones, fábulas
Al nuevo mundo trajo;
Grotescos sueños místicos
El odio del trabajo;
Frecuentes amenazas
Guerra mortal de razas,
Supersticioso vértigo
Fatal ansia del mal.
Aun en los valles cóncavos
Siniestro el aire zumba,
Cada eco es una víctima,

Cada árbol una tumba,
Humo de hogueras flota,
Sangre la tierra brota;
He allí, conquista bárbara
Tu séquito triunfal!

V

Yo sé que Europa artística,
Grandiosos monumentos
Exhibe, y telas, mármoles,
Palacios y conventos.
Activas las edades,
En templos y ciudades,
Dejaron cifras mágicas
De su arte y su poder.
Mas sé que antigua cólera
Y duelo y llanto y ruina,
Son ponzoñosos gérmenes,
Que el despotismo hacina;
Yo sé que allí es el crímen
La ley; yo sé que oprimen
Hambre, miseria, cárceles,
Al hombre del deber!

VI

Fuerza, ignorancia y hábitos
Serviles, á monarcas
Tributan culto de ídolos,
Llenan de oro sus arcas;
Son absolutos dueños;
Y todo, hasta sus sueños,
Que cuestan sangre y lágrimas,
Sueños divinos son.
Rusos, polacos, húngaros,
Franceses ¡pueblos siervos!
Do con descaro ostenta,
Frenética y violenta,

Soberbia y fátua y cínica,
Su orgullo la opresión!

VII

Y es un perjuro, un réprobo.
Un Napoleón, la hiena
De Francia, quien un príncipe
De Hapsburgo pide á Viena;
Y lanza á estas regiones,
Famélicas legiones,
La hez de turbas aúlicas,
De cortes sin pudor!
Y es él, quien á las vírgenes
Llanuras pintorescas,
Trae el discorde estrépito
De infames soldadescas!
Horda marcial de esclavos—
Condes, banqueros, suavos,
Jetudos negros de Africa —
Del nuevo emperador!

VIII

Pérfida, atroz, inícua
Empéñase la guerra;
Saña, opresión, patíbulos,
Vé México en su tierra.
A la invasión extraña,
Con preces acompaña
La Iglesia: y cetro y báculo
Repártense el botín!
Tira su horrible máscara
La vil traición, y al grito
De esa canalla estúpida,
Su faz muestra el delito;
Y arma de torpes iras,
Sus lóbregas mentiras,

Y su ódio inventa crímenes
Y excita, ebrio, al motín!

IX

Renombre y lauros cívicos,
Pluma venal discierna,
A aventureros díscolos
Y á pillos de taberna:
Toda esa humana historia,
Un solo nombre: pícaros,
Y un lauro: iniquidad!
Ah! los patriotas ínclitos
Sufren, quizás padecen
Muerte afrentosa y súbita;
Mas, con la muerte, crecen.
Y son, como los Andes,
Gigantes mudos, grandes,
Savia y vigor perpetuos
De tu alma, humanidad!

X

Y ese inmortal espíritu,
En México encontrara
Hombres de rostro impávido
Que vieran cara á cara,
A la ambición demente,
Al crimen insolente,
Y á la traición sacrílega
Que aclaman la invasión.
Y al invasor y al tránsfuga
Sublime ejemplo dieron,
Que nunca el labio tímido
A súplicas movieron.
Su indomita constancia,
Do había escrito Francia

Muerte, ignominia, imperio,
Escribe: redención!

. . . . . .

. . . . . .

A UN HISTORIADOR

—

Severo historiador, tu pluma esculpe
y en tu escrito realzas la figura.
Tus frases iluminan
y tu estilo fulgura.

A tus pies, como heridos por el rayo,
caen ó se postran déspotas y pillos;
y con tu hierro marcas
á siervos y á caudillos.

Y si llevas la antorcha de tu mente
á ese fango, en el lodo no la ocultas;
no ofendes á la víctima
ni á su verdugo insultas.

Y tu obra, que es austera, es obra humana,
nos educa y mejora y fortalece!
Y, sol de nuestras noches,
tu mente resplandece.

Soffía (José Antonio)

Me parece estar viendo aquel rostro simpático, aquella mirada dulce y soñadora, aquella frente, albergue de nobles pensamientos y de poéticos destellos. Por primera vez llegaba á playas chilenas y, fondeado el vapor *Liguria* en el puerto de Valparaíso, recibí á bordo la visita de algunos escritores chilenos y de varias entidades políticas; entre los primeros se encontraba José Antonio Soffía, á la sazón oficial mayor del Ministerio del Interior y poeta, que ya por entonces había publicado «Poesías Líricas,» granjeándose popularidad por las bellezas que en aquel volumen descollaban, por el verso melodioso y por las ideas que hacían vibrar las fibras más sensibles del corazón.

Valparaíso fué su cuna en 1843, é invadió la espinosa senda de las letras en 1863. Un año después de haber conocido al autor de *Michimalanco* y de «Las dos hermanas,» volví á encontrarle en Santiago, visitando yo la República Chilena, teniendo más espacio para conocer y

apreciar aquel carácter franco, sencillo y fidelísimo para la amistad. En aquella época juzgué con más reposo su fecundísimo talento y la gentil inspiración de su numen. La improvisación era uno de sus méritos, y con facilidad suma brotaban de su mente versos correctos y atildados sin que fuera preciso hacer la más ligera corrección.

Soffía, era de esos poetas idealistas, sentimentales, románticos, y pocas veces, y no sin grande esfuerzo, torcía su natural tendencia para cantar su amor patrio y desplegar en varoniles estrofas el pensamiento que le guiaba.

«Hojas de Otoño, Poesías Líricas» y «Poemas y Poesías,» forman el conjunto de sus obras, pues por desgracia para las letras chilenas el inspirado bardo murió aún joven desempeñando en Bogotá el alto cargo de Enviado Extraordinario, Ministro Plenipotenciario de la República de Chile en la de Colombia. Allí, en una velada inolvidable, en «La Fiesta de las Letras,» se hallaba el ameno escritor, que poco tiempo después murió repentinamente herido por un ataque al corazón. ¡Cosa extraña! la muerte le sorprendió en la calle cuando su esposa, arrogante y bella, se engalanaba esperándole para asistir á una función de teatro. Vestida con gasas y blondas, luciendo flores en su hermoso cabello, recibió la visita del general Lázaro M.ª Pérez, quien, trastornado y confuso, no sabía como anunciar la catástrofe, sin tener ni el tiempo de preparar el ánimo de la esposa amante, porque el cadáver llegaba ya á la puerta conducido en hombros de sus amigos.

Nuestra memoria ha conservado unos versos suyos que transmitimos.

FALLO DIVINO

—

EN EL ALBUM DE LA SRTA. REGINA BRAVO

A un tiempo al Cielo y al mundo
Presintiendo tu primor

Al darte tu sér primero
Mucho vaciló el Creador
Entre si te haría flor,
Angel, brillante, ó lucero.

Joyas, querubes y flores,
Prenda propia te aclamaban,
Y con derechos mejores,
Los astros con sus fulgores
Tu hermandad se disputaban.

Señor, decía la rosa:
Por su frescura y su talle
Debe tu mano piadosa
Hacer que nazca esa hermosa
Para ser reina del Valle...

Los brillantes al jugar
Con el iris,—«No hay comarca
Dijeron, do pueda estar
Esa joya, que brillar
Debe en la sién de un monarca...»

Nuestro amor no lo consiente,
Dijeron con su luz pura
Las estrellas; no hay más frente
Donde esa beldad se asiente
Que nuestra encantada altura...

Los querubes en su canto
Dijeron con voz divina:
¡No merece el mundo tanto!
¡Por su pureza y su encanto
Prenda del Cielo es Regina!...

Mas, por favor sin segundo,

Quiso el Creador complacer
A un tiempo al Cielo y al mundo,
Haciendo su amor profundo
Que al fin nacieras mujer.

Y cumpliendo los antojos
De ángeles, flores y estrellas,
Te dió luceros por ojos
Y rosas por labios rojos
Guardianes de perlas bellas...

La joya de más valor
Fué tu corazón sincero,
De un ángel te dió el candor...
¡Y así, Regina, eres flor,
Angel, brillante, y lucero!

—

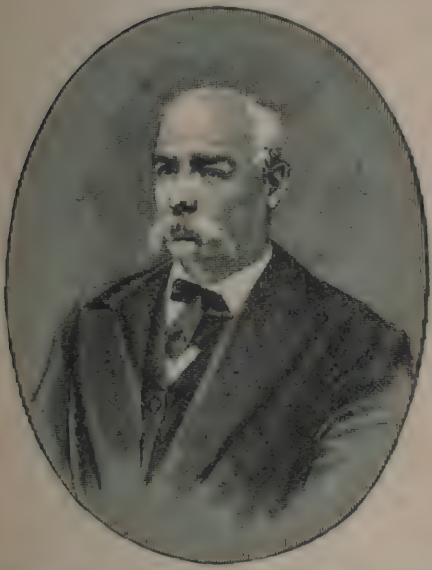
No pocas veces también hemos repetido, recordando al cantor chileno, dos cuartetas de su composición «Connubio», y ellas sean el broche que cierre esta desaliñada biografía.

¡Es mi sola ambición ser digno de ella,
Seguir su impulso, acariciar su amor,
Ver en sus luces mi polar estrella
Mi fe brindarle con creciente ardor!

Y esta maga de luz y de alegría
Que tanto adoro, que me lleva en pos,
¡Eres tú, misteriosa *Poesía*,
Rayo, poder, encarnación de Dios!

———

Vicuña Mackenna (Benjamín)



Ha sido uno de los escritores más populares, más fecundos y más infatigables en la vida de las letras y en las tareas públicas El cendal purísimo de la elevada cordillera andina, cobijó la cuna de aquél cuyo recuerdo es venerado en Chile y que seducía por su trato obsequioso, delicado y hospitalario, como por su imaginación caballeresca y soñadora. En la capital de la República, en esa pintoresca ciudad de los palacios, en la sultana que tiene por inmaculada diadema las nieves perdurables, nació en 1831 Vicuña Mackenna, y durante su laboriosa vida fué un investigador incansable, un soldado en las avanzadas del progreso, un atleta que, con el misterioso poder de su palabra y de su voluntad, transformó al rutinario é indolente obrero en útil y respetado industrial, organizando con este objeto la primera exposición de artes é industrias. Pocos hombres han logrado mayor popularidad en los elevados puestos públicos, y escasos son también los que han dejado en

herencia tantas y tan variadas obras en cuyas páginas están unidas la originalidad y la poesía, á la par de los pensamientos profundos y serios del historiador.

Su mente creadora invadió desconocidas sendas y ensanchó los horizontes de la idea con tenaz empeño para enriquecer la patria historia, para estimular á la clase trabajadora, para embellecer su querido suelo natal: con la perseverancia que le era característica, con su natural activa iniciativa convirtió los agrestes montes (1) en risueños y plácidos oasis, en frondosas alamedas las áridas calzadas, y en pintorescos vergeles las antiguas y tristes plazas de Santiago.

Era uno de esos hombres nacidos para grandes y generosas empresas: la palabra fácil y galana, la fisonomía noble y simpática, al atraerse todas las voluntades y cariñoso prestigio, ayudaban á la realización de sus elevados pensamientos.

En 1876 se proclamaba la candidatura de Vicuña Mackenna para la presidencia de la República; y en la misma época visitaba yo la bellísima región chilena; en las poblaciones rayaba en locura el entusiasmo por el insigne candidato, y el amor del pueblo se traducía en ruidosas ovaciones. Como á los antiguos vencedores romanos, se alfombraba con flores su camino y se le recibía en todas partes con espontáneo aplauso.

Tal vez su mente organizadora, tal vez su corazón, en donde tenía un altar el amor patrio, soñaba con la suprema magistratura y con los poderosos elementos de acción para derramar con mano pródiga civilizadores bienes. ¡Cuántos proyectos hubieran tenido realización y hoy serían colosales monumentos de su gloria!

La desventura encontraba en Vicuña Mackenna eficaz auxilio, el huérfano caritativa protección, y con frecuencia una gran parte del producto de sus obras servía para

---

(1) El cerro de Santa Lucía, el Huelen indio, hoy precioso paseo en donde el poeta erigió una capilla, panteón de la familia Vicuña.

socorrer á los desheredados, para aliviar el infortunio ó corregir las injusticias de la humanidad.

Su vida política comenzó con la revolución del 30 de Abril de 1851, y ya por entonces se reveló la importancia de aquella pluma que tantos lauros debía recoger. En 1858, y después de haberse alimentado con el pan del destierro en los Estados Unidos y en México y de permanecer en Europa durante algún tiempo, no ocioso, sino ocupándose en estudios de ciencias naturales y en publicaciones por extremo meritorias, regresó á Chile y publicó su obra «El ostracismo de los Carreras», cuando poco después los trascendentales sucesos políticos dieron con él en lóbrego calabozo del que salió para Liverpool, como desterrado, con algunos de sus compatriotas que tomaron parte activa en la lucha contra el gobierno.

Veamos cómo describe aquel momento de su prisión cuando se encontraban reunidos en «La Filarmónica»:

«Manuel A. Matta subió á una mesa y arengó á la concurrencia y á la tropa. Dijo que sería el primero en protestar contra la violencia, ofreciendo su pecho á las balas, pero que sabía que los soldados chilenos no deshonrarían sus armas atacando al pueblo Sois soldados de la patria, añadió, y ninguno de vosotros dejará de llenar su deber para con ella, y en prueba de esta confianza os digo: *Obedeced*. Y exclamó con acento forzado: *¡Presenten armas!*»

Matta se había engañado: los hombres que le escuchaban no eran soldados, eran gendarmes, gente colecticia sin espíritu de cuerpo, sin esa espontaneidad que tiene el soldado de línea en las filas cuando oye la voz de su jefe y el toque del clarín.

¡El hecho fué que á más de 150 se les condujo á la cárcel! . . . . . .

Al enfrentar la calle de Morandé ocurrió un repentino desorden y se paralizó la marcha. El joven Antonio Subercaseaux (de edad de 14 años) llegaba á caballo á incorporarse entre los prisioneros. Antes de apearse, un poli-

cía le dió con las riendas en la cara y un oficial le tiró con la espada de plano sobre un muslo; pero el animoso niño embistió contra sus agresores, hasta que, rodeado de un grupo de amigos y de Souper, lo entramos al cuadro...

Llegados á la cárcel, el tribuno Manuel A. Matta subió á un banco y pronunció el siguiente discurso:

«No os intimide el lugar á que habéis sido conducidos. Vosotros que sois hijos de madres católicas, vosotros que habéis sido educados en los principios del cristianismo, vosotros sabéis que las grandes ideas regeneradoras de la humanidad han brotado del fondo de las cárceles, de la sangre de los mártires.

Hace dieciocho siglos que en las catacumbas de Roma gemía un puñado de creyentes, pero una voz les dijo: *¡Esperad!* y con este signo venceréis.

¿Y cuál es ese signo? La libertad, ciudadanos, la libertad que durante dieciocho siglos ha germinado en el corazón del mundo, ofreciendo su sombra de bendición para los buenos y de maldición ¡qué digo! de desprecio, para los malos...

No hagáis tampoco alarde de vuestro entusiasmo al llenar vuestro deber por servir esa augusta deidad de nuestro corazón: la patria.

La patria no es el clima, no son las montañas, no son las casas de nuestras ciudades puestas en hileras. La patria es el honor, es la libertad, es la justicia, es el amor. La patria son vuestras madres, vuestras hermanas y, al defenderla, salváis el honor de vuestras madres y de vuestras hermanas, su pureza, su virtud, su castidad.

Confiad entonces, ciudadanos, en los frutos de este gran día y esperad que de este recinto brote grande y generosa la regeneración de la república por la libertad, por la justicia, por la *Constituyente*, en fin, en cuyo nombre nos hemos reunido y por cuya casta enseña vamos á padecer...»

La noble figura del joven orador, el acento palpitante de su voz, la animación radiosa de su rostro, la elocuencia

de sus palabras y, más que todo, el prestigio de su nombre, arrebataron de entusiasmo el corazón de todos aquellos jóvenes. Muchos lloraban, otros se abrazaban y otros aplaudían con frenesí.»

. . . . . .

. . . . . .

Las producciones de Vicuña Mackenna son numerosísimas; cuando visitó por segunda vez á España, hizo grandes investigaciones en los Archivos de Indias, tomando abundantes datos para su obra histórica «Diego de Almagro».

En 1860 se trasladó á la capital del Perú; vivió también allí entre archivos. Publicó el primer tomo de la «Revolución del Perú» y poco después el «Ostracismo de O'Higgins». De regreso á su país fué acusado ante el jurado por esta obra, y absuelto en Valparaíso. En esta época escribió la «Historia de la administración Montt» (5 volúmenes), y la «Vida de don Diego Portales» (2 vol.) En 1863 fué redactor en jefe del diario de Valparaíso «El Mercurio». Electo diputado al congreso nacional en 1864, fué elegido secretario de la cámara á que pertenecía; más tarde fué reelegido por los departamentos de Valdivia y Talca. Vicuña Mackenna tuvo ocasión de manifestar y sostener en la asamblea representativa sus opiniones liberales. En 1865, después de la declaración de guerra hecha por España á la república, Vicuña fué enviado á los Estados Unidos en calidad de agente confidencial; habló en los clubs, en las plazas públicas, una vez delante de catorce mil espectadores, en el Instituto de Cooper, y prestó á su país importantes servicios. Vicuña Mackenna ha publicado además la «Historia de Santiago» (2 vol.) y la «Historia de Valparaíso» (2 vol.) Publicó también «El Francisco Moyen» (1 vol.), «La guerra á muerte» (1 vol.), y tres tomos de la «Historia de Chile», por varios autores, con anotaciones numerosas.

La vida de Benjamín Vicuña, fué relativamente corta,

pues sólo alcanzó cincuenta y cinco años, y parece imposible el trabajo intelectual efectuado en tan corto tiempo por aquel gigante de la idea. Descollaba el autor de «Diego Portales» por sus sentimientos hidalgos y generosos, por la actividad sin par y por la fogosidad del hombre político, tanto como por la sencillez de su vida doméstica. Nada tan apacible como aquel hogar; nada tan bello como aquel cuadro de familia.

Hace pocos años, al encontrarme de nuevo en Chile, visité la tumba del popularísimo escritor que él había hecho labrar en la empinada cumbre del cerro «Santa Lucía», al pie del que tres siglos y medio antes hubiéramos visto al valeroso conquistador don Pedro de Valdivia, trazando el plan de la ciudad, capital hoy de la república chilena. La enriscada cima es ahora un delicioso mirador, y allí reposa aquél que fuera un día el ídolo de sus conciudadanos. Extinguióse su vida en la pintoresca quinta de «Colmo» cuando había concluído su última obra «Al Galope», de amenísima lectura, con descripciones y cuadros sin par de aquellos valles que se extienden desde Viña del Mar hasta el Océano, y que en nada desmerecen de los hermosos rasgos que en obras anteriores encontramos como prueba palmaria de la frescura siempre juvenil de aquella privilegiada mente que había prodigado, mejor diremos, derrochado, tan prodigioso caudal de pensamientos, que aun palpitan en los que á continuación insertamos tomados del libro «De Valparaíso á Santiago»:

NAZARIO TAPIA, «EL FUSILADO»

—

En una ocasión pasó el río Aconcagua el gobernador Guzmán Ibáñez con un destacamento de veinte cazadores á las órdenes del teniente Correa.

Sus espías le habían dado aviso de que en el fondo de los bosques del Melón—impenetrable montaña de árboles

seculares en esa época—un conocido aposentador de salteadores llamado Nazario Tapia albergaba al jefe del último grupo de montoneros.

Cuando aun no aclaraba el día, el gobernador rodeó el rancho de Nazario Tapia, que se hallaba situado en un recodo de la obscura selva llamada todavía el Colliguay.

Al bullicio de los caballos, salió el aposentador á la puerta envuelto en su burda frazada.

—¿Quién sois?—preguntó el gobernador al aparecido.

—Nazario Tapia, señor.

—¡Ah! Entregadme el montonero que tenéis escondido.

—No conozco á ningún montonero, ni oculto á nadie en mi casa,—contestó el huaso con respetuosa firmeza.

- ¡Pues entonces vais á morir!

—Moriré si es ese mi destino,—replicó sin cambiar de tono el campesino.

—¡Arrodíllate, pícaro!—le gritó entonces el gobernador Guzmán, que era hombre tan valiente como arrebatado.

El huaso se arrodilló.

—¡Háganle fuego sobre caballo!—volvió á decir el jefe, dirigiéndose á un pelotón de cuatro cazadores que estaba á su espalda.

Los soldados arremolinaron sus caballos en la tenue penumbra de la alborada en el bosque, y dispararon á un tiempo sus cuatro carabinas..... Sintióse el golpe de un cuerpo que caía á plomo y el destacamento volvió en el acto grupas, murmurando su jefe contra la taimada tenacidad de aquellos encubridores, á quienes el marqués Azúa había enseñado la fidelidad hasta la muerte.

Los huasos de Purutún, del Melón y Pucalán eran la flor de los godos del corregimiento de Quillota; y desde

1810, casi no pasaba semana sin que se susurrase en Santiago que el marqués Azúa estaba en marcha con sus escuadrones, ya contra Quillota, ya contra Valparaíso, ya contra la capital misma, camino de la Dormida...

Dos días después de aquella sangrienta ejecución de un espía, y estando el gobernador Guzmán Ibáñez comiendo tranquilamente en su casa de Quillota, su ayudante le anunció que un hombre de campo le buscaba con gran diligencia y pedía hablarle en el acto.

Supuso el gobernador que era un expreso ó un aviso, y le hizo entrar con presteza.

El emisario así acogido era un hombre de treinta años, corpulento, macizo, de aspecto sanguíneo pero ágil y esbelto. Una ancha cicatriz en la mejilla izquierda era prenda de su valor y de sus proezas en los caminos reales ó en las *canchas* de varas, palenque cerrado de los bravos de puñal.

—¿Qué se os ofrece? ¿quién sois?—preguntóle el coronel Guzmán Ibáñez con cierta agitación, por el desembarazo con que se presentaba en su despacho aquel desconocido.

—¡Soy Nazario Tapia!

—¡Cómo!—exclamó retrocediendo dos pasos el gobernador...—¿Sois vos Nazario Tapia, el fusilado de anteayer?

—El mismo, señor,—añadió con voz humilde de súbdito á señor, el montañés de la cuesta del Melón.—Cuando los cazadores me tiraron, me eché al suelo, y como me apuntaron á caballo y cuando aun no aclaraba del todo, las balas no me tocaron, y pude huir por entre los matorrales en dirección al Cobre, donde me oculté todo el día.

—Y ahora ¿qué quieres de mí?—repuso el gobernador, sin darse cuenta del significado de aquella audaz entrevista.

—Vengo á entregar al montonero,—repuso fríamente el huaso.

—Y ¿por qué no lo descubriste anteayer?

—Señor,—dijo entonces el valeroso campesino con cierta solemnidad:—ese montonero es mi hermano menor. Si su señoría lo hubiese sorprendido en mi rancho lo habría fusilado en el acto, como lo ha hecho con todos los que han sido encontrados en igual situación. Pero yo vengo ahora á implorar de su corazón de chileno y á decirle que si me da un salvo conducto para mi hermano, lo llevo á Valparaíso y lo hago embarcarse como patriota en el ejército del Perú. Nosotros no somos godos sino por obedecer al señor marqués.

El coronel Guzmán, que tenía un corazón tan acequible como irritable era su índole, abrazó al generoso huaso y le dió el perdón que pedía para su hermano, gracia que tenía tan bien merecida por leal y bravo.

Nosotros, en nuestra niñez, oímos contar con emoción esta aventura de fidelidad y de heroísmo al mismo coronel don Diego Guzmán Ibáñez, ayudante de San Martín en Maipo y feudatario de Ocoa en esos años. Y cuando en tiempos de mejor retentiva y más afanosa investigación conocimos en los propios lugares de sus siniestras proezas la historia de los Tapias, salteadores conocidos de la cuesta del Melón, los huasos, sus paisanos, nos decían:—Señor, no ha habido en estas serranías hombre más guapo ni salteador más caballero, que el *fusilado* Tapia.

Consignamos, para concluir, el bosquejo de Vicuña Mackenna, que difícilmente se podría registrar ovación más popular, más grande, ni más caracterizada por todas las clases, que la que se tributó en Santiago de Chile al esclarecido escritor y al noble ciudadano, al hombre que resaltaba por sus caritativos sentimientos, por su piadoso empeño en el alivio de todas las desgracias, por su vene-

ración señaladísima á los ancianos, y porque nunca, sin socorrerla, contemplaron sus ojos la miseria.

Los honores que se le prodigaron fueron espontáneos, no impuestos, y el corazón de los chilenos como uno solo palpitó, identificándose con el dolor de la patria entera.

SANTO DOMINGO

Cestero (Tulio M.)

Este joven escritor pertenece á la escuela modernista y es de aquellos destinados á recoger alta prez en la flamante senda que siguen la mayoría de los que forman la nueva era literaria. Tulio M. Cestero cuenta apenas veinticuatro años y ya nos ha hecho demostraciones de lo que vale como literato en su estilo esmaltado con un colorido especial, pero en el que resalta la consagración y el estudio de quien anhela pulir y presentar con toda la pureza y brillo, los diamantes que de la

mina del Modernismo pueden con abundancia extraerse.

Cestero ha viajado por Venezuela, donde bebió en las fuentes poéticas de aquellos prados y de aquella atmósfera. En los Estados Unidos, aspiró ávidamente la vertiginosa marcha de aquel adelanto gigante, y en Francia se habrá sentido dominado por el influjo de la civilización en todas sus esferas, regalándose con la lectura de sus predilectos libros franceses.

Tulio M. Cestero tiene un porvenir amplio y hermoso que ya se inicia en su libro «Notas y Escorzos» y en estudios y perfiles que forman el conjunto y que son críticas en las que descuellan justas apreciaciones y retratos *gráficos*, tales como el de Vargas Vila, el singular escritor colombiano, de quien dice:

«Es un formidable. Su estilo hugoniano tiene los deslumbramientos de los rojos, los fulgores metálicos de los verdes, y el ritmo de épicas fanfarrias. Blande la frase como una lanza; dardea la ironía como los arqueros de Tracia sus flechas sinuesas. Es un escudo de oro y acero trabajado pacientemente á golpes de martillo.

Pinta, emociona, inflama, flagela, sangra, mata.»

Copiamos á continuación algo que pone más aun de manifiesto el estilo y las condiciones de Cestero.

EIRONEIA

—

Monografía

A Francisco García Cisneros

La banal gacetilla del diario anunció, entre la noticia de un crimen y la crónica galante de un baile, la muerte del poeta Marcelo, el bohemio triste, mi hermano espiritual.

Y los felices burgueses olvidáronse de aquél á quien Jean Richepin habría colocado en la fantástica falange de «Les Mortes Bizarres.»

I

¡Marcelo...!

Tristemente bello; no con la belleza plástica de los opulentos biceps y los pletóricos torsos de los efebos olímpicos que engendraran Atenas para los mármoles y Esparta para las palestras.

Tristemente bello como un lirio enfermo, como una rosa muerta, como un árbol sin savia en la campiña alba de un paisaje invernal.

La piel del color marchito del marfil antiguo; la pálida frente soñadora se destaca en la harmonía elegante de su traje negro. Y en el ojal luce la Rosa Blanca de los fieros Yorks.

Los ojos brunos, las pupilas metálicas y las miradas, ora místicas, ora como agudos estilos de oro.

De pequeño, interno en un colegio religioso, sin besos para su frente, sin la sublime ánfora del materno seno para recoger sus lágrimas, sintióse huérfano y lloró por la madre ausente en la fría soledad de los claustros y paseó sus primeras nostalgias á la fresca sombra de las alamedas de plátanos.

Cuando el sacerdote revestido de su capa florida alzaba la hostia, él veía á través del Pan de las almas, de la Carne de Cristo, en los blondos trigales, las blondas espigas inclinarse lánguidamente á la caricia cortante de la hoz.

Y cuando, entre el humo gris azulado del incensario y el salmo ponderoso del coro, el sacerdote abrevaba en el cáliz bruñido, ante él surgían, á través de la Sangre del Nazareno, las viñas, los pámpanos cargados de uvas ébrias, estallando de madurez, y escuchaba el canto melancólicamente alegre de las coloradas y carnosas vendimiadoras!

El confesonario obscuro y misterioso lo atraía; sus exámenes de conciencia sinceros, descarnados, sutiles hacían sonreir al buen cura, quien, preocupado con sus chismes de sacristía, era incapaz de comprender el génesis de

nebulosa de aquella almita que instintivamente rasgaba en la confesión la albura de su inocencia, con lecciones casi objetivas de refinamientos viciosos, reveladores de un cerebral precoz que gusta sus primeras sensaciones con el placer doloroso de morder una fruta verde.

Inconsciente espíritu de análisis, muéstrale el origen de los misterios, símbolos y paradojas, y rásgase el cielo azul, edenal de la leyenda.

La duda—roja flor de euforbiácea—destila su jugo lácteo y venenoso en su almita blanca.

Y como un joven gladiador con el flanco abierto, lloró sus ensueños esfumados, la fe ida y la esperanza agonizante.

II

¡Marcelo...!

Alborea para él la era de las luchas, el ansia de la gloria, le sugestión de la cima. Imita á subir, á escalar la ríspida montaña, repitiéndose, como alentadora marsellesa, la antigua profecía: *el pueblo que languidece en las tinieblas posee una gran luz; y esa luz iluminará á aquellos que yacen en la región de las sombras de la muerte!*

Así iba, altivo, nimbado de luz, talmente el caudillo hebreo á la conquista de Canaán.

Su armadura ardía con flamas escarlatas y lucía en su oriflama heráldico blasón de cisnes blancos, impolutos, en campos de sangre.

Como Lamennais, salmodió el himno del pueblo y quemó mirra en su poema *La Gleba*, ante las madres cuyos hijos lactan en senos infecundos.

Y luego, como marchara de frente hacia la luz, nimbado y altivo, la envidia cubrió sus hombros con el encendido manto de Neso.

III

Tristemente bello; no con la belleza plástica de los opulentos biceps y los pletóricos torsos de los efebos olímpicos

que engendraran Atenas para los mármoles y Esparta para las palestras...!

Vencido se retira á su Tebaida, solitario y triste, ¡oh! rey Luis II de Baviera...! Y alma feble, sin laurel para la frente ni loriga para el pecho, se durmió en brazos de la neurosis.

Amó la Grecia de Ovidio y libó las «Metamórfosis» en los picos de las palomas venusinas.

Melancólico cenobita, turbaron sus meditaciones blancas carnes, viciosamente castas, trágicas figuras de idilios satánicos, y febricitante besó la onda y la nube en los frescos labios de una mujer.

La lujuria asaeteó su carne.

IV

Tristemente bello, como un lirio enfermo, como una rosa muerta, como un árbol sin savia en la campiña alba de un paisaje invernal....

Fué entonces cuando le conocí; ya la tisis acechaba su presa, y él decía, riendo, que su pecho era el estuche carnal de un poema de Poe!

Sentía asco de la vida y, sin embargo, tuvo miedo de desposar á la muerte en el altar dorado del suicidio.

Los refinamientos del placer restaban sus pocas fuerzas, y sólo hallaba tregua á sus dolores en la embriaguez gris del opio ó en el sueño azul del haschich.

El exquisito encanto de *Los Paraísos artificiales*, de Baudelaire, producíale ratos de lucidez y vigor; trabajaba, mas invadido de nuevo por la laxitud, sus estrofas muelles, de verdor ácido, eran el reflejo de su alma enferma.

V

¡Marcelo...!

La piel del color marchito del marfil antiguo, envuelto el flaco cuerpo en los pliegues de su traje turco, oculta la

melena carlovingia en el blanco albornoz, era de vérsele, en pleno ensueño, inmaterial, extra humano, en su confortable cuartito de artista.

Y en ara de oro y blondas, entre blancos nelumbios destacábase un amable *esquisse* de su amada.

¡Su amada! Una muchacha de rara belleza, perfil bizarro, ojos faceteados, verdes ó negros, cambiantes como la onda, y en el conjunto, la serenidad límpida y blanca de los mármoles helenos.

El poeta en el amable *esquisse*—trazado de propia mano—la muestra en hierático abandono de orgullosa sultana hastiada de zalemas

Soñaba. ¡Oh! sí, viajarían juntos por la España bellamente bárbara de «Las Orientales», de Hugo; por la Italia legendaria, demoniaca, de los «Cuentos de Italia», de Musset. El Nilo, tu Nilo de eterno azul ¡oh Gautier! balance, ría suavemente el dorado esquife; él, reclinado en la popa, piensa animar con sus caricias la pétrea carne de la Esfinge, y ella rema, y canta una balada marina mientras los ibis rosas lustran el sedoso plumaje, apoyados en un solo pie, inmóviles, en las cabezas de los hipógriffos, y parvadas de cigüeñas abaten el vuelo hacia los inhiestos monolitos.

Y bajo el ala del ensueño los proyectos fluían, hablaba de triunfos, de venganzas, y erguido tremolaba como una bandera el retrato de la amada.

Roja es su veste decía—roja como la encendida estrofa de mi amor; negra es la falda, negra como mis odios santos, y ungen los besos de su boca húmeda y lasciva, como hocico de tigre núbil.

VI

Los ojos brunos, las pupilas metálicas y las miradas, ora místicas, ora como agudos estilos de oro...

Cuando la enfermedad roía su pecho, pensaba con ale-

gría en la muerte, deseando morir triunfalmente como Petronio, en la bañera de alabastro, coronado de rosas, las venas abiertas, aspirando el acre olor de la sangre y arrullado por los besos de las hetaíras y la voz de los discípulos que recitan sus dáctilos gloriosos.

VII

La pálida frente soñadora se destaca de la harmonía elegante de su traje negro. Y luce en el ojal la Rosa Blanca de los fieros Yorks...

Tal cuando la llegada del invierno.

No hay en la selva hojas, ni golondrinas en el alero, sólo el gorrión gris pía, pía, correteando en la nieve blanca.

La luna se alza redonda, argentada, eucarística, en el cielo impasible de las foscas noches invernales.

La Naturaleza, vestida de alba veste, se arrodilla y comulga.

—Admirable paisaje; acércate, Marcelo.

Y el poeta descorrió las cortinas de la ventana y miró el paisaje blanco; una como apoteosis del armiño, del vellón de los castos corderos, de tu sacra carne ¡oh Venus!

En el tejado vecino, un gato negro, walpurguis, el lomo enarcado, acecha á un gorrión gris, que pía, pía, correteando en la nieve blanca.

Y Marcelo, pálido, desfalleciente, exclama:—¡Madre! Se arrodilla ante el amable *esquisse* de la amada; es el final macabro del poema de Poe... La tos rompe el pecho y brota sangre escarlata, sangre que purpura los inmaculados nelumbios.

¡Oh triste hermano; en un iInvierno, cuando la Naturaleza, vestida de alba veste, se arrodille y comulgue, iré á reunirme contigo al inefable Nirvana!

¡Marcelo.. !

Tristemente bello, como un lirio enfermo; como una rosa muerta; como un árbol sin savia en la campiña alba de un paisaje invernal...

Deligne (Rafael A.)

NUPCIAS

A Francisco Ml. García Rodríguez

La nueva esposa lánguida camina
hacia la alcoba oliente de azahares
donde preside maternal Lucina
la tropa inquieta de los dioses lares.
Descolórase en torno la neblina
que era tu velo, tímida inocencia,
y en el confín sereno se ilumina
el árbol misterioso de la ciencia.
Piensa, mientras su traje desaliña,
que del pasado el más precioso coro
donde era alondra el canto de la niña
bajo la luz de un sol, que es siempre oro,
y la luciente luz de su basquiña
que enseña fué del descansado ocio,
ceden á la cultura de la viña,
al canto del sagrado sacerdocio.
Resplandece la blanca sobreveste
del sacerdote en su pupila, intensa,
y aquella voz unjida en lo celeste
su ánima atrista y tiénela suspensa;
como pasa suspensa amable hueste
que torna á la ciudad dejando el campo:
que no la deja aquel candor agreste,
y revive con pena cada lampo
Aunque hierva de amor, roto el bullicio,
en santa espera, su cabeza guarda,

como si fuese fúnebre cilicio,
una sombra letal que la acobarda:
que aunque llega á palpar su sacrificio,
no surgen resplandores en su estancia,
luz que le muestre si será propicio
el dios de la ventura y la constancia.
La atmósfera enervante se dispersa,
al seno envuelve un hálito de frío,
y en el brillante tapizado persa
en nimbo claro surge lo sombrío:
con rápidas imágenes conversa
su mente, sorprendida de alborozo,
y el cuerpo cae en laxitud diversa,
y el alma toda resplandece en gozo!
Es hora de la dicha en el beleño:
hora en que canta sin igual nocturno:
el trémolo en la escala de ese sueño:
de la hostia santa el consagrado turno.
Hora sublime, el súrsum navideño
sonando en coro y al rabel; anuncio
de que llega al hogar temprano dueño,
de que toca á la puerta alegre nuncio!

El tributo que ofrece á las letras el poeta Rafael A. Deligne, forma ya una serie que da carácter y fama al literato quien, en las orillas del ancho Ozama, eleva sus cantares fáciles y harmoniosos, acusando en ellos sus facultades morales é intelectuales como poeta y como prosista.

Después de «Nupcias», regalamos al lector algunos conceptos en prosa reveladores de la forma y de las tendencias.

. . . . . .

«¡La nada! Después de haber sufrido mucho, ó después de haber disfrutado todas las alegrías, todos los placeres, ¿ha de disiparse vuestro único consuelo, la esperanza de

la recompensa; ha de quedar destrozado vuestro gozo más grande, la vida? ¿Para qué venimos entonces? A poco, con esa amenaza del vacío en la mente, se convence uno de que nuestro cuerpo es sólo barro amasado; que la diferencia típica de nuestro sér es esa aspiración á lo inmortal, y por ella estamos tan alejados del barro común como de Dios, que es quien tiene la inmortalidad.

Os dije que atiendo á la voz, y es que mi duda se inclina á la fe. Yo os aseguro que si hay quien estudie la muerte, llegaremos á saber lo que es la vida, y, conocida esta fuerza, la pondremos en relación con la Naturaleza, y observando en la relación, ella nos llevará á los senos inmortales, á los senos de Dios. Ved por lo que no me negaréis que puede llegar la experimentación á resolver en Metafísica; que, aun conviniendo que el alma está más allá de la física entendida (más allá de la materia,) no se enlaza á ella por lazos resolubles, y bien puede la observación descubrir los anudamientos y experimentar con ellos.

A nosotros nos toca ir hacia el misterio, ya que el misterio no tiene formas para venir hacia nosotros, ó no quiere venir. Formas tangibles ó patentes son de las que yo hablo; de evidencia constante; obedientes al solicitarlas la voluntad. ¿Me habláis de visión telepática, de la magia del magnetismo, del espiritismo, y relatáis cien historias y contáis las pruebas que suministran Allan Cardec, el Sar Peladán, Lombroso? Sí, son las señales de que vamos perdidos; porque de haber arrebatado en esos senos, donde hay tantas cosas confundidas, una sola verdad, ya estaríamos en ella descansados. Buenas formas son; como puntos para fundar en ellos algunas hipótesis y abrir carrera al análisis »

. . . . . .

. . . . . .

«¿Comprendéis el descanso en el seno de semejantes ideas? Yo no descanso, no; y creo que pueden venirme en

distracción unas cuantas inmersiones en las cosas que tu ve á la vista en mis primeros años y que siguen pasando por delante de mí con cambios de kaleidoscopio. Lo del kaleidoscopio es valedero; solamente que se mezclan ahora objetos muy grandes y en número muy grande también, y las figuras me salen menos bellas, y algunas, de tinte hasta sombrío. Yo sé que esas cosas impresionaron á mi corazón y estuvieron á formar mi conciencia. Las examino, y ¿para qué? ¿Para qué exteriorizar mis anhelos, mis combates, y los anhelos y combates de otras gentes cuyas palpitaciones me han sido reveladas? ¿Para que? ¡Oh, sí! esparciré mi vida, y al encontrar en ella puntos que convienen con puntos de la vuestra, fijaréis la atención, y así me libraréis, aunque sea por un instante, del olvido que me espera debajo de la tierra, adonde tal vez me voy sin saber la verdad allí encerrada. ¡Quién sabe, además, si, movido por mis horrores, algún joven pensamiento se ponga al trabajo y retorne—nuevo Dante - á esta vida desde la ciudad de Dita!

Con el libro que me resulte espero también algún alivio: el de las horas robadas á mi terrible esperar, para proponer con lucidez, si no galanura, las cuestiones que —sin duda voy á suscitar yo mismo, en mí mismo, sobre cosas mías mismas.

Del género de esas cuestiones he derivado fundamento para aceptar el título RECORDANDO: RECONSTRUYENDO. He dicho *aceptar*, y no me retracto. A una explicación juntaré la otra.»

La prensa dominicana y de otras nacionalidades de América, han consagrado á Deligne encomiásticas líneas, sugeridas por los pensamientos, la soltura y la elegancia de sus versos que le han ganado los parabienes debidos al talento.

Al ocuparnos de Rafael A. Deligne, debemos hacer mención de otro poeta dominicano: Gastón Deligne, sin-

tiendo no poseer ninguno de sus primorosos versos, que, como notas musicales, encantan y recrean el espíritu. De galas descriptivas es un modelo *El Botado*, y en el poema *Angustias*, luce el poeta la gallardía de su imaginación.

De ambos inspirados hijos de Quisqueya (1) podría vaticinarse que *escalaran la cumbre altísima adonde sólo llegan los elegidos.*

Fiallo (Fabio)

Es el poeta de las melancolías, del sentimentalismo, de las ternezas que despiertan en el corazón sensaciones dulces y la indefinible expresión que produce el crepúsculo en el anochecer de los trópicos. De cada estrofa surge como un perfume que embriaga; en cada nota hay tristeza suma, desaliento, quejidos de un alma enferma, pero á la vez en esas amarguras hay altiveces por demás simpáticas y conmovedoras, retratando la soñadora mente del bardo; el apasionado numen del hombre juvenil y enamorado de un ideal, que se dibuja en todas sus creaciones.

(1) Nombre indígena de la tierra dominicana.

No haremos más que citar tres de sus galanas poesías que fotografiarán al escritor dominicano en su característico lenguaje.

EN EL BAILE

—

A N. Bolet Peraza.

Es la alta noche; en el suntuoso baile
El cetro de la gracia y la belleza
Luce, entre mil rivales envidiosas,
La amada preferida del poeta.

En su redor la turba de galanes
Con sus requiebros sin cesar la asedia;
Unos elogian su gentil donaire,
Alaban otros su hermosura espléndida.

Y ufanos por servirla, y presurosos,
La abruman con obsequios y finezas;
Este, el *champagne* incitador le brinda,
Aquél le ofrece el perfumado menta.

Y mientras clava el áspid de los celos
Su diente en las entrañas del poeta,
Que en un rincón de la esplendente sala,
Pálido, atisba la galante escena,

Ella, apurando el arte en que blasona,
De fingir amorosas preferencias,
Se excede en la sonrisa con que halaga,
Se extrema en la mirada con que besa...

¡Sus besos! ¡sus miradas! ¡sus sonrisas!
¡Quién diluírlos en licor pudiera

Y hacer un tósigo incitante y grato
Como el *champagne* ó el perfumado menta!

Y allí mismo, ese néctar delicioso,
Extracto de caricias que envenenan,
Ofrecerlo con plácida sonrisa
A la reina triunfante de la fiesta.

Y en medio á sus rivales envidiosas,
Y en medio á los galanes que la asedian,
Verla caer, desencajado el rostro,
Y entre espantosas convulsiones, muerta.

CHAMPAGNE

—

Antiguos camaradas de bohemia
el encuentro quisimos celebrar,
y del brazo los tres, como en un tiempo,
conquistamos el viejo restaurant.
Saltaron, bulliciosos, los recuerdos
del fondo de las copas sin llenar,
y antes que de lo añejo nos sirvieran
contó una historia añeja cada cual.

Al fin llegó, calada la visera,
heraldo de alegrías, el champán,
y Luis, violento, de un mandoble rudo,
el bruñido casquete hizo saltar.

Cual rubia cabellera de una hermosa
que la impaciencia del amante audaz
desparrama en desorden por la espalda,
así, en el mármol, se esparció el champán.

Carlos brindó: «Su cutis es de bronce,
¿qué importa? Yo comparo á mi beldad

con esa rubia que en las copas rie;
ambas, fieles, disipan mi pesar.»

«Yo también, dijo Luis, busco en el néctar
que brinda este cristal de bacarat,
el sabor incitante que me ofrece
mi adorada en sus labios de coral.»

Y como yo callaba, me dijeron:
¿No tienes una hermosa que elogiar?
Oh, sí, tengo una amada que en sus crenchas
derrocha todo un sol primaveral.

Cuando en desorden ruedan sus cabellos
por sus hombros de forma escultural,
ánfora de alabastro se diría
que desparrama un chorro de champán.

Pero, ¡ay! sólo mármol, por desgracia,
es la que adora al corazón tenaz;
duro mármol inerte, mármol frío,
como este que se inunda de champán.

VIBRACIONES

Deja que en tu ondulante cabellera
Hunda amoroso mis febriles manos;
Que sacuda sus ondas, y á los vientos
Esparza su perfume delicado.

Revuelta así, en espléndido desorden,
Por la impaciencia de mi ardiente halago,
Me la figuro un pabellón altivo
En lo más recio de la lid flotando.

Y eso es tu cabellera, el oriflama

Que alienta este valor en que me exalto
Para luchar sin tregua y sin flaqueza
Contra las leyes de mi sino airado.

Mañana... muerto al fin, mas no vencido,
Caeré sobre la arena en que batallo;
Pero caeré, cual paladín soberbio,
Mi pabellón, altivo, tremolando.

Para entonces ¡oh amada! sólo quiero
De mi constante abnegación en pago,
Que ese pendón de tu cabello hermoso
Me cubra como espléndido sudario.

Henríquez Carbajal (Federico)

La literatura de la antigua isla española ha tenido brio sos campeones que con sublime entonación cantaron, ya las glorias de su patria, ya la naturaleza por demás riente, ó bien las tradiciones indígenas, las libertades nacientes ó los anhelos para lo futuro.

Manuel de Jesús Galván; Manuel M.ª Valencia; el de fácil decir y harmonioso estro Felix M.ª Del Monte; el sentimental Nicolás Ureña; el patriota Felix Mota; el dulcísimo cantor José Mª. Gonzalez; el inspirado José Joaquín Pérez; Francisco Javier Machado, y otros que fuera ocioso enumerar porque sus nombres son demasiado conocidos, han dado realce á las letras y forman *un todo* digno de encomio en el Parnaso Americano.

Federico Henríquez Carbajal sintió en la alborada de su vida dulces aspiraciones de señalarse entre los poetas patrios, y á los diez y siete años publicó su primera poesía titulada «Mis deseos», en la que ya revelaba su potente

numen, las esperanzas y los ensueños de un corazón patriótico, impetuoso y amante.

Sus aficiones poéticas no impidieron que tomase parte en la política, desempeñando altos cargos en ella, y también en el campo periodístico, en el que se ha distinguido y se distingue por sus artículos críticos, por sus estudios nutridos con la historia de los hombres de la independencia, y por el impulso que presta á los ideales del progreso y de libertad.

La pintoresca ciudad que se retrata en las ondas del Ozáma, fué la cuna del literato en 1848, y en aquellos pensiles y bajo aquel cielo siempre azul, se ha vigorizado y sostenido su inspiración tan valiente como la que se admira en la composición titulada:

DUARTE

A Emiliano Tejera

Surge. Sobre el abismo donde yace
la tierra de su amor en servidumbre,
el rayo forja, y hosca muchedumbre
su verbo educa y fundador rehace.

Legión de Trinitarios se complace
tras él subiendo á la difícil cumbre,
que es faro su conciencia á cuya lumbre
y en aras del deber un pueblo nace.

Esfuerzo y juventud, hacienda y vida,
consagra al triunfo de su empresa sola:
al triunfo de la Patria irredimida
que el sol de libertad ungió en Febrero,

Y el odio infando sin piedad inmola
¡á Duarte, el Fundador, que fué el Primero!

Rebosan amor patrio las estrofas de otra composición que pensamos es inédita y que ensalza las bellezas del suelo dominicano con vigorosa entonación.

QUISGUEYA

—

Fragmentos

I

De entre las ondas del mar, coqueta,
nació á los besos del alma sol,
luciendo flores, collar de perlas,
randas de espumas por ceñidor.

La del Caribe gentil sirena,
la legendaria por su valor,
llamada un día Cuna de América,
cariño y tumba del gran Colón.

Su historia admira como ninguna,
de luz y sombras, dolor y afan...
oid su historia de cruentas luchas,
oid su historia de libertad.

II

En indolente sueño la vida
siglos tras siglos pasa feliz,
despierta esclava de la conquista,
y lucha, y tiene que sucumbir.

. . . . . .

Por dos centurias cifró su orgullo
en ser cantada por su valor,
después, Atenas del Nuevo Mundo,
al continente su luz llevó.

. . . . . .

De luz bañada se irguió Quisqueya
cuando en el *Conde* bravo, viril
alzara el pueblo cruzada enseña
la fe llevando del porvenir.

. . . . . .

Ved sus campiñas feraces, como
pingües cosechas ofrecen ya;
ved las haciendas: la caña es oro,
oro la rica *Vega Real.*

. . . . . .

El llano, el monte, la selva inculta,
los grandes ríos y arroyos mil
son un tesoro: la agricultura
abre horizontes al porvenir.

III

Si ayer sin rumbo, perdida nave,
por la tormenta llevada fué,
hoy ya recorre tranquilos mares
con la experiencia feliz de ayer.

Se admira siempre por sus proezas,
por sus dolores y acerbo afán,
con el trabajo, la paz fomenta,
con el estudio, la libertad.

Laurel de triunfos Quisqueya brinda,
proceras palmas, por su valor,
hoy muestra al mundo ramo de oliva,
de paz emblema, de redención.

Loor y prez al poeta y publicista dominicano, que con la enseña de libertad y de progreso marcha infatigable por

el sendero del trabajo y de las altas tendencias regeneradoras. Sean estos renglones como un pálido reflejo de nuestras simpatías por el amigo y por el escritor. He aquí algunos de sus acordes por extremo poéticos para terminar.

JUVENILIA

I

Cuando quieras medir un verso mío,
de esos que arrullan, acarician, aman,
busca en tu pecho del amor el ritmo
y el verso mide entonces con el alma.

II

Cuando sientas la onda de un suspiro
que en torno de tu sien murmura y vaga,
al casto beso del amor dormido
el cáliz abre de la flor del alma.
O si enciende el rubor tu faz de lirio
y ungido el labio tiembla bajo el ala
azul de un beso, para darle nido
hinche tu seno con amor del alma.

III

Cuando pienses en albas de un idilio
trocar de mi dolor las horas largas,
alienta con tu fe mi fe de niño,
redime con tu amor, mi amor del alma.

MIRANDO AL CIELO

Yo sorprendí en el cielo
el rubor de la tarde al despedirse
de su adorado, el sol:

y sonrió la esperanza en los reflejos
que el astro le dejó.

Y sorprendí muy quedo
el rubor de la noche, á quien la dulce
esperanza sonrió
cuando, al partir, el trémulo crepúsculo
tímido la besó.
Sólo en el cielo mío
se deslizan las tardes sin reflejos,
las noches sin rubor;
para el poeta triste á quien envuelve
la noche del dolor,
no sonríe un destello de esperanza
ni aun en el mismo sol.

Tejera (Emiliano)

La capital de la antigua Española que el río Ozama embellece y es la grande arteria de su comercio, fué la cuna del sabio y modesto escritor, del investigador y erudito incansable que, dotado de una inteligencia perspicaz desarrollada por el estudio asiduo, ha llegado á conquistarse meritoria y justa fama, debida particularmente á la predilecta afición por todo lo misterioso é ignorado.

Emiliano Tejera ha buscado en las tumbas y en las crónicas, que dormían bajo capas de polvo en los archivos, secretos que á él solo le ha sido dable revelar esparciéndolos en páginas elocuentes que han brotado de su pluma: de aquella cabeza inclinada siempre hacia la tierra, como si anhelara reconcentrarse en sus pensamientos, ha surgido brillante luz para iluminar la historia.

No es Tejera de los escritores que flaquean ante las luchas y las polémicas, es de aquellos que á través de espi-

nas y zarzales caminan intrépidos hasta llegar á la cima que se propusieron alcanzar: milita en las filas de la austeridad, que no admite nada fuera de lo real y de lo justo, como lo ha demostrado palpablemente en los principios fijos é irrefutables que con pluma segura ha estereotipado en sus libros «Los restos de Colón en Santo Domingo» y en «Los dos restos», no menos que en el celebérrimo informe dirigido á León XIII y que versa sobre la cuestión de límites con Haití, trabajo importante que es honra del concienzudo escritor dominicano. Entre otros pensamientos de profunda trascendencia, es de consignarse el que dice: «El hombre social no es verdaderamente grande sino en cuanto es verdaderamente justo; y mientras las sociedades no tengan infiltrado hasta la médula de los huesos y predominante en todo, el espíritu de justicia, el mundo oscilará del borde de un abismo al borde de otro abismo impulsado unas veces por los brillantes desvaríos de la inteligencia y otras por los engañosos y funestos resplandores de la fuerza.»

Dice el ilustrado dominicano Federico Henríquez y Carvajal, al ocuparse del informe á Su Santidad, que: «El fondo austero y grave de ese pensamiento, la concisión con que está expresado, la grandeza de la imagen del mundo oscilando de uno á otro abismo, recibiendo el impulso que le mueve ora de la inteligencia, ora de la fuerza,—las grandes diosas, de serena y eucarística blancura aquélla, de trágica púrpura ésta,—todo eso os recuerda la época en que San Jerónimo, desde la mística tribuna, envuelto en sombras que agrandaban sus imágenes, conmovía las almas de los creyentes y conquistaba corazones para el fabuloso paraíso en el cual el Padre Universal, á la derecha el Dios Hombre, y á su izquierda la suave y perfumada flor de Judea, distribuye premios y castigos para buenos y réprobos.»

El sapientísimo publicista, es un hombre tan respetado en su vida pública como en la doméstica, y nunca ha des-

mentido con los hechos la integridad de sus ideas, ni aceptó jamás cargos ni remuneraciones que no estuvieran de acuerdo con la pureza de su conciencia. No de otro modo resaltan en la historia aquellos austeros espartanos, varones preclaros que trabajaban afanosos en pro de la ilustración, sembrando para la posteridad la semilla filosófica que han recogido las nuevas generaciones.

Nos concretamos á citar pensamientos de la obra «Los dos restos de Colón» para reflejar, aunque en estrechos límites, el mérito intelectual de Emiliano Tejera:

«Disfrutaba Colón la paz de los sepulcros, si no en el sitio que su piedad le impulsó á desear (1) al menos en otro que tal vez le habría satisfecho, si en su postrimera hora hubiera podido ver descorrido el velo que cubre los sucesos de lo porvenir. La noble catedral dominicana era tumba digna del piadoso Almirante de Indias, y avara con su tesoro, lo ocultaba en sus entrañas, sólo de ella y de la Providencia conocido, como si hubiera podido prever que llegaría un día en que quisieran despojarla de tan gloriosas reliquias. Los siglos fueron cómplices en la ocultación, y las nieblas, que en todo esparce el tiempo, poco á poco se cernían sobre la tumba de los Colones, impidiendo al ojo humano discernir con claridad cuál era el sarcófago del insigne nauta, cuál el de sus dos inmediatos descendientes.»

. . . . . .

. . . . . .

Al tratarse del hallazgo de aquellos despojos del más atrevido de los navegantes, hé aquí como lo describe el laborioso investigador en su libro «Los restos de Colón»:

«El acta de 10 de Septiembre dice extensamente lo que pasó después. La bóveda fué abierta no quitándole la piedra que le servía de boca, sino la que primeramente se

---

(1) Su anhelo fué el de ser enterrado en el lugar que se conoce hoy con el nombre de «Santo Cerro».

había roto al hacer el hoyo y que quedaba en uno de los costados de la bóveda, el más próximo al fondo del presbiterio. Se extrajo la caja en presencia de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares residentes en la capital, del cuerpo consular, y de gran número de nacionales y extranjeros. Hasta se hizo á la ligera un examen de los huesos, probablemente imperfecto, pues no era posible que hubiese exactitud en aquellos momentos, ni en la clasificación de las partes del esqueleto, ni en as-ntar el nombre que les daban los dos jóvenes licenciados que allí se encontraron, y á quienes se encargó á la carrera ese examen. Para todos era evidente el hecho: Colón estaba en Santo Domingo. No hubo quien dudase de ello. El entusiasmo rayó en delirio; y si á los que han abandonado esta mansión de pesares les es permitido gozar con lo que aquí acontece, Colón debió sentir una satisfacción inmensa, igual por lo menos á la que experimentaría cuando divisaron sus ojos las playas de América, al ver que el hallazgo de sus restos, tras siglos de olvido, conmovía tan profundamente á tantos millares de personas. El cañón despertaba los lejanos ecos, las campanas resonaban alegremente, y los vítores á Colón y á la grande Isabel llenaban el espacio. Es seguro que nunca recibió Colón un homenaje tan puro, tan desinteresado, tan sincero, como el que le tributaron en la noche del 10 de Septiembre los habitantes de Santo Domingo.»

. . . . . .

. . . . . .

Ureña de Henríquez (Salomé)

Numerosa es en América la pléyade de mujeres que se han distinguido en las letras, así también como notables educacionistas, pues sin duda ninguna los destellos de

aquel sol de fuego desarrollan las inteligencias y las actividades del espíritu, disponiendo á la mujer para llenar la elevadísima misión que le ha sido impuesta.

¡Bendito sea el genio y los milagros que realiza en la sociedad!

En principios de este siglo andaban muy decaídas la literatura y la primera enseñanza en la República Dominicana. Los trastornos políticos, las revoluciones incesantes paralizaban el empuje de los que, más avanzados en ideas civilizadoras y en progreso, querían dotar á su país con los nobles dones del saber y con la creación de escuelas é institutos, donde el ciudadano del futuro y la mujer de la nueva generación, se colocaran á la altura de los pueblos ilustrados.

En medio de la parálisis intelectual que se observaba, y cuando más difícil hacíase la educación que por falta de elementos y de estímulo languidecía, sobresalió en la capital de la antigua Española, uno de esos séres destinados á operar provechosos cambios, y á realizar los ideales de todo pueblo culto.

Como escritora, atrajo la atención pública una joven inspiradísima, porque sus versos llevaban impreso el sello de la ternura más exquisita y de todas las delicadezas femeninas. La vida de Salomé Ureña fué un poema, pues consiguió resolver los más difíciles problemas, gracias á la firmeza de su voluntad y á la energía de su carácter. A la escritora dominicana no le bastaba brillar como un astro en los centros intelectuales de su patria, sino que soñaba brindar á la mujer el alimento de la inteligencia y la instrucción que le era tan necesaria.

La fuerza moral de Salomé Ureña se sobrepuso á las mayores dificultades, y la palabra *imposible* no existió para su animoso empeño. Se propuso ilustrar á su sexo y ser su preceptor sublime sin detenerse ante las preocupaciones y las barreras que á su paso encontraba, porque su

alma, puesta al servicio de la humanidad, era tan sublime como grande.

Enlazada con un hombre notable por su talento, desarrolló más y más y en mayor círculo sus elevados pensamientos y sus nobles ambiciones, y hasta su postrer latido no se amortiguó en su ánimo el entusiasmo propio de inteligencias superiores, ni el afán incansable de la maestra creadora de esposas modelo y de madres cultas, útiles para la vida doméstica y para embellecer la sociedad.

El valor moral de la mujer es de aquellos que superan en ocasiones á los heroísmos del hombre, de los cuales por lo general hace éste tan pomposo alarde.

Salomé Ureña de Henríquez brilló como escritora y como educacionista, formando los corazones infantiles y sembrando en ellos la semilla que hoy produce ópimos frutos. No por tales y meritísimos trabajos abandonó jamás á sus queridas musas, cultivando con amor su trato y produciendo hermosas composiciones, que si encantan por sus artísticas bellezas, entusiasman á la vez por la patriótica y viril energía de las ideas.

En las producciones de Salomé Ureña sobresale lo profundo de sus conocimientos y la briosa entereza de su alma, que no se doblegó nunca ante la adversidad ni por las circunstancias, ni por las tristezas y amarguras, que la asedieran hasta el punto de causarla gravísima dolencia, menguando las fuerzas físicas y debilitando aquel valor moral distintivo de la preclara dominicana.

Entonces fué cuando, en las playas de Puerto Plata y en las galanas florestas del Cibao, buscó ambientes vivificadores que vigorizaran su quebrantada naturaleza; entonces fué cuando encontró el entusiasmo, las ovaciones y las simpatías de sus compatriotas que rendían culto y homenaje á la mujer estudiosa y á la dignísima escritora ennoblecida por su talento y por los dones que había derramado á manos llenas en las útiles funciones educacionistas.

Aun, al apagarse la luz de su clarísimo entendimiento,

había en él fulgores esplendorosos que sus amadas discípulas recogían con afán, para que sirvieran de pedestal y de estímulo en estudios posteriores.

En 1897 bajó al sepulcro Salomé Ureña de Henríquez, dejando recuerdo imperecedero y un nombre rodeado de perdurable laurel en los anales de la instrucción y de las letras dominicanas.

Damos á conocer una composición que se conservaba inédita, dedicada á un hombre que había acumulado todos sus esfuerzos en obsequio de la humanidad, y otra de sus más inspiradas.

EN LA MUERTE DE F. X. BILLINI

—

¡Dejadle descansar! Heroico, fuerte,
unjido para el bien, se irguió en la vida;
cayó luchando y alcanzó en la muerte
alta victoria y fama esclarecida.

¿A qué llorar? De su labor fecunda
mirad las obras en conjunto vario;
bien puede reposar quien labra y funda
ó edifica y combate: es necesario.

Al afligido, al huérfano, al anciano,
al demente infeliz, tended los ojos,
tended el corazón, tended la mano,
si honrar queréis del bueno los despojos.

Esas obras que ayer de su alma pía
surgieron al esfuerzo formidable
levantad en magnánima porfía
con base firme y vida perdurable.

Eso pide, eso espera el que, hoy dormido,
amar y redimir tuvo por gloria:

salvar sus ideales del olvido
es digno monumento á su memoria.

LA GLORIA DEL PROGRESO

—

A la Sociedad «La Juventud»

No basta á un pueblo libre
La corona ceñirse de valiente:
No importa, no, que cuente
Orgulloso mil páginas de gloria,
Ni que la lira del poeta vibre
Sus hechos pregonando y su victoria;
Cuando sobre sus lauros se adormece
Y al progreso no mira,
E insensible á los bienes que le ofrece,
De sabio el nombre á merecer no aspira.

El mundo se conmueve
Cual de una fuerza mágica impulsado:
El progreso su luz extiende breve
Desde la zona ardiente al mar helado,
Y vida y movimiento á todo imprime.
Por eso las naciones convocadas
En lucha tan sublime,
Dispútanse agrupadas
El lauro insigne del saber divino,
Y cada pueblo aspira
Con afán á cumplir su alto destino.
Lucha sublime, sí, donde se mira
En héroe convertido al ciudadano,
Ceñir triunfante la inmortal corona,
Desde el pobre artesano
Que en su taller humilde se aprisiona,
Hasta el genio que escala el firmamento
Y fija al ígneo sol su inmoble asiento.

Contemplad al que atento y cuidadoso
Se desvela en su estancia retirado
Indagando la ciencia. Al que afanoso
Sorprende los secretos de natura,
Y con mano segura
Al lienzo los traslada transportado.
Mirad al que domando
Del mármol ó del bronce la dureza
De forma los reviste y de belleza.
Al hábil arquitecto que elevando
Hasta el cielo la cúpula gigante
Sublime y arrogante
Parece desafiar del tiempo cano
La destructora acción. Ved al que ufano
El ánimo sorprende y maravilla,
Trocando fácil con su diestra mano
En deslumbrante vidrio humilde arcilla.
Al incansable obrero
Que sobre su telar constante vela
Que sin cesar se afana
Y con prolijo esmero
Hace que de algodón ó tosca lana
Brote bajo sus dedos rica tela.
Al que tenaz horada las montañas,
Y en su rudas entrañas
Abre á la industria salvadora senda.
Al que su rica hacienda
No consume en estéril opulencia
Y con afán loable
Socorre presuroso á la indigencia
Y el pan de la instrucción le brinda afable;
Mirad al que su imperio
Hace que salve líquido elemento
Y atraviese, más rápida que el viento,
La palabra veloz otro hemisferio.

Miradlos todos, vedlos agrupados
Oponer una valla al retroceso:
Ellos son los guerreros denodados
Que forman la vanguardia del progreso.

¡Oh! dichosas mil veces las naciones
Cuyos nobles campeones,
Deponiendo la espada vengadora
De la civil contienda asoladora,
Anhelan de la paz en dulce calma
Conquistar del saber la insigne palma.
Esa es del genio inmarcesible gloria,
Es el laurel más santo,
Es la sola victoria
Que sin dolor registrará la historia,
Porque escrita no está con sangre y llanto.
Tú, Juventud, que de la patria mía,
Eres honor, y orgullo y esperanza,
Ella entusiasta su esplendor te fía,
En pos de gloria al porvenir te lanza.
Haz que de ese profundo
Y letárgico sueño se levante,
Y entre el aplauso inteligente, al mundo
El gran hosanna del Progreso cante.

ECUADOR

Flores (Excmo. Sr. D. Antonio)

Hijo de un hombre notable, de alto prestigio, fundador de la república ecuatoriana, heredó las aptitudes paternas como soldado y las ideas de aquél en la política y en las condiciones de supremo mandatario, sin que por esto desdeñase el cultivo de las letras, por las que ha demostrado no sólo decidido entusiasmo, sino facilidad, gallardía y estro de alto vuelo.

Versos bellísimos son los de la composición «A mi ma-

dre», galanos y fluidos los dedicados «A una peruana», y de alto relieve el soneto «Adiós á la Naturaleza», al que una infortunada chilena, Carlina Lizardi, dió mayor relieve y celebridad.

Era mujer de viva inteligencia, había adquirido renombre literario, y disfrutaba, por su ingenio, la noble consideración que se concede al talento.

¿Qué secreto impulso la sugirió el pensamiento de pedir un soneto al joven poeta? «Adiós á la Naturaleza» llegó á sus manos, respondiendo de tal modo á misteriosas y lúgubres intenciones, que guardando aquellos versos sobre su corazón, se envenenó repitiendo tal vez en la agonía los seis últimos, que dicen así:

. . . . . .

. . . . . .

Hoy al romper mi cáliz de amargura,
Mi adiós doliente, mi postrer suspiro,
En plácida canción, alma natura,
Te envío, exento de temor, y espiro
Con la ancha copa del veneno en mano
Sin pena ni placer, ni orgullo vano.

Entre los trabajos históricos del general Flores, hemos de mencionar el muy valioso que lleva por título «El gran mariscal de Ayacucho.»

No sólo por referirse á un personaje que ocupa privilegiado puesto en la historia de la independencia americana es interesante el libro á que aludimos, sino más aún porque desgarra velos, aleja negruras y disipa nieblas, con datos de gran valer, sobre un suceso tristísimo ocurrido en la Nueva Granada en el año 1830.

El asesinato del general Sucre, del honradísimo é insigne patricio venezolano.

Riqueza de opiniones; profusión de pruebas; móviles para el atentado; hermosos detalles de importancia magna para el historiador hacen de ese libro una joya inapre-

ciable para lo futuro, cuando los años y los estudios, al depurar los sucesos, los hagan aparecer con toda la grandeza de la verdad.

Bolivar llamó á Sucre el hombre de la fortuna, y dice el corre to y atildado Flores ratificando la idea:

«No le faltó ninguna, ni la de tener por biógrafo al mismo Bolivar, honra que no ha cabido á ningún otro mortal, así como tampoco á nadie ni aún al propio Libertador, la de terminar la guerra de la Independencia en Sud-América. Añádese á esto la redención del reino de Atahualpa, con una victoria alcanzada en el lugar más alto en que hayan combatido los hombres, su eleccion en la flor de su edad para jefe vitalicio de una nación lejana, cuya capital conserva su nombre (1), como la de los Estados Unidos el de Washington (casos únicos en la historia), y por último, descendiendo á la vida privada, la unión de su suerte con una bellísima joven, noble y acaudalada, la marquesa de Solanda, y se verá cuán exacto es el pensamiento de Bolivar, y que Sucre fué en verdad el hijo mimado de la fortuna.

Hasta la aureola del martirio que ciñó sus sienes después de los laureles de la gloria, y le arrebató como al libertador, á tiempo, para no tomar parte en la guerra civil que se encendió, fué una dispensación del cielo, á fin de que terminara dignamente su carrera en un calvario, símbolo de apoteosis para la mente cristiana.»

. . . . . .

. . . . . .

Tal es el estilo preciso, gráfico y correcto del general Flores, que hoy vive en Europa, fiel á sus convicciones políticas, amante siempre de la literatura, estudiando con placer las evoluciones de ésta y su progreso.

Sea este libro como un recuerdo perdurable de la americanista amiga.

---

1 Sucre. Bolivia.

González (Nicolás Augusto)

Cuna de grandes ingenios ha sido la ciudad de Guayaquil, la risueña y alegre sultana que se mira orgullosa en las cristalinas ondas del caudaloso Guayas.

El más insigne de los poetas americanos, Olmedo, el cantor de «Junin», Vicente Rocafuerte, otro de los talentos y de los ciudadanos gloria de todo un continente; Piedrahita, el escritor infortunado, y otros muchos que sería prolijo enumerar, fueron hijos de aquel suelo privilegiado, y también, si es fiel nuestra memoria, aquellas cálidas brisas han sido las primeras que acariciaron la frente de Nicolás Augusto González.

A mi llegada al Ecuador, esto es, en 1880, formaba parte el novel poeta de la juventud Quiteña que se lanzaba por las vías del progreso y de las ideas liberales, iniciando novísima era, en aquel país hasta entonces un tanto rezagado. Publicábase á la sazón un periódico, «El Orden», el que contaba como asiduo colaborador al aventajado joven, y en aquel semanario político-científico, invadía las filas avanzadas escribiendo con notable aplomo «Retratos á pluma», contándose en estos y de los primeros el de García Moreno, enriquecido con gráficos matices y con datos y documentos de alta importancia para la Historia.

A la vez amenizaba la lectura del semanario con inspiradas composiciones en versos fáciles, galanos y rebosando el idealismo lógico en un corazón juvenil. Por la mente del poeta cruzaban las ilusiones del primer amor, y este era la más risueña fuente de su inspiración y la perfecta fotografía de sus sentimientos.

Nicolás Augusto González, representaba ya una esperanza para su patria, tanto por los alientos que imprimía á la literatura nacional, cuanto por su valor moral, que

centuplicaba sus fuerzas para luchar en el difícil terreno político. Sucediéronse agitaciones y disturbios en el suelo Ecuatoriano; sobrevinieron acontecimientos de alta magnitud, y como en ellos, había continuado tomando parte activa el periodista y el poeta, fué desterrado, encaminando sus pasos á Colombia y permaneciendo en Bogotá corto tiempo, pero aprovechándole para seguir su labor política y su cultivo por la poesía, no desdeñando tampoco las narraciones históricas y la novela.

Del asiduo trabajo intelectual, son lozanas muestras algunos fragmentos de prosa, y las bellas producciones en verso que reproducimos.

A MARTÍN GARCÍA MÉROU

—

Noble poeta de la agreste pampa
Donde se yergue el altanero ombú,
Donde sus cascos volador estampa
Salvaje potro, que los montes trepa
Como el negro caballo de Mazepa,
Bajo un cielo de plata y de tisú;

Deja que el bardo desterrado y triste
Del manso Guayas donde vió la luz,
Te pregunte al pasar, dónde aprendiste
Este idioma del aire y de la brisa,
Tras cuyas notas de dolor divisa
Un Calvario, mi mente, y una Cruz;

Deja que beba al escuchar tu canto
Raudales de sublime inspiración;
Deja que enjugue el doloroso llanto
Que rueda por mis pálidas mejillas,
Y que ante el trono donde excelso brillas
Palpite de entusiasmo el corazón.....

Yo buscaba en América ¡oh poeta!
Del progreso del siglo al trovador,
Que tuviera el acento del Profeta
Y que tendiera las robustas alas
Por las inmensas luminosas salas
Que se extienden del Plata al Ecuador.

Y lo encontré cuando vibrar las notas
De tu laúd por el espacio oí,
Despertando los ecos del Eurotas,
Y conmoviendo la conciencia humana
Con la doliente esplendidez de Nana
Y la risa inocente de Mimí.

. . . . . .

. . . . . .

Allá va solitario entre las brumas
El Huascar... ¡El espectro del valor!
¡Del Pacífico mar en las espumas,
De la guerra entre el hórrido delirio,
Es el altar sangriento del martirio,
Es el templo sagrado del honor!

. . . . . .

. . . . . .

¡Tiende la vista por doquier... abarca
De todo el continente la extensión!
Es ¡ay! de sangre aterradora charca
Donde buscan los cuervos desbandados
Cadáveres de pueblos destrozados
Por la furia infernal de la ambición!

. . . . . .

. . . . . .

En tanto tú, poeta, cuya fama
Un mundo llena, párate á mirar
El inmenso, terrible panorama
Que odio y venganza al corazón inspira,

Y apréstate á pulsar tu hermosa lira,
Que un pueblo ante tus ojos va á luchar!

¡A luchar por la ley y por la gloria
De romper su maldita esclavitud!
¡Y tú, el digno cantor de su victoria,
El nuevo Olmedo, tú serás, poeta.....
Mas si ves sucumbir al noble atleta,
Nuestro ¡AVE CÆSAR! llore tu laúd!

Y pues la suerte en mi destino quiere
Que goce yo del bien de tu amistad,
Si el pobre bardo en el combate muere,
Dedícale un recuerdo cariñoso,
Y exclama con acento doloroso:
¡Murió por defender la Libertad!

¡Qué mejor epitafio, si lo escribe
El digno amigo, el joven trovador
Que en las regiones ideales vive!
¡El poeta del siglo diez y nueve
Que un continente con su voz conmueve
Desde el Polo y el Plata al Ecuador!

Á LUISA

—

Verte, adorarte y á tus pies de hinojos
Embriagado de dicha y de ventura,
Robar una palabra de ternura,
Una tan sólo de tus labios rojos;

Flores hallar donde pisaba abrojos
Alumbrado do quier mi senda obscura
Con esa luz angelical y pura,
Que brota el cielo de tus negros ojos.

Llamarte de mi amor en el exceso
Mi adorada, mi encanto, mi alegría,
Mi ilusión, mi placer y mi embeleso;
Suspirar á tus plantas noche y día
Por el aroma embriagador de un beso....
¡Esa es la gloria de la vida mía!

MI ILUSIÓN

—

He visto el melancólico lucero
Que brilla en la mañana;
La luna que en el ancho firmamento
Esparce su luz grata;
En la pradera el murmurante arroyo
De cristalinas aguas;
El sol poniente que en el cielo deja
Nubes de oro y de grana;
Las olas de la mar embravecida
Rompiéndose en la playa,
O besando la arena dulcemente
En apacible calma
He visto el Cotopáxi, horno encendido
Que vomitaba llamas,
Alumbrando los campos y cubriéndolos
De destructora lava;
He visto como corre majestuoso
Retratando las palmas,
El río en cuyas plantas el Homero
Del Ecuador cantaba.
Todo eso causa admiración profunda
Y humilla ó entusiasma;
Pero mirar á la mujer querida
Más grato es para el alma.
A su lado, la luna y las estrellas,
Las flores más lozanas

De la fuente las ondas, y las nubes
Azules de oro y grana,
Las olas de la mar y de los ríos
Ya furiosas ó mansas,
De los volcanes la sin par grandeza;
¡Nada me encanta, nada!
Porque *Ella* es más hermosa que los sueños
De amor y de esperanza;
Porque es ella la vida de mi vida,
Mi linda pasionaria,
Mi primera ilusión, mi amor primero
Aliento de mi sér: ¡Alma de mi alma!

Las auras perfumadas del río Guayas, el ardiente sol de Guayaquil, han vestido la mente de Nicolás Augusto con las imágenes y las armonías de aquellas tropicales zonas donde el poeta vió la luz primera. Muy niño salió del Ecuador, y largos años permaneció en suelo extraño; él nos lo dice en esta bella estrofa:

¡Quince años en las playas extranjeras,
Lejos de las espléndidas riberas,
Do al suave rayo de argentada luna
Entre flores y amor rodó mi cuna!
¡Quince fatales años,
Y un mundo de pesar y desengaños!

Concluímos con un fragmento en prosa extractado del relato histórico «La Predicción cumplida».

II

En una nebulosa mañana del año 1810, la escuadrilla de Brown (1) fondeó frente á la casa del Cabildo en el puerto de Santiago de Guayaquil, é inmediatamente, y

(1) Pirata inglés.

sin esperar la visita de sanidad, desprendióse una canoa del costado de la goleta capitana y fué á atracar al pie de la ancha escalera de la ya nombrada casa del Cabildo.

En aquella época no existía el ancho malecón que corre hoy á todo lo largo de la ciudad, ceñido con elegante y fuerte muro de piedra, sembrado de árboles, adornado con cómodos asientos de hierro y madera, y cruzado por dos líneas férreas: la del tranvía y la del tren que recibe y conduce mercaderías durante todo el día desde el ancho muelle hasta la nueva Aduana, y vice versa.

Las mansas y plateadas ondas del rumoroso Guayas besaban libremente con desmayado amor las paredes y las columnas de los edificios, teniendo que atracar las embarcaciones en las escaleras de las casas.

Llegó, pues, como hemos dicho, la canoa de Brown al Cabildo, y saltaron de ella dos hombres armados hasta los dientes. Todos los miembros del Ayuntamiento se encontraban reunidos en la sala de sesiones hacía dos ó tres horas, desde que se avistaron los buques del famoso pirata.

—Venimos—dijeron los dos bandidos—á advertiros de parte de nuestro jefe, que si en todo el día de hoy no entregáis mil onzas de oro, que os impone como contribución, mañana saltará nuestra gente, incendiaremos vuestra ciudad, y pasaremos á cuchillo á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños.

Iban á contestar los atribulados cabildantes, cuando se presentó en la sala un joven de dieciocho años, vestido con un traje de hilo blanco compuesto de ancho pantalón y chaqueta, y ostentando en la pechera de su riquísima camisa de batista, tres gruesos brillantes. Cubría su cabeza elegante y fino sombrero jipijapa, por debajo de cuyas alas se escapaban los ensortijados rizos de su rubia cabellera. La mirada de sus grandes ojos azules era profunda y melancólica. Llevaba un rollo de papeles en la mano izquierda y apretaba con la derecha, delgada, blanca y nerviosa como la de una mujer, el puño de un bastoncillo

débil y flexible como una víbora de coral, cuyo color tenía.

—Antes de que contestéis—exclamó dirigiéndose á los miembros del Cabildo,—imponeos de la voluntad de vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hermanas y vuestras hijas. Y vosotros,—añadió encarándose con los hombres de Brown, que le miraban con asombro,—llevad á vuestro jefe ese papel, que encierra la resolución en que estamos de morir todos, antes de permitir que se nos ultraje y se nos robe.

Y arrojando dos papeles, uno en la mesa del Alcalde y otro á los pies de los bandidos, salió de aquel sitio grave serenamente, sin que nadie intentara detenerle.

El Alcalde abrió temblando el pliego que le estaba dirigido: era una manifestación del vecindario, negándose á todo avenimiento y ofreciendo rechazar la fuerza con la fuerza.

El pliego dirigido á Brown era un documento que la Historia ha conservado en sus más bellas y consoladoras páginas, como que contenía la declaración firmada por las principales señoras de Guayaquil, de que preferían la muerte de sus hijos, de sus padres, de sus esposos, de sus hermanos, antes que consentir en las pretensiones de Brown, á quien llamaban verdugo y cobarde, con entereza varonil.

Entre las señoras que firmaban ese notable documento se hallaban las Tola, las Carbo, las Merino, las Avilés, las Elizalde, las Pareja, parientas cercanas del que escribe estas líneas.

Los enviados de Brown lanzaron terribles juramentos y se reembarcaron profiriendo amenazas horribles.

Pero el miedo de los miembros del Ayuntamiento pudo más momentáneamente que el valor de las hijas del Guayas, esas nobles mujeres á quienes Humboldt llamó las Georgianas de la América del Sur.

Pompilio Llona (Numa)

En el año de 1832, el cielo azul y transparente de Guayaquil, cobijó la cuna del soñador y filósofo, que de ambas condiciones está formado el poeta que por su poderoso estro cuenta una larga y gloriosa carrera literaria.

En el Estado del Cauca (Colombia) siguió los primeros estudios, y siendo muy joven fué al Perú, y en Lima ostentó la borla de Doctor de Jurisprudencia; allí también desempeñó el cargo de secretario en aquel célebre Congreso Americanista que, en 1864 se reunió en la capital Peruana.

Numa Pompilio ha unido á su corona poética la de bélicos laureles cuando la antidiplomática guerra del Pacífico, batiéndose denodadamente en el Callao el 2 de Mayo de 1866.

La colaboración de su pluma ha sido valiosa en la

prensa, y mérito grande tienen sus volúmenes: «Cantos Americanos», «Nuevas Poesías y Artículos en Prosa». Ha seguido carrera Consular y ha representado en ella al Perú, tanto en Italia como en España.

En 1876 conocí en Lima al cantor Ecuatoriano, cuyo tipo no dejó de llamar mi atención por lo acentuado de las líneas, por el rostro varonil, por lo impetuoso de la mirada, y por la luz que de ella se desprende, luz del genio que todo lo ilumina.

Los versos, que como raudales de oro finísimo han brotado de su cerebro, corroboran lo que en un principio hemos dicho, que en Numa Pompilio se adunan dos condiciones, por más que sean entre sí completamente opuestas; la que es propia de una imaginación soñadora, y aquella de la más austera filosofía, como se juzgará por las poesías que con satisfacción copiamos.

ODISEA DEL ALMA

—

FRAGMENTOS

. . . . . .

. . . . . .

La vida ante mi vista se despliega
De la edad juvenil en los dinteles
Cual noble circo, cual palestra griega,
En campo inmenso que el Eurotas riega
Entre bosques de mirtos y laureles;

Más allá de sus aguas cristalinas,
Como un risueño marco, sus alturas,
Muestran frondosas, plácidas colinas,
Por cuyas misteriosas espesuras,
Cruzan faunos y ninfas peregrinas.

Cerca ya del confín del horizonte,
Envuelta en nieblas blancas y confusas,
La sacra cima elévase bihonte,
Del misterioso inaccesible monte,
Mansión divina de las castas musas.

Del alto Olimpo en la remota cumbre,
Muestran los dioses sus augustas sombras...
¡Y del sol de la Grecia entre la lumbre,
Del valle por las fértiles alfombras
Se agita rumorosa muchedumbre!..

. . . . . .
. . . . . .

Soberbia, altiva, en rumoroso vuelo
Cual fúlgido celeste meteoro,
Que rasgando los aires baja al suelo,
Tiende veloz por el azul del Cielo
La victoria inmortal, sus alas de oro.

. . . . . .
. . . . . .

¡Oh, madre! ¡oh, madre! aquí, bajo mi frente
Y aquí en mi ansioso estremecido seno,
Llevo encerrado un mundo efervescente,
Crepuscular, incógnito, naciente,
De misteriosos esplendores lleno.

Siempre del vulgo frívolo distinto
He sentido emociones misteriosas
De mi alma recogida en el recinto;
Siempre he sentido un poderoso instinto,
Que me empujaba hacia las grandes cosas.

Con augusta emoción de mi conciencia
En el secreto fondo, de contino

Siento una extraña enérgica potencia,
Que me impele á alcanzar alto destino
En la revuelta lid de la existencia...
. . . . . .
. . . . . .

Para significar las diferentes aptitudes del poeta, oigámosle en su poesía «La Resurrección». de la que tomamos la última estrofa:

El Orbe ya caduco y carcomido
Por los antiguos crímenes del hombre,
Se alzó de nueva juventud henchido;
Mas ciego con la luz de tu hermosura
Dobló ante tí las cumbres de sus montes...
La ciencia sacudió su vestidura
Manchada con el polvo de los siglos,
Y se perdió su atónita mirada
En nuevos y sublimes horizontes;
Fortalecida con celeste ayuda,
En sus robustos brazos,
El cetro del Error saltó en pedazos;
Y desde entonces la Razón guiada,
Fué en el mar tenebroso de la duda,
Por la alta luz divina,
De las doce apostólicas centellas,
Cual perdido viajero que camina
A la nítida luz de las estrellas.

De su inspiración se encuentran hermosos rasgos en sus obras, pero nos limitaremos á dar cabida á la preciosa poesía que pone punto final á este bosquejo.

AL ANOCHECER

—

A mi muy estimada amiga la Sra. Doña Soledad Acosta de Samper.

Tras arreboles pálidos, al frente,
El sol se oculta en el inmenso mar;
Alumbra débil luz el occidente,
Y todo es sombras el oriente ya;

Ténue rasgando la creciente luna
Del horizonte el sonrosado tul,
Vierte sobre el otero y la laguna
Sus temblorosas lágrimas de luz;

Los collados de bruma ya cubiertos
Vense de la llanura en el confín;
Del crepúsculo cesan los conciertos
En presencia del sol que va á morir...

Tristeza indefinible llena el mundo
En toda su vastísima extensión;
Y un sentimiento incógnito y profundo
Surge en mi sollozante corazón;

Y á medida que el astro palidece
Creciendo mi insondable padecer,
Con su luz moribunda me parece
Que va á extinguirse mi doliente sér...

¡Tú, de la Luz y de la Vida el astro,
¡Ay! no te apagues, refulgente sol;
Pues morirá, con tu encendido rastro,
De mi esperanza el último arrebol!...

¡Ay! ¿por qué esta mortal melancolía
Que devora mi espíritu sin fin?
¿Eres, quizá, en la Tierra ¡oh alma mía!
De alta Esfera proscrito serafín?

¿Por qué esta ansia profunda é infinita
Que mis potencias agitando está?
¿Por qué esta voz secreta que me grita
Del Orbe en los confines: ¡más allá! ?

. . . . . .
. . . . . .

Mas ¡oh prodigio!... fulgurantes, bellas,
De la tiniebla el fúnebre capuz
Ha rasgado un ejército de estrellas,
Formando al orbe cúpula de luz;

Y se ha trocado en luminosa fiesta
La tenebrosa y vasta soledad;
Y de la Vida es la infinita orquesta
El silencio de la honda Eternidad...

¡En el mundo interior de la conciencia
Se operará una igual transformación,
Y el término será de la existencia
El principio de fúlgida ascención!

¡Al dejar nuestro espíritu en la huesa,
La envoltura del lodo terrenal,
Contemplará en extática sorpresa
Perspectiva radiante é inmortal!

¡Y su lacería en venturosa gala
Verá trocarse el sempiterno Job,
Y subirá por la celeste escala
El peregrino y mísero Jacob!

M. G. de M.

El velo del misterio cubre su nombre, pero sus versos en los que espeja un corazón apasionado y una mente soñadora, levantan pedestal á la poetisa.

Ignoro en qué región del Ecuador se deslizó su infancia; donde entreabrió su caliz la rosa en capullo para regalar perfumes y juvenil belleza.

¡Quién sabe! Tal vez llora perdidas ilusiones; tal vez busca consuelo al lanzar al aire la voz de su quebranto ó el gemido de esperanzas agostadas. En todas sus composiciones desborda el sentimiento; hay en ellas perfiles de un encanto singular: algo como anhelos; recuerdos de un bien lejano; memorias de venturas infinitas; resignación amante, y la fe de una alma cristiana.

Aquí y allá, he recogido los melódicos cantos: las armonías que no brotan del cerebro, sino del corazón. La musa de M. G. de M. tiene gracia, soltura y gallarda inspiración. Véase cómo se expresa:

A SU RETRATO

—

Imagen adorada, dulce prenda,
Ven á mi corazón:—de gozo lleno
Al sentir tu contacto, ¡cuál palpita! —
Descansa aquí, sobre mi amante seno,
Esperanza soñada, luz hermosa
de mi triste existir;
Sé en mi destierro mi único embeleso.
—¡Imagen silenciosa,
Si animarte pudiera con un beso! —
Pero ¡ay! en vano yo, mísera loca,
Uno á tu boca mi quemante boca.

Mensajera de amor, celeste encanto,
Solo adorarte puedo;

Y con afán y sin igual ternura
Sobre tí, imagen pura,
Desatar los raudales de mi llanto;
Antes que á mí te enviaran,
¡Qué amarga soledad en mi existeneia!
No brillaba otra luz consoladora
Que la luciente aurora
Que me brinda la paz de mi conciencia.
Viniste á mí, reproducción sublime
Del sér á quien adoro,
Y se disipan mis amargas penas;
Y cual hojas de un árbol desprendidas,
Entre las sombras del ayer perdidas
Miro las del dolor negras cadenas.

Confidente insensible de mi dicha,
Con amor infinito te bendigo;
Besos, sonrisas, soles de esperanzas
Me acarician, mi bien, ¡estoy contigo!
Acompáñame siempre, cara prenda,
Gaje de amor para aliviar mis males:
Sí, tú eres *Él*; en tí mis embelesos,
Mis bellas ilusiones celestiales
Toman la forma de sagrados besos.
Ven á mi corazón, urna preciosa
Do sólo cabes tú, ¡te adoro tanto!—
¿No lo sientes latir? En él reposa
Mi bendecido amor, mi bello encanto,
Y deja, deja que con dulce calma
En un beso, mi bien, te ofrende el alma.

ADIÓS Á LIMA

—

(Del poema *Reminiscencias.*)

Copos de nieve caídos
Entre doradas espumas,

Girones de blancas plumas,
De luna rayos dormidos,
Bellas aves
De mantos nítidos, suaves,
Que ofrecen caliente hogar
Donde abrigarse y amar,
Parecen, visto de lejos
Tus palacios encantados
Por el sol iluminados
Con purpurinos reflejos.

—¿Tiene reflejos el sol?
—¿No has visto su luz hermosa
Teñir la naciente rosa
De purísimo arrebol?
En oriente
Asoma altivo la frente
Circuida de roja aureola,
Que se refleja ya en la ola,
Ya en la nieve, en la montaña.
Hasta que sombra importuna
Cubre su dorada cuna
Y sus fulgores empaña.—

Cascada de oro y brillantes,
Lluvia de menudas perlas
Que desde el cielo á beberlas
Bajan ángeles radiantes;
De tu río
Son las aguas, pueblo mío;
Déjame que así te llame
Y que al dejarte derrame
Mis lágrimas en cantares;
¡Que te rinda admiración
Y que te hable el corazón
De sus íntimos pesares!

Tú fuiste, ciudad querida,
A los tristes desterrados
Lo que la lluvia á los prados,
Fuente de abundancia y vida;
Noble y santa
A la alondra que hoy te canta
Y que cantándote llora,
Diste luz como la aurora
Y alumbraste su camino
Que sólo espinas brotaba,
Y sobre el cual arrojaba
Negras nubes el destino.

—Y dime: ¿qué tal es Lima?
¡Hermosísima! hija mía,
Vierte un raudal de armonía
Y el aura la besa y mima.
Es tan bella
Como la azulada estrella
Que esparce suave fulgor,
¡Como los sueños de amor
Que acaricia mente inquieta!
¡Es la cuna de esos sueños,
Puros, ardientes, risueños,
Inspiración del poeta!

¡Oh Lima! Yo te bendigo,
Tierna y aérea ilusión
En tí halló mi corazón
Paz y dulcísimo abrigo.
Yo te amo,
Mi segunda patria llamo
A tu bellísimo suelo;
¡Que pródigo te dé el cielo
Sus dones y sus favores,
Ya que á mí, ¡pobre extranjera!

Acogiste en tu ribera
Y aliviaste en mis dolores!

Ya me alejo como el ave
Que sin aliento y cansada
Busca sombra en la enramada,
Cual busca puerto la nave.
¡Lima, adiós!
¡De Patria y Hogar en pos
Marcho triste y conmovida!
En esa trova sentida
Te envío celeste ilusión
Desde los rugientes mares,
Besos, suspiros, cantares,
Todo entero el corazón.

Otra prueba de la flexibilidad de su pluma son estos versos dulces y henchidos de sentimentalismo, que están dedicados á la inteligente poetisa peruana Lastenia L. de Llona.

EN SU ALBUM

Señora, yo soy una ave
Que por el viento impelida,
Vino á buscar nueva vida
En este clima tan suave.
Mi tierna garganta sabe
Dulces notas modular,
Pero es triste mi cantar,
Que ya he perdido, señora,
La inspiración que la aurora
Me diera en mi amado hogar.

A su luz celeste y pura
¡Cual latió mi corazón!
La aurora, de la ilusión
Tiene el tinte y la hermosura;

Mas es tanta mi amargura
Hoy, que ese hogar he perdido,
Que mi alma se ha convertido
En un caudaloso mar,
Y solo puedo llorar
Por mi patria y por mi nido.

Mas yo os admiro, señora,
Y obligo á la lira mía,
A que vierta la armonía
De la alondra cuando llora.
Y si por vos vibra ahora,
Perdonad que su gemido,
Cual vago y ténue sonido,
Murmure allá en vuestro hogar,
Como murmura del mar
La ola en mi Guayas querido.
Acogedlo enternecida
Como el ¡ay! de mis congojas,
Y vuestro álbum en sus hojas
Guarde mi trova sentida.
Yo os ofrezco conmovida
Los brotes de un corazón
Que sin dicha ni ilusión
Demanda de puerta en puerta,
Para su ventura muerta
Un poco de compasión.

Oh, señora, perdonad
Que en vez de perlas y flores,
Os ofrezca los dolores
Que pueblan mi soledad:
¡Es tan grande mi orfandad,
Soy tan sensible, señora!...
Mas ¿á qué hablaros ahora
De desgracias y dolor?

De mi hogar perdí el calor
Mas decidme, ¿quién no llora?

En la vida los pesares
Se suceden en el alma
Cual la tormenta y la calma
Entre los dormidos mares:
Son á veces mis cantares
Rayos del sol cuando asoma,
Tierno arrullo de paloma
Que canta con voz sentida,
Las bellezas de la vida
Sobre floreciente loma.

Mas si me acosa el dolor
Con su hálito emponzoñado
Y me hace ver que han pasado
Mis dulces horas de amor,
Se tornan en el rumor
Del huracán cuando brama
Y entre los bosques derrama
La muerte y la destrucción,
Entonces la inspiración
Extingue su viva llama.

Tal vez ¡ay! cuando al pesar
Suceda dulce esperanza,
Lo que hoy mi afecto no alcanza
Os pueda, señora, dar.
Os toca á vos perdonar
Que sin dotes ni talento
Eleve mi pensamiento
Hasta vos tan grande y bella;
Si es mi canto una querella
Yo os ofrezco lo que siento.

Yo soy toda corazón,
Y triste, de puerta en puerta

Para mi ventura muerta
Voy pidiendo compasión.
Perdida ya la ilusión,
Lejos del amado hogar,
No puedo alegre cantar;
Y por eso os doy, señora,
Lágrimas como la aurora
Y no perlas como el mar.

Con el mismo pincel que se dibujan las ideas en las anteriores poesías, ha trazado las preciosas cuartetas que dicen:

RECUERDOS

Soñaba ayer en horas silenciosas
Viendo girar la luna entre albas nubes,
En formar otro cielo aquí en la tierra
Poblado de rubísimos querubes.

Niña era aún; sobre olas de ventura
Como en regazo maternal dormía,
Y gozaba en mirar como se ahuyentan
Tinieblas mudas cuando luce el día.

El cielo azul, el mar con sus espumas,
La brisa leve, la aromada flor,
Me hablaban en lenguaje misterioso
De ilusiones purísimas de amor.

Yo adoraba las flores, y en la brisa
Remontábase mi alma á lo infinito,
Como espirales nítidas de incienso
Desde las gradas del altar bendito.

Era una tarde: en mis doradas rejas
Morían los rayos del soberbio sol,

Tiñendo mares, cielos y montañas,
De fantástico y pálido arrebol.

Venían á mí cual aves á sus nidos,
Como vuelven al mar olas y espumas,
Luces, sonrisas, perfumados besos
De esa callada tarde entre las brumas.

En esa hora solemne, triste, grave,
En alas de invisible y santo anhelo,
Nos miramos los dos por vez primera
Y se rasgó del porvenir el velo.

Frente á frente, mi bien, nos encontramos,
Yo te miraba temblorosa, inquieta,
Tú arrojaste á mis pies embelesado
Tus hermosos laureles de poeta.

Que es poeta también el que no enloda
De su alma la impalpable vestidura,
Y hace soñar con soles de esperanzas
Forjando idilios de inmortal ternura.

Mi santa madre oyó tus juramentos,
Y con inmenso sin igual cariño,
Puso en mis sienes sobre rosas pálidas
Velo flotante de nevado armiño.

Abandoné mi hogar, padres, muñecas,
Por otro hogar azul lleno de aromas,
Donde no se miraba más riqueza
Que el oro fresco de sutiles pomas.

Y de ese nido por el sol bañado
Eran los puros, dulces embelesos,
Esas aves con vuelo de murmullos,
Astros del alma que se nombran besos.

¡Y decir que la vida es un desierto,
Y llamar ilusión sus armonías!
Dime, mi bien, ¿recuerdas las escenas
De esos felices y pasados días?

Si esa luz que ilumina nuestra mente
Te acompaña en tus horas de amargura,
Debes hallarme en sus azules rayos
Amante como ayer, como ayer pura.

A mí me trae la imagen de mi dicha
Tu dulce imagen, adorado mío,
De mi padre las santas bendiciones,
El tierno arrullo de mi manso río.

Y me remonta á edad más venturosa
Y me aduerme otra vez en blanda cuna,
Me hace jugar con pájaros y flores,
Deshojarlas después una por una.

Vuelvo á ser otra vez niña traviesa,
A transformarme en reina soberana,
Y me miro luciendo en mi turbante
Hermosas plumas de encendida grana.

Y madre empiezo á ser; tomo mi niño,
(Un muñeco con crencbas de ilusiones)
Y me siento á la orilla de un arroyo,
A adormirlo con lánguidas canciones.

¡En el presente todo lo pasado!
Del recuerdo en los mágicos cambiantes
Miro mi estancia azul, siento tus besos,
Oscilar en mi alma cual diamantes.

La vida entonces para mí es oasis,

Una plegaria, un canto, una armonía,
Polvo de oro sutil en cuyos átomos
Universos me brinda de alegría.

Y á pesar de tu ausencia, soy dichosa,
De la fe me revisto con las galas
Y dejo que risueñas esperanzas
Allá en el porvenir, me abran sus alas.

En él te he de encontrar como la tarde
Que airado el mar con altivez rujía,
Y el astro rey en mis doradas rejas
Reflejaba luz pálida y moría.

El inmenso Océano que separa las personalidades, no puede, no, separar los espíritus que se identifican á través de la distancia y se confunden con el lazo inquebrantable de la simpatía; ella nos ha impulsado á escribir los renglones que anteceden y á consagrar estas páginas á la cantora de las florestas ecuatorianas.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	3
A grandes pinceladas	7
ARGENTINA	
Andrade (Olegario)	13
Gorriti (Juana Manuela)	17
Guido Spano (Carlos)	23
Mármol (José)	28
Méndez (Gervasio)	34
Mitre (Bartolomé)	40
BOLIVIA	
Belzu de Dorado (Mercedes)	49
Bustamante (Ricardo)	53
Ochoa (José Vicente)	57
BRASIL	
Barboza (Antonio)	65
COLOMBIA	
Acosta de Samper (Soledad)	67
Arboleda (Julio)	72
Arciniegas (Ismael Enrique)	75
Becerra (Ricardo)	80
Caro (Miguel Antonio)	83
Herrera (Darío)	89
Isaacs (Jorge)	92
Núñez (Rafael)	96
Ortiz (José Joaquin)	104
Pombo (Rafael)	112
Montes del Valle (Agripina)	121
COSTA-RICA	
Viques (Pío J.)	129

Páginas

CUBA

Borrero (Juana) 135
Calcagno (Francisco). 141
Gómez (Juan Gualberto). 147
Castillo de González (Aurelia) 141
Gómez de Avellaneda (Gertrudis) 158
Heredia (José María de) 166
Labra (Rafael María de) 174
Lorenzo Luaces (Joaquín) 185
Martí (José) 189
Merchán (Rafael María) 194
Montoro (Rafael) 201
Pérez de Zembrana (Luisa) , ... 203
Springer (Mary Elisabeth). 214
Uhrbach (Federico y Carlos Pío) 219
Valdés (Gabriel de la Concepción) Plácido . 224
González del Valle (Martín) 230
Zenea (Juan Clemente) 237

CHILE

Amunátegui (Miguel Luis). 241
De la Barra (Eduardo) 244
Díaz Gana (Pedro) 246
Figueroa (Pedro Pablo). 250
Lastarria (José Victorino) 262
Lillo (Eusebio) 267
Mata (Guillermo) 271
Soffía (José Antonio) 279
Vicuña Mackenna (Benjamín) 283

SANTO DOMINGO

Cestero (Tulio M.). 293
Deligne (Rafael A.) 300
Fiallo (Fabio) 304
Henríquez Carbajal (Federico) 308
Tejera (Emiliano). 313
Ureña de Henríquez (Salomé) 316

ECUADOR

Flores (Excmo. Sr. D. Antonio) 323
González (Nicolás Augusto) 326
Pompilio Llona (Numa). 334
M. G. de M.. 340

LS.C
W7466m

Wilson, Baronesa de
El mundo literario americano. Vol.1.

387262

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE, NEW YORK